

DIARIO TERAPÉUTICO

DE UN

VEGETARIANO

© *Javier Pérez de Arévalo*

*Diario Terapéutico
de un Vegetariano*

ANOTACIONES PREVIAS

Dado que hace años, cuando mi vida estaba sometida a una rutina completamente improductiva para mí, debido al trabajo que desempeñaba en una oficina como chupatintas al servicio de la Administración, y dado también que esa estéril rutina me produjo alteraciones físicas y conductuales, decidí comenzar a redactar un diario del que pronto fui consciente sobre sus capacidades terapéuticas. Si bien es cierto que llegué a adolecer de algunas alteraciones nerviosas, lo cierto es que poco después de finalizado el diario, conseguí cambiar de trabajo pasando a desempeñar labores como guía turístico en la ciudad, y al mismo tiempo viviendo con Ella en un pueblecito a media hora de distancia de esa ruidosa, húmeda y calurosa ciudad.

Aquel “Diario Terapéutico de un Chupatintas” me dejó claro que si, en algún momento, mi vida se viera en medio de una nueva encrucijada, volvería a redactar otro diario, por supuesto también de carácter terapéutico, con el que solucionar los nuevos problemas.

Hete aquí que ha llegado ese momento, ya que de forma inesperada mi salud se ha visto quebrantada y de un tiempo acá mi capacidad de visión ha sufrido serias alteraciones.

Por lo tanto, decido abrir un nuevo diario terapéutico, pero esta vez y afortunadamente no desde mi antigua condición de chupatintas, sino como un vegetariano convencido que soy, condición esta que rige todos mis principios éticos y por la que me guío a la hora de conducir mi vida por los tortuosos caminos del destino.

4 de mayo. 21 horas y 20 minutos

En este mismo momento decido comenzar a redactar este Diario Terapéutico. Tengo que aprovechar los ratos que se supone le dedico a la tesis doctoral ya que Ella no es partidaria de que repita este tipo de terapia,¹ pero pienso, que dadas las circunstancias en las que me encuentro, no puedo dejar pasar ni un día más sin comenzar lo que yo creo puede salvar mi estado de salud actual.

Pienso que la tesis sobre la fabricación de peines y peinetas en España con astas de buey y caparazones de Tortuga Carey a finales del siglo XIX y principios del XX, puede esperar.

Pienso que mi salud es bastante más importante que las peinetas. Pienso que mediante este diario podré llegar a conclusiones que diluciden el origen de mis dolencias actuales. Para ello he de poner en práctica un tipo de terapia diferente a la que empleé en mi primer diario terapéutico, ya que ahora es primordial basarse por un lado en la etiología del problema y por otro en el análisis pormenorizado de mi devenir como individuo.

Formalizaré unas regresiones para que luego al releerlas me den las pistas de las posibles causas patológicas. Para formalizar la regresión deberé de poner en práctica técnicas de relajación ya empleadas por mí para otros asuntos cotidianos, pero con la particularidad de que aquí, he de mantener la concentración mínima que me permita poder escribir en el ordenador las imágenes que la regresión me vaya proporcionando.

Para poder relajarme de forma controlada y limitada, tengo que escribir el proceso de relajación, de manera que no haya un

1 No es necesario que registre aquí mención alguna, de lo acontecido mientras duró la redacción de mi diario terapéutico como chupatintas al servicio de la Administración.

corte brusco entre la relajación y la regresión, y al mismo tiempo evitar que me pueda dormir en el proceso.

Comienzo de la relajación:

Intento visionar el pantano, un pantano del que no voy a decir el nombre para que permanezca en el secreto del proceso relajador. El pantano no aparece con claridad. Veo solo un trozo de pantano. Veo un cuervo volando. Quiero que el cuervo desaparezca del pantano. Veo una vaca. Quiero que la vaca se quede en la orilla del pantano, pero la vaca se va a otra parte y deja de aparecer en la visión. Todo en calma. Sin vacas. Sin cuervos. Solo el agua de un trozo de pantano. Todo en calma.

1ª Regresión:

No recuerdo la fecha. Fue hace como mes y medio. Recuerdo el viaje en el coche de la empresa para asistir a un seminario sobre redes sociales. Quería ir solo pero el jefe del departamento de... ¿Puedes venir?... es la voz de Ella...

Tengo que interrumpir la regresión para no levantar sospechas acerca de mi actividad terapéutica... Ella ha tenido problemas con un documento Word y he tenido que ayudarla para resolverlo. Una vez resuelto el problema del Word, vuelvo a mi regresión, después de relajarme hasta el límite preciso.

Visiono el trozo anterior de pantano. Ahora es otro trozo. Vuelve el pesado del cuervo. No quiero que aparezca el cuervo. El cuervo se posa en un árbol. Me conformo con el cuervo posado. El agua está en calma. Todo está en calma...

...el jefe del departamento de organización interna tiene que dejar a sus hijos en el colegio y no puede llevar a Francisca al seminario, con lo cual me toca a mí hacerlo. Recuerdo que tenía miedo de tener un accidente, y que luego Francisca me denunciara por agresión encubierta o algo parecido. Llegamos al lugar de la conferencia. No encuentro aparcamiento para el coche de la empresa. Comienzo a ponerme nervioso después de tres vueltas

alrededor del mismo parking. Finalmente decido dejar el coche al borde de un camino de tierra. Son las afueras de la ciudad y por aquí puede que pase algún tractor. Pienso que el tractor si es muy grande no pasará. Miro alrededor para ver si hay huellas de tractores pero no encuentro, Francisca me pregunta que qué busco. No sé qué contestar y prefiero no contestar. Nos dirigimos al edificio. Nos cuesta encontrar la sala de conferencias. El jefe del departamento de organización interna ya está dentro y nos mira con cierto aire represivo por llegar unos minutos tarde. A la entrada hay una mujer morena bastante guapa pero a mi parecer bastante pija. El conferenciante es grande. Intento prestar atención a lo que dice pero me parecen mamarrachadas. Pienso que el conferenciante es un mamarracho. Comienza a explicar lo feliz que es y cómo ha conseguido su estado de felicidad. Pienso que además de mamarracho es un imbécil integral, por querer hacernos creer a todos los allí presentes que es inmensamente feliz. Recuerdo que continuó soltando un tremendo rollo sobre lo que significa el concepto de Web 2.0. Recuerdo que comencé a preguntarme por el sentido de mi presencia en ese seminario. Recuerdo que según pasaba el tiempo, peor concepto tenía acerca del conferenciante. Sin embargo se crea un vacío porque el momento clave acapara toda la atención de esta regresión. No puedo detenerme en más detalles. Mi memoria quiere ir directa al momento clave.

Momento Clave: El conferenciante, ya convertido para mi entendimiento en un ser absolutamente despreciable, nos anima a mirar en una pantalla donde se proyectan una serie de tablas y enunciados que parece ser apoyan lo que está explicando a los asistentes. No veo bien lo que pone. Tengo que forzar la vista. Me muevo las gafas para ver si puedo distinguir las tonterías que ha escrito el conferenciante en su Power Point. Algo ocurre... todo comienza a girar... sillas, mesas, paredes, personas... todo gira y gira y me comienzan a sudar las manos de forma alarmante. Pienso que me voy a caer, pero pienso también que no me voy a desmayar. Pienso que no es una bajada de tensión porque no me suda

la frente sino las manos. Dejo rápidamente de mirar a aquella estúpida pantalla. Francisca no sé que demonios comenta sobre lo que dice el conferenciante, y yo con todo girando a mi alrededor afirmo con un sonido gutural y un movimiento de cabeza vertical que todavía acentúa la sensación de caer en un abismo. Después de un rato con la mirada al suelo, parece que las cosas van quedándose quietas en sus respectivos sitios. Pienso que el conferenciante verá al fondo a un barbudo con la cabeza caída del que puede creer que se ha dormido o sufrido un infarto. Me pone nervioso pensar en la posibilidad de que el conferenciante me llame la atención, y este nerviosismo no permite que las cosas se paren de una vez por todas. Pienso que también Francisca puede pensar que me he dormido. Intento poner en práctica algunas técnicas de relajación. Creo que todo se para. Levanto la cabeza hacia el conferenciante y veo que me está dirigiendo la mirada mientras sigue hablando sin parar sobre algo que oigo pero soy incapaz de entender, ni tampoco pretendo entenderlo. Consigo mantener la cabeza en alto sin que nada gire. Francisca vuelve a comentar algo en voz baja que tampoco logro entender y vuelvo a soltar un sonido gutural y un movimiento vertical de cabeza. Al mismo tiempo comienzo a dejar de pensar en el pantano de aguas tranquilas gracias al cual las cosas dejaron de girar. El pantano desaparece justo delante de la cara del conferenciante que ahora espeta sus bobadas a la morena pija.

...mi memoria no ha querido guardar nada más de aquel seminario. Recuerdo que mi vista a partir de aquí quedó afectada. Recuerdo que al terminar el maldito seminario había un vino español. Recuerdo que le dije al jefe del departamento de organización interna y a Francisca que me tenía que ir. Recuerdo que me miraron de forma extraña, pero me dijeron adiós. También recuerdo que al llegar al coche alguien había colocado un papel diciendo que ese no era un lugar para aparcar. Pienso si es una multa, pero pronto me doy cuenta que solo es un aviso. Me monto en

el coche. Siento agresividad hacia el conferenciante. Siento preocupación por las causas que me han producido ese mareo.

...pero ¿cuándo es el preciso instante en que empiezo a ver mal?... no consigo saberlo. Sé que a partir de aquí comienzan mis problemas de visión.

Fin de la regresión nº 1.

Escolio nº 1:

Una vez terminada la práctica regresiva y acabada la relajación controlada y limitada, he de proceder a releer lo escrito y anotar aquello que me parezca interesante de cara a poder extraer según avance con el diario terapéutico, una serie de conclusiones que hagan posible poner en práctica un terapia adecuada, si es que el diario no ha ejercido ya para entonces su pretendido poder terapéutico.

De esta primera regresión solo puedo deducir que he sufrido un episodio de vértigo en mitad de un seminario soporífero, y que a raíz del mencionado episodio he comenzado a tener problemas de visión. Prefiero no escoliar más.

6 de mayo. 13 horas 35 minutos

En el día de ayer no pude realizar ninguna regresión y por lo tanto me pareció fuera de lugar realizar una nueva entrada en el diario. Pero hoy dado que es fiesta y tengo tiempo suficiente para proceder a una relajación controlada y limitada, he decidido realizar una regresión que me permita poner en orden uno de los episodios más importantes en los dos últimos meses de mi vida.

El origen de este episodio tuvo lugar en la visita que realicé al neurólogo, que a su vez tuvo su origen en la visita que realicé al oftalmólogo, que a su vez tuvo su origen en otra que realicé a otro oftalmólogo. Pienso que aquí no tiene importancia la sucesión de visitas sino lo que aconteció a raíz de la visita al neurólogo. Pienso que quizás sea necesario hacer dos regresiones diferentes, una para la visita en sí al neurólogo y otra para las consecuencias que tuvo esa visita. Pienso que quizás debería realizar subregresiones para poder tener un esquema más preciso de lo ocurrido. Pienso que lo mejor será comenzar una regresión y ver qué resultado da la misma y qué escolios se pueden añadir al finalizarla.

Intento visionar el pantano. Es un día gris. Quiero que salga el sol. El sol no sale. Me conformo con el día gris. Intento ver las aguas con más claridad. Las aguas siguen confusas. Me conformo con las aguas confusas. Oigo cantar un pájaro. Es un mirlo. Dejo que el mirlo cante. Todo en calma

2ª Regresión:

Recuerdo la sala de espera. Recuerdo que no había nadie más esperando para ser atendido por la neuróloga. Recuerdo que su nombre me dio a entender que debía ser rusa o similar. Creo que pensar en una neuróloga rusa me daba algo de desconfianza. Pienso que el hecho de que sea rusa no debería producirme desconfianza. Pienso que en Rusia seguro que hay buenos neurólo-

gos. Oigo una puerta abrirse y veo aparecer a una mujer grande y pelirroja. Dado el estado lamentable de mi vista no puedo estar seguro, pero me parece una mujer atractiva. Dado que viste bata blanca y tiene acento como ruso, deduzco que debe de ser mi neuróloga rusa. La doctora habla algo con su secretaria y se vuelve al cuarto de donde salió. Desde dentro del despacho se oyen las voces de un matrimonio. Pienso que igual no son matrimonio. Pienso que quizás solo son pareja y no han llegado a casarse. Pienso que uno de ellos debe tener algún problema neurológico. Hago repaso de varios problemas posibles. Me paro en el tumor cerebral, ya que es el que me preocupa que pueda tener yo. Al cabo de 15 o 20 minutos sale el supuesto matrimonio y después de comentar algo con la secretaria, acuerdan otra cita de la que no me acuerdo el día. Creo que tampoco estuve atento al día que le asignaron como nueva visita. A los pocos minutos sale la doctora rusa y pronuncia mi nombre con acento ruso. Me dirijo al cuarto de donde salió el supuesto matrimonio. Al estar más cerca de esa mujerona me percato que parece siberiana, con cara de hogaza siberiana y ojos verdes. Me resulta atractiva pero muy grande. Me dice que me descalce los pies. Pienso que no estaba preparado para que un neurólogo me hiciera descalzar. Pienso que he sido muy poco prevenido por no lavarme los pies antes de ir al neurólogo. Pienso que la doctora siberiana pensará que los españoles somos unos guarros. Poco a poco procedo a quitarme los zapatos. Poco a poco comienzo a cerciorarme de mis fundados temores. Pienso que debería haber asociado neurólogo a pies. Pienso que soy estúpido por no haber hecho esa asociación y haberme lavado solo la cabeza. Poco a poco me quito los calcetines y compruebo que ineluctablemente me huelen los pies. Compruebo que el olor es todavía más intenso de lo que esperaba. Me sorprende cuando veo a la doctora siberiana dirigirse hacia mis piernas y comienza a acariciarme la planta del pie izquierdo. Me río y me pregunta si tengo cosquillas. Pienso que quizás la doctora siberiana es algo tonta por no haber deducido inmediatamente que tengo cosquillas

al haber oído mi risa. Ahora me acaricia la del pie derecho. Me vuelvo a reír. Ya no me repite la pregunta de si tengo cosquillas. Me tranquiliza ver que no me vuelve a preguntar si tengo cosquillas y comprobar que ha sabido deducir de mi risa que efectivamente las tengo. Pienso que quizás es una buena neuróloga. Pienso si a los rusos les olerán tanto los pies. Pienso que en Siberia, con ese frío, no les pueden oler los pies. Pienso que con todos estos nervios los pies me han comenzado a sudar y ahora se incrementará el olor que emana de ellos. La doctora siberiana me dice que me levante y camine descalzo. Ahora me avergüenzo todavía más de mis pies. Compruebo que tampoco me he cortado las uñas por no haber hecho la asociación neurólogo-pies. Vuelvo a pensar, que además de olerme mal los pies, también me sudan y debo de estar dejando la huella de mi sudor en ese suelo tan limpio. La doctora siberiana quiere que me toque la punta de la nariz con los ojos cerrados. Cierro los ojos y me imagino sus ojos verdes. Pienso que tiene unos ojos muy bonitos. Oigo que me dice que abra los ojos. Veo su cara de hogaza siberiana y pienso que es una lástima tanta cara para esos ojos. Me dice que ya me puedo volver a calzar. Pienso que para ella debe de ser un alivio ver cómo me vuelvo a meter los pies en los calcetines y luego en los zapatos. Pienso que después de irme se lavará histéricamente las manos por haberme acariciado los pies. Pienso que llamará a la secretaria para que alguien friegue el suelo y así poder quitar el olor dejado por el sudor de mis pies. La doctora siberiana me dice que cree que es un problema oftalmológico pero que debo ir a ver al otorrino y además someterme a una resonancia magnética craneal para descartar otro tipo de problemas. Pienso inmediatamente en el tumor cerebral.

Ahora aparezco en la sala de espera del otorrino, donde una secretaria pequeña y simpática me está atendiendo, mientras pienso que resulta atractiva, mientras pienso que también la doctora siberiana me resultaba atractiva, y me pregunto si todas las mujeres relacionadas con la medicina me resultan atractivas, pero miro

a la mujer que la secretaria pequeña tiene a su izquierda y no me resulta nada atractiva a pesar de ser también secretaria del otorrino...

...La relajación me abandona, la regresión se entorpece... creo que es mejor dividir en subregresiones. Pienso que son las 14 horas 55 minutos y que es mejor hacer la comida. Pienso que Ella tiene sospecha de que no esté trabajando en mi tesis sobre las peinetas y peines de asta de buey. Será mejor hacer la comida por dos razones: que tengo hambre, lo cual me impide realizar una buena relajación controlada y limitada, y que si continúo escribiendo, Ella sospechará más aún que no estoy trabajando en mi tesis.

15 horas 33 minutos

Bajo excusa de retomar el trabajo con mi tesis voy a proceder a las dos subregresiones que quedan pendientes.

Comienzo la relajación. No es fácil después de una siesta. Intento aplicar técnicas diferentes a las habituales. Visiono una flor. Intento olerla. No huele a nada. La flor es prácticamente una mancha. Se posa una mosca en la flor. Quiero que la mosca se vaya. La mosca se queda. Recuerdo que el otorrino se empeñaba en hablarme catalán. Recuerdo que no podía simular que no le entendía por si pensaba que era debido a un problema de oídos. Me hace volver otro día para hacer unas pruebas de equilibrio... pienso en equilibrio psíquico, y en mi primer diario terapéutico, cuando trabajaba como chupatintas en una oficina. Estoy en el día de las pruebas de equilibrio... las técnicas de relajación no dan resultado y me estoy quedando dormido. Será mejor que aplase la primera subregresión.

Escolio nº 2:

Me han sometido a una serie de pruebas que tendrán que dilucidar si padezco algún tipo de patología física que haya originado mi episodio de vértigo. Pero nadie me dice nada de mis problemas de visión, salvo el óptico que se empeña en ponerme prismas en las gafas. Pienso si mi alimentación vegetariana pudiera tener algo que ver en todo esto. Pienso en la cantidad de vitaminas que puedo estar ingiriendo por día. Pienso que no tomo suficientes zanahorias. Pienso que no tomo suficiente brócoli. Pienso que no tomo suficientes kiwis. Pienso que quizás ingiero demasiado ajo. Pienso que debo someter mi alimentación a un riguroso análisis.

7 de mayo. 21 horas 01 minutos

Después de un día aciago, sometido a la más absoluta tiranía de mi sentido visual, tengo que esforzarme en continuar este diario para intentar provocar los primeros síntomas terapéuticos cuanto antes. Hoy las cosas han intentado ponerse a girar nuevamente, cuando estaba a poco menos de una hora de terminar mi jornada laboral. El resto de la jornada la he pasado con síntomas de mareo y torturado por mi deficiente visión. Finalmente he tenido que recurrir a mi querida pastilla de ibuprofeno. Voy a intentar visualizar el pantano habitual. Me cuesta visualizarlo. Aparece con mucha bruma. Me preocupa esa bruma. Hace frío en el pantano. Pero está en calma, en calma y en un gran silencio. Me conformo con el pantano brumoso y recuerdo que llegué una mañana a las 9 horas para realizar las pruebas de equilibrio que me había solicitado el otorrino. Me atiende la secretaria pequeña pero atractiva. Recuerdo que tenía cierta cara de ratón, pero de ratón simpático. Recuerdo que la pequeña secretaria (no creo que fuera enfermera), me colocó enfrente de un extraño escenario. El escenario consistía en una pantalla semicircular, con el suelo elevado como a la altura de un peldaño de escalera. Me preocupan los arneses que hay para sujetar a la persona que entre ahí dentro. Pienso que me voy a marear. Pienso que quizás vomite y tengan que llamar a alguien para que recoja mis desechos gástricos. Pienso que quizás no debería haber desayunado. Me pide que me descalce. Pienso que esta vez he sido precavido haciendo la asociación otorrino-pies. Pienso que también he sido precavido por hacer otras asociaciones como otorrino-ingles, otorrino-sobacos y otorrino-dientes. Pienso que esta vez no me he lavado con especial interés los oídos puesto que en la primera visita ya me quitó un tapón del oído derecho, y sería mala suerte que ahora quisiera quitarme otro del izquierdo. Pienso que por lógica no debería mirar nada fuera ni dentro de mis orejas.

Después de descalzarme le digo a la secretaria pequeña que tengo una pierna más corta que otra, mientras pienso que no me huelen los pies y que ahora debería presentarse aquí la doctora siberiana para que me viera descalzo y sin aromatizar toda la habitación. Insisto en lo de la pierna, porque tengo miedo de que la diferencia de tamaño de mis piernas me provoque un desequilibrio que luego el otorrino pueda achacar a falsas patologías. Pienso que por culpa de mi pierna más corta me pueden someter a más auscultaciones de oídos. Pienso que debería haber procedido al lavado especial de orejas. Le digo a la secretaria con aspecto de ratón simpático que con estas gafas no veo bien y me mareo, le digo que tengo los pies planos y separados hacia fuera y que me cuesta ponerlos rectos tal y como quiere que los ponga, mientras pienso que esta secretaria es también pelirroja, igual que la doctora siberiana. Pienso si habrá algo esotérico detrás de esa coincidencia de pelirrojas. La secretaria me comienza a sujetar a los arneses e intenta tranquilizarme diciéndome que eso es solo por seguridad. Me empiezan a temblar las piernas del esfuerzo por tener los pies juntos. Creo que me comienzo a tambalear pero intento no marearme. Me dice que cierre los ojos y me parece que fuera empiezan a girar las cosas... pero me esfuerzo por no marearme aunque me tiemblan todavía más las piernas. El suelo donde piso comienza a hacer ruido a causa del tembleque. Pienso que me han sujetado con un arnés y que si me mareo, al menos no me caeré al suelo. Pienso si me van a alzar en vuelo y me harán girar colgado del arnés hasta que vomite. Oigo la voz de la enfermera pequeña y pelirroja. Ahora dice que se van a comenzar a mover las paredes. Me pongo nervioso y el suelo hace más ruido bajo mis piernas temblorosas. Pienso que la enfermera me va a gritar que qué pasa y que por qué tiemblo. Las paredes comienzan a moverse... se acercan... se alejan... giran a la izquierda... giran a la derecha... yo me acerco y me alejo de la pared pero me esfuerzo por no marearme... pienso que no voy a poder resistir y acabaré vomitando. Ahora me dice la enfermera que el suelo se

va a soltar. Me asusto... pienso que el suelo desaparecerá y yo quedaré colgado del arnés girando hasta acabar vomitando. El suelo no se suelta sino que empieza a moverse... pienso que la enfermera pequeña y pelirroja no sabe hablar... pienso en bajar de todo este aparato diabólico y gritarle que soltar no es lo mismo que moverse. Que no puede ir asustando a la gente de esa manera, que no se merece llevar una bata que la hace parecer una enfermera, que... Finalmente se mueve todo, las paredes y el suelo... pienso que me será imposible aguantar sin caerme, me sudan las manos y los pies, los pies no me huelen hoy, me los he limpiado y perfumado, espero que no me dé la mano para despedirse... todo se para... y yo he aguantado sin caerme.

La pequeña torturadora me dice que cuando me suelte del arnés quizás me maree, mientras pienso que me caeré encima de ella y la aplastaré. Pienso que quizás piense que soy un acosador por tirarme encima de ella. No me caigo al suelo. No me caigo encima de ella. Me dice que ya puedo calzarme y pasar a la sala del otorrino.

El otorrino sigue empeñado en hablarme catalán, pero me dice que el equilibrio es bueno. El pantano aparece con menos bruma. Hay indicios de un sol pálido en la parte derecha, con algunos chopos que comienzan a reflejarse en el agua.

Escolio nº 3:

Parece que mis problemas visuales no tienen su origen en los oídos. Parece también que el episodio de vértigo ocurrido el día del seminario sobre Web 2.0, tampoco tiene su origen en los oídos. Tengo que continuar con mis regresiones. Por ahora he aumentado la dosis de zanahorias diarias. He rescatado una vieja licuadora para licuar allí las zanahorias y beber su jugo. No sé si la zanahoria licuada tendrá las mismas propiedades que la zanahoria masticada. Pero no puedo comerme cinco zanahorias masticando. También he comprado zumo de zanahoria mezclado con

naranja. Por lo que respecta a los ajos, mantengo la dosis de ajo habitual mientras las regresiones no me aconsejen lo contrario. Por lo que respecta a la cebolla y al tofu... nada tengo que decir.

Subregresión 2^a:

Creo que merece la pena continuar ahora mismo con la otra subregresión puesto que está relacionada con la primera, en cuanto a que fueron pruebas que buscaban el posible origen de mi episodio de vértigo y de mi visión defectuosa. Pienso que las visitas al óptico deben ser tratadas como regresiones aparte. Sin perder más tiempo, me propongo visualizar de nuevo el pantano brumoso para volver a provocar una relajación controlada y limitada, ideal para proceder a la subregresión.

Ahora llueve en el pantano, lo cual me incomoda para poder relajarme... me esfuerzo en que no llueva, porque de lo contrario no podré realizar una regresión como Dios manda. Comienza a escampar. Oigo un mirlo, lo cual me tranquiliza. Se entrevé un rayo de sol empujando el borde de una nube y colándose para poder llegar hasta el agua del pantano. Todo está en calma. Recuerdo que éramos tres personas en la sala de espera correspondiente a los que se van a someter a radiografías, ecografías y resonancias. Recuerdo que se oían ruidos espantosos procedentes del interior de las salas. Se asemejan a electrocuciones. El que sale de ahí dentro parece que no sale mal. Entra el siguiente... debe estar nervioso porque se ha dejado en el asiento varios billetes de cinco euros. Una de las personas que espera los ve y me los da. Pienso que no me queda más remedio que llamar a la puerta donde ha entrado. Llamo a la puerta con timidez. No abren. Dejo los billetes encima de la silla vacía de donde se ha levantado hace un rato, pero pienso que el otro pensará que no he insistido lo suficiente, y que soy un imbécil por no haber llamado con más fuerza a la puerta por donde entró el hombre que perdió los billetes. Vuelvo a coger los billetes del asiento y vuelvo a llamar a la

puerta con más fuerza. Me abre un enfermero jovencito y le digo que al de dentro se le ha caído esto, momento en el que le muestro los billetes. Se lo pasa y oigo desde dentro gracias por dos veces, mientras el enfermero cierra de nuevo la puerta... mientras pienso que se lo llevan al matadero.

Vuelven a oírse los ruidos de electrocución. La espera es eterna. Sale otro enfermero y me invita a entrar por otra puerta diferente a aquella por la que había entrado el despistado de los cinco euros. El enfermero me pregunta si tengo objetos metálicos. Le digo que los tengo fuera y dentro del cuerpo. Me hace quitar los objetos metálicos externos al cuerpo... es decir que vació mis bolsillos. Pienso que es mejor no hablar a esta gente en tono de humor y paso a especificarle al enfermero que tengo un clavo en la cadera derecha, producto de una vieja operación. El enfermero pone cara de sapo dando la clara sensación de que no sabe que hay que hacer en estos casos. Me dice que tengo que quitarme las gafas. Pienso que quitarme las gafas no va a solucionar para nada el problema del clavo en la cadera, y que quizás el enfermero es algo retrasado. Vienen otras personas pero como ya me he quitado las gafas, ya no puedo distinguir las caras... solo veo bultos. El bulto con voz de mujer me pregunta que hace cuánto que llevo ese clavo... Pienso un poco y le contesto que hace 25 años... pero pienso que no son veinticinco y comienzo a echar cuentas de nuevo para llegar a la solución final del tiempo con el que llevo ese clavo, mientras oigo las voces de otros dos bultos más. Me pongo nervioso y no consigo averiguar el tiempo que hace que convivo con el maldito clavo. Uno de esos bultos debe ser el jefe y dice que qué le van hacer, que me pondrán una alarma en la mano y que si noto el clavo calentarse que apriete la perilla. Deduzco entonces que la alarma es la perilla. Pienso en el clavo calentándose y cocinando todos los músculos que le rodean. Pienso que como está dentro de mi pierna no voy a notar si se calienta. Pienso que al salir de esta asquerosa prueba el clavo se desprenderá.

Uno de los bultos con voz masculina me coloca unos auriculares para que el ruido estruendoso no me haga daño en los oídos. Me asusta pensar en el ruido estruendoso. Pero también pienso que se me calentará el clavo y me asará la pierna. Pienso que no sabré si se me calienta y apretaré la perilla en falso. El bulto con voz femenina me ayuda a tumbarme en una especie de camilla y me introduce como en un nicho. Pienso que como es la hora de comer quizás se vayan todos a comer y me dejen ahí dentro. Pienso que como es la hora de comer, el bulto jefe quizás se esté comiendo un bocadillo de atún, mientras me comienza a bombardear con ruidos. Noto que de mis manos empiezan a desprenderse ríos de sudor. Con la izquierda agarro temblorosamente la perilla de alarma, con la derecha me agarro el jersey. El bombardeo no me hace daño en el oído gracias a los cascos, pero pienso que si me gritan desde fuera alguna instrucción no la oiré. Noto hormigueos por el cuerpo, pienso que eso es un microondas y me están cocinando. Mi corazón comienza a latir cada vez más deprisa. Pienso que me han dicho que lo más importante es que no me mueva y respire tranquilamente. Me agarro con más fuerza al jersey pero no a la perilla por miedo a disparar la alarma y que me saquen para luego volver a empezar por falsa alarma, y no terminar en todo el día. Intento controlar la respiración para no mover demasiado el pecho. Trago saliva con miedo de mover el cuello. Pienso que me van a reñir por haber tragado saliva. Sudo más. Pienso que el clavo se comienza a calentar pero que no puedo saberlo. Pienso que parece que también se me calienta la otra pierna a pesar de no tener ningún clavo en ella. Pienso si tendré alguna otra prótesis que se me haya olvidado decírselo, incluso pienso si no llevaré marcapasos y que se me haya olvidado que lo llevo. Finalmente consigo averiguar que son 35 años y no 25 los que llevo conviviendo con mi clavo. Comienzo a sentir algo de pánico. Pienso en ejercicios de relajación. Me imagino el pantano, con sus aguas tranquilas, pero todo es oscuro y frío, me da más miedo el ejercicio de relajación que el imaginar que llevo un mar-

capasos y se me ha olvidado que lo llevo. Dejo de meditar y me siento algo mejor. Comienzo a imaginar que esos ruidos salen de una orquesta que está interpretando una pieza de música contemporánea. Imagino al director dirigiendo con ciertos espasmos rítmicos. Los ruidos se convierten en atronadores timbalazos y golpes de bombo ensordecedores. Mi mente no se conforma con los golpes de percusión rítmicos y comienza a añadir sonidos estridentes de violín primero y de metales después... trompas y trombones barruntando como elefantes enfermos. Me entra algo de ansiedad, prefiero dejar de imaginarme a la orquesta y pensar que solo es un aparato médico. Pienso en cuánto tiempo tardarán en sacarme de ahí dentro. De nuevo un pequeño ataque de pánico del que pienso puede convertirse en otro ataque no tan pequeño. Imagino que comienzo a gritar para que me saquen de ahí cuanto antes. Comienza a aflorar una interesante taquicardia mientras pienso si el campo magnético puede paralizar el corazón. Pienso que cuando sacan la camilla móvil se encuentran con mi cuerpo inerte, y los bultos se recriminan el haberme metido con un clavo dentro del cuerpo. Noto el clavo calentarse, pero pienso que en realidad me estoy autosugestionando para que se me caliente. Pienso que si aprieto la perilla de la alarma me sacarán y luego querrán comenzar todo de nuevo. Pienso que es mejor arriesgarse a que se me ase la pierna izquierda a tener que repetir toda esa tortura. Los cascos se me incrustan en la cabeza y comienzo a sentir dolor. Creo que se me está hinchando la cabeza a causa de los bombardeos magnéticos y por eso me provocan dolor los auriculares. Pienso si el cerebro se alterará con ese campo magnético. Abro los ojos y veo la escafandra que me han colocado esos malditos bultos parlanchines. Vuelve la orquesta con su director poseído por el mismísimo Lucifer. El sudor y la taquicardia no dejan de aumentar su intensidad. Me da vergüenza entregarles una perilla empapada por el sudor de mi mano izquierda. El sudor de la mano derecha se queda en el jersey que no he dejado de apretar ni un solo segundo. Todo acaba. Me sacan de ese asquero-

so nicho. Me quitan la escafandra. Los bultos me dicen que los resultados estarán listos en seis días.

Me dirijo a la habitación donde me había quitado las gafas. Me coloco las gafas, y vuelvo a poner en los bolsillos las monedas. Me dirijo a la recepción del centro médico y me citan para el día de mi cumpleaños, que cae en viernes 13... me aterra la coincidencia. Salgo compungido y aturdido. La doctora siberiana me leerá las conclusiones de esa prueba un viernes 13 día de mi 50 cumpleaños... siento angustia. Pienso que los tres bultos estarán acabando su bocadillo de atún y secando la perilla de la alarma. Recuerdo que una vez en casa, y algo más relajado pero igual de compungido, comí dos huevos fritos y dos patatas asadas al microondas, mientras pensaba que las patatas eran trozos de mis piernas. Recuerdo que por la tarde me preparé siete zanahorias licuadas.

Escolio nº 4:

No procede ningún escolio ya que los resultados de las pruebas no han aparecido en esta subregresión. En cuanto a las siete zanahorias, no fue más que un pequeño incremento de la dosis habitual para compensar todo el bombardeo magnético al que había sido sometido.

9 de mayo. 22 horas 14 minutos

Hoy, a pesar de la hora intempestiva en que me encuentro, no quiero que termine el día sin apuntar algunas cosas en este diario terapéutico, ya que ayer me fue imposible al tener que acompañar a Ella al pueblo, ese que se encuentra a 60 kilómetros de distancia, y donde realiza su curso intensivo de “Fotografía de la Huerta”, que yo le recomendé con tanto entusiasmo como vegetariano convencido y reivindicador de la huerta tradicional. Pero debo seguir mi serie de regresiones hasta llegar al momento presente, momento en el que procederé a otras técnicas con las que llevar a buen puerto este diario.

Dada la hora presente, tengo que tener mucho cuidado de no dormirme en la relajación, por lo que deberá ser más controlada y limitada de lo habitual. Visiono el pantano, donde luce un sol espléndido. Hace calor. Aparece el hombre que vende Klinex en el semáforo nº 3, de la serie de semáforos que me encuentro cada mañana al dirigirme al trabajo. No sé qué pinta en el pantano este vendedor de Klinex. Tiene que irse de la visualización o arruinará mi relajación, y por tanto mi regresión. El vendedor de Klinex se sienta en una roca junto a la orilla del pantano. Todo está en calma. El Klinexero también parece calmado. Termino por aceptar la presencia de este hombre, mientras no se ponga a vender Klinex. Parece que medita dentro de mi meditación. Recuerdo mi primera visita a la óptica. Recuerdo que Ella me acompañaba. Recuerdo que acababa de tener un episodio de pánico en un hipermercado. Ahora recuerdo el hipermercado. Recuerdo que ya hacía varios días que tuve el episodio de vértigo en el seminario sobre la Web 2.0. Entramos con un carrito vacío como es habitual. Mi estado de ánimo es normal dentro de la afectación por no poder ver bien. A los diez minutos comienzo a marearme ante tanto objeto que me rodea. Intento dejar de mirar a los objetos. Pero imagino todavía más objetos. Tengo la sensación de que voy pisando un sue-

lo móvil. Pienso que me están sometiendo a otra prueba de equilibrio. Pienso en la estúpida de la secretaria pelirroja y pequeña cuando me dijo que el suelo se iba a soltar. Pienso que el suelo del hipermercado es imposible que se suelte. Abro los ojos y miro al suelo. No sigo adelante. Me quedo parado. Ella me pregunta que qué me pasa. Le digo que me estoy mareando y no puedo caminar. Le digo que hay demasiado objetos y que no puedo enfocar a todos. Le digo que tendré que regresar al coche. Le digo que no podré conducir en ese estado. Comienzo a sudar como si estuviera en una sauna. Ella me dice que cree que tengo un ataque de pánico. Pienso que el único pánico que tengo es a tener un tumor cerebral.

Recuerdo que salimos con el carro vacío y Ella condujo el coche hacia el centro de la ciudad. Ahora vuelvo a recordar la óptica. El primer día que fuimos a la óptica. El primer día que conocí a Paco el óptico. Recuerdo que había bastante gente y nos invitaron a sentarnos para esperar cómodamente el turno. Recuerdo que el sofá no era de mi agrado y comencé a temer por mis cervicales. Pienso que mis cervicales no toleran según qué sofá. Pienso que ese sofá me va a costar una migraña cuando llegue la noche. Pienso que debería ponerme de pie. Pienso que con el mareo que arrastro desde el episodio de pánico del hipermercado no me conviene ponerme de pie. Prefiero quitarme las gafas. Pienso que con las gafas quitadas me encuentro más relajado. Pienso que con mis doce dioptrías en cada ojo, es normal que no vea nada más que manchas y bultos. Pienso que es mejor ver esas manchas y bultos que estar mareado con las gafas puestas. Aparece Paco el óptico y me dice que pase con él. Le cuento mi primer episodio de vértigo. Le cuento mi episodio de pánico de hace dos horas. Le cuento que prefiero estar sin gafas viendo manchas y bultos. Pienso que Paco está tranquilo. Me dice que me va a graduar la vista. Me hace sentar en una silla como de dentista. Me pone una pantalla con dos orificios pegando a mi cara. Tengo que forzar el cuello y pienso en mis pobres cervicales. Tengo el impulso de contarle a

Paco mi problema de cervicales pero me reprimo. Pienso que sería mejor ponerme esas gafas metálicas y muy pesadas que antes ponían todos los oculistas y ópticos. Comienza a decirme que cómo veo. Comienzo diciendo que mal. Oigo que actúa sobre la máquina y me cambia el estado de visión. Me pregunta que cómo veo mejor, si así o así. Le digo que no lo sé. Me dice que tengo que decidirme por una de las dos. Pienso que cómo voy a decirme si no sé con cual veo mejor. Pienso que es un tirano de ojos. Pienso que con tanto cambio de lentes al que me está sometiendo con esa máquina me cuesta mucho poder enfocar y ya no sé con cual veo bien y con cual veo mal. Pienso que me voy a decantar por la que no debería decantarme. Continúa con mil pruebas más a las que comienzo a responder de manera aleatoria. Mis ojos ya no admiten más cambios de lentes, pero Paco el óptico continúa preguntándome que cómo veo mejor, si así o así. Continúo diciendo que sí de forma fortuita con la única aspiración de que termine pronto esa tortura. Ahora me empieza a pasar una serie de números con partes en color verde y otras en color rojo. Me pregunta que qué números veo mejor si los del lado rojo o los del lado verde. Le digo que no lo sé. Paco resopla. Paco el óptico me dice que tengo que decirle alguno. Vuelvo a pensar que es un tirano de ojos. No recuerdo qué números le dije que veía mejor, si los del lado rojo o los del lado verde. Recuerdo que después volvió a actuar sobre el mecanismo de la máquina y apareció una especie de cruz con los brazos dislocados. Me dice que cuándo se quedan juntos los brazos. Le digo que nunca. Me vuelve a repetir que cuándo se quedan juntos los brazos y centrados. Le vuelvo a decir que nunca. Añado que los brazos no paran de moverse. Añado que cuando parece que se van a juntar, inmediatamente se vuelven a separar. Después de no sé cuántos intentos, parece que los brazos casi se quedan juntos.

Recuerdo que al salir de esa habitación, me encontraba más mareado y con un fuerte picor en los ojos. Paco el óptico me dice que necesito prismas. Ella se asusta y le pregunta si me tienen

que poner prismáticos en las gafas. Paco pone cara de rana y contesta que no, que lo que pasa es que no junto las imágenes. Añade que si fuera un poco más intenso el problema llegaría a ver doble. Pienso que gracias a esos prismas podré dejar de estar mareado. Pienso que daría cualquier cosa por tener ya esas gafas prismáticas. Paco el óptico me previene que generalmente cuesta acostumbrarse a los prismas. Pienso que no me acostumbraré. Pienso que quizás me produzcan más mareos. Pienso que de todas formas Paco parece un buen óptico. Aparece el Klinexero sentado en la piedra al borde del acantilado. Desaparece Paco el óptico mientras nos despedía a Ella y a mí, con una tienda ya vacía de clientes. Pienso que con tanta prueba se ha hecho muy tarde. Pienso que Paco me hará unas buenas gafas. El Klinexero se levanta de la piedra. Pienso que en muchas de las ocasiones no sabía como veía mejor, si así o así. Pienso que me he debido de equivocar. Pienso que parecía un examen sobre mi capacidad de visión. Pienso que me puse nervioso por parecer que me estaban sometiendo a un examen de oposición. El klinexero quiere vender un klinex a una vaca. Es momento de parar la regresión.

Escolio nº 5:

Parece ser que Paco el óptico ha dado con la causa de mis problemas. Parece ser que no es raro que estos problemas aparezcan súbitamente. Me cabe la duda de si me decía todo eso para poder venderme unas gafas con prismas y por lo tanto más caras. Me cabe la duda de si me ha dicho que también necesito gafas de cerca para aumentar la factura. También pienso si el aumento que dice que tengo en el astigmatismo obedece a la misma razón mezquina. Por último, tengo la terrible duda de si su idea de meter todas esas graduaciones en unas únicas gafas del tipo progresivo, no corresponderá a una única intención mezquina y deplorable, como es el hecho de venderme unas gafas de precio desorbitado.

Tampoco le he sometido a un formulario acerca de mi dieta vegetariana y sus posibles consecuencias sobre mi visión. Tendría que contemplar la posibilidad de volver a la óptica de Paco para entregarle un formulario en el que me responda a las relaciones entre astigmatismo y consumo de zanahorias, así como entre presbicia y el consumo de varios ajos diarios. Finalmente me tendría que decir qué tipo de fruta u hortaliza es buena para prevenir que aparezca la temible visión doble.

10 de mayo. 20 horas 24 minutos

Hoy me han comunicado que tengo que leer mi tesis sobre la fabricación de peines y peinetas con asta de buey y conchas de tortuga Carey, en el mes de julio. Apunto esto aquí, porque puede que tenga repercusiones en mi estado de salud. Por otro lado encuentro conveniente el análisis de mis procesos intelectuales interactuando con mi estado de salud.

Pero esto no puede interrumpir la serie de regresiones a las que me estoy sometiendo con las consabidas intenciones terapéuticas.

Es preciso, pues, continuar sin más dilación. Visualizo el pantano. No hay nadie. No se oye nada. Ni siquiera el canto de algún pájaro. Es un día soleado, pero tanta calma pone un poco los pelos de punta. Me incomoda este exceso de calma. Oigo un grillo. A pesar de estar cantando de día me tranquiliza. Ahora la calma es la adecuada. El grillo continúa cantando. Recuerdo que llegó un mensaje a mi teléfono móvil. Recuerdo que era de la óptica. Recuerdo que me decían que ya habían llegado mis nuevas gafas. Pienso que ya era hora. Pienso que han pasado más de quince días. Pienso que ha sido mala suerte el que la Semana Santa cayera en medio. Pienso que iré a las 16 horas 30 minutos. Pienso que es un poco tarde para abrir y que podrían hacerlo a las 16 horas. Recuerdo que cuando fueron las 16 horas 30 minutos, entré a la óptica con cierto nerviosismo. Recuerdo que me preguntaron que qué quería. Pienso que ya deberían conocerme y que no sé a santo de qué viene ese trato como si yo fuera un extraño. Pregunto por Paco el óptico. Me dicen que en ese momento está graduando la vista a otra persona. Les digo que le esperaré porque quiero que él me pruebe mis nuevas gafas. La dependienta me contesta que de acuerdo y me dice que me siente. Pienso en la pobre persona a la que le está graduando la vista. Pienso que le estará preguntando que cómo ve mejor si así o así. Pienso que la

persona en cuestión comenzará a tener dudas de cómo ve mejor y no sabrá qué contestar. Pienso que Paco el tirano de ojos, le obligará a decidirse por un así. Me comienza a entrar cierto sopor. Sigo pensando en la persona a la que le gradúan la vista sin imaginarme a nadie en concreto. Comienzo a dar mis primeras cabezadas. Otra persona se sienta en el mismo sofá y me veo obligado a quitar la pierna que tengo cruzada y cruzar la otra pierna. Pienso que con la otra pierna cruzada me encuentro más incómodo. Pienso que si vuelvo a cruzar la pierna del principio le rozaré sus pantalones con mis zapatos y le dejaré una buena mancha. A pesar de esto vuelve a entrarme sopor. A pesar de continuar con la pierna cruzada que menos me gusta, comienzo a dar más cabezadas. Oigo un “hola Javier”. Oigo otro “hola Javier” e interrumpo la cabezada de ese instante. Me alegro de ver a Paco el óptico. Me dice que le siga.

Paco no me lleva a la sala de graduación. Paco me dice que me siente en una silla que hay junto a un pequeño pupitre como de escuela antigua. Veo que lleva consigo una bolsita de plástico y que sonrío de forma picaruela. Veo que saca las gafas de la bolsita de plástico. Veo que despliega las patillas y me dice que me quite mis gafas. Ahora no veo pero intuyo que se lanza a colocarme las nuevas gafas con demasiado ímpetu pero poco tiento. Noto que me clava una de las patillas en la oreja derecha. Paco me pide perdón. Vuelve a intentarlo. Ahora me clava la otra patilla en la oreja izquierda. Me vuelve a pedir perdón. A la tercera consigue colocarme las patillas por encima de las dos orejas. Me comienzo a marear. Me dice que le mire a los ojos. Me reajusta la posición de las gafas mientras pienso que sigo viendo de forma deplorable. Me pregunta con cara de angustia que qué tal. Me quedo callado un instante. Le digo que estoy un poco aturdido, mientras pienso que en realidad estoy muy aturdido. Veo que se le tuerce un poco la comisura del labio y me dice que es normal. Dejo de mirarle a él y comienzo a mirar todas las gafas que están expuestas en el interior de la tienda. Creo que sigo sin poder en-

focar todos esos objetos. Tengo miedo de que me repita un ataque de pánico como el del hipermercado. Pienso que puede ser peligroso conducir con las nuevas gafas. Mientras mi angustia vital crece por instantes oigo que Paco me dice que tengo que ir adaptándome poco a poco. Pienso que Paco el óptico puede que tenga razón. Me despido de Paco. Me dice que vuelva a la óptica si no me encuentro a gusto con las nuevas gafas.

Recuerdo que salí de la óptica con bastante angustia. Recuerdo que el ojo derecho no enfocaba nada y todo me parecía borroso. Recuerdo que iba por la calle tapándome alternativamente los ojos con las manos, para así dilucidar con cuál veía mejor y con cuál peor. Recuerdo que toda esa borrosidad me hizo pararme en mitad de la calle a punto de comenzar el temido ataque de pánico. Me quito las gafas. Pienso que sin gafas me encuentro más relajado a pesar de no ver absolutamente nada. Contemplo las gafas para ver cómo son los cristales. Las miro a través del sol. Compruebo que el cristal derecho tiene unas enormes manchas de los dedazos de Paco el óptico. Pienso que Paco no solo es un tirano de ojos sino un perfecto imbécil por no haber limpiado las gafas antes de clavarme sus patillas en mis orejas. Busco el estuche para gafas que me acaban de regalar en la tienda. Saco la toallita limpia-gafas y limpio mis nuevas gafas. Las miro y remiro a través de la luz del sol para ver si están completamente limpias. Pienso que la gente podía pasar por los lados sin rozar mi cuerpo. Pienso que quizás algún torpe me golpee y me tire las gafas al suelo. Me coloco las gafas después de comprobar que no tienen manchas. Compruebo que mejora mi visión considerablemente pero que ahí sigue pasando algo raro.

El grillo del pantano me comienza a subir por una pierna. Sacudo la pierna pero tengo que dejar la relajación. Oigo a Ella disparando la cámara de fotos a varias zanahorias que ha sacado del frigorífico. Pienso que es una lástima que el brócoli esté congelado porque no tiene igual aspecto que fresco. Creo que voy a

bajar para preguntarle a Ella si quiere que descongele algo de coliflor y de brócoli para que les pueda hacer unos buenos retratos.

21 horas 9 minutos

Ella me ha dicho que hoy le basta con las zanahorias. También ha rechazado mi invitación a iluminar las zanahorias con varias linternas LED, para darles un tono más vitamínico. Pienso que se equivoca rechazando la idea de las linternas. Pienso que podía mezclar zanahorias con alguna coliflor o algún brócoli.

Decido regresar a mi regresión. Pienso si la siguiente regresión será otra regresión o simplemente una subregresión de la primera. Pienso que me da igual lo que sea y comienzo a visualizar el pantano. La calma es adecuada aunque cae algo de lluvia. Me da igual la lluvia porque solo es una visualización. No siento la humedad del agua de lluvia porque no me visualizo a mí mismo dentro de la visualización del pantano. Todo está con una calma adecuada. Recuerdo que el viaje en coche con las nuevas gafas no fue excesivamente peligroso. Recuerdo que el peligro no vino de mis gafas sino de tres o cuatro salvajes que me adelantaron de forma completamente inadecuada. Recuerdo que al llegar a casa, Ella me dijo que las nuevas gafas me sentaban muy bien. Recuerdo que se le quedó cara de sapo cuando le dije que no veía bien con ellas, pero que me tendría que acostumbrar según el consejo de Paco el óptico. Me dice que a ella en su óptica también le dijeron que se tenía que acostumbrar, y lo que resultaba es que le habían hecho mal la graduación. Pienso que con tanto preguntarme que cómo veo mejor si así o así, seguramente contesté algunos asís de forma errónea. Pienso que debo dar un margen de tiempo antes de volver a la óptica.

Recuerdo que me fui al ordenador para trabajar con mi tesis sobre peines y peinetas. Recuerdo que al poco de encender el ordenador ya me di cuenta que algo no funcionaba bien. Recuerdo

que no veía bien las palabras escritas del documento. Pienso que como son progresivas tendré que mover la cabeza hasta encontrar el punto de enfoque. Dirijo la cabeza hacia arriba. Sigo sin ver claro. Dirijo la cabeza más arriba. Veo algo mejor pero pienso que con esa postura no podré aguantar ni diez minutos sin que mis cervicales se retuerzan de dolor y me fuercen a tener que tomar un ibuprofeno. Retomo la postura de original. Después giro la cabeza hacia abajo. Enseguida me doy cuenta que hacia abajo no hay nada que hacer. Me tapo el ojo derecho con la mano derecha. Se puede decir que consigo ver el texto con bastante nitidez y buen tamaño. Me tapo el ojo izquierdo con la mano izquierda. Me quedo estupefacto de lo que veo, o mejor dicho de lo que no veo. Percibo una pérdida de vista muy significativa en el ojo izquierdo. Pienso que quizás no es una pérdida de visión sino que me han graduado mal las gafas. Pienso que en alguno de aquellos asís, debí de responder mal. Pienso que con estas gafas no puedo leer ni trabajar en mi tesis. Recuerdo que al día siguiente al llegar al trabajo todavía fueron peores los resultados. Recuerdo que el mareo era de intensidad alta. Recuerdo que me tenía que levantar de la silla cada quince minutos. Recuerdo que tuve que explicar a mis dos compañeros de despacho el problema que tenía con mis nuevas gafas. García 1 y García 2 ponen cara de angustia pero no se atreven a darme ningún consejo.

Pienso que debo ir esa misma tarde a la óptica de Paco para exponerles el problema. Pienso que quizás Paco no es óptico. Pienso que en lugar de tanta preguntita de si así o así, me debería haber tapado los ojos de forma alternativa, para comprobar la visión de cada uno de mis ojos. Pienso que ahora vendrá el puente del 1 de mayo y que volverán a tardar quince días en hacerme unas nuevas gafas. Son las 16 horas 30 minutos. Entro a la óptica con cara de sapo. Pregunto por Paco. Paco no está graduando a nadie la vista y se dirige a mí al verme. Me pregunta que qué tal. Pienso que muy deductivo no es. Pienso que si he vuelto es porque no van bien las cosas. Le digo que mal. Veo que se le des-

cuelga la comisura del labio de la parte izquierda de su rostro. Me dice que le siga. Me lleva al pupitre de la última vez. Me dice que qué es lo que ocurre. Veo que la comisura le descuelga todavía un poco más. Le digo que con el ojo derecho no veo bien a corta distancia. Añado que con el ojo derecho tampoco veo bien a media distancia. Veamos... dice Paco y saca un cartoncito con letras de diferente tamaño. Me dice que lea mientras me tapa el ojo derecho con otro cartoncito. Le digo que leo bien. Me dice que lea el último párrafo, el de las letras más pequeñas. Le digo que leo bien. Paco deja de taparme el ojo derecho y pasa a taparme el ojo izquierdo pero con el mismo cartoncito. Sin soltar el otro cartoncito, el de las letras, me pregunta que qué tal veo. Le digo que lo veo todo borroso. Noto cierta convulsión en sus brazos y me vuelve a preguntar que qué tal veo. Le vuelvo a contestar que todo borroso. Me dice que mueva la cabeza hacia los lados. Le digo que sigo viendo todo borroso. Me dice que mueva la cabeza más lentamente, mientras pienso si Paco será vegetariano. Le digo por tercera vez que no veo nada. Me dice que ahora gire la cabeza hacia arriba. Le digo con cierto tono molesto que no hay nada que hacer que no veo nada con el ojo derecho a corta y media distancia. Aparto la mirada del cartoncito dichoso con ese montón de letras de diferente tamaño, y miro alrededor. Le digo que tampoco veo con claridad las gafas de un expositor cercano. Paco se queda algo disminuido como óptico y me invita a pasar a la sala de graduación. Se corta la regresión.

No quiero regresar de nuevo a lo que supuso una segunda tortura para mis ojos. Me basta recordar que al final de otra serie infinita de preguntas sobre cómo veía mejor, si así o así, pero esta vez tapándome alternativamente los ojos, llegó a la conclusión de que había un error en la graduación de cerca de mi ojo derecho. Pienso que hay una conjura para graduar mal la vista a los miopes del mundo. Pienso que es mucha casualidad que a Ella y a mí nos hayan graduado mal la vista. Pienso que todo esto puede formar parte de alguna estrategia de ventas. Pienso que llevando estas

gafas mal graduadas me podrán dañar los ojos y volverme a modificar la graduación, por lo que me tendrán que hacer otras nuevas. Pienso que esto puede acabar en una carrera sin fin hacia la ceguera.

Recuerdo que licué cinco zanahorias al llegar a casa. Recuerdo que tardaron 200 días en llegar las segundas nuevas gafas.

Escolio 5º:

Prefiero no escoliar sobre este asunto. Creo que estoy cayendo en una ópticofobia.

11 de mayo. 21 horas 28 minutos

Hoy ha sido un día deplorable desde el punto de vista óptico. Después de las primeras cuatro horas mirando la pantalla del ordenador en el trabajo, he comenzado a marearme y ya no me he podido separar del mareo el resto del día. He pasado una dura prueba en el hipermercado. Pero ya no tengo ataques de pánico. Tampoco Ella ha tenido que conducir en mi lugar. Hoy he decidido pedir cita con otro oftalmólogo. Será el tercero desde que tuve el episodio de vértigo en el seminario de la Web 2.0. Espero que a la tercera vaya la vencida y me puedan decir qué me pasa en los ojos. Pienso si eso supondrá tener que encargarme unas nuevas gafas. Pienso que serían las terceras nuevas gafas. Pienso en la cara de Paco el óptico cuando le diga que me tiene que hacer otras gafas diferentes y gratis. Imagino que se le desplomará la comisura del labio, en la parte derecha de su cara.

Hoy no tengo previsto realizar ninguna regresión, y por lo tanto tampoco relajación de ningún tipo. Esto se debe a que hoy he pensado que quizás mis respiraciones yóguicas puedan tener algo que ver con mis problemas ópticos. He decidido por lo tanto sustituir las regresiones por un análisis de mis respiraciones.

Para realizar el análisis tengo primero que ver los elementos analizables que intervienen en mis respiraciones yóguicas:

- Una habitación con una cama de matrimonio.
- Una ventana abierta.
- Un monopatín.
- Una manta negra.
- Un pantalón de chándal azul.
- Una sudadera marrón.
- Una camiseta negra de manga corta (antes azul y de manga larga).
- Un suelo parqué de madera.
- Un cuerpo humano (el mío).

- El aire de la habitación.
- Cada tipo de técnica respiratoria empleada.

De todos estos elementos tendremos que empezar a buscar los posibles responsables de mis dolencias oculares. Empecemos por la habitación. Pienso que las paredes de la habitación están pintadas de color rosa. Pienso que durante las sesiones de respiración yóguica me quedo mirando fijamente a las paredes rosas durante 20 minutos. Pienso que la posterior relajación y meditación la realizo con los ojos cerrados y que no miro a las paredes. Pienso que 20 minutos de contemplación sobre unas paredes rosas pueden dañar el nervio óptico de una persona. Pienso que si no daña el nervio óptico quizás pueda dañar otras zonas relacionadas con mi capacidad visual. Pienso que el color rosa quizás sea un color especialmente dañino para la visión. Pienso que podría pintar las paredes de verde y contemplarlas durante 20 minutos cada día durante al menos un mes, y observar si existe algún tipo de variación en mi visión. Pienso que si esto no da resultado podría luego pintarlas de amarillo o incluso gris, pero no de blanco ni rojo. Creo que este sistema sería demasiado largo, mientras que yo necesito respuestas más urgentes. Dejaremos al color rosa pues como posible responsable de mis dolencias, pero sin pruebas fehacientes que lo corroboren.

Continuando con el análisis de la habitación, pienso que la cama de matrimonio no puede tener nada que ver en el deterioro que mis ojos están sufriendo. Primero porque practico las respiraciones de espaldas a la cama y no la veo, y segundo porque la cama no interactúa conmigo ya que yo me siento sobre un monopatín y no toco la cama para nada. La cama por lo tanto queda completamente descartada de los posibles agentes patógenos existentes en la habitación.

Es momento de dar paso a la ventana abierta. Pienso que la ventana está cerrada cuando entro a la habitación, y que inmedia-

tamente la abro para que pueda entrar aire fresco del exterior. Pienso que al abrir la ventana no realizo ningún movimiento brusco ni extraño, lo cual me hace intuir que la ventana en sí tampoco puede convertirse en agente patógeno, al menos tal y como yo interactúo con ella.

El monopatín. Este artefacto lo utilizo únicamente como asiento. Es difícil que un asiento pueda afectar a la visión de una persona. El problema no creo que venga del monopatín, sino en la forma de sentarme en el monopatín. Pienso que comencé sentándome a la manera del sastre. Pienso que durante esa época mi visión no sufrió alteración alguna. Pienso que al cabo de seis meses comencé a sentarme en medio loto. Pienso que coloqué el pie derecho sobre el muslo izquierdo y el pie izquierdo con el talón justo debajo de mis atributos. Pienso que con el pie derecho aprieto mi muslo izquierdo y con ello las varices de mi muslo izquierdo. Pienso si las varices apretadas de mi muslo izquierdo pueden afectar a mi ojo derecho. Pienso que el tener el pie izquierdo justo debajo de mis atributos no puede afectar a mi ojo derecho ni a mi ojo izquierdo. Pienso que mis atributos tampoco se ven resentidos por tener mi pie izquierdo justo debajo de ellos durante 20 minutos.

Llegados a este punto tenemos dos posibles agentes patógenos localizados durante mis respiraciones yóguicas:

1- El color rosa de las paredes contemplado durante 20 minutos.

2- Mi pie derecho aprisionando las varices de mi muslo derecho durante los mismos 20 minutos.

Cabe también la posibilidad de preguntarse si la combinación de los dos elementos puede resultar emergente, es decir que si apretamos las varices de una persona y la hacemos mirar algún objeto de color rosa, pudiera potenciarse el efecto de las varices apretadas.

Ahora pasaremos a analizar la manta negra. Se trata de una manta para echarse la siesta. Pienso que con esta manta me he echado muchas siestas. Pienso que con esta manta Ella también se ha echado muchas siestas. También pienso que Vicente, nuestro difunto perro, elegía esta manta para echarse sus siestas. Recuerdo las tensiones que provocaba la posesión de la manta. Recuerdo que Vicente terminó por hacerse el dueño de la manta. Recuerdo... no, no, no... esto no puede convertirse en una regresión, sino que tiene que continuar siendo un análisis de los elementos presentes durante mis respiraciones yóguicas. Pienso que a la manta no la miro. Pienso que su tacto es agradable. Pienso que todavía conserva bastantes pelos de Vicente. Pienso si los pelos de Vicente pudieran meterse por mi nariz en los procesos de inspiración de mis respiraciones yóguicas. Pienso que sería muy difícil que estando sentado encima del monopatín, que a su vez está colocado encima de la manta negra, los pelos de Vicente que hay pegados a la susodicha manta, pudieran ser aspirados e introducidos en mi aparato respiratorio. Pienso que los pelos de Vicente podrían causarme más de un problema si los introduzco en mi aparato respiratorio.

Pienso que durante la relajación y meditación, estoy tumbado en la manta negra. Pienso que también tendría que ser hartamente complicado que estando tumbado boca arriba, los pelos de Vicente saltaran de la manta para introducirse en mi aparato respiratorio. Por lo tanto decido no incluir ni la manta negra ni los pelos de Vicente en los posibles agentes patógenos localizables en la habitación donde procedo a realizar las respiraciones yóguicas.

Pasando al pantalón de chándal azul, aplico los mismos argumentos que a la manta negra y obtengo los mismos resultados.

Pasando a la sudadera marrón, tres cuartos de lo mismo.

Decido saltarme los dos siguientes elementos por carecer de interés analítico.

Llegamos pues al cuerpo humano. Aquí deberemos detenernos con mayor atención, ya que no solo se trata de un simple

cuerpo humano, sino que por ende es mi cuerpo, dentro del cual se han originado los procesos de deterioro en el aparato visual. Es preciso proceder a un primer análisis de la situación actual de mi cuerpo, para luego ver de qué manera puede verse afectado por las respiraciones yóguicas. En mi actual cuerpo podemos encontrar los siguientes elementos de posible interés para nuestro propósito:

1- Una hernia inguinal operada en el lado izquierdo, con todo el Kit asociado a dicha operación: cicatriz, malla protectora, plástico taponador... etc.

2- Una hernia inguinal operada en el lado derecho, con todo el kit asociado a dicha operación, con la salvedad de que este kit molesta mucho más que el otro cuando hay cambios climatológicos, accesos de tos, estornudos y otros inconvenientes tan molestos para las hernias inguinales.

3- Un varicocele detectado en el testículo izquierdo, el cual no molesta pero que en los meses estivales debido al aumento de la temperatura, consigue aumentar el tamaño de dicho testículo hasta grados algo alarmantes.

4- Un conjunto de varices detectadas en la pierna derecha. Al igual que el varicocele (o varices testiculares) tampoco molestan pero producen una imagen poco agraciada de esta pierna, y que en los meses estivales afectan considerablemente a la estética del conjunto del cuerpo cuando dicho cuerpo es expuesto al sol y a la mirada proveniente de otros cuerpos humanos.²

5- Un clavo de titanio en el interior de la pierna izquierda. Este clavo está alojado en la cadera de esta pierna desde hace 35 años y es el mismo que motivó mis grandes angustias al someterme a la resonancia magnética craneal tratada ya en una de mis regresiones. Es importante destacar que todo el proceso que llevó

2 Como la práctica del nudismo la abandoné hace años debido a la picadura de una medusa en el extremo del apéndice sexual, desde entonces el varicocele no es expuesto al sol ni a la visión de posibles miradas provenientes de otros cuerpos humanos.

a la implantación de este clavo acabó dejando a este cuerpo con una pierna más corta que la otra (por supuesto la izquierda).

6- Una hemorroide interna, que solo molesta durante los meses estivales, a excepción de raros procesos de picazón esporádicos durante los meses invernales, seguramente debido a la ingesta de chiles picantes.

7- Aunque de menor importancia, pero no por ello eliminable en este proceso analítico del cuerpo, hay que mencionar la dermatitis seborreica que la cabeza de este cuerpo padece desde los primeros años de infancia. Por cierto que este dato puede ser muy interesante si pensamos que la miopía también fue un proceso que este cuerpo vio como surgía en él a los tres años de edad. Sería de alto valor analítico si se pudiera comprobar que tanto la miopía, como la dermatitis seborreica, surgieron en este cuerpo a los tres años de edad. Pienso que si me sometiera a una súper regresión quizás pudiera sacar conclusiones valiosas acerca de este singular hecho.

Una vez realizado el inventario de estos elementos corporales, dejaremos para otro día el análisis de los mismos y su posible comportamiento durante las respiraciones yóguicas.

16 de mayo. 19 horas 35 minutos

Han pasado cinco días desde mi última anotación. Las ultimaciones de mi tesis, ante la inminencia de la lectura y defensa a la que me tengo que someter en el mes de julio, me han tenido absorbido todo este tiempo. Este percance me obliga a abandonar el análisis de los posibles agentes patógenos que se encuentran en la habitación donde practico mis respiraciones yóguicas. Durante estos cinco días he pensado que quizás la tesis tenga parte de responsabilidad en todo este asunto, y que su inclusión en este diario pueda tener los esperados resultados terapéuticos.

El día de hoy lo he dedicado por entero a asuntos relacionados con la tesis por lo que pasaré a rememorarlos sin que se pueda decir que esta rememoración tenga carácter de regresión.

A primera hora me dirijo a un pueblo cercano al nuestro, donde sabemos que existe una copistería aparentemente recomendable. Expongo mi problema a la chica que atiende en el mostrador. Observo que la chica es oronda y lleva un pañuelo como de negra oronda neworlensiana.

Me dice que pase al fondo. En el fondo me atiende una segunda chica nada oronda y de tamaño reducido. Le expongo mi problema a la segunda chica. Mi problema consiste en la necesidad de hacer nueve copias de la tesis, la cual consta de 660 páginas. Me dice que no hay ningún problema. La segunda chica me pregunta si las copias las quiero en color. Algo ofendido le contesto que por supuesto, mientras pienso que ella no se ha dado cuenta de que se trata de una tesis doctoral y que por lo tanto requiere de la calidad adecuada a tal circunstancia. Me vuelve a dirigir la mirada con cierto aire de desconfianza y me dice que cada copia en color son 40 céntimos. Me vuelve a ofender al pensar que mi tesis no merece una impresión de 40 céntimos la página. Le contesto que no hay problema, mientras pienso que quizás es una copistería de poca monta. Por tercera vez me mira y me dice

que las nueve copias significan un total de 5.940 páginas, a lo que ya algo fuera de tono le digo que ya lo sé, mientras pienso que con ese tono queda claro que yo y no otro soy el autor de la tesis sobre peinetas y peines fabricados con asta de buey y caparazón de Tortuga Carey a finales del siglo XIX y principios del XX. La segunda chica coge su calculadora y después de unos cuantos tecléos me dirige la pantalla de la misma y me dice con su propia voz lo que yo veía en esa pantalla pero que no alcanzaba a interpretar. DOS MIL TRESCIENTOS SETENTA Y SÉIS EUROS.

Pasa algún segundo pero no tengo la constancia de cuántos. El silencio es roto por una nueva intervención de la segunda chica. La segunda chica me dice que puedo hacer una copia en color y el resto en blanco y negro. Sigo sin tener constancia de cuántos segundos dura el siguiente silencio. El segundo silencio vuelve a ser roto por la segunda chica al comunicarme que con una copia en color son 264 €. Esta vez no dejo que pase ningún segundo en silencio y le contesto que lo quiero todo en blanco y negro y sin encuadernación, únicamente un gusanillo. Pienso si en esta copistería son todos unos estafadores y si debería ir a otra para exponer allí mi problema. Pienso que a los miembros del tribunal no les importará que la tesis esté en blanco y negro. Pienso que aunque no se pueda apreciar el color que los peines y peinetas tienen en las fotografías que Ella me hizo para la tesis, al menos sí se los podrán imaginar. Pienso que con esos 2.376 € podría comprar una buena colección de peines de asta de buey y otra igual de buena, de peinetas hechas con caparazón de Tortuga Carey. También pienso que mi condición de vegetariano me impediría comprar esos objetos. Pienso que en las conclusiones de mi tesis ya arremeto bastante contra los fabricantes de estos repugnantes objetos. Mientras me doy cuenta que la segunda chica me observa con cierta cara de sapo. Le vuelvo a repetir que todo en blanco y negro y solo con gusanillo.

Al salir de la copistería compruebo que no he tenido ningún mareo cuando exponía mi problema a la segunda chica, ni siquie-

ra cuando me dijo el precio de las nueve copias en color. Miro la hora que marca mi teléfono móvil. Compruebo que es momento de dirigirme a la universidad para asistir a lectura de una tesis. Pienso que he hecho bien en pedir un día de permiso para asistir a la lectura de esta tesis. Pienso que el tema no me interesa en absoluto. Pienso que lo que me interesa es el ritual de la lectura y su defensa. Pienso que el director de esta tesis es el mismo que dirige la mía y que es buena idea que me vea en la lectura.

No anoto aquí nada sobre el viaje en coche por creer que tiene poca o ninguna relevancia de cara a este diario. Salto el tiempo hasta el momento en que llego a la universidad. Tengo que dar tres vueltas al parking antes de encontrar un sitio donde aparcar el coche. Recuerdo el día que tuve que dar también tres vueltas al parking muy cerca de aquí y en aquel fatídico día en que asistí al seminario sobre Web 2.0, y que fue el día en que se desataron mis alifafes.

Pienso que no debo ser supersticioso y dar otra vuelta más al parking. Pienso que no debo asociar dar tres vueltas a un parking con mis problemas ópticos. Entro en la facultad de Historia. Me dirijo a un panel de anuncios para ver si está anunciada la lectura de la tesis. Compruebo que no está anunciada. Me dirijo a otro panel de anuncios pero obtengo el mismo resultado. Opto por preguntar a uno de los conserjes por la ubicación de la sala donde se leen las tesis. El conserje me lo indica. Noto cierta presión en la vejiga y decido lo primero hacer de menores. Busco los baños más cercanos durante algunos minutos y doy varias vueltas por los pasillos. Ante el nulo resultado de mis pesquisas decido preguntar a unos trabajadores que están instalando una especie de paneles en el vestíbulo. Me indican la ubicación de los baños más cercanos, que verdaderamente estaban muy cerca. Pienso que están muy mal señalizados y que por eso no los había visto. Pienso que deberían colgar un letrero grande con las letras WC, y no solo una pequeña y descolorida figurita humana con un supuesto aspecto masculino. Más tranquilo me dirijo a la secretaría de la fa-

cultad con la intención de preguntar sobre los trámites que debo, seguir para depositar los nueve ejemplares de la tesis. Antes de entrar compruebo que hay un letrero en el suelo que pone “espera”. Deduzco que tengo que esperar fuera antes de entrar. Desde el punto de espera compruebo que la puerta de la secretaría tiene un cristal redondo por el que supongo que habrá que mirar para ver si se puede entrar. No sé muy bien qué tengo que esperar en el punto que pone “espera”. Decido entrar y preguntar por la secretaria que lleva los asuntos de las tesis. Me dicen que no, que ha salido un momento y que no tardará en volver. Pienso inmediatamente que es el momento de tomar café de dicha secretaria. Pienso que qué mala suerte, pero digo con cierta sonrisa que gracias y que volveré más tarde. Decido ir a la cafetería de la facultad. Siento que mi aspecto está algo fuera de tono del aspecto medio de los allí presentes. Pienso que piensan que soy uno de los profesores. Pido un café con leche, mientras pienso que la camarera también piensa que soy uno de los profesores.

Sigo sin marearme. La vista se mantiene en un estado que podría calificarse como aceptable. Me termino el café y me dirijo de nuevo a la secretaría de la facultad. Me paro en el punto donde marca “espera”, momento en el que entra una chica gorda. A través del cristal redondo de la puerta veo que se sienta enfrente de la secretaria que me tiene que atender a mí. Pienso que ya ha vuelto la secretaria de tomar su café. Pienso que la chica gorda no ha respetado el “espera”. Decido no ponerme nervioso y aceptar el percance con normalidad. Decido dar vueltas por el vestíbulo. Cada cierto periodo de tiempo, del que no puedo indicar con precisión el número de minutos, me acerco al cristal redondo para observar si mi secretaria ya está libre. Compruebo en todos esos chequeos, que la chica gorda sigue hablando compulsivamente con mi secretaria.

Cuando creo que ha pasado media hora y después de un sin fin de chequeos a través del cristal redondo de la puerta, comienzo a ponerme nervioso. En ese preciso momento una chica vesti-

da de negro atraviesa la puerta sin hacer caso al “esperí” y se dirige a la misma mesa donde están mi secretaria y la chica gorda y parlanchina. No dejo que pase ni un segundo y decido entrar tras la chica de negro adoptando un semblante de verdadero desagrado. En ese momento la chica gorda se levanta y decide irse. En ese momento la chica de negro se sienta y comienza a exponerle sus problemas a mi secretaria. Decido toser con fuerza para que me mire y contemple mi semblante con aspecto de desagrado. La chica de negro no me mira y continúa exponiendo sus problemas. Cruzo mis brazos para reforzar mi condición de desagradado. Pienso que debería decirles que fuera hay un “esperí” que no respeta nadie. Pienso que debería decirles que yo he estado más de media hora haciendo el “esperí” y que me lo han pagado con dos mujeres que se han colado delante de mí. Mientras pienso esto entra un chico gordo y se coloca a mi lado. Pienso que si piensa que se va a colar va dado. Carraspeo mi voz para que se cerciore de mi presencia. El chico se cerciora pero la chica de negro todavía no ha captado mi expresión de desagrado. Finalmente la chica de negro se levanta y decide irse no sin antes tener que cruzarse con la mirada agresiva que mis ojos le lanzan. Decido sentarme para que el chico gordo no tenga duda de que el siguiente soy yo. Inesperadamente mi secretaria decide hacer caso al chico gordo que está de pie, obviando mi presencia. Pienso que debería haberme quedado de pie. Pienso que esa silla es pequeña y me hace adoptar un aspecto de inferioridad. Compruebo que el chico no viene a exponer sus problemas con el doctorado. Compruebo que es el técnico de la impresora. Decido no increpar al chico gordo al comprobar que se ocupa de la impresora de mi secretaria, y que si lo increpo por haberse saltado mi turno, mi secretaria podría molestarse al tener que atenderme antes a mí que a su impresora averiada. El chico expone que los problemas son más serios de lo que pensaba y que es necesario abrir la impresora. Ante tal decisión mi secretaria decide girar la cabeza y saludarme. Pienso en decirle que deberían borrar el “esperí” que hay antes de la puerta.

Pienso que es mejor exponerle mis problemas sobre el depósito de los nueve ejemplares de la tesis. Después de recibir unos ciertos consejos de mi secretaria, opto por preguntarle si las nueve copias pueden entregarse en blanco y negro y con solo un gusanillo. Mi secretaria me responde que sí. Decido levantarme, agradecer sus consejos y salir. Al salir pienso que debería intentar borrar con mis zapatos el maldito “esperí”.

Me dirijo a la sala de lectura de tesis. Compruebo que hay pegado en la puerta un pequeño folio donde se lee: Día 16, LECTURA DE LA TESIS DOCTORAL “EL CULTIVO DE LA PATATA DURANTE EL TRIENIO LIBERAL 1820-1823, EN LA REGIÓN DE MURCIA”.

Pienso que debido a mi condición de vegetariano, esta tesis debería resultarme de un gran interés. Pienso que el doctorando no hará nada por defender las cualidades alimenticias de la patata. Pienso que seguramente el doctorando hará más política de la patata que otra cosa. (Me salto el intervalo de una hora de espera en el vestíbulo por carecer de interés para los propósitos de este diario).

Veo aparecer a mi director. Le digo que he decidido venir para ver el ritual de la lectura. Me sonrío y me dice que muy bien. De repente se congregan en la puerta de la sala de lecturas unas veinte personas. Pienso que hace tan solo un minuto allí no había nadie. Pienso de dónde han podido salir esas veinte personas de forma repentina. Me alegra comprobar que mi vista se mantiene en condiciones aceptables.

Entro en la sala de lecturas, escudriñando todos sus rincones, ya que en dos meses será la sala donde yo tenga que someterme a la inquisición académica. Pienso si estos dos años redactando la tesis han podido afectar a mi vista, mientras tomo asiento en una butaca en medio de una fila que a su vez está en medio de la sala. Los asistentes se sientan de forma desperdigada. Me doy cuenta que entre los asistentes se encuentra un político muy conocido. Compruebo que su cara la he visto un sinnúmero de veces en los

periódicos locales. Pienso que ese político habrá venido por la cuestión del liberalismo y no por la patata en sí. La presencia del político famoso me incomoda. Pienso si a la lectura de mi tesis vendrá algún otro personaje famoso del mundo de la política al que le interesen los peines y peinetas de finales del XIX, por algún motivo político, o simplemente por amor a los peines. Mi vista comienza a dar síntomas de disfunción, debido al nerviosismo que comienza a florar. Los cinco doctores que forman parte del tribunal se sientan en el estrado. Me angustia ver al doctorando de nombre Serafín, sentado a la izquierda de la sala, en una pequeña silla y ante una pequeña mesa. Pienso que parece el acusado de un juicio sumarísimo. Pienso que a mí me sentarán en el mismo pupitre y adoptaré el mismo aspecto de acusado. El presidente del tribunal comienza a hablar, pero apenas se le oye. El director de la tesis sobre la patata, que es el mismo que dirige la mía, acerca el micrófono al presidente con el uso de la palabra. Todos se quedan más tranquilos pero sigue sin oírse nada de lo que dice. Pienso que no han conectado la megafonía. Pienso que mucho doctor en el estrado, pero nadie aprieta el “on” del micrófono. Pienso que cuando me toque leer pasará lo mismo y no entenderé al presidente del tribunal. Parece ser que el presidente da la palabra al doctorando Serafín. El doctorando Serafín habla igual de bajo que el presidente del tribunal y tampoco se oye nada de lo que dice. Le acercan otro micrófono y nadie le aprieta el “on”. Serafín sigue hablando con el mismo hilo de voz, pero con la ilusión de hacerlo delante de un micrófono. Serafín, al igual que el presidente de la mesa y me temo que el resto de doctores, hace todo su discurso en catalán. Dado el débil hilo de voz y su emisión en catalán, me cuesta un gran esfuerzo poder entender algo. Apenas puedo distinguir la palabra patata. Pienso que al menos patata en catalán también es patata. Pienso que la patata de Serafín es tan débil que poco se podrá sacar de ella. El esfuerzo auditivo comienza a producirme alteraciones visuales. El presidente del tribunal me resulta borroso mientras que el resto no.

Pienso que cómo es posible que solo el presidente del tribunal se me represente borroso. De nuevo oigo la palabra patata. Guiño el ojo izquierdo y veo al presidente normal. También veo a los otros doctores del tribunal con un aspecto normal. Guiño el ojo derecho y veo a todos los doctores normales pero el presidente vuelve a aparecer borroso.

Mi nerviosismo se acrecienta. Pienso que si el día de mi lectura veo al presidente borroso, mis nervios se alterarán sobremanera y me podré marear. Pienso que si encima aparece un político de renombre, el mareo está asegurado. Comienzo a sentir presión en la vejiga. Pienso que a pesar de haber ido al baño en la facultad, el café que me tomé en la cafetería era un vaso muy grande y que eso me va a incomodar. El doctorando Serafín, después de pronunciar unas cuantas patatas más, parece que da por finalizada la lectura de su tesis. Compruebo que ha estado 35 minutos susurrando cosas sobre el cultivo de la patata entre 1820 y 1823. Pienso que todos los doctores del tribunal parecen tener una considerable edad y que no han podido oír nada de lo que decía Serafín. El presidente, ahora con su aspecto normal recuperado, comienza a dar la palabra al resto de doctores. Pienso que el presidente será presidente pero es de un tamaño que roza el enanismo. Pienso que es el único que porta corbata. Pienso que la corbata forma parte de los trucos por él empleados para compensar su deficiencia en la estatura. La palabra pasa al doctor que está situado a la derecha del estrado. Comienzo a sentir un mareo más intenso. La imagen de verme en aquel maldito pupitre intentando discernir lo que ese doctor dice me resulta angustiada. Imagino que no voy a entender nada de lo que me dicen los doctores del tribunal. Imagino que me pongo a escribir cosas en el papel para dar la sensación de que estoy escuchando las réplicas de los doctores del tribunal. El doctorando Serafín apunta con entusiasmo. La cara de Serafín es impasible. El doctor nº 1, está media hora soltando una perorata sobre el trienio liberal pero no he oído ni una sola vez la palabra patata.

El presidente da paso al doctor nº 2. Mi nerviosismo sigue en aumento por representarme en la situación de Serafín. El Doctor nº 2 acaba de decir algo sobre la “patata mursiana”. El político famoso no se mueve de la silla. Delante de mí hay una persona que me impide mirar directamente a la cabeza del político famoso, que se encuentra justo dos filas por delante, pero en la línea visual que intercede dicha persona inoportuna. Me inclino a la izquierda para ver la nuca del político famoso. Me inclino a la derecha para comprobar qué tal se ve esa misma nuca desde ese ángulo diferente. Compruebo que para controlar la cabeza del político famoso es mejor que me incline a la izquierda. El nerviosismo hace que tanto la presión en la vejiga como la sensación de mareo aumenten. Intento relajarme, pero sin llegar a visualizar el pantano. Inclino la cabeza hacia abajo y observo solo el respaldo de la silla que tengo delante. Esto me relaja. Recuerdo el día del seminario de la Web 2.0 y mi bajada de cabeza. Pienso que los doctores pueden estar mirándome y pensar que me he dormido. No quiero repetir la experiencia del seminario de la Web 2.0. Decido quitarme las gafas. Pienso que los doctores no saben que tengo 14 dioptrías en cada ojo y que no veo absolutamente nada. Pienso que con las gafas quitadas se me alivia la sensación de mareo pero no la presión en la vejiga. Pienso que en esa situación no voy a poder aguantar hasta el Doctor nº 5, y muchos menos luego toda la contestación del doctorando Serafín a los doctores. A pesar de no ver nada debido a la retirada de gafas, deduzco que el presidente, ahora solo intuido, pasa la palabra al Doctor nº 3. Me pregunto por qué todos estos doctores, y el doctorando Serafín, tienen que hablar con ese hilo de voz casi imperceptible. Me pregunto si hablar de esa forma es condición “sine qua non” en toda lectura de tesis doctorales. Ya no me preocupa intentar distinguir la palabra patata en el discurso del Doctor en posesión de la palabra.

No me importa lo que piense el Doctor nº 3, sin embargo no me levanto para ir al baño. Pienso que la situación es ya insoste-

nible. Pienso que el día de mi lectura no tengo que tomar ningún café en la cafetería de la universidad. Pienso que el día de mi lectura tengo que acordarme de pasar por el baño justo antes de comenzar mi intervención. Pienso que si esta situación que ahora padezco se diera el día de mi lectura podría ser bochornoso. Me imagino interrumpiendo al Doctor en posesión de la palabra para decirle que lo deje un poco porque tengo que ir al baño. Me imagino que tendría que poner excusas acerca de problemas con la próstata. Pienso que si además me mareo tendré que poner excusas acerca de mis gafas con prismas. Pienso que la mejor manera de evitar mareos sería leer mi tesis sin gafas. Pienso que además yo no voy a leer como esta haciendo el doctorando Serafín, sino que hablaré de memoria. Pienso que aunque este acto se llame lectura y defensa de la tesis, yo no leeré nada. Pienso de todas formas que hablar sin gafas es peligroso porque no sabré a quien dirigir la mirada. Pienso que cuando ellos me hablen no sabré donde mirar. Pienso que mirar siempre al techo puede ser tomado como una falta de respeto y no me aprobarán la tesis. Pienso que pasar ese trance sin gafas no es buena idea. Sustituyo la imagen de mi persona defendiendo la tesis sin gafas, por otra de mi persona defendiendo la tesis con un parche en el ojo derecho. Pienso que el parche en el ojo derecho me proporcionaría la visión suficiente para poder mirar al doctor adecuado, pero sin sufrir los mareos que me causa mirar con los dos ojos.

El Doctor 4º está hablando y yo no he sido consciente del momento que ha recibido la palabra del 3º, o mejor dicho del presidente. Pienso cómo es posible que un simple trienio dé para tanta perorata. Pienso que llevamos más de dos horas aquí encerrados escuchando susurros en catalán. Me inclino a la izquierda para controlar la nuca del político famoso. Compruebo que el político sigue en su sitio. Decido tomar una decisión tajante. Sin importarme lo que puedan pensar todos los doctores y en especial el nº 4, que tiene en este momento la posesión de la palabra, me levanto y comienzo a pedir perdón a todas las personas que obligo

a encogerse para dejarme pasar. Después de cinco perdones, logro llegar al extremo de la fila y alcanzar la libertad. Una vez fuera no me cuesta ningún esfuerzo recordar el lugar donde se encontraban los baños que me había indicado aquel trabajador tres horas antes. Ya más tranquilo, incluso menos mareado, me enfrento al vergonzoso momento de volver a entrar en la sala de lecturas, sabiendo que todos los doctores al verme pensarán de forma simultánea y homogénea en el lugar de donde vengo.

Decido no volver a pedir los cinco perdones necesarios para alcanzar mi anterior silla, y lugar donde he dejado mi pequeña mochila y mi agenda. Afortunadamente encuentro varias sillas libres en la primera fila de la sala según se entra a la misma. Compruebo que desde esa distancia mi vista se comporta de forma más aceptable. Compruebo que el doctorando Serafín sigue hierático en su pequeño asiento de acusado.

Por fin llega el turno del Doctor nº 5 y presidente del tribunal. Me sorprende comprobar que a pesar de su problema con la estatura, es el Doctor que más fuerte habla y al que la falta de megafonía no le afecta considerablemente como al resto. Pienso que como es tan bajito debe hacerse notar con la voz. Relajado y pudiendo entender algo más que a los anteriores doctores, me cercioro de que allí todo el mundo ha ido a hablar sobre la política de la patata. Pienso que dado lo excelso de la huerta murciana es una lástima que allí nadie exponga diferentes recetas vegetarianas con la patata como eje central de las mismas.

Deduzco de todo esto que debo cuidar una serie de asuntos básicos de cara a la lectura de mi tesis, si no quiero verme sometido a situaciones muy poco recomendables en un acto académico de estas características. Refuerzo una vez más la teoría de que las situaciones estresantes afectan a mi visión. También compruebo que esas mismas situaciones afectan por igual a mi vejiga, pero esto puede tener más fácil solución con unas simples medidas preventivas.

Finalmente al doctorando Serafín, después de unos minutos de deliberación del tribunal, le dicen que ha obtenido un “apto”. Al ver la cara de decepción de Serafín quizás por no haber obtenido un “cum laude”, uno de los doctores del tribunal, le consuela explicándole que ahora solo te dan apto o no apto. Pienso que Serafín se queda algo compungido.

20 de mayo. 16 horas 32 minutos

Decido retomar este diario después de unos días de ausencia terapéutica. Hoy puedo dedicarle algún tiempo pero ya con las nueve copias en blanco y negro y con gusanillo, en mi poder. Me impresiona un poco ver tanto folio escrito por mí. Tengo que hacer un ejercicio de modestia y repetirme que solo es un tomo y que los otros ocho tomos son copias. Me decepciona un poco este ejercicio de modestia, porque en realidad me hubiera gustado escribir una tesis de 5.940 páginas y no solo de 660, contando la portada.

Ante la insistencia pragmática de Ella, de que repasara hoja por hoja la tesis para ver si no han introducido alguna hoja en blanco, al revés, salto de página, o similar, decido someterme a dicha tortura. Después de 73 páginas soy consciente de que estoy contando mecánicamente sin fijarme en el orden correlativo de los números. Vuelvo hasta la página 37, sin ningún motivo especial sino únicamente porque es 73 al revés. Soy consciente de que es posible que comenzara a contar automáticamente antes de la hoja 37. A pesar de mi consciencia decido volver solo a la hoja 37. En la hoja 102 vuelvo a ser consciente de mi paso automático de hoja tras hoja, sin fijarme en el orden correlativo de los números. Decido no volver a ningún sitio y continuar. Al llegar a la mitad, es decir a la hoja 330, decido parar e ir a por un vaso de agua. Pienso que pasar tanta hoja produce sed. Pienso que mi vista está aguantando bastante bien el paso de hojas sin llegar a producirme ningún mareo de importancia, sino tan solo algún picor de ojos de poca monta. En cualquier caso he debido quitarme las gafas y frotarme los ojos en tres ocasiones. Con el vaso de agua en la mesa y habiendo bebido un buen trago del mismo, decido continuar contando hojas. Mientras me dedico al recuento de los folios, pienso que cualquier mal movimiento podría tirar el vaso encima del ejemplar. Pienso que eso significaría tirar a la basura más de 30 €.

Esa angustia me hace beber otro trago de agua, momento en el que una gota salida de no sé que parte del vaso decide caer en un extremo de la hoja 345. Sin reaccionar ante el suceso me quedo mirando el efecto que la gota ha causado en la hoja 345. Decido reaccionar y poner la mano encima de la gota para ver si la absorbe de alguna manera. El daño que ha causado es irreparable aunque solo ha afectado a ese folio, es decir a las hojas 345 y 346. Pienso que como uno de los 9 tomos es para mí, será mejor que éste sea el que se quede conmigo.

Después de este altercado mantengo más precisión en el paso de hojas y no vuelvo a beber ni un solo trago de agua. Termino la exploración del ejemplar de la tesis sin haber encontrado ni una sola hoja mal colocada o en blanco. Decido dar por buenos los otros ocho ejemplares. Pienso que después de comprobado el buen estado de las copias, debería seguir investigando en mi terapia regresiva para intentar aportar nuevos datos a este diario. Como hoy es un día tranquilo creo que puede ser buena idea someterme a una súper regresión, en lugar de seguir analizando los posibles agentes patógenos existentes en la habitación donde practico las respiraciones yóguicas.

Para poder realizar una súper regresión prefiero no visualizar el pantano, además la última aparición del hombre vendedor de Klinex del semáforo nº 3, me hace sentirme inseguro. Creo que si durante la relajación previa a una súper regresión apareciera el vendedor de Klinex con su gorra roja me evocaría el semáforo nº 3 de cada mañana justo antes de llegar al trabajo, y arruinaría la efectividad de la súper regresión.

Decido visualizar mi cuerpo lleno de luz. Comienza a salir luz de mi pecho. La luz no es muy fuerte pero es luz. Consigo que la luz llegue a los brazos y posteriormente a las manos. Incluso hay luz en las puntas de todos mis dedos. Espero un poco a que la luz se estabilice, porque parecía que todo se iba a apagar. Con la luz estabilizada decido seguir de cintura para abajo. Toda la luz se extiende pero no pasa a la pierna izquierda. La pierna izquierda se

queda sin iluminar. Me preocupa que ahora el resto del cuerpo se apague. Procedo a reforzar la luz de arriba. La pierna izquierda insiste en no iluminarse. Tengo que decidir si seguir adelante con la súper regresión o cortar el proceso. Pienso que todo está en calma y que aun con la pierna izquierda sin iluminar puede ser factible proceder a la súper regresión. Estoy paseando por una calle. O quizás no es una calle sino un parque... no lo puedo saber. Llevo pantalones cortos y un gran chupete de goma en la boca. Estoy tranquilo. Quizás estoy contento. No, creo que contento no, solo tranquilo. Alguien me acompaña por la calle, pero no veo a nadie. Hay una persona grande junto a mí. Solo le veo las piernas, es un hombre alto con pantalones grises. Se agacha y me dice que me va a quitar el chupete. Le miro asombrado. Su cara es grande y algo rojiza. Sé que se llama como yo, J., pero todos le llaman Padre J. El padre J. se vuelve a agachar y me dice que tire ese chupete que ya soy muy mayor para llevar chupete. Me quito el chupete con la mano derecha y le digo con tono enfadado al Padre J., que tengo 4 años y que ese es mi chupete, y que no voy a tirarlo a ninguna parte. El padre J. vuelve a agacharse y me dice que si no lo hago yo lo hará él. Comienzo a pensar que el padre J. es un imbécil, a pesar de llamarse como yo. Pienso que aunque soy el único niño de la clase que lleva chupete, eso a mí no me importa y que yo quiero mi chupete de goma. Pienso que no es el hecho de chuparlo, sin que quiera al chupete en sí. El padre J. ajeno a las cosas que pienso, decide agacharse de nuevo y me pega un tirón del chupete de goma. El padre J. consigue arrancarme mi chupete. Me irrito y le insulto, aunque sé que con 4 años no sabía insultar. También quiero matarle pero con 4 años no me atrevía a matarle. El padre J. se guarda el chupete de goma en un bolsillo, mientras pienso que luego me dará asco volver a metermelo en la boca. No puedo sacar mi ira, no puedo insultar al Padre J. ni matarle, la angustia va creciendo, y el chupete sigue en el bolsillo de su pantalón mientras continuamos andando. Me estoy

poniendo colorado... prefiero dejar esta súper regresión debido al estado de ansiedad que me está originando.

Voy a por un vaso de agua para tranquilizarme. Una vez relajado, procedo al análisis de esta súper regresión. A pesar de creer que el comportamiento del Padre J., fue éticamente reprochable, pienso que el privarme de aquel gran chupete de goma, no es probable que dejara secuelas en mi visión. Pienso que en la visualización de mi súper regresión ya tenía gafas, aunque no lo haya dicho mientras visualizaba el suceso. Pienso que cuando el Padre J. me quitó el chupete ya hacía más de un año que llevaba gafas. Por lo tanto hemos de aislar este suceso y no relacionarlo con mis problemas de visión actuales.

Creo que será mejor proceder a otra súper regresión por si apareciera algo de interés. Ahora no puedo abandonar esta técnica terapéutica ya que el día parece propicio para someterme a ella. Visualizo mi cuerpo emitiendo luz. Comienzo por la cabeza. La luz se extiende sin problema por el resto del cuerpo a una velocidad sorprendente. Me asusto ante tanta luz. Decido abrir los ojos. Creo que ha sido una estupidez abrir los ojos ahora que tenía todo el cuerpo iluminado. Vuelvo a cerrarlos y comienzo a visualizar la luz en mi cabeza. Esta vez avanza más despacio. Parece que las manos se niegan a ser iluminadas. Decido continuar con el resto del cuerpo y dejar que se convencen por sí mismas. Cuando llego a los pies, tanto izquierdo como derecho, me doy cuenta que las manos ya se han convencido y están iluminadas. Estoy con mi gran chupete de goma sentado en un rincón de la clase. Todos los otros niños están haciendo la clase normal, mientras oigo a un niño que dice a la Hermana Gregorio que qué suerte tengo yo por estar aparte jugando con unos juguetes. Veo unos juguetes de madera. Son figuras que debo juntar y encajar... no recuerdo... lo veo todo borroso... sé que alguien me ha dicho que me han dilatado las pupilas y que estaré toda la mañana viendo borroso. Oigo que el resto de los niños aprenden a contar con los dedos. Mientras miro una especie de caballo de madera borroso, pienso que

yo no sé contar con los dedos de la mano. Veo que llevo un batín a rayas azul claro. Se vuelve borrosa esta visualización y aparezco otro día en la misma clase. Ahora no estoy jugando con figuras borrosas de madera. Estoy con el resto de niños. No sé que ha pasado pero Sor Gregorio parece enfadada. Sor Gregorio se dirige a mí. Pienso que Gregorio es nombre masculino pero que aquella monja era Sor Gregorio y no Sor Gregoria. Sor Gregorio se planta delante de mí y me coge de un brazo. Sor Gregorio me lleva a un rincón de la clase y me enseña una papelera vacía. Oigo un extraño silencio en toda la clase. Sor Gregorio me dice que me meta dentro. Yo no hago caso a Sor Gregorio y me quedo quieto. Sor Gregorio a pesar de ser vieja y enjuta, me coge en volandas y me mete dentro de la papelera de madera. Pienso que la madera me persigue en mi infancia. Pienso que al menos las gafas no eran de madera. Oigo risas del resto de los niños. Sor Gregorio riñe al resto de los niños por reírse. Sigo sin saber por qué me ha metido dentro de una papelera. Sigo mucho tiempo dentro de la papelera y la angustia crece... de nuevo paro la regresión ya que el sudor invade mis manos.

Pienso que a pesar de haber sido angustiosas las dos súper regresiones, al menos la última puede que ofrezca algún dato de interés. Pienso que quizás la monja Sor Gregorio tenga algo que ver en mis problemas de visión actual. Pienso que la papelera también puede tener algo que ver. Pienso que el próximo día 22, es decir dentro de dos días, tengo cita con un nuevo oftalmólogo. Pienso que quizás sea buena idea hablarle al nuevo oculista de Sor Gregorio.

Son las 17 horas 40 minutos. Debo dejar estas anotaciones porque a las 18 horas 30 minutos Ella termina un curso intensivo de dos días, organizado por el mismo fotógrafo que dirige el curso de fotografía en la huerta. El lugar donde realizan el curso está a más de 30 minutos de viaje. Creo que este curso intensivo iba a centrarse en la macrofotografía de la manzana Reineta. Creo que este fotógrafo es un apasionado de la manzana Reineta. Pienso

que la manzana Reineta ya casi no puede encontrarse y que este curso puede ser una gran oportunidad que Ella debe aprovechar.

19 horas 17 minutos. Ya hemos vuelto. Quiero apuntar alguna cosa más en el diario. Siento algo de decepción porque no me ha traído ninguna manzana Reineta. Ella dice que después de hacerles las fotos se las han comido todas. Ella también viene un poco decepcionada. Me dice que no ha dormido muy bien. Que no había ninguna luz en el barracón donde les hacían dormir a todos. Que con su pánico a la oscuridad no ha pegado ojo. Que al principio encendía y apagaba la linterna de leds que yo le puse en la mochila. Que después de unos cuantos encendidos y apagados de la linterna de leds, comenzó a escuchar carraspeos de alguno de los concurrentes al curso, que se conoce no podía dormir a causa del parpadeo de la linterna de Ella. Me dice que después se metió del todo en el saco y encendió dentro la linterna de leds, pero que al cabo de diez minutos comenzó a tener sensación de asfixia. Me dice que al final abrió el saco, apagó la linterna y no pudo dormir. Le digo que quizás debería escribir un diario terapéutico y someterse a alguna regresión. Le digo que me podía haber guardado al menos una manzana Reineta. Me dice que por la noche apagaban el grupo electrógeno y no se podía ver nada, y que ella tiene pánico a la oscuridad. Pienso que esa no es razón para no traerme ninguna manzana Reineta. Me dice que tampoco ha comido casi, porque allí nadie salía para ir a cualquier bar del pueblo más cercano para comer algo. Me dice que todos sacaban sus fiambreras con ensaladas, tortillas, filetes empanados... etc. Me dice que solo ha comido manzanas Reineta. Pienso que la pobre ha hecho bien en no traerme ninguna manzana Reineta y habérselas comido todas. Le digo que por favor al menos me enseñe las macrofotografías de las manzanas. Me dice que sí pero que primero tiene que ir al baño porque en los dos días no ha podido ir, ya que los baños estaban en una caseta alejada de la casa principal y que cuando volvían del manzanar, ya era de noche, con lo que su pánico a la oscuridad le impedía ir al baño. Le digo

que con su linterna de leds podría haber ido. Me dice que a esa caseta no iba ni con linterna de leds, ni con linterna de ningún tipo, en mitad de la noche.

Comenzamos la visión de las macrofotografías. Me alegra ver las manzanas Reineta. Me da la sensación de olerlas. Casi sufro una regresión por oler las manzanas Reineta, pero paro a tiempo el proceso porque no es momento para regresiones. Algunas manzanas tienen gusanos. Con el objetivo macro se ve la cabeza del gusano saliendo. Casi todas las manzanas tienen agujeros de gusano. Es quizás por eso que casi viajo en el tiempo. Le pregunto que por qué todas tienen gusanos. Me dice que era un huerto ecológico. Que aunque tenían gusanos también tenían mucho sabor. Vuelvo a pensar en las manzanas Reineta que me comía en mi adolescencia. Me dice que no le gustan sus fotos. Le digo que a mí sí me gustan. Pienso en los gusanos. Pienso que siendo vegetariano es un riesgo comer manzanas con gusano, incluso manzanas Reineta. Creo que estoy contento por el hecho de que no haya traído ninguna manzana.

22 de mayo. 19 horas 27 minutos

Hoy ha sido un día decisivo para dilucidar el origen de mis dolencias visuales. Después de lo sucedido hoy podré poner en orden todo lo acontecido y escrito en este diario, para luego sacar las conclusiones oportunas y tomar las decisiones más convenientes. Pero antes de comenzar a reflejar aquí los acontecimientos del día de hoy, creo conveniente regresar a las últimas horas de ayer, sin que esta mini regresión suponga la necesidad de visualizar el pantano para conseguir la relajación controlada.

Todo ha ido ocurriendo a gran velocidad, por lo que pienso que verdaderamente el poder terapéutico de este diario está dando sus primeros frutos. Recuerdo que ayer le convencí a Ella para ir a un hipermercado a realizar una compra, dada la escasez de productos alimenticios de los que disponíamos. Ella no parecía tener muchas ganas, pero accedió finalmente. Recuerdo que en mi mente estaba la idea de conseguir por fin alguna manzana Reineta, aunque no le confesé mi verdadera intención. Recuerdo que una vez en el hipermercado, y sin el menor conato de ataque de pánico, comenzamos a acaparar productos para la casa. Ella decidió anteponer a los productos alimenticios otros de diferente carácter, como alguna planta de pequeño tamaño, un regalo para la sobrina de una amiga, algún producto de cosmética, algún producto de lencería, algún producto para el baño, mientras pienso que ya llegará el turno de las manzanas, mientras pienso que quizás podría ir yo adelantándome, para localizarlas y luego hacerme el encontradizo. Poco a poco llegamos al espacio de frutería. Hacemos acopio de frutos secos, de naranjas valencianas, de clementinas valencianas, de plátanos colombianos (recuerdo que los canarios estaban pasados y eran más caros), de tomates para ensalada, de tomates en forma de pera y... de manzanas. Recuerdo que vi cómo Ella se acercaba al carrito con una bolsa de manzanas cualquiera. Le miré con cara de imbécil y le pregunté si esas

manzanas le gustaban. Ella me dice que sí, yo le digo que quizás no sean buenas, Ella me dice que sí son buenas, yo le digo que quizás haya de otro tipo mejor, Ella me dice que mire, yo me dirijo al espacio de manzanas y las veo allí en un apartado especial para ellas solas. Nada más verlas supe que eran Reineta. Con su aspecto sucio. Con su esfericidad aplanada. Las huelo y pienso que sin embargo carecen de su olor característico. Me da igual la carencia de olor, y se las llevo a Ella. Le digo que he encontrado manzanas Reineta. Me dice que ya ha cogido las otras. Le digo que podemos llevar de los dos tipos. Me mira un segundo en silencio y decide coger las manzanas Reineta y ponerlas en el carrito. Pienso que el objetivo está cumplido. Pienso que antes que se dedique a hacerles fotos me comeré alguna que otra. La compra sigue sin problemas pero ya carece de interés su exposición en este diario. Recuerdo eso sí, que en el momento de pagar en la caja, la cajera comenzó a pasar los productos por el detector del código de barras para luego arrojar dichos productos al extremo de la bandeja donde se arrojan una vez chequeados. Recuerdo que la cajera tenía demasiada destreza y el género iba saliendo disparado, una cosa detrás de la otra, a un ritmo frenético. Comienzo a ponerme nervioso. Tengo miedo de que los nervios me traicionen y acabe mareándome. Al levantar la cabeza por un instante compruebo que Ella tiene cara de sapo. Creo que la cosa va a estallar. La cosa estalla y Ella comienza a hablar en voz alta, diciendo que antes las cajeras metían los productos en las bolsas, que antes era mucho mejor, que antes se podía comprar en ese hipermercado pero que ahora ya no merecía la pena. Mientras, yo sigo metiendo productos en las bolsas a un ritmo mucho más lento que el de la cajera arrojándolos. Ella también introduce cosas en las bolsas pero su ritmo tampoco consigue compensar al de la cajera. Después del monólogo en voz alta de Ella, la cajera reduce la velocidad de arrojar el género y poco a poco se equilibran las dos partes: la parte de la cajera y la nuestra. Al salir del hipermercado Ella siente angustia vital por el trato al que las cajeras nos some-

ten recientemente. Pienso que estamos en una dictadura de cajas de hipermercados. Pienso que de todas formas tengo unas cuantas manzanas Reineta.

Creo que la reaparición en mi vida de estas manzanas, es toda una señal de que está a punto de ocurrir un cambio importante, gracias al cual pueda conseguir el equilibrio físico que mi cuerpo requiere. Esto lo corroboran los hechos ocurridos en mi visita a mi nuevo oftalmólogo.

Recuerdo que mi cita estaba concedida para las 12 horas 40 minutos. Recuerdo que me presenté a las 12 horas 30 minutos. Al llegar me recibe un secretario. Pienso que es secretario porque no lleva bata blanca, por lo que no creo que sea enfermero. El secretario atiende a otras personas. La sala de espera está a reventar. Pienso que si está a reventar será porque este oftalmólogo es de primera categoría. No sé el nombre del secretario. Nadie le llama por su nombre. Su aspecto me parece anodino y no encuentro ningún rasgo físico por el que definirle. Pienso que solo puedo llamarle secretario. Me mira con cara un tanto de alfiler, y me dice que la cosa va muy retrasada. Pienso que aunque la cosa vaya retrasada no me importará demasiado. Le pregunto que cuánto de retrasada va la cosa. Me dice que como tres cuartos de hora. La cosa me sorprende y decido preguntarle al secretario que a qué hora le parece que debería volver. El secretario me contesta que a las 13 horas 30 minutos. Pienso que eso significa una hora de retraso y no tres cuartos de hora. Pienso que quizás tenga razón en los tres cuartos de hora si tenemos en cuenta las 12 horas 40 minutos que era la hora real de la cita. Pienso que debería comerme un bocadillo de tortilla con queso. Pienso que llevo tres días seguidos teniendo que ingerir ibuprofeno debido a los conatos de migraña. Pienso que hoy ya comienzo a notar ciertas molestias en el ojo izquierdo, síntoma inequívoco de que más tarde vendrá el conato de migraña, y después finalmente la migraña. Pienso que en bastantes ocasiones el conato de migraña se queda solo en co-

nato gracias a la ingestión importante de comida. Decido salir de la sala llena de gente con gasas secándose los ojos. Pienso que parecen un conjunto de plañideras. Pienso que seguramente me darán a mí también algunas de esas gasas. Pienso que seguramente serán nuevas y no me pasarán gasas usadas y mojadas en los ojos de otros.

Encuentro pronto un bar donde pedir un bocadillo de tortilla con queso. Al entrar compruebo que tienen la televisión encendida. Enseguida me atiende una camarera de aspecto agradable. También enseguida le pido un bocadillo de tortilla con queso y una caña. Como es lógico llega primero la caña. Observo que en la televisión están dando las noticias locales. Compruebo que están dando la noticia de una cacerolada promovida por el colectivo de fotógrafos en protesta por la subida del precio en los artículos de fotografía. Recuerdo que por la mañana, mientras desayunábamos, Ella me comentó lo de la cacerolada. Recuerdo que me dijo que no estaba muy convencida de la justificación de esa cacerolada. Recuerdo que le dije que en lugar de una cazuela llevarse la tapa de un bote. Recuerdo que le dije que así daría a entender su poca convicción en el asunto. Mientras, comienzan a aparecer imágenes en la televisión de la protesta. Decido soltar la caña de mi mano. Comienzo a buscar entre los fotógrafos con cazuelas. Detecto la imagen de Ella. Me ilusiona verla en la tele. Le enfoca el cámara que está cubriendo la noticia. Aparece su cara en la pantalla. Al instante el cámara comienza a descender hasta llegar a sus manos. Momento donde compruebo que me ha hecho caso y se ha llevado la tapa de un bote, la cual está golpeando con una cucharilla de café. El cámara decide enfocar la tapa. Compruebo que la tapa es la tapa del bote de mi polen de abejas. Pienso que el polen se pondrá húmedo y rancio sin su tapa. Pienso que de todas formas Ella ha hecho bien llevándose la tapa. La camarera me trae el bocadillo. La noticia de la cacerolada desaparece del televisor. Decido dejar de mirar la televisión. Pienso que antes de comenzar a comerme el bocadillo podría ser buena idea coger un

periódico del día. Pienso que con periódico como más lento y así el bocadillo de tortilla con queso me durará más. Compruebo que en la mesa de al lado hay un periódico local que no tiene lector. Cojo el periódico y comienzo a comerme el bocadillo con tranquilidad. Después de una serie de noticias anodinas encuentro una que me incomoda un tanto. La noticia dice que el Ayuntamiento se ha gastado 500.000 € en la colocación de seis sanitarios. Pienso que es una estupidez gastarse todo ese dinero en seis sanitarios. Pienso que si la gente que va por la calle necesita hacer de mayores o de menores, pueden ir a cualquier bar para hacerlo. Pienso que me parece una cochinateda colocar seis sanitarios en mitad de la calle. Compruebo que esa noticia me ha producido incomodidad y que me estoy comiendo el bocadillo con más velocidad de la correspondiente a un bocadillo de tortilla y queso comido mientras leo un diario local.

Decido saltar de noticia antes de acabar la de los seis sanitarios. Encuentro una de apariencia bastante interesante. Compruebo que se trata de un artículo en el que se dice que la NASA pronostica para este año fuertes tormentas solares. Compruebo que aunque las tormentas más fuertes serán a finales de año quizás se podría estar recibiendo ya una mayor radiación solar en la Tierra. Noto que el bocadillo se me atasca en la garganta. Decido beber con fruición la cerveza del vaso, pero dejando la suficiente para el resto de bocadillo. Pienso si mis problemas visuales no tendrán que ver con el aumento de radiación solar que estamos recibiendo en la Tierra. Pienso que ahora debería comentar a mi nuevo oftalmólogo dos cosas y no solo una, a saber: lo que me ocurrió con Sor Gregorio y el aumento de radiación solar en el planeta. Pienso que ambos datos pueden ser de importancia para mi nuevo oftalmólogo. Una vez enterado de esta situación cósmica, continúo leyendo el periódico local. Compruebo que la primera mitad del bocadillo está tocando a su fin. Antes de comenzar la segunda mitad del bocadillo me topo con una noticia de especial interés. Recuerdo que el titular decía lo siguiente: “Sorprenden a un indi-

gente saltando por las tumbas del cementerio con una maleta”. Pienso inmediatamente que ese comportamiento puede ser el comienzo de otros. Pienso que ese comportamiento, así como los otros que acabo de pensar, podrían estar originados en el aumento de radiación solar que estamos recibiendo en el planeta. En la misma noticia se podía leer que una vez capturado por la policía el saltimbanqui de tumbas, aquel se puso violento y la arremetió contra el coche policial, el cual sufrió diferentes daños. Pienso que esta agresión hacia el coche policial puede ser la prueba de que ese pobre hombre ha recibido por alguna extraña circunstancia, un exceso de radiación solar. Pienso que la policía debería tener esto en cuenta, por la posibilidad de que comiencen a proliferar casos de saltimbanquis de tumbas, o similares.

Decido comenzar a comerme la segunda mitad del bocadillo de tortilla con queso. Decido antes dar otro sorbo de cerveza controlando perfectamente la cantidad restante. Pienso que es muy triste acabarse la cerveza antes que el bocadillo, y tener que terminar el bocadillo sin cerveza. Pienso que además pedir otra caña para solo un tercio de bocadillo es todo un despilfarro y la consecuencia de no haber sabido administrar los tiempos de comer y beber.

Después de varias hojas de periódico local sin noticias de interés, y con el bocadillo de tortilla y queso ya en las últimas, me vuelvo a topar con otra noticia que llama poderosamente mi atención. Después de una primera lectura del titular, y ante mi sorpresa, decido volver a leer el titular. Compruebo que el titular dice que han juzgado a un mecánico por herir a otro en el ano con un compresor de aire. Decido seguir leyendo sin pararme a pensar en posibles orígenes de ese comportamiento y sin poder dar otro mordisco a mi bocadillo. Me entero que el acusado ha dicho en el juicio que solo fue una broma. Me entero que la víctima (el otro mecánico) sufrió graves lesiones internas y desgarros. Me entero que el disparo con la pistola del compresor de aire le rompió el pantalón y el aire se introdujo en el interior de su cuerpo. Me en-

tero además que tuvieron que operarle (al mecánico atacado con la pistola del compresor de aire) y reconstruirle el ano. Y me entero también que le detectaron aire en el tórax, en el hiato, en el espacio lumbar, en el sacro y en los muslos de la cadera, y que el aire permaneció tres meses en su cuerpo.

Decido dejar de leer el periódico. Decido devolverlo a la mesa donde estaba sin lector. Decido acabarme el currusco del bocadillo que todavía me quedaba sin ingerir y apurar los restos de cerveza que restaban en el vaso. Mientras me recupero del aturdimiento que esta noticia me ha causado, logro pedirle un cortado descafeinado de máquina a la camarera de aspecto agradable.

Todo se convulsiona en mi mente, mientras, miro el teléfono móvil para comprobar la hora y asegurarme que no se me pase la cita oftalmológica. Pienso asombrado que el mecánico del compresor me ha abierto los ojos. Pienso que todo estaba fraguándose desde la aparición de Sor Gregorio en mi última regresión, y la recuperación en mi vida de las manzanas Reineta. Pienso que efectivamente mis problemas visuales tienen su origen en el aire que retengo en mi cuerpo mediante las respiraciones yóguicas. Pienso que como en el análisis de los posibles elementos patógenos existentes en la habitación donde practico dichas respiraciones, no llegué a analizar mi propio cuerpo, no había sido consciente del verdadero origen del problema. Pienso que la práctica de Jalandhara Bandha puede tener la culpa. Pienso que con el Jalandhara Bandha retengo el aliento y contraigo el ano. Pienso que la retención del aliento ha podido dejarme aire por el cuerpo. Pienso que la contracción simultánea del ano ha podido potenciar la expansión del aire en mi cuerpo. Pienso que el aire ha llegado a mi cerebro y/o a mis ojos, y ha podido afectar a mi capacidad visual. Pienso que si al mecánico agredido le quedó aire en los muslos de las caderas durante tres meses, por qué no voy yo a tener aire en los ojos o en el cerebro por culpa del Jalandhara Bandha. Pienso que en las respiraciones yóguicas realizo otros

ejercicios con retención de la respiración y contracción del ano. Pienso que sin embargo en esas retenciones no aplasto mi barbilla contra el tórax. Pienso que la combinación de las tres cosas, barbilla aplastada contra el tórax, contracción del ano y retención de la respiración durante 30 segundos, puede haberme causado problemas en la visión. Pienso que al mecánico agredido con el compresor de aire también le quedó aire en el tórax durante tres meses.

Compruebo que la camarera no me ha traído el cortado descafeinado de máquina y que la hora de la cita con mi nuevo oftalmólogo está ya muy cerca. Decido buscar a la camarera con la mirada. Decido mirarla con cara de sapo. Compruebo que la camarera ha entendido el significado de mi mirada de sapo y me gesticula algo que yo entiendo como “perdone usted caballero, pero ahora mismo le llevo su cortado”. Compruebo que su gesticulación quería decir exactamente eso porque inmediatamente me trae el cortado descafeinado de máquina y me pide perdón añadiendo en un acto de sinceridad que se le había olvidado. Compruebo con alegría que junto con el cortado ha venido una galletita. Decido tomarme el cortado y la galletita con cierta rapidez dada la cercanía de la cita, mientras pienso que ahora ya son tres cosas que debería comentarle a mi nuevo oftalmólogo, como son mis recuerdos de Sor Gregorio, el aumento de la radiación solar en el planeta, y la acumulación de aire en mi cuerpo. Mientras mastico el último trozo de galletita pienso en Gregorio, el personaje principal del libro de Kafka “la Metamorfosis”. Inmediatamente realizo la asociación Sor Gregorio y Gregorio kafkiano. También realizo la asociación Kafka y Jalandhara Bandha, aunque súbitamente pienso que esta última asociación no tiene mucha base. Decido levantarme y pagar la consumición. Mientras pago pregunto por los baños. Una vez encontrado el baño masculino intento encontrar la luz. Reitero mi intento en múltiples ocasiones mientras pienso que suelo tener problemas para encontrar los interruptores de luz en los baños masculinos. Pienso además

que no tengo claro si el origen de este problema está en los interruptores o en mí. Finalmente localizo el interruptor y la luz se enciende. La posición del interruptor, en mitad del baño, me hace pensar que al menos en este caso el problema está en el interruptor, ya que hay que caminar a oscuras por la mitad del baño hasta encontrar el maldito interruptor. Ya con la luz encendida noto aire en mi cuerpo y decido expulsarlo inmediatamente. Una vez expulsado el aire pienso que si dejo de realizar mis respiraciones yóguicas quizás pueda llegar a expulsar todo el aire acumulado en mi cuerpo y corregir las alteraciones en mi visión.

Salgo del bar con optimismo.

Entro a la consulta todavía con optimismo.

El secretario sigue en su puesto. Me mira. Sin dejarle tiempo a que me diga nada le ofrezco la tarjeta de mi seguro médico. Después de fotocopiar la tarjeta de mi seguro me dice que me siente “aquí”. Yo decido ir a sentarme al lugar donde pensaba que estaba ese “aquí”. El secretario me dice inmediatamente que ahí no, que “aquí”. Me vuelvo y veo que su “aquí” era la silla que estaba situada junto a un aparato de medición óptica.

Todavía tengo que esperar un buen rato, con lo que la cosa se ha retrasado más de una hora. Intento evitar la somnolencia. Intento evitar dar cabezadas. Finalmente veo aparecer un hombre barbudo que parece ser mi nuevo oftalmólogo. El oftalmólogo barbudo gesticula a su secretario. El secretario me gesticula a mí. Yo entiendo que he de pasar a la consulta del oftalmólogo barbudo. Una vez dentro de la consulta y después de las presentaciones pertinentes, el oftalmólogo barbudo me dice que le cuente. Inmediatamente procedo a narrarle los hechos desde el mismo día del seminario sobre Web 2.0. Mientras relato los hechos compruebo que mi nuevo oftalmólogo adopta aires nerviosos e intranquilos. Presiento que no me va a dejar acabar de relatar los hechos. Presiento que no voy a poder hablar ni de Sor Gregorio, ni de las radiaciones solares ni del aire acumulado en mi cuerpo por culpa de la Jalandhara Bandha. Al pensar en la Jalandhara Bandha noto de

nuevo aire en mis intestinos, pero decido no expulsarlos ya que como no he podido todavía explicar los detalles de mi problema podría darse el caso de que el oftalmólogo barbudo no entendiera tal procedimiento aliviador.

Tal y como estaba presintiendo, mi nuevo oftalmólogo decide cortar de cuajo mi exposición de los hechos y decirme tajantemente que mis problemas no tienen pinta de ser oftalmológicos sino basculares o neurológicos. Ante tal interrupción, y no sin cierto sentimiento de ofensa por mi parte, decido replicarle que si arrugo mucho los ojos mis problemas se alivian. Noto que el oftalmólogo barbudo se queda callado por unos instantes y con cara de sorpresa. Inmediatamente me somete a una serie de pruebas. Posteriormente a las pruebas, decide que tienen que dilatarme las pupilas. En ese momento aparece Sor Gregorio en mi cabeza. Pienso que no quiero sufrir ninguna regresión en ese mismo instante. Pienso que Sor Gregorio no pinta ahora nada en la consulta. Pienso que no pienso hablarle a mi nuevo oftalmólogo de Sor Gregorio. El barbudo me impele a salir de la consulta. Salgo pero el barbudo me dice que coja mis cosas, es decir mi pequeña mochila de cuero. El secretario me dice que me siente “aquí”. Esta vez acierto y me siento en el “aquí” al que se refería el secretario. El tiempo pasa. En la televisión de la consulta hay un programa de cocina. Compruebo que están cocinando unos huevos al vapor. Pienso que para cocinar unos huevos al vapor no es necesario salir en un programa de televisión. El secretario viene hacia mí con unos botecitos. El secretario procede a echarme las susodichas gotas.

Prefiero ahorrarme el trabajo de escribir en este diario todo el proceso de tortura al que me han sometido el oftalmólogo barbudo y su secretario. Prefiero ahorrarme también todo el proceso posterior en el que, dado el estado de mis pupilas, tuve que deambular por las calles consciente del riesgo que corría de ser atropellado. Resumiré los detalles anotando que llamo a Ella con mi teléfono móvil. Digo a Ella que me han dilatado las pupilas y que

no puedo conducir en estas condiciones. Ella me dice que todos los compañeros que han asistido a la cacerolada ya se han ido y que ahora nadie la puede traer a la ciudad. Me dice que tendrá que coger el tren. Me dice que entre en un bar y que la espere. Decido entrar en un bar y esperar. Pido un agua con gas. Cojo el único periódico que puedo distinguir con mis pupilas dilatadas. Distingo que es un periódico de deportes. Me da igual porque no puedo leerlo. Me dedico a pasar hojas periódicamente para que la gente piense que lo estoy leyendo. Calculo la hora en la que Ella cogerá el tren. Calculo el número de páginas del periódico deportivo y el número de veces que tendré que pasar sus páginas. Calculo que Ella tardará una hora. Compruebo a duras penas que el periódico deportivo tiene 60 páginas. Deduzco que entonces tiene 30 hojas. Deduzco que por lo tanto tendría que leer una página por minuto, es decir por lo tanto tendré que pasar una hoja cada dos minutos.

Intento seguir el ritmo de paso de hojas que me he propuesto. Mientras pienso que el oftalmólogo barbudo después de dilatarme las pupilas y mirarme por una serie de aparatos concluyó que mis problemas son de tipo neurológicos o vasculares. Pienso que para deducir todo eso no había hecho falta torturar mis ojos. Pienso que al final no he podido comentarle nada de Sor Gregorio ni del resto de supuestas causas patógenas. En cualquier caso, el ánimo que los hechos cometidos por el mecánico del compresor de aire me han infundido, hace que me sienta optimista y que afronte el futuro con la determinación de eliminar el aire de mi cuerpo. Pienso que el oftalmólogo barbudo está muy estresado y debería calmarse un poco y dejar hablar de sus problemas a sus pacientes.

Ella aparece. Le pregunto si le apetece un café. Inmediatamente dice que sí.

24 de mayo. 15 horas 23 minutos

Tengo que comenzar las anotaciones en este diario correspondientes al día de hoy, diciendo que al comerme esta mañana dos manzanas Reineta, he sufrido una profunda decepción. Ni el olor ni el sabor se correspondían al recuerdo que yo mantenía de lo que para mí constituía el paradigma de la manzana. El aroma estaba completamente ausente, cosa que he podido comprobar enseguida que he sacado la bolsa de mi mochila de cuero, bolsa de un hipermercado en las que había metido dos manzanas Reineta y una navaja. A pesar de esa primera decepción aromática, aún mantenía el optimismo íntegro hasta que comencé a cortar con mi navaja trozos de manzana y metérmelas en la boca. Recuerdo que el tacto era harinoso. Recuerdo que además las manzanas estaban verdes. Recuerdo que el sabor no se correspondía para nada con lo que yo había esperado de estas manzanas. Terminada la primera manzana Reineta comencé el mismo proceso con la segunda pero ya con mucho menos entusiasmo. La decepción fue total al comprobar que la segunda manzana adolecía de los mismos inconvenientes. Después de terminar la ingestión de la segunda manzana decido no volver a sufrir más decepciones y dejar de comer manzanas Reineta. Pienso que cualquier otra manzana no me decepcionará tanto. Pienso que ninguna manzana está ya catalogada como paradigma de manzanas. Pienso que de todas formas tampoco pienso comer manzanas Golden. Pienso que las manzanas Golden siempre me han parecido deplorables. Pienso que mi padre comía manzanas Golden y que por eso a mí me parecen deplorables. Pienso que mi padre también comía Manzanas Reineta y que sin embargo hasta el día de hoy las tenía consideradas como el paradigma de las manzanas.

De todas formas el día de hoy representa un día muy importante, ya que este diario ha dado sus primeros frutos terapéuticos y es momento de pasar a una segunda etapa. Por un lado decido

dejar de hablar de manzanas y de mi vista. Por otro lado decido comenzar a utilizar el diario terapéutico como método introductorio a la lectura y defensa de mi tesis doctoral. La causa de todo este cambio es la siguiente: ¡MI VISTA ESTÁ PRÁCTICAMENTE CURADA! Después de la visita hace dos días al oftalmólogo barbudo, mi vista ha experimentado una mejoría indescriptible. Podríamos concluir que casi es perfecta. Pero es necesario recapitular y realizar una mini regresión para tener constancia de los hechos para tenerlos muy presentes en el caso de que se dé la recidiva del problema ocular.

Como para realizar una mini regresión no hace falta pasar primero por el pantano, voy directamente a recordar lo que ocurrió esa mañana del día 22, saltándome lo ya escrito en este diario concerniente al mecánico del compresor y demás noticias. Recuerdo que estaba con las pupilas dilatadas. Recuerdo que la luz me molestaba muchísimo. Recuerdo que tuve que recurrir a colocarme los supletorios de sol. Recuerdo que el programa de televisión donde se experimentaba con huevos no terminaba nunca. Recuerdo que después de un sinfín de huevos cocinados apareció de nuevo el oftalmólogo barbudo. Recuerdo que me pasó a su sala. Recuerdo que a medio camino de contarle mi historial patológico me interrumpió y me dijo que apoyara la barbilla en un aparato. Con los ojos totalmente escocidos decido obedecerle. El oftalmólogo, del que no recuerdo el nombre, empieza a mirar por la otra parte del mismo aparato. El oftalmólogo me separa los párpados con un instrumento que no distingo y me incrusta en el ojo derecho una especie de lupa tubular. El oftalmólogo después de hacerme bastante daño, pasa a ser el imbécil del oftalmólogo. El imbécil del oftalmólogo mueve el tubo que me ha incrustado en el ojo derecho haciéndome bastante daño. Por si fuera poca la tortura a la que me está sometiendo, me lanza un rayo luminoso que mi ojo intenta evitar pero que se ve impotente para evitarlo. Pienso que debería insultarle y retirar inmediatamente mi cabeza de ese aparato torturador. El imbécil del oftalmólogo me dice que

ese ojo está bien. Decido no insultarle y continuar con la barbilla apoyada en el aparato. Mientras noto que al hablarme su boca ha despedido un intenso olor a caries. Mientras pienso que el puto oftalmólogo cuidará mucho sus ojos pero debe tener la boca podrida. Sin darme tiempo a reaccionar, me separa los párpados del ojo izquierdo y me incrusta la misma lupa tubular. El dolor es igual de intenso que el percibido en el ojo derecho. Ya no sé a que otra categoría ascender al oftalmólogo. Decido mantenerle en el imbécil del oftalmólogo. Me lanza otro rayo luminoso que me hace echar la cabeza para atrás. El imbécil me recrimina y me dice que si no apoyo bien la cabeza él lo ve todo borroso. Mientras pienso que yo llevo más de dos meses viendo las cosas borrosas y no pasa nada. Decido volver a acercar mis ojos y esperar con estoicismo a que me lance de nuevo el maldito rayo luminoso. El rayo me destroza la vista. Pienso que después de estos experimentos quizás pueda quedar con problemas más serios. Pienso que después de estos experimentos quizás pueda terminar ciego. El ya dos veces imbécil del oftalmólogo me reitera el buen estado de mis ojos. Mientras compruebo que su halitosis me produce casi tanto rechazo como la lupa incrustada en mis órbitas oculares. Pienso que como no me quite pronto la lupa tubular se me podrá salir el ojo izquierdo de su cuenca. Pienso que debería decirle que no hable y me quite la maldita lupa tubular.

Finalmente recupera la simple condición de oftalmólogo. Finalmente me retira la lupa tubular y comienza su perorata a una distancia que me salva de su halitosis. Por mi parte decido retirarme también del aparato, y aumentar así la distancia que me libre de su halitosis. El oftalmólogo me dice que mis ojos están perfectamente y que para tener 14 dioptrías veo estupendamente. El oftalmólogo me dice que todo debe ser un problema bascular o neurológico, mientras pienso en la doctora siberiana, mientras pienso que no me gustaría volver a ver a la doctora siberiana, mientras pienso que no me gustaría someterme a otra resonancia magnética craneal, mientras pienso que si tengo que volver a ver

a la doctora siberiana esta vez sí que haré la asociación neurólogo-pies, mientras compruebo que el oftalmólogo ha continuado diciéndome cosas de las que no he sido consciente. Pienso que debería decirle que rebobine y me vuelva a contar lo que ha dicho en los últimos cinco minutos, pienso que si le digo que rebobine va a insistir en que visite al neurólogo, decido dejar de pensar e intentar solo escuchar. Oigo cómo el oftalmólogo me está diciendo que debería olvidarme del asunto. Oigo que además continúa diciéndome que a veces estas cosas se pasan solas, y que tengo los nervios ópticos mal formados de nacimiento. Pienso en mi madre y en cómo me pude mal formar los nervios ópticos en su vientre. Decido dejar de pensar y continuar escuchando al oftalmólogo. Justo en ese momento el oftalmólogo decide callarse. Decido sonreírle para que tenga la impresión que he recibido toda la información emitida por él. Pienso que al menos es suficiente con haber recibido la información acerca de la necesidad de olvidarme del tema y esperar la evolución.

Vuelvo a sonreír al oftalmólogo y decido darle las gracias por todo.

A partir de aquí comienza a producirse el milagro terapéutico. En las siguientes horas a la consulta y mientras mis pupilas se contraían poco a poco, decido eliminar todo el aire posible de mi cuerpo y olvidarme del tema. Quiero que conste en este diario que en el día de ayer experimenté una mejoría en mi calidad de visión verdaderamente asombrosa. Quiero que conste en este diario que a partir del día de antes de ayer decidí dejar de realizar respiraciones yóguicas con retención del aliento y contracción del ano. Quiero que conste en este diario que durante el día de hoy la mejoría en mi capacidad de visión ha continuado siendo espectacular.

Por lo tanto decido olvidarme del tema y centrarme en la defensa de mi tesis a la que pronto tendré que enfrentarme, no sin antes corroborar que los efectos terapéuticos de este diario han sido desde todo punto de vista asombrosos. Debido a esta consta-

tación decido utilizar este mismo diario como terapia preventiva ante el duro trance académico al que me enfrento. En cualquier caso también debo de tener en cuenta, que la mejoría evidente que ha sufrido mi capacidad de visión podría deberse a la incrustación de la lupa tubular, y al daño que el oftalmólogo me ocasiono al manipular dicha lupa cuando la tenía yo incrustada en mis ojos. Pienso que no se puede desechar la posibilidad de que esa lupa, que estuvo a punto de sacarme los ojos de sus respectivas cuencas, haya causado de forma involuntaria una presión sobre los nervios ópticos, que a su vez haya causado la notable mejoría de mi capacidad de visión.

Una vez que en este diario terapéutico ya he anotado el proceso por el que fue necesario pasar, para conseguir que me hicieran nueve copias de la tesis, en blanco y negro y con gusanillo, puedo pasar directamente mediante mini regresión a lo acontecido desde el día 22 del presente.

Recuerdo que el 22 del presente, una vez que Ella consiguió llegar a la ciudad desde el pueblo donde trabaja y también residimos, a eso de las 16 horas 30 minutos, decidió tomarse un café. Recuerdo que tomado el café y con las pupilas en proceso de contracción fui a pagar y después al baño. Recuerdo que en este caso la luz estaba dada y no fue necesario buscar el interruptor de la luz. Recuerdo que di gracias a Dios por ese hecho ya que con las pupilas dilatadas hubiera sido muy complicado encontrar el susodicho interruptor. Recuerdo que una vez que salió del baño otra persona que se encontraba en el momento que yo entré, aproveché para continuar con el vaciado de aire de mi cuerpo. Recuerdo que mientras hacía de menores también procedí a eliminar aire que aparentemente estaba en mi cabeza. Recuerdo que una vez hechos todos los trámites aconsejables en el baño y pagada la consumición, nos fuimos a buscar el coche. Pienso que Ella ha dejado de conducir desde que trabaja en el pueblo. Pienso que ha perdido costumbre de conducir por la ciudad. Pienso que quizás tengamos algún altercado. Llegamos al coche y Ella protesta por-

que no consigue abrirlo con el mando a distancia de su llavero. Le digo que no se preocupe porque es consecuencia de un inhibidor de frecuencia que la Guardia Civil ha instalado. Le digo que acerque la llave al coche y vuelva a intentarlo. Al volver a intentarlo consigue que el coche desbloquee los seguros y se puedan abrir las puertas. Pienso que este altercado le habrá puesto nerviosa y que ya comenzamos mal la trayectoria. Pienso que con mis pupilas dilatadas espero no equivocarme en mis indicaciones para ir a la universidad, porque antes de regresar a casa debo pasar un momento por la universidad.

Recuerdo que afortunadamente pudimos llegar sin ningún altercado a la universidad. Recuerdo que dejé dos copias de la tesis y un CD con la misma tesis en formato pdf. Recuerdo que me fui contento de la universidad con la sensación de haber terminado un proceso tedioso. Recuerdo que el viaje de vuelta a casa transcurrió con toda normalidad. Recuerdo que al llegar a casa Ella se puso a retocar con Photoshop algunas fotografías de productos de la huerta. Recuerdo que le dije que mostrara especial interés con las fotografías de las manzanas Reineta, mientras pienso que hoy cuando la vea le diré que por favor destruya esas fotografías, ya que dichas manzanas no se merecen ser fotografiadas entre el resto de productos de la huerta.

Mini regresión al día 23 del presente, es decir ayer.

Sin pasar previamente por el pantano, pero siendo consciente que el vendedor de Klinex del semáforo nº 3 se ha cambiado de gorra, dejando de llevar la gorra roja y pasando a llevar una negra. Recuerdo que ayer me enfrentaba a un nuevo seminario sobre Web 2.0, pero llevado a cabo en nuestra propia empresa. Recuerdo que al ver a Francisca me puse nervioso pensando que podría sufrir otro episodio de vértigo. Recuerdo que me acordé del oftalmólogo barbudo y de la necesidad de olvidarme del tema. Decido olvidarme del tema pero por si acaso decido también sentarme lo más lejos posible de Francisca. Pienso que el citarnos en la sala de información de la empresa ha sido una buena idea.

Pienso que en el puesto donde me he colocado, al fondo de la sala, es un buen sitio para poder estar más relajado. Pienso que por el contrario desde tan lejos no veré bien la pantalla donde proyecten la presentación y al forzar la vista podría sufrir otro episodio de vértigo. Pienso que quizás el estar lejos de Francisca me proteja del tan temido vértigo. Pienso que la circunstancia de que cada uno de nosotros dispongamos de un ordenador es una circunstancia favorable para que no se repita un episodio de vértigo. Recuerdo que aproveché el ordenador para mirar mi correo electrónico. Recuerdo que aproveché el ordenador para ver las fotografías que Ella cuelga en Flickr. Recuerdo que aproveché el ordenador para escribir algunos correos electrónicos a la secretaria de la universidad y al director de mi tesis, para decirles que todo había sido depositado la tarde anterior en la secretaría de la facultad. Recuerdo que mi vista se encontraba en un estado óptimo y no parecía que fuese a acontecer ningún episodio de vértigo.

Recuerdo que en mitad del seminario comencé a notar un cosquilleo en el muslo izquierdo. Recuerdo que pronto fui consciente de que se trataba de mi teléfono móvil. Al mirar la pantalla compruebo que es el teléfono de la universidad. Al apretar el botoncito verde del teléfono y pegármelo a la oreja decido decir... ¿sí? Inmediatamente después de mi sí, oigo una voz que identifico con mi director de tesis. Compruebo que la cobertura en la sala de información no es muy buena y decido salir inmediatamente de la sala. Mientras, escucho la voz de mi director de tesis hablando acerca de un problema con el índice. Compruebo que fuera de la sala de información todavía hay peor cobertura que dentro de la sala. Comienzo a preguntar a mi director si me oye. Pasados unos instantes sin obtener respuesta vuelvo a preguntar a mi director si me oye, pero esta vez a gritos. Después de comprobar que no me oye decido ir corriendo a mi despacho para llamarle con el teléfono fijo, mientras pienso que el problema que debe de haber con el índice es que no he hecho ningún índice. Mientras llego a mi despacho, pienso que mi director de tesis debe pensar

que soy imbécil por presentar la tesis sin ningún índice. Inmediatamente llego a mi despacho llamo a mi director de tesis con el teléfono fijo pero a su teléfono móvil. Mi director de tesis descuelga su teléfono móvil mientras me doy cuenta que cuelga al mismo tiempo su teléfono fijo, por el que estaba dejándome un mensaje en mi teléfono móvil. Finalmente podemos tener una conversación con las frases ininterrumpidas. Tal y como me temía mi director de tesis, me dice que cómo he entregado la tesis sin índice, mientras pienso que piensa que soy imbécil, mientras pienso que si se lo dice a los miembros del tribunal ellos también pensarán que soy imbécil. Compruebo que mi silencio causa cierta compasión en mi director, compruebo que mi director no tarda en buscar soluciones al problema. Me dice que no me preocupe y que a las tres copias que dejé el día 22 en la universidad les puedo pegar una hoja con el índice. Me dice también que sin embargo el CD, tendré que volverlo a hacer y llevárselo a la secretaria encargada de las tesis, mientras soy consciente de padecer un ataque de vergüenza. Mi director se despide de forma lacónica, y yo le contesto de forma melancólica.

Regreso al seminario de Web 2.0, y compruebo que tanto Francisca como el Jefe del Departamento de Organización Interna están interesados en el tema y realizan preguntas al ponente. Pienso que yo no puedo experimentar el mismo entusiasmo y menos después de la noticia que me ha comunicado mi director de tesis. El ponente del seminario me mira y me dirige la explicación. Pienso que detecta en mi mirada vacía que estoy pensando en otra cosa. Pienso que es imposible que detecte en mi mirada que he entregado la tesis sin el índice. Pienso que es mejor que no lo sepa nadie, mientras afirmo con la cabeza sin saber qué es lo que estoy afirmando. Recuerdo que me costó aguantar las dos horas restantes que duró el seminario, y que me costó aún más separar de mi mente la idea del índice ausente.

Afortunadamente el seminario se acaba, y al igual que ocurrió en el primer seminario, tan mal recordado por ser el escenario

de mi episodio de vértigo, salgo escopetado de la sala de información par dirigirme a mi despacho. Una vez en el despacho consulto mi correo electrónico, ya que en las dos últimas horas de seminario no he tenido fuerzas para hacerlo. Al abrir mi correo electrónico compruebo que hay un mensaje de la secretaria Morela. Pienso que Morela en realidad significa albaricoque. Pienso que albaricoque no es un nombre muy apropiado para una secretaria de universidad. Decido abrir el correo de la secretaria Morela. Compruebo que me envía un enlace para que lo consulte. Al consultarlo deduzco que no he incluido en el CD de la tesis otro documento aparte incluyendo lo que ellos denominan “información obligatoria”. Pienso que no soy imbécil sino rematadamente imbécil. Pienso que la secretaria Morela a estas alturas está convencida de que el doctorando J. (que soy yo) no merece tener un doctorado. Transcurre un tiempo del que no soy consciente su duración, en el que permanezco inactivo. Después de esa inactividad decido contestar el correo de la secretaria Morela y pedirle perdón por el despiste, mientras pienso si ella sabrá que además de la “información obligatoria” falta también el índice de los tres ejemplares en papel que le dejé encima de la mesa la tarde anterior. También pienso si mi director sabrá que no he incluido la “información obligatoria” en el CD de la tesis. Pienso que con un poco de suerte cada uno pensará que solo he cometido un fallo, y que únicamente yo sé que he cometido dos fallos. Pienso que si esto llega a oídos de los miembros del tribunal no podré sacar nunca el doctorado. Después de escribir el correo a la secretaria con las excusas oportunas, decido no volver a mirar el correo electrónico.

19 horas 02 minutos

Las anotaciones en el diario correspondientes al día de hoy, 24 del presente, no pueden terminarse sin ser completadas con los

hechos que voy a relatar, debido a la trascendencia que ello tendrá en el futuro de este diario.

Pienso que hoy por la mañana, a parte de la decepción profunda que me proporcionaron las dos manzanas Reineta, todo iba a pedir de boca. Pienso que dada la mejoría de mi vista y el haber superado en el día de ayer todo un seminario de Web 2.0 sin episodios de vértigo ni mareos de ningún tipo, y con la vista en buenas condiciones, el optimismo que hoy me invadía era completamente lógico, incluso después de haberme decepcionado con las manzanas. Pienso que el hecho de haber llevado a primera hora un nuevo CD con la tesis y la “información obligatoria” a la secretaria Morela, ha inflado mi estado de ánimo. Pienso que el haber llevado a la misma secretaria todos los índices necesarios y haberlos pegado delante de ella en los ejemplares en blanco y negro con gusanillo, incluido el ejemplar para el director de la tesis, también ha sido un motivo para inflar mi ánimo. Incluso pienso que el haber hecho caso omiso al “esperí” y entrar directamente a hablar con la secretaria Morela, ayudó a inflar mi ánimo

Pienso que también es lógico que todo ese optimismo se fuera a la porra al recibir una nueva llamada de la secretaria Morela. Recuerdo que hoy la empresa me había encargado hacer de guía turístico con una asociación de mujeres de un pueblo cercano. Recuerdo que eran cosa de las 12 horas cuando noté un cosquilleo en el muslo izquierdo. Recuerdo que rápidamente asocié el cosquilleo al teléfono móvil y comprobé la veracidad de la asociación. Recuerdo que al mirar el teléfono observé que se trataba del número de la universidad. Pienso que es mi director de tesis para decirme que ya tiene su ejemplar con el índice pegado detrás de la portada. Pienso que mi director de tesis me va a increpar debido al tamaño excesivamente pequeño de las letras del índice. Pienso que debo contestarle inmediatamente que eso solo es así en esos tres ejemplares, que en el CD no ocurre y que en los otros seis ejemplares que tendré que entregar a los doctores del tribunal, habrá un índice con letra grande. Compruebo al apretar el

botón derecho de mi teléfono móvil y decir ¿sí?, que no es mi director de tesis sino la secretaria Morela. Me pregunto para qué llamará esta persona. La secretaria Morela me dice que hay un nuevo problema. Inmediatamente me pongo colorado, mientras pienso que es ridículo ponerse colorado cuando la otra persona no está delante. Mi silencio provoca que la secretaria Morela continúe hablando. Me dice que en el título de la tesis no he puesto “1885-1930”, y que cuando inscribí la tesis esas fechas aparecían junto con el título. De forma estúpida le pregunto si esas fechas las puse en el título cuando inscribí la tesis, mientras pienso que es estúpido preguntar algo que la otra persona te acaba de confirmar. La secretaria Morela me contesta con un escueto sí, mientras pienso que a estas alturas debe de tener un concepto del doctorando J. (que soy yo) completamente deplorable. Me dice que si quiero puedo solicitar que se cambie el título. Por fin arranco a hablar y le contesto con firmeza que no, repitiendo varias veces el no para darle más énfasis a mi terror a solicitar un nuevo título y tener que esperar Dios sabe cuántos meses más. Me dice que ella puede escribir con bolígrafo negro los años en cada una de las portadas de las copias en blanco y negro y con gusanillo. Le pregunto por el CD. Me dice que también puede añadir los años “1885-1930” con bolígrafo negro en la carátula del CD. Le pregunto por el documento en pdf de la tesis, que por supuesto tampoco incluye esos malditos años. Me dice que no, que ahí no importa porque nadie va a abrir el documento pdf con la tesis. Me dice también que lo importante es que en las copias que entregue a los doctores del tribunal aparezcan los años en la portada de las copias. Pienso que deberé llevar las seis copias restantes a la copistería para que hagan unos cuantos cambios. Pienso que será mejor esperar no sea que la secretaria Morela o mi director de tesis descubran nuevos errores en el material entregado.

Después de apretar el botón rojo de mi teléfono móvil y haber pedido perdón varias veces a la secretaria, así como darle las gracias otras tantas veces, compruebo que mi apariencia de

superioridad se ha venido abajo. Si imagino que tanto la secretaria como director de tesis saben que he cometido tres errores, mi apariencia de superioridad es sustituida inmediatamente por una apariencia de inferioridad en grado alto. Pienso que es necesario recuperar mi apariencia de superioridad. Pienso que este diario terapéutico puede ayudarme a recuperar mi apariencia de superioridad igual que me ha ayudado a recuperar mi capacidad de visión.

Tengo la convicción de que además de corregir todos los errores que han surgido y los que puedan surgir, en relación a las copias en blanco y negro con gusanillo, y el CD, será necesario causar una buena impresión el día de la defensa de mi tesis. Pienso que alguien puede filtrar a los miembros del tribunal la información acerca de todos los fallos que he cometido en la entrega de las tres primeras copias y el CD.

Pienso que solo una buena preparación histórica puede ayudarme. Pienso que los doctores del tribunal serán doctores pero que seguramente no sabrán nada sobre los peines y peinetas que se fabricaban a finales del siglo XIX y principios del XX. Pienso que por ese mismo motivo querrán pillarme en el terreno puramente histórico. Pienso que desde hoy mismo me tengo que poner a estudiar el contexto sociopolítico que envolvía los años 1885-1930, para que no me puedan pillar. Pienso que ninguno de los doctores va a querer hablar de peines y que seguro querrán hablar de política. Todo está decidido.

2 de junio. 17 horas 46 minutos

Hace nueve días que no escribo nada en mi diario terapéutico. Son varias las razones. Una de esas razones es que mi vista ha vuelto a empeorar. Pienso que la culpa de este empeoramiento la tiene Fernando VII. En un principio pensé que la culpa la tenía Alfonso XIII, porque en mis pesquisas históricas, o regresiones documentadas, leí que la propia monarquía le apodaba “el Rey gafe”. Sin embargo posteriores regresiones documentadas me llevaron a la conclusión de que en realidad la culpa de todo es de Fernando VII, al que muchos han llamado el Rey felón. Pienso que seguramente fue un asesino de ciervos. Pienso que a Dios gracias le entró la gota. Pienso que nunca podré aprenderme los líos familiares de esa gente. Pienso que es normal que la hija de Fernando VII pareciera un pez. Pienso que la gota debió de modificar sus genes. Pienso que no sé si debo plantear a los doctores del tribunal la posible relación entre la gota de ese rey y el aspecto de pez de su hija. Pienso que nuestro hijo y su perra Ramona se han compinchado con Fernando VII. Sin embargo creo que no puedo hablar a los doctores del tribunal de nuestro hijo y su perra Ramona, por lo que considero indispensable poner en orden estos asuntos así como separar adecuadamente cada una de estas incomodidades transitorias perjudiciales para mi capacidad de visión y para la preparación de la defensa de mi tesis sobre peines y peinetas.

Pienso que es mejor empezar por los asuntos familiares y dejar las regresiones documentadas para más tarde. Como la aparición filial se ha producido durante estos días de vacío en el diario, no será necesario someterse a relajación ni meditación de ningún tipo. Recuerdo la espera en el aeropuerto. Recuerdo que mi visión estaba normalizada. Recuerdo que decidimos tomar un café. Recuerdo que Ella cogió su cámara fotográfica para hacerle fotos a unos gorriones descarados. Los gorriones descarados se

posan en las mesas de los clientes. Los gorriones descarados parecen que piden comida y los clientes se la dan. Ella hace una foto detrás de otra. Ella después de cada foto mira la pantalla y dice que está borrosa. Después de quince fotos borrosas Ella decide poner cara de sapo. Los clientes la miran pero sin poner cara de sapo, solo con curiosidad. Yo decido levantarme para observar la pantalla donde anuncian las llegadas de los aviones, sin embargo la imagen de Fernando VII disparando ciervos asalta mi mente. Como vegetariano convencido doy gracias porque la gota torturara a ese rey. Consigo centrar mi mirada en el panel de llegadas pero compruebo que el avión de nuestro hijo no tiene anunciado todavía el aterrizaje. Al volver a la mesa en la terraza de la cafetería, observo que Ella ya no muestra cara de sapo e incluso sonrío al mirar la pantalla de su cámara fotográfica. Deduzco que alguna de las fotografías no ha salido borrosa. Pienso que acostumbrada últimamente a fotografiar solo manzanas Reineta, debe ser complicado dar el salto a unos gorriones aparentemente histéricos. Decidimos dejar a los gorriones y pasar a la sala de llegadas. Miro repetidas veces las pantallas donde anuncian los aterrizajes sin que indiquen el del avión de nuestro hijo. Pienso que llevará retraso. Pienso que Fernando VII también llevaba un buen retraso, pero en su mente. Pienso que cuando defienda mi tesis no debo dejarme llevar por mi animadversión hacia Fernando VII. Pienso que la hija, además de tener escamas en la piel, también debió de inflarse a carne dada su gruesa apariencia y su inclinación a la incesante actividad sexual. Mientras pienso en las agallas que tuvo que tener el General Serrano para cortejar a una Isabel II con escamas, aparece nuestro hijo. Mientras abrazo a nuestro hijo pienso que agallas y escamas casan muy bien. Ella descubre la situación y viene enseguida para abrazar también a nuestro hijo. Después del abrazo conjunto decidimos ir todos al Zoo para hacer más fotos. Pienso que le vendrá bien practicar con objetos diferentes a los del curso de fotografía de la huerta.

Recuerdo que durante el viaje en coche mi vista continuaba normalizada. Recuerdo que mientras conducía me asaltaban pensamientos contradictorios acerca de lo moral o inmoral de visitar un Zoo dado mi carácter de vegetariano convencido. Recuerdo que llegué a imaginarme a Fernando VII metido en una jaula, y a Isabel II dentro de un estanque. Recuerdo que llegué a la conclusión de que en realidad no se trataba de un Zoo a la antigua sino que también era un centro de recuperación de animales. Llegamos a un cruce de carretera para tomar la desviación al Zoo/centro de recuperación y decido que no es inmoral visitarlo. Justo en el momento de tomar la desviación oigo que en la conversación que mantienen Ella y nuestro hijo surge una frase emitida por él que terminaba diciendo “la cuestión es que tengo un problema”. Tengo que agarrar más fuerte el volante porque la experiencia me dice que las frases que terminan así no continúan de forma satisfactoria para Ella ni para mí. Tras una pausa, de la que no podría especificar la duración, nos dice que su perra bulldog inglés, que atiende por el nombre de Ramona, está embarazada. Ella le pregunta que de quién. Él le responde que de quién va a ser, que de Paco. Mientras pienso que Paco es un caniche y que de ahí solo pueden salir engendros, mientras dejo de apretar con tanta fuerza el volante y procedo a relajar algo los brazos, mientras el silencio vuelve incómoda la situación, mientras vuelvo a pensar en la zafiedad de Fernando VII, en todas sus amantes, en Godoy el amante de su madre, en la tercera mujer de Fernando VII que era su sobrina, en la propia sobrina María Cristina que se había casado en primer matrimonio con su primo cuyo padre no era Fernando VII sino otro que no recuerdo, mientras noto que contraigo el ano pero no retengo la respiración, momento en el que Ella le pregunta que qué va hacer.

Recuerdo que nuestro hijo hizo una pausa y que antes de contestar yo puntualicé que no sabía si me había equivocado de carretera. Nadie me contesta. Nuestro hijo dice que tendrá los cachorros. Ella le dice que es una locura y que lo mejor es que los

tire al río. Yo puntualizo que no me he equivocado de carretera y que también pienso que debe tirarlos al río, pero al mismo tiempo pienso que como vegetariano convencido puede ser una inmoralidad tirarlos al río, momento en el que apunto que quizás también los puede regalar o vender, pero en ningún momento quedarse con ellos dada su situación económica en estos momentos y en los problemas que ya tiene con dos perros. Ella le pregunta que cómo ha sucedido. Él contesta que no lo sabe y que da igual porque el problema ya está. Ella le pregunta que de cuánto está. Él contesta que de dos meses. Ella le dice que lo mejor es que la lleve al veterinario para que le saquen todo, que además a los Bulldog ingleses hay que hacerles la cesárea para que tengan los cachorros, que además Ramona solo tiene 9 meses y que es muy joven. Yo puntualizo que hemos llegado al zoo mientras noto que mi visión ha comenzado a sufrir una regresión al estado anterior a mi visita al oftalmólogo barbudo y con halitosis. Pienso que no sé muy bien a qué puede ser debido, si a la noticia sobre Ramona o a mis pensamientos sobre Fernando VII y toda su parentela. El hecho de haberse producido una simultaneidad de los dos estímulos, el externo de la noticia sobre Ramona, y el interno sobre las complicadas relaciones parentales entre Fernando VII y todos los que le rodean, puede haber desencadenado esta situación.

Pago las entradas al zoo/centro de recuperación, mientras pienso que no es inmoral pagar dichas entradas, mientras pienso en la práctica de tirar al río los cachorros no deseados en muchos pueblos de España. Nada más entrar nos topamos con un marabú que parece que nos arregla un poco la mañana. Ella se pone a hacer fotos como loca al marabú, que afortunadamente permanece impávido, por lo que puede aplicar las técnicas fotográficas aprendidas en el curso de fotografía de la huerta. Pienso que el pico del marabú podría ser una zanahoria inmensa. Pienso que el tema de Ramona volverá más tarde o temprano. Mientras compruebo que mis ojos continúan con su capacidad de visión reducida. Pienso que el día de la defensa de mi tesis podría ser muy

arriesgado hablar de Fernando VII, porque ello podría llevarme a un estado deplorable de mi visión y quién sabe si a un episodio de vértigo. Por otro lado pienso que si la culpa de todo la tiene la noticia sobre Ramona, entonces no hay peligro de que me lance a hablar de Fernando VII y su parentela. Pienso que de todas formas a Ramona no tengo por qué mencionarla en mi defensa de la tesis, lo cual me produce cierta tranquilidad.

Después de fotografiar un montón de animales, y después de analizar individuo por individuo si es inmoral que estén en ese zoo/centro de recuperación, decido puntualizar que podría estar bien ir a la cafetería para tomar algo. Recuerdo que muy pronto sería consciente que quizás no fue tan buena idea. Recuerdo que en el momento de sentarnos, el silencio, un tanto incómodo, se apoderó de Ella, de nuestro hijo y de mí. No se me ocurre nada con lo que puntualizar. La gorda del bar viene a tomarnos nota. La gorda del bar rompe momentáneamente el silencio pero en cuanto desaparece, con el pedido memorizado, el silencio incómodo regresa con más intensidad. Decido no puntualizar nada por temor a meter la pata. Decido esperar a que el silencio se rompa de alguna manera espontánea. El silencio no tarda en romperse debido a que Ramona vuelve a salir a la palestra. Pienso si no será mejor ver las fotos que Ella ha hecho, en lugar de hablar sobre Ramona justo ahora. Pienso que incluso podría sacar a la palestra a Fernando VII ya que acabamos de ver unos cuantos gamos correteando, un par de jabalíes, cebras, camellos... etc., y que seguramente hablar de las cacerías de ese rey y de la gota que le torturaba podría ser un buen tema para quitar tensión al ambiente. La gorda del bar viene con las cervezas y los bocadillos. La gorda del bar se va sin las cervezas ni los bocadillos pero la tensión se queda con nosotros.

Recuerdo que durante toda la ingestión de las cervezas y bocadillos el tema de Ramona fue analizado y reanalizado. Recuerdo que nuestro hijo se empeñaba en querer tener los cachorros a toda costa. Recuerdo que el resto de la visita al Zoo/centro

de recuperación, transcurrió con caras anfibias en todos nosotros, pero sin llegar al nivel de sapo.

19 horas 30 minutos

Decido ponerme en contacto telefónico con Ella, ya que ha decidido incorporarse a otro curso que realiza el mismo profesor que impartió el curso de fotografía de la huerta y de las manzanas Reineta. En este caso el curso de dos días versa sobre la fotografía en blanco y negro del pimiento verde. Pienso que seguramente realizará otro curso parecido pero para el pimiento rojo. Pienso que quizás podría haber juntado los dos pimientos en un mismo curso. Pienso si no será una estrategia para sacar más dinero de estos cursos y de sus alumnos.

19 horas 55 minutos

Llamo pero no me contesta. Pienso que estarán todos agachados entorno a los pimientos verdes y que quizás no he llamado en buen momento. Inmediatamente después de colgar el teléfono, el teléfono suena. Es Ella, y me dice que qué tal con voz algo compungida. Le digo que yo bien, que por la mañana he dado un paseo. Ella me dice que no puede quitarse de la cabeza a Ramona. Que es una tontería dejar que tenga los cachorros. Que nuestro hijo no puede mantener tanto perro. Que lo mejor sería ir inmediatamente al veterinario para que solucione el problema. Puntualizo que sí, pero inmediatamente le pregunto por el curso para quitar hierro al asunto. Me dice que acaba de tener un altercado con una de las compañeras asistente al curso. Me dice que en un momento en el que el profesor ha dado descanso a los alumnos, se ha puesto a fumar un cigarro. Me dice que esa compañera, gorda para más datos, le ha mirado con cara de sapo. Me dice que luego ha podido escuchar cómo la compañera gorda le comentaba

a otro lo inadecuado de fumar delante de los pimientos verdes. Me dice que inmediatamente fue donde la compañera gorda para decirle que al aire libre podía fumar lo que le diera la gana y que le importaba un pimiento lo que opinase. Me dice que va intentar averiguar en qué barracón se aloja esa gorda con cara de sapo para no coincidir. Me dice que seguramente se pasará la noche en vela debido a su fobia a la oscuridad, y me recuerda que en el anterior curso, el de las manzanas Reineta, ya se pasó la noche sin pegar ojo. Le digo que no sea tonta y que deje la linterna de leds encendida toda la noche y que si alguien carraspea que se aguante. Le digo que quizás, si le pone un trapito a la linterna de leds, amortiguará su potencia y nadie carraspeará. Le digo que al menos así podrá ver un trocito de pared y que eso seguramente le permitirá dormir.

Me vuelve a hablar de nuestro hijo y se despide con voz compungida. Pienso que el curso de fotografía en blanco y negro de los pimientos verdes, quizás no tenga el efecto terapéutico que yo esperaba.

Después de colgar el teléfono pienso que quizás el problema de los vómitos de nuestro hijo le producen mayor preocupación a Ella. Pienso que no debo decirle a Ella que quizás la culpa de los vómitos de nuestro hijo la tenga también Fernando VII. Aunque bien pensado puede que haya que adjudicarle la culpa a Isabel II. Creo que es imprescindible proceder a una mini regresión para dilucidar quién de los dos, si el padre o la hija, fue el responsable de que nuestro hijo haya comenzado con episodios recurrentes de vómitos. Recuerdo que después de la visita al Zoo/centro de recuperación, el día transcurrió un tanto aciago aunque yo decidí terminarlo con la conciencia tranquila respecto a la moralidad o inmoralidad de haber visitado el Zoo/centro de recuperación y de recomendar a nuestro hijo finalmente que mejor que tirar los cachorros al río debería acudir inmediatamente al veterinario para solucionar definitivamente el tema de Ramona.

Recuerdo que antes de irnos todos a la cama, y como técnica para quitar algo de tensión a la atmósfera decidí comentarle a nuestro hijo algo sobre Fernando VII. Recuerdo que aproveché un momento en que Ella estaba practicando en el baño las abluciones cotidianas previas a la caída en los brazos de Morfeo. Recuerdo que momentos antes de que nuestro hijo entrara en su dormitorio, le pregunté si sabía que a Fernando VII le torturaba la gota. Recuerdo que la mirada de nuestro hijo se volvió opaca. Pienso que la opacidad en la mirada de nuestro hijo pudo deberse al momento elegido para realizarle la pregunta, pero pienso también que quizás no supo descifrar el significado con el que yo estaba empleando el término “gota”. Pienso que probablemente imaginó una gota de agua torturando al rey. Pienso que quizás no debería haber continuado con mis explicaciones. Recuerdo que nuestro hijo contestó que no a la pregunta que le acababa de hacer. Recuerdo que eso me dio pie para comenzar a soltar diatribas contra Fernando VII, y a intentar recordar todas las relaciones parentales inmediatas al rey, como ensayo ante mi próxima defensa de mi tesis sobre peines y peinetas, pero sin decirle a nuestro hijo que se trataba de una puesta a punto de mis regresiones documentadas. Le digo que Fernando VII se casó por cuarta vez el 11 de diciembre de 1829 con su sobrina M^a Cristina. Le digo que M^a Cristina se quedó embarazada al mes siguiente mientras pienso que quizás no debería haber mencionado lo del embarazo para que no asociase al problema de Ramona. Le digo que M^a Cristina tuvo una niña con escamas. Le digo que la niña con escamas luego reinó como Isabel II. Le digo que a Isabel II la casaron con su primo Francisco de Asís. Le digo que Francisco de Asís no solo era su primo sino que era su primo al cuadrado. Nuestro hijo reprime un primer bostezo, lo que me impulsa a acelerar mi explicación. Le digo que el primo de la reina con escamas era hijo de un hermano del padre y de una hermana de la madre. Le digo que toda esa mezcla de parientes entorpece su estudio. Le insisto en lo de las escamas de Isabel II, y decido terminar con una pregunta

sobre el estado anímico de Ramona. Nuestro hijo continúa con su mirada opaca y me contesta que el estado anímico de Ramona es normal, momento en que decide retirarse a dormir, momento en que Ella sale del baño después de realizar sus abluciones. Pienso que no me ha dado tiempo a hablarle de los problemas sexuales de Francisco de Asís. Pienso que tampoco he podido comenzar a explicarle la manera en que Isabel II decidió compensar los problemas sexuales de Francisco de Asís.

Recuerdo que a la mañana siguiente todo parecía normal. Recuerdo que Ella y yo nos fuimos a desayunar a un pueblo cercano algo compungidos por la situación. Recuerdo que al volver nuestro hijo todavía estaba en la cama. Recuerdo que al poco de volver nuestro hijo salió de su habitación. Recuerdo que la cara que mostraba era un tanto amarga. Nuestro hijo dice que se ha pasado la noche vomitando y que ahora mismo se dirige al baño a vomitar. Yo le digo que no le he oído levantarse por la noche. Él no contesta porque se va corriendo al baño. Pienso que los sonidos procedentes del baño, indican que nuestro hijo dice la verdad acerca de los vómitos.

Ella y yo nos preguntamos qué será lo que le pasa. Ella piensa en algo que haya comido. Yo pienso que todos hemos comido lo mismo. Ella piensa en lo que habíamos cenado. Yo pienso que dada la poca complejidad que requería me encargué yo mismo de la cena, haciendo unos huevos fritos con patatas asadas. Los dos pensamos en ese momento que a nosotros no nos han sentado mal los huevos fritos ni las patatas asadas. Pienso que dada mi condición de vegetariano convencido siempre compro huevos de gallinas criadas en libertad. Pienso que igual había algún huevo en mal estado y que le tocó a nuestro hijo. Dejo de pensar en los huevos fritos y comienzo a pensar en Fernando VII. Decido no decirle a Ella que antes de irnos a dormir, le pregunté a nuestro hijo si sabía que Fernando VII había estado torturado por la gota. Tampoco le digo que continué haciendo un resumen del lío parental que había montado entorno a la realeza de aquel mo-

mento. Nuestro hijo sale con la cara algo desencajada. Ella le pregunta que qué le pasa. Él dice que cree que son nervios. Yo pienso que Fernando VII y su parentela le han jugado una mala pasada. No tocamos el tema de Ramona.

3 de junio. 8 horas 53 minutos

Es muy raro que incorpore anotaciones en mi diario a estas horas de la mañana. Pienso, sin embargo, que dado que ayer tuve que interrumpir las anotaciones vespertinas debido a una creciente sensación de hambre y sueño, es buena idea completarlas en la mañana de hoy para intentar dejar zanjado el tema de los vómitos de nuestro hijo.

Recuerdo que pasaron algunas horas y algunos vómitos más, pero nadie tocó el tema de Ramona. Recuerdo que por más que ellos dos estaban convencidos que la causa de tanto vómito eran los nervios, yo lo estaba de que era la parentela de Fernando VII, y ahora incluso comenzaba a decantarme por las escamas de Isabel II como únicas causantes de tanta regurgitación. Creo que fui demasiado explícito con lo de las escamas. Pienso que al despedirme no hice bien en preguntarle por el estado de ánimo de Ramona. Creo que en ese momento nuestro hijo procedió a realizar una asociación entre las escamas de Isabel II y la situación física y psíquica de Ramona. Es muy posible que ahora piense que los cachorros de Ramona pueden gestarse como verdaderos monstruos. Pienso que puede asociar el caniche Paco a Francisco de Asís, aunque en realidad soy consciente que en ningún momento hablé a nuestro hijo de los problemas sexuales del primo al cuadrado de Isabel II.

Recuerdo que pasado mediodía de aquel 27 de mayo, hoy hace una semana, Ella y yo nos planteamos la posibilidad de ir a una farmacia de guardia para solicitar un medicamento con el que cortar todos esos episodios recurrentes de vómitos. Recuerdo que primero decidimos tanto Ella como yo, recurrir a un remedio casero muy conocido como es la ingestión de Coca-Cola. Tanto Ella como yo hemos experimentado en algún momento de nuestras vidas las capacidades terapéuticas de la Coca-Cola, en relación a los episodios recurrentes de vómitos. Nuestro hijo no opone resis-

tencia a esta primera terapia. Ella decide que también puede ser buena idea proporcionarle dos pastillas de valeriana. Pienso que si supiera lo de Fernando VII no le proporcionaría las dos pastillas de Valeriana. Decido continuar sin contarle la conversación que mantuvimos nuestro hijo y yo antes de acostarnos. Recuerdo que no había pasado media hora desde el comienzo de nuestra terapia casera, cuando nuestro hijo ya había vomitado las dos valerianas junto con la ingestión de Coca-Cola. Ella piensa en darle más valerianas. Yo pienso en darle más Coca-cola. Él piensa que seguirá vomitando.

Ante su propuesta de tumbarse en la cama para estar relajado, nosotros decidimos no someterle a más terapias caseras. Recuerdo que desde nuestras respectivas ocupaciones, Ella sentada enfrente de su ordenador y yo sentado enfrente del mío, oíamos abrirse periódicamente la puerta de la habitación de nuestro hijo así como la del baño, por supuesto nunca de forma simultánea sino alternativa. Recuerdo que a las 13 horas Ella y yo decidimos, ante la insistencia de aquellas puertas de seguir abriéndose y cerrándose alternativamente, que lo mejor sería acudir a una farmacia y solicitar el medicamento adecuado para cortar los episodios recurrentes de vómitos.

Recuerdo que cuando llegué a la farmacia del pueblo a las 13 horas 10 minutos, comprobé que habían cerrado a las 13 horas 0 minutos. Recuerdo que tras varios minutos de buscar un cartel donde aparecieran indicadas las farmacias de guardia, no pude localizar las correspondientes al día 27 de mayo, ya que solo se indicaban hasta el 26 de mayo. Decido acudir al pueblo grande que hay a 15 kilómetros de distancia. Pienso que ya no tiene ningún sentido para este diario continuar con la búsqueda del medicamento, sino simplemente anotar que una vez localizada la farmacia, tras una larga caminata por el pueblo grande, regresé a nuestro pueblo. Pienso que quizás sí sea de interés anotar que en la farmacia me preguntaron si el medicamento era para cortar solo vómitos o vómitos y diarreas. Recuerdo que no dudé en decir

que solo vómitos. Pienso que hice bien en no comentar nada acerca del posible componente histórico que podría esconderse detrás de aquellas contracciones y expulsiones gástricas.

Anoto aquí que el medicamento no tuvo una efectividad inmediata ya que a los 10 minutos de la primera toma, nuestro hijo estaba vomitando, como era ya habitual, todo el líquido supuestamente terapéutico. Anoto también que como en la farmacia me habían avisado de esa posibilidad, procedí a lo que allí me habían indicado, es decir repetir la toma inmediatamente. Anoto para finalizar que, tras una segunda toma del medicamento, las contracciones gástricas desaparecieron y con ellas los vómitos. Nuestro hijo también desapareció y regresó a su casa, con Ramona embarazada y con el caniche Paco, a quienes había dejado al cuidado de un amigo y, afortunadamente, también vecino. Nosotros nos quedamos en nuestra casa compungidos por la situación, pensando alternativamente en el río y en el veterinario. Yo le comento a Ella, que dado que en las bulldog inglesas es necesario practicar la cesárea para posibilitar el parto (cosa que creemos improcedente), quedaba eliminada la opción del río, ya que para llevarla a cabo sería necesario tirar a Ramona al río, cosa que no nos planteamos nosotros ni hemos planteado a nuestro hijo. Pienso, como vegetariano convencido, que solo el veterinario podría solucionar el problema de Ramona rápida y eficazmente. Por lo que respecta a los vómitos de nuestro hijo, pienso que con la ayuda del medicamento corta-vómitos y con la ausencia de comentarios sobre ninguno de los reyes y regentes españoles del siglo XIX, podrá recuperar la normalidad gástrica en muy pocos días. Sin embargo debo anotar aquí, que por mi parte albergo fundadas sospechas acerca de las consecuencias patológicas que tiene el estudio de las parentelas reales en la España del siglo XIX. Soy consciente sin embargo que debido al trance académico por el que debo pasar, no me queda otra alternativa que someterme a esa dura prueba, ante la posibilidad de que los doctores del tribunal me enfrenten a preguntas capciosas sobre la monarquía española

del siglo XIX y principios del XX. Pienso si Paco el óptico debería ponerme más prismas en las gafas. Pienso que si el estudio de Fernando VII y de su hija me están causando problemas, cuando llegue al rey gafe (Alfonso XIII) las consecuencias podrán ser aún peores. Pienso que le pusieron lo de gafe por ser el número 13 de los Alfonsos. Pienso que un atentado terrorista el día de su boda no es motivo suficiente para apodarle el rey gafe. Pienso que no hay que adelantar acontecimientos y saltar de un rey a otro sin seguir escrupulosamente el orden que la historia nos ha proporcionado.

19 horas 19 minutos

Hago las últimas anotaciones del día. Vengo de recoger a Ella del curso sobre fotografía en blanco y negro de los pimientos verdes. En el viaje me dice que el curso ha sido interesante. Yo le pregunto por los pimientos rojos y amarillos. Ella no me contesta pero me dice que no ha pegado ojo por la noche. Yo le pregunto si ha sido por culpa de la fobia a la oscuridad. Ella me contesta que no, que ha sido por haberse metido en el barracón de los roncadores, que al comienzo del curso avisaron que ese iba a ser el dormitorio para los roncadores, que pensó si era una broma, que hoy por la mañana le increpó a uno de los roncadores por la nochecita que le había hecho pasar, que el roncador se le puso algo impertinente y le dijo que por qué se había metido en el barracón de los roncadores, que ya lo habían avisado. También me dice Ella que la almohada hinchable de 2 € que se había comprado para la ocasión, tenía una válvula de seguridad y que al pincharla, para poder proceder al inflado, pinchó también la almohada y no pudo hincharla. Hablamos someramente del tema de Ramona. A pesar de la tortura a la que ha sido sometida por los roncadores sonrío. No me ha traído pimientos, pero esta vez no los hecho en falta como a las manzanas Reineta.

5 de junio. 20 horas 26 minutos

Continúo mis regresiones documentadas para poder salir airoso en mi defensa de la tesis sobre peines y peinetas. He dejado de lado a Fernando VII. Creo que se aleja demasiado del tiempo en que las peinetas hechas con asta de buey o concha de tortuga Carey se hicieron populares. Prefiero centrarme más en su hija Isabel, y más que nada por tener la capacidad de reacción suficiente ante la posible aparición en el tribunal de algún doctor especializado en esta reina, que quiera hacerme la pregunta capciosa de turno. En mi última regresión documentada compruebo que las escamas de Isabel II estaban en un punto intermedio entre las escamas de un pez y las de una serpiente, según los médicos que la atendían. Compruebo también que le recetan baños para curar su enfermedad. Compruebo que uno de los médicos no habla de enfermedad sino de monstruosidad. Compruebo que las escamas le salían principalmente en las palmas de las manos y en las de los pies. Recuerdo a la doctora siberiana, y lo bochornoso que hubiera sido para mí tener escamas en los pies. Pienso que no habría importado qué tipo de escamas, si de pez, de serpiente o mixtas. Pienso que en cualquier caso el bochorno hubiera sido insoportable. Compruebo que M^a Cristina, es decir la madre de Isabel II, pero también su prima, decide no llevarla a tomar los baños hasta que isabelita cumple los diez años. Compruebo que los médicos le recomiendan ir a Esparraguera.

Me aparto de esta regresión documentada y me acerco a otra, pero también documentada, para averiguar que en Esparraguera un buen día hubo un terremoto y salieron aguas sulfurosas, que cuando los de Esparraguera se dieron cuenta de que eran sulfurosas se les ocurrió darles usos medicinales, que un médico y un sastre de Esparraguera comenzaron a construir unos edificios para que la gente fuera allí a curarse de algo, que el sastre se suicida por quedarse sin dinero a costa de las aguas sulfurosas, que

unas riadas arrasan los edificios destinados a los posibles enfermos o monstruos, según la interpretación de cada médico, y que M^a Cristina junto con su hija-prima Isabel, se fueron un 11 de junio a Esparraguera para intentar curar la monstruosidad de la hija-prima. Que a raíz del viaje a Esparraguera comienzan unos altercados que acaban en revolución. Que tres meses después de tomar los baños en las aguas sulfurosas la revolución ya era tan grande que la madre-prima se va con su amante, y los hijos que tuvo con su amante, a Francia. Quiero puntualizar que la madre-prima de isabelita comenzó a tener hijos de Fernando Muñoz (Fernando segundo para ella ya que Fernando VII había sido Fernando primero para ella), que era un guardia de corps, que de segundo apellido era Funes, como Louis de Funes, y que a los tres meses de morir Fernando VII, M^a Cristina y su segundo Fernando ya estaban fabricando plebeyos. Pienso que el padre del actor Funes era un abogado andaluz. Pienso en la posibilidad de que el actor Funes y el advenedizo Muñoz Funes fueran parientes lejanos.

Pienso que merece la pena detenerse en los alrededores de Isabel II. Pienso que muy probablemente llevó en algún momento de su vida alguna peineta hecha con concha de tortuga Carey. Pienso que no me la imagino llevando peinetas de asta de Buey. Sin embargo sí que pienso que su futuro marido, y primo al cuadrado, muy bien pudo tener peines de asta de buey. Pienso que cuernos no le faltaron. Pienso que llamándose Francisco de Asís tendría cariño a los animales.

En medio de estas regresiones documentadas es necesario que puntualice que mi visión está mejorando considerablemente. Pienso que las regresiones documentadas ejercen un efecto terapéutico en mis ojos, y por ende las anotaciones en este diario. Pienso que esta mejoría considerable, se debe a la constatación de que en la vida de Isabel II tuvieron mucha importancia las figuras de Sor Patrocinio y del Padre Fulgencio. Pienso que esta similitud con la influencia de Sor Gregorio y del Padre J. en mi vida, puede ser decisivo para convertir a Isabel II en todo un agente terapéuti-

co para mi capacidad visual. Pienso en Santa Lucía, pero inmediatamente dejo de pensar en Santa Lucía porque ésta se sacó los ojos con una espada. Pienso que es mejor dejar las cosas en Isabel II. Pienso que la madre-prima odiaba a Sor Patrocino, pero que no creo que mi madre odiara a Sor Gregorio. Pienso que Sor Patrocino (de novicia M^a Josefa) no tenía escamas en las manos pero le salían tremendas llagas. Pienso que a pesar de mis regresiones documentadas, me cuesta creer que verdaderamente a Sor Patrocino una buena noche la cogiera el diablo y se la llevara volando al Palacio de Aranjuez, para que viera con sus propios ojos cómo la madre-prima y Fernando segundo (Muñoz para el resto) fabricaban plebeyos. En cualquier caso, para mí lo importante es recordar que Sor Patrocino no quería que la hija de ese monstruo (ahora llaman también monstruo a la madre-prima) fuera reina de España. Pienso que quizás Sor Gregorio no quería que yo fuera nadie en la vida y por eso me metió en una papelera. Pienso que tiene que haber una relación entre aquella papelera y mi vista. Pienso que la aparición de Sor Patrocino en mis regresiones documentadas está teniendo tan buen efecto como lo tuvieron las aguas sulfurosas de Esparraguera en las manos y pies de Isabel II.

Quiero puntualizar que de todas formas en mis regresiones documentadas, compruebo que Sor Patrocino era una joven monja de belleza despampanante, y que sin embargo en mis regresiones vitales aparece Sor Gregorio más como una vieja bruja. Me entero que incluso hubo algún ministro que casi pierde la razón por culpa de la belleza de Sor Patrocino, antes de que fuera Sor Patrocino y solo fuera M^a Josefa. Pero no puedo visualizar a Sor Gregorio haciendo perder el sentido a ningún ministro, ni tampoco a ningún minero. Pienso que la fealdad de Sor Gregorio hiriera mis ojos y no quisiera verla. Pienso que el no querer ver a Sor Gregorio fue el origen de mis problemas ópticos. Pienso que la papelera solo fue el catalizador de mi negación de la imagen de Sor Gregorio.

Pienso que Sor Patrocinio y el Padre Fulgencio fueron muy listos al colarse en la Corte a través de Francisco de Asís. Pienso que los problemas sexuales del primo al cuadrado de Isabel II le animaron a intimar, en el plano espiritual claro, con Sor Patrocinio y el Padre Fulgencio. A pesar de mi cansancio provocado por esta regresión documentada, me animo a seguir indagando sobre la Patrocinio y el Fulgencio, porque creo pueden ser claves para mi terapia ocular, aparte de ofrecerme un buen material de cara a posibles preguntas capciosas de los doctores del tribunal.

Tengo que hacer un esfuerzo más y terminar esta regresión documentada con el niño muerto y con el cura Merino, porque puede que al final Sor Gregorio quisiera deshacerse de mí. Compruebo que el primer hijo de Isabel II, que por supuesto no era hijo del marido-primo al cuadrado sino del amante de turno, murió a las pocas horas de nacer. Compruebo que el marido-primo al cuadrado, a saber Francisco de Asís, parece ser que manda que lo moldeen en yeso y cera para hacerle un buen retrato. Compruebo que las intenciones del Asís era hacer público el poco parecido que el niño tenía con su padre.

Pienso que estas regresiones documentadas me provocan un agotamiento que debe ser controlado. Pienso que el doble propósito de estas regresiones documentadas a saber: el terapéutico y el preventivo/académico, no debe causarme un agotamiento que dé al traste con el doble propósito.

Decido aplazar el episodio con el cura Merino (el de Logroño y no el de Burgos), para la próxima regresión documentada. Sin embargo tengo que puntualizar aquí que nunca hubiera imaginado las cualidades terapéuticas que Isabel II está cobrando en mi capacidad de visión. Pienso que este puede ser motivo más que suficiente para no tratar en otras regresiones a Alfonso XII ni a Alfonso XIII. Creo que tampoco sería prudente regresar documentalmente a la figura de Amadeo de Saboya. Ni qué decir tiene que a Fernando VII no pienso ya ni nombrarlo, dado el nefasto efecto que tuvo en mi capacidad de visión. Pienso que aunque el

problema de Ramona pudo potenciar el efecto patógeno del rey felón, sería del todo prudente no retomar su figura de ninguna manera.

6 de junio. 19 horas 12 minutos

Hoy es un día que merecería encabezar este diario, y no aparecer en medio de él, como un día más. Pienso que hoy, 6 de junio, será un día para recordar el resto de mi vida, porque mi vida puede que cobre un nuevo sentido. Un suceso involuntario ha despertado ciertos recuerdos que estaban ocultos en el inconsciente de mi cerebro y que de repente han aflorado en parte. Pienso que para hacerlos aflorar del todo es necesario recurrir de nuevo a las regresiones vitales. Me veo pues en la obligación de suspender aquí mis regresiones documentadas aún arriesgándome de que algún doctor del tribunal me lance alguna pregunta capciosa a la cual no sepa responder.

Esta misma tarde he sufrido una experiencia vital que paso a anotar y que deberá constituir la base de mis futuras regresiones e investigaciones. Recuerdo que tanto Ella como yo hemos comido pasta con espinacas. Recuerdo que enseguida de haber ingerido nuestros respectivos platos nos hemos tumbado en nuestros respectivos sofás. Recuerdo que como de costumbre, teníamos sintonizada la televisión en un canal que emitía un documental. No recuerdo el documental que estaban emitiendo porque pronto caí en un sueño profundo. Recuerdo que antes de caer yo en un sueño profundo, cayó Ella en otro sueño profundo. Recuerdo que fui consciente de este adelanto en su sueño porque oía su respiración de manera acentuada y densa. Noto ciertas molestias en mis cervicales. Muevo un poco el cuello por miedo a sufrir por la noche un ataque de migraña. Oigo que el documental sigue emitiendo algo. No sé cuanto tiempo pasa, pero vuelvo a notar molestias en mis cervicales. Vuelvo a mover el cuello temiendo que la migraña esté a punto de garantizarse. Este temor a la garantía de la migraña hace que pierda profundidad mi sueño. A su vez esta pérdida de profundidad en el sueño hace que sea algo más consciente del documental que se emite por la televisión. Oigo hablar

de ovnis, oigo hablar de apariciones, detecto que no es el mismo documental que había cuando entré en un sueño profundo, oigo hablar de comunicaciones con extraterrestres, momento en el que mi consciencia está completamente despierta y mis ojos abiertos. Súbitamente veo en la pantalla a un hombre del que no me enteré ni su nombre ni su apellido, que dice que a veces algunas personas han sido increpadas por otras cuando aquellas se han reído de la existencia de los extraterrestres, y al increparles les han dicho, entre otras cosas, que ellos mismos son extraterrestres.

Recuerdo que en ese momento le grito a Ella que si ha oído, recuerdo que Ella solo pudo mascullar algo que yo no entendí, le vuelvo a gritar que si no lo ha oído, Ella me contesta que no y que qué era lo que tenía que haber oído. Le digo por favor se calle un momento para ver que más dicen, compruebo que ya no dicen más del asunto, pero inmediatamente asaltan a mi memoria diversas situaciones que pasaron en años anteriores y que en esta misma tarde han sido disparadas a mi mente. Estoy seguro que todo ello sucede con un propósito muy concreto.

Pasados algunos segundos o quizás algunos minutos, pero no horas, le digo a Ella lo que acabo de oír. Ella me dice que entonces eso quiere decir que los extraterrestres están con nosotros. Yo le digo que claro, yo le digo otra vez o mejor dicho le pregunto, si no se acuerda de aquel hombre extraño de Quintanabaldosa, ese pequeño pueblo a 10 kilómetros del nuestro. Ella me pregunta que no recuerda muy bien y en ese momento soy consciente que yo tampoco lo recuerdo todo y que debo someterme a nuevas regresiones vitales, para poder esclarecer todo lo que en mi vida ha ocurrido en relación con este asunto y que no son pocas cosas. Soy consciente de que además de regresiones vitales deberé someterme a súper regresiones. Pero creo que al final todo cobrará un sentido en su conjunto. Tengo la sensación de que tanto Sor Gregorio como Sor Patrocinio o la misma Isabel II, podrían haber sido extraterrestres. Pienso que las escamas de la reina Isabel la delataban. Pienso que todos mis problemas de visión puede que

tenga mucho que ver con el asunto alienígena. No perderé pues ni un instante y comenzaré a someterme a las primeras regresiones que me puedan aportar datos aclaratorios.

19 horas 49 minutos

1ª regresión sobre posibles contactos con alienígenas

Es necesario proceder con tacto y prepararme mediante una relajación y meditación controladas y limitadas. Quiero visualizar el pantano. A pesar de que quiero visualizarlo, no lo visualizo. Aparece el vendedor de Klinex del semáforo nº 3, pero con una gorra negra en lugar de la gorra roja habitual. No hay ni rastro del pantano. El vendedor continúa en el semáforo pero el semáforo no se pone en rojo para los vehículos. Los vehículos no se paran. El klinexero no puede vender ningún Klinex. Aparece por un lado de la carretera un trozo de pantano. El pantano inunda la carretera y se traga al vendedor de Klinex. Ya solo hay pantano y silencio. Todo está en calma. Visualizo Quintanabaldosa. Recuerdo que llegábamos a Quintanabaldosa Ella, yo y nuestro amigo ruso Iván. Queremos mostrar a Iván ese pueblo, pero como nosotros tampoco lo conocemos no sabemos muy bien dónde poder ir. Pasamos por una calle peatonal. A los 4 minutos de andar por la calle peatonal, descubrimos una panadería que también es cafetería. Decidimos que no queremos pan pero sí queremos un café.

Nos atiende un hombre normal de poco pelo. El hombre de poco pelo tiene una mirada extraña pero no deja de parecernos un hombre normal con poco pelo. Pienso que nuestro amigo Iván también es un hombre normal con poco pelo. Tomamos el café con gusto. Charlamos de cosas. Aparece una mujer, creo que atractiva, que se mueve muy lentamente. La mujer que creo atractiva habla en voz baja con el hombre de poco pelo. Nosotros seguimos charlando de cosas. Ellos dejan de hablar. La mujer se va

pero sigue moviéndose lentamente y de forma extraña. El café no da para más. Decido levantarme a pagar para que no tenga que levantarse a pagar Iván. Llego a la barra. Veo todos los panes que se venden en la cafetería-panadería. Me entran ganas de comprar un pan pero no lo compro. No sé por qué no compro un pan. Le pregunto al hombre de poco pelo que cuánto le debemos por los cafés. Me dice un precio. No recuerdo el precio. Le pago. No recuerdo cuánto le pago. Me da unas vueltas en moneda, yo le doy las gracias y cuando me vuelvo para salir fuera, donde Ella e Iván estaban esperando, oigo: ¿Le puedo hacer una pregunta si no es indiscreción?, me quedo algo extrañado pero al ser un hombre de poco pelo y normal no le doy mayor importancia. Le contesto que sí claro. Entonces me pregunta que a qué me dedico. Le contesto que trabajo en una oficina pero que a veces hago de guía turístico en las calles de la ciudad. Me dice que pensaba que yo era periodista. Le digo que no y sonrío. Compruebo que él no me devuelve la sonrisa. Compruebo, algo alterado, que su semblante es cada vez más serio. Decido empezar a salir, pero el hombre de poco pelo de aspecto cada vez menos normal me pregunta: ¿Ha tenido usted avistamientos? Yo repito la palabra avistamientos pero de manera que parezca una pregunta y no una repetición del término. Él me contesta simplemente que sí. Después de una pausa en la que el hombre de poco pelo ha perdido por completo su condición de normal, le digo que sí que he visto estrellas fugaces, mientras pienso que es una estupidez decirle eso, mientras pienso que en realidad se está refiriendo a otro tipo de avistamientos, mientras compruebo que su cara se ha transformado y ahora es un verdadero hombre de poco pelo anormal y que infunde bastante recelo. Me dice, algo indignado, que no se refiere a ese tipo de avistamientos. Alguien pronuncia la palabra ovni, pero no recuerdo si la pronuncia él o yo. Yo le digo que he soñado en ocasiones con extraterrestres. Le cuento el sueño n° 1 y el sueño n° 2, me dice que tengo que ir a un especialista en extraterrestres para contárselos. Le digo que en otro sueño, el n° 3, aparecía una gran na-

ve circular saliendo del mar, que de alguna manera estaba dentro, que había tanta luz que era cegadora, que no recuerdo más. El extraño hombre me dice que los extraterrestres se aparecen también en sueños. Me dice que nada más verme supo que me habían abducido. Que eso se nota.

Se me congela la cara. Creo que pongo cara de sapo. No estoy seguro del tiempo que estuve con la cara congelada de sapo. Me despido y oigo despedirse a la mujer de andares lentos. Él me dice que vaya allí a hablar del tema cuando quiera. Salgo inmediatamente de aquel antro. Fuera, encuentro a Ella e Iván que me miran con cara extraña. Pienso que su cara extraña se debe a que al salir del antro todavía mantenía la cara congelada de sapo. Ella me dice que qué hacía tanto tiempo ahí dentro. Yo le digo que tenemos que ir a tomar otro café pero lejos de ahí. Les digo que me ha ocurrido una cosa. Me miran extrañados. Me encuentro extraño. Pienso si me han abducido. Pienso cómo podré saber si me han abducido. Pienso si Iván conocerá a alguien en Rusia al que hayan abducido. Tengo miedo de que me hayan metido algo en el cerebro en alguna de esas abducciones. Pienso que tengo que volver otro día a la panadería-cafetería.

Escolio 1 sobre alienígenas:

Pienso que todo esto lo tenía olvidado para no enfrentarme a una realidad. Pienso que todos mis problemas visuales pueden muy bien estar relacionados con unas posibles abducciones a las que he sido sometido. Pienso que quizás Sor Gregorio detectó que los extraterrestres querrían utilizarme para determinados experimentos y por eso me metió en la papelera, para que el resto de niños me vieran como un apestado. Pienso que el Padre J. muy bien pudo ser el primer extraterrestre que tomó contacto conmigo obligándome a dejar el chupete de goma para así poder acceder a un nivel de conocimiento superior. Pienso que el episodio de vértigo que tuve en el seminario de Web 2.0, pudo estar relacionado

con este asunto. Pienso que aquel hombre que insistía en ser tan feliz mientras impartía un seminario sobre Web 2.0 podría ser un extraterrestre encubierto y que de alguna manera me provocó el episodio de vértigo, con la intención de traerme a este punto en el que me encuentro.

Tengo que proceder con cautela y analizar uno por uno todos los sueños sobre extraterrestres que en mi vida han ido apareciendo, los cuales ahora voy recordando con más y más claridad. Pienso que por el momento no le diré a Ella que los extraterrestres pueden estar detrás de todos mis males oculares. Pienso que la reciente mejoría que he experimentado en mi capacidad de visión, no es tanto debido a la influencia de la figura de Isabel II y sor Patrocinio, sino la consecuencia de haber llegado al punto decisivo, esto es el contacto que los extraterrestres han tenido con mi persona en repetidas ocasiones a lo largo de mi vida.

Pienso que por hoy es suficiente. Pienso que en un mismo día no es aconsejable practicar este tipo de regresiones vitales ya que podría muy bien conducirme a algún tipo de ataque cerebral.

Pienso si los doctores del tribunal a los que me tenga que enfrentar en la defensa de mi tesis, serán extraterrestres encubiertos como doctores. Pienso si todo esto de la tesis no está en el fondo encaminado a acabar perteneciendo a algún tipo de grupo elegido por los extraterrestres. Pienso que no puedo perder la objetividad y, siempre que no tenga pruebas en contra, no dejar de contemplar a los doctores del tribunal como simples doctores del tribunal. Pienso que ni el doctorando Serafín ni los doctores de su tribunal parecían en modo alguno extraterrestres. Pienso que de todas formas el hombre de poco pelo al principio también parecía normal hasta que me acometió con sus preguntas capciosas.

Gracias a este diario estoy descubriendo, no solo el origen de mis problemas visuales, sino el sentido mismo de mi vida en este planeta.

7 de junio. 19 horas 15 minutos

Por fin puedo sentarme para poder anotar en mi diario terapéutico el resultado de la jornada de hoy, primer día en esta nueva era de mi vida. Desde primeras horas del día, he pensado que antes de proceder a las regresiones sucesivas que me hagan recordar todos los sueños que en mi vida han tenido relación con extraterrestres, es preferible realizar un estudio pormenorizado de todo mi entorno social, para descubrir posibles seres alienígenas que formen parte de mi vida cotidiana.

También desde primeras horas del día he pensado que Jacinta, la compañera de trabajo que me acompaña en mis labores como guía turístico, podría ser un ente de otra galaxia infiltrado en nuestro planeta. Precisamente hoy ha tenido lugar una escena que posiblemente podría corroborar mi hipótesis. Recuerdo que al acabar el recorrido por las calles con el primer grupo de turistas, nos hemos dirigido a nuestra caseta de control, donde guardamos folletos informativos y podemos descansar un rato. Recuerdo que me siento en la silla. Recuerdo que Jacinta permanece de pie mirándome fijamente. Recuerdo que mientras le cuento algo, por el simple hecho de contarle algo, Jacinta me sigue mirando con una concentración desacostumbrada en ella. Le pregunto que dónde vamos a llevar al siguiente grupo de turistas. Me contesta que tengo un mosquito en la frente. Le digo que me da igual al mismo tiempo que muevo un poco el brazo como para hacer que espanto el mosquito, pero importándome un pimiento dónde está el mosquito. Le digo acto seguido que podemos llevarles al Gran Hotel. Jacinta me contesta que ahora tengo el mosquito en un brazo. Me miro el brazo recordando que la semana pasada le levanté en dos ocasiones la voz a Jacinta por un problema laboral y que no quería levantársela ahora por culpa del maldito mosquito. Veo que Jacinta se sienta en la otra silla que tenemos en nuestra caseta de control. Pienso que por fin se ha olvidado del mosquito y que po-

dremos mantener un intercambio mínimo de información. Le digo que podríamos llevar al siguiente grupo de turistas al Gran Hotel y explicarles el impacto que el modernismo tuvo en la ciudad. Jacinta se levanta y me dice que el mosquito está revoloteando. Jacinta se dirige a un punto inmediato al punto donde me encuentro yo sentado en mi silla. Veo que Jacinta comienza a lanzar su gruesa mano al vacío como para atrapar algo. Veo que Jacinta se mira la mano después de cada intento de captura. Tengo miedo de que Jacinta capture al mosquito y se lo coma en mi presencia. Pienso que esa inquina que muestra Jacinta hacia el mosquito no es normal en un ser humano. Pienso que si se lo come quedará demostrado que Jacinta muy bien puede ser un extraterrestre. Tengo miedo que después de comerse el mosquito y habiendo desnudado su verdadera naturaleza alienígena quiera proceder a atacarme a mí para que no le descubra ante el resto de la sociedad.

Veo que Jacinta se mira las manos por enésima vez y vuelve a sentarse algo más serena. Me dice que cree que el mosquito ha muerto. Mientras, recuerdo que cada vez que entramos en un bar a tomar un café ella guarda las servilletas usadas, y sigo recordando que no solo guarda las servilletas usadas sino que las hace una serie de pliegues hasta que parecen un minúsculo triángulo. Pienso si ese triángulo tendrá algún significado. Recuerdo que en el sueño n° 1 de mis sueños con extraterrestres, unos enanitos plateados me colocaban un triángulo en la frente de donde comenzaba a salir un chorro de luz. Jacinta deja de mirarme de forma concentrada y me dice que si quiero podemos ir a recoger al segundo grupo de turistas para llevarlos al centro histórico. Le digo que claro, mientras pienso que estaba tan concentrada con el mosquito que no ha oído mi proposición del Gran Hotel. Me asusto un poco y evito levantarle la voz por temor a posibles represalias de tipo alienígena.

Creo que no es necesario anotar en mi diario cómo transcurrió la visita guiada con los turistas. Creo que entre los turistas no

había ningún ser que pudiera arrojar sospechas acerca de su naturaleza como ente, o de la procedencia galáctica del mismo. Creo que es necesario pasar al otro suceso importante del día. Recuerdo que al acabar la jornada como guía turístico y poder zafarme de Jacinta, acudí al bar donde acudo siempre sin Jacinta, que por supuesto es otro del que acudo siempre con Jacinta. Recuerdo que Manolo, el camarero, estaba solícito y amable como siempre. Recuerdo que le pido un bocadillo de tortilla con queso. Pienso que como él ya sabe que soy un vegetariano convencido, en realidad no tuve que decirle que lo quería de tortilla con queso, sino que solo le dije si podía hacerme un bocadillo y ponerme una caña. Manolo me sirve una caña y luego se dirige tan solícito como siempre a batir los huevos. Todo transcurre con normalidad. Mientras Manolo bate los huevos, yo echo una mirada a la gente habitual del bar para detectar posibles alienígenas. Veo al ciego que no es ciego pero vende cupones de ciego. Veo al camionero del pepito de lomo. Veo a la chica de la limpieza. Veo al policía local. Veo a otra gente que no es habitual. De todos solo me levanta alguna sospecha el falso ciego. Pienso que si no es ciego por qué está vendiendo cupones de ciego. Pienso que quizás tenga alguna enfermedad que le permita vender cupones de ciego. Pienso que quizás todo sea un paripé para poder estudiarnos con más cercanía. Pienso que un cuponero tiene acceso fácil a nuestras personas. Manolo deja de batir los huevos y procede a hacer la tortilla. Miro al falso ciego mientras compruebo que tiene un mosquito en la frente. Pienso que si Jacinta estuviera en el bar se habría abalanzado sobre el cuponero. Pienso que es extraño que el cuponero tenga un mosquito en la frente y no haga nada por quitárselo. Pienso que yo también tenía un mosquito sobre mi frente y tampoco hacía nada para quitármelo. El falso ciego se da cuenta que le miro. El falso ciego comienza a mirarme. Le digo que buenos días. Me responde que buenos días. Afortunadamente Manolo llega con el bocadillo de tortilla y se disuelve la fuerte tensión que se había creado entre el cuponero y yo. Dejo de mirar al mal-

dito ciego farsante y comienzo a comerme el bocadillo de tortilla. Procuero mirarle de reajo, pero me hago daño en el ojo de tan disimulado que lo quiero hacer. Pienso que no será bueno para mi vista si miro demasiado de reajo. Creo detectar con el rabillo de mi ojo que el falso ciego ya no me mira. Puedo comerme el bocadillo con algo más de tranquilidad.

Manolo se aburre y viene a darme palique. Pienso que podría esperar a que acabara el bocadillo para venir a darme palique. Pienso que mientras acabo el bocadillo le podría dar palique al falso ciego o al camionero del pepito de lomo. Manolo masculla algo que no puedo entender. Pienso que Manolo muchas veces masculla cosas que no puedo entender. Pienso que Manolo el camarero debe pensar que soy imbécil porque suelo decirle que sí a todo. Pienso que al ser Manolo de un pequeño pueblo de Córdoba, hace que tenga un acento que me resulta difícil asimilar. Le muevo la cabeza a modo de pregunta ya que la boca la tengo llena y mi educación me impide hablar con la boca llena. Manolo entiende que mi movimiento de cabeza significa que no he entendido lo que acaba de decir. A la segunda intentona creo distinguir que Manolo dice que se va a poner mal tiempo. Le miro con cara de extrañeza para fingir que me interesa el hecho de que el tiempo vaya a cambiar. Me dice que el juanete le acaba de dar un pequeño tirón. Se levanta un poco el pantalón como para indicarme que dentro del zapato tiene un pie con un enorme juanete. Compruebo que además del supuesto juanete Manolo tiene todo el tobillo repleto de varices rojas. Una vez con la boca lo suficientemente vacía como para que mi educación me permita hablar le digo que caray, e inmediatamente procedo a beber un trago largo de cerveza. Manolo me dice que siempre que va a cambiar el tiempo el juanete le pega un tirón. Le digo que podría meterse a hombre del tiempo y enseñar su juanete por la televisión. Manolo me dice todo serio que sí que acertaría mucho más que el hombre del tiempo. Afortunadamente deja de darme palique y decide darle palique al policía local. Con el bocadillo casi terminado pienso

si lo del juanete pudiera ser una peculiaridad fisiológica que fuera propia de seres venidos de más allá de nuestro Sistema Solar.

Decido no salir del bar y proceder a tomarme un café tranquilamente, mientras recuerdo al hombre de poco pelo de Quintanabaldosa. Mientras tomo el café, analizo la situación evitando mirar al falso ciego que ahora está leyendo el periódico con todo el descaro. Pienso que es una desvergüenza leer el periódico con un montón de cupones de ciego prendidos en la solapa de tu chaqueta.

Pienso que ahora tengo tres sospechosos: Jacinta, Manolo y el falso ciego. Pienso que debo seguir observándoles al mismo tiempo que busco peculiaridades fisiológicas y conductuales en otras personas de mi mundo cotidiano. Pienso que de todas formas la primera prueba fisiológica a la que les he sometido hoy a estas tres personas, ha dado negativa. Es necesario que anote aquí el procedimiento y resultado de la primera prueba sobre la tenencia de escamas en las plantas de las manos y pies.

Caso Jacinta:

Llega Jacinta a la caseta de control donde nos encontramos antes de proceder a recorrer las calles como guías turísticos. Le digo buenos días y le extiendo la mano. Jacinta me mira extrañada. Pienso que su extraña mirada se debe a que hace cinco años que trabajamos juntos y nunca le he dado la mano al encontrarnos en la caseta de control. Jacinta me da la mano algo dubitativa. Yo le doy rápidamente mi mano antes de que Jacinta pueda arrepentirse. Mientras le doy el apretón intento detectar algún tipo de escama en la palma de su mano. No noto ningún tipo de escamosidad. Pienso que el sudor que habitualmente invade las palmas de mis manos puede ser un obstáculo para detectar las posibles escamas. Veo una verruga cerca del nudillo de su dedo índice. Noto que Jacinta quiere retirar su mano, alargo todo lo posible dentro de la normalidad el apretón de manos. Noto que ella hace fuerza

para deshacer el apretón. Una vez deshecho el apretón concluyo que la primera prueba sobre escamosidad en las palmas de manos es negativa. Pienso que tendré que diseñar algún procedimiento para poder dilucidar si tiene escamas en las palmas de los pies. Pienso que por hoy es suficiente. Pienso que cualquier espíritu científico procedería a darle un apretón de manos izquierdas. Pienso que no es posible extraer ninguna conclusión habiendo sometido la prueba solo a su mano derecha. Pienso que hoy solo puedo hacer la prueba de la mano derecha.

Caso Manolo:

Con Manolo el procedimiento ha sido diferente. Con Manolo no puedo negar que la suerte me ha acompañado. Llego al bar y tan solícito como siempre Manolo me da los buenos días extendiéndome las palmas de sus manos, las dos, como para indicarme que me siente en una de las banquetas de la barra. Me pilla desprevenido y no soy capaz de fijarme si existe algún tipo de escama en la palma de sus manos. Rápidamente diseño una táctica. Rápidamente le digo a Manolo que me lo tiene que volver a pedir. Manolo no se da cuenta que todo forma parte de una estrategia para detectar escamas en sus manos. A la segunda oportunidad no pierdo detalle del contenido de sus palmas. Veo callos debajo de cada uno de los dedos. Veo brillos que deben ser de aceite pegado a la piel. Mi cuerpo tiembla al detectar una escama en el borde de la uña del dedo corazón de su mano derecha. Rápidamente soy consciente de que la escama es de pescado y de que en la barra hay platos con pescado frito. Descarto a esa escama como posible escama alienígena. El resto ya lo he anotado en este diario. Tengo que dar como negativa la prueba aplicada a las manos de Manolo.

Caso falso ciego:

En este caso me ha resultado más difícil poner en práctica la prueba de la escamosidad dado el carácter un tanto desafiante del cuponero. Una vez detectado el falso ciego como un ente sospechoso, y descartados el camionero del pepito de lomo y el policía local, procedo al análisis visual que ya he anotado en este diario. Después de terminado el bocadillo, decido despedirme del falso ciego extendiéndole la mano. El ciego no responde a mi solicitud de choque de manos. El ciego me mira con extrañeza. Al ser consciente del fracaso de mi primera intentona le digo todavía con la mano extendida que quiero uno de los cupones que tiene prendidos en la chaqueta. El falso ciego elimina su cara de extrañeza y coge uno. Le digo que cuánto es y me dice que tres euros, momento en que soy yo el que le mira con cara de extrañeza. Detecta mi cara y me dice que resulta que es el día del cuponazo. Pienso que tengo que conseguir tres euros en moneda como sea. Pienso que si le doy un billete no extenderá la mano y me será imposible llevar a cabo la prueba de la escamosidad. Le digo que perdone un momento pero que tengo que cambiar. Me dice que él me puede cambiar. Le digo que no se preocupe que ya me cambia Manolo. Me repite que él mismo tiene cambio. Prefiero no responderle y decirle a Manolo que me cambie, al sacar del bolsillo un billete compruebo que es de cinco euros, momento en el que pienso que si se dan cuenta que mi billete es de cinco euros me obligarán a que me lo cambie el falso ciego, momento en el que vuelvo a meter la mano en el bolsillo y busco otro posible billete, momento en el que detecto otro billete que saco y compruebo que es de diez euros. Manolo me cambia el billete. Más tranquilo pero con cierto temblor en mi mano derecha debido a los nervios acumulados, pero con las monedas en la palma, cojo con la mano izquierda una moneda de dos euros y otra de uno y hago el ademán de dárselas al falso ciego. El cuponero extiende su mano derecha momento en el que siento la alegría de ver cómo mi encerrona ha funcionado. El cuponero mantiene el cuponazo entre los

dedos de su mano, oportunidad que no desperdicio y me inclino para hacer como que veo el cuponazo mientras que en realidad compruebo el contenido de su mano. Veo sudor. Veo bolitas de algún extraño tejido procedentes del bolsillo de su chaqueta. No veo escamas por ninguna parte. Veo cómo el falso ciego agita la mano como para indicarme que coja el cupón y me largue. Entiendo el mensaje de la repentina agitación de su mano. Cojo el cupón y me largo, mientras pienso que la prueba de la escamosidad me ha costado nueve euros. Analizo mentalmente que seis euros fueron por el bocadillo y la cerveza y tres por el cuponazo. Me siento algo inquieto al pensar que si todas las pruebas de escamosidad me cuestan diez euros, la búsqueda de posibles alienígenas puede resultar muy gravosa para mi economía.

8 de junio. 19 horas 6 minutos

Quiero anotar que los esfuerzos de hoy por aplicar la prueba de la escamosidad en mis compañeros de oficina, ha sido completamente infructuosa. Desde las 8 horas 30 minutos hasta las 15 horas, he sido incapaz de poder someter a los señores García a la prueba que nos ocupa. Quiero puntualizar que ambos señores se apellidan García por lo que deberé diferenciarlos como García 1 y García 2. Quiero puntualizar que García 1 es el García que más cerca tengo sentado y que por lo tanto García 2 es el compañero de oficina que más alejado se encuentra respecto de mi persona.

Recuerdo que al llegar, los García estaban ya sentados en sus respectivas sillas mirando sus respectivos ordenadores. Recuerdo que después de saludarles con el pertinente buenos días, ellos me contestaron con el mismo pertinente buenos días. Recuerdo que desde el mismo momento en que encendí el ordenador, comencé a diseñar la estrategia a seguir. Recuerdo que al cabo de un tiempo, del que no puedo especificar cuánto, ya que el tiempo dentro de la oficina no obedece a las mismas leyes que fuera de la oficina, fui plenamente consciente que como las distancias que me separan de ellos son diferentes según el García de que se trate, esto me obligaría a pensar en estrategias diferentes.

Recuerdo que después de estar cara al ordenador pensando las dos estrategias, miro el reloj situado en la esquina inferior derecha de la pantalla y me doy cuenta que ya es el tiempo de salir a tomar un café. No lo dudo ni un segundo y me levanto diciendo a los García que me voy a tomar un café. Los García mascullan algo simultáneamente, sin ser conscientes de que están siendo objeto de mi estrategia para dilucidar si alguno de ellos pudiera ser un ente extraplanetario. El tiempo del café transcurre normalmente. En el bar donde tomo el café los días que me toca ir a la oficina, no encuentro a nadie digno de someterle a la prueba de la escamosidad en palmas de pies y manos. Al regresar, paro en el estan-

co y decido comprar dos paquetes de tabaco para Ella. Pienso que no está bien que le compre tabaco. Pienso que si no le compro tabaco en ese momento me pedirá que se lo compre en otro momento mucho más inoportuno. No lo pienso más y me lanzo a comprar los dos paquetes de tabaco rubio. Pienso que la mujer que atiende en el estanco siempre me lanza las monedas del cambio desde una altura considerable para evitar tocarme las manos. Siempre pienso que es una bruja que le produce repulsión mi aspecto. Siempre pienso también que ella me produce la misma repulsión a mí y que estoy encantado de que me lance las monedas desde lo alto para no tocarme con sus manos. Ni siquiera me planteo hacerle la prueba de la escamosidad. Regreso al despacho de la oficina y les espeto a los García el pertinente “ya estoy de vuelta”. Solo masculla uno de los García, pero no puedo desprender del sonido emitido quién de los dos ha sido el emisor.

Me siento de cara a la pantalla del ordenador y miro el reloj de la esquina inferior derecha. Tengo que volver a mirarlo porque la primera vez, a pesar de haberlo visto, no he sido consciente de la hora que marcaba. Cliqueo con el ratón en zonas estériles de la pantalla, para que los García se piensen que estoy realizando las labores cotidianas de mi trabajo. Pienso que pasado ya un rato, no sé cuánto, es ya momento de pasar a la acción. Dado que el señor García 1 se encuentra inmediato a mi lado izquierdo, decido coger un bolígrafo y dejarlo caer al suelo disimuladamente, con la intención de que la educación del señor García 1 le obligue a recoger el bolígrafo con una de sus manos para después ofrecérmelo, momento en el que yo improvisaría algo para ver su palma. Compruebo que la educación del señor García 1 no le ha obligado a nada. Disimuladamente recojo yo mismo el bolígrafo. Pienso que sería oportuno tirar algo más pesado, pero pienso que yo no tengo nada en la mesa que pudiera llamar la atención de este García. Pienso que tirar el teclado del ordenador puede ser excesivo y levantaría sospechas no solo del García 1 sino también del García 2.

Decido abandonar la estrategia de arrojar objetos al suelo y pasar a otra algo más compleja. Pienso que la noticia sobre la momia del General Prim que he leído en el periódico local durante mi tiempo de café, me puede dar pie a improvisar una sutil estrategia de control. Pienso que el General Prim está de rabiosa actualidad y que puede ser un momento ideal para entablar una interesante conversación sobre este general y por ende de la Reina Isabel II, con la que tuvo sus más y sus menos. Pienso que a partir de sacar a colación a Isabel II, será el momento de hablar de su escamas en las manos y si fuera necesario de Sor Patrocinio o incluso del Padre Fulgencio.

Sin dejar de mirar a la pantalla del ordenador, pregunto al aire si han visto u oído la noticia que cuenta que están estudiando la momia del General Prim, mantenida en un congelador desde hacía un par de años. Pienso que no debo dejar de mirar a la pantalla del ordenador para no mostrar un interés excesivo, lo cual podría levantar las sospechas de los García y hacer que se retrajeran de la conversación. Logro distinguir una especie de gruñido débil que no puedo descifrar con exactitud. Decido ser más directo y pasar a la agresión directa torciendo la cabeza y dirigiéndoles la misma pregunta mirándoles. Quiero puntualizar que los tres estamos situados en línea recta, con el García 1 a mi izquierda inmediata y el García 2 a la inmediata del García 1. Repito la pregunta creo que con las mismas palabras. El señor García 1, por el hecho de estar más cerca de mí, tuerce su cuello para mirarme pero no llega a emitir sonido alguno, tan solo mueve la cabeza en un eje perpendicular al cuello al mismo tiempo que pone cara de haberse comido un ajo crudo. Deduzco inmediatamente que todo este cúmulo de signos provenientes del cuello y cabeza del señor García 1 quieren decir que no sabe nada sobre la noticia aparecida en el periódico de hoy referente a la momia del General Prim. No puedo ocultar mi decepción. Decido volver a mirar a la pantalla del ordenador y realizar de forma aleatoria unos cuantos clics con el ratón. Decido entonar a boca cerrada alguna melodía improvi-

sada para dar la sensación de que me importa un pimiento que no sepan nada acerca de las investigaciones que están llevando a cabo para dilucidar quién asesinó al General Prim en 1870. Después de algunos compases improvisados digo que si no hubieran asesinado al General Prim, los Borbones no hubieran vuelto. Ninguno de los García gira su cabeza para mirarme ni masculla nada. Comienzo a sentir cierto calor que comienza en mis tripas y se expande rápidamente por el resto del cuerpo. Seguramente se lo debió de cargar algún carlista o algún isabelista por haber contribuido a colocar a Amadeo de Saboya. El calor de mi cuerpo sigue aumentando en intensidad. Decido levantarme de mi asiento. Una vez de pie y enfrente de los dos García, les digo que no me extrañaría que la propia Isabel II hubiera encargado el atentado que acabó con el General Prim, que esa mala puta había sido la madrina de una de las hijas de Prim y que ahora lo mataba, que qué se podía esperar de ese monstruo con escamas en las palmas de sus manos, momento en el que soy consciente de haber conseguido que los García aparten sus cabezas de las pantallas de sus ordenadores, momento en el que una vez conseguido el clímax emocional y el máximo de implicación de mis compañeros, decido pasar a mostrar las palmas de mis manos mientras les pregunto con el tono de voz elevado ¿os imagináis que yo tuviera escamas en las palmas de mis manos?, ¿os fiaríais de un compañero con todas sus manos llenas de escamas?, momento en el que voy a pasar a la parte definitiva y pedirles que se miren las palmas de sus manos y aprovechar yo también para mirárselas, momento en el que entra el Jefe del Departamento de Organización Interna para comunicarme que el día 15 de este mes habrá otro seminario sobre Web 2.0.

Miro al Jefe del Departamento de Organización Interna, con la mirada todavía retenida en el momento del clímax emocional inmediatamente anterior. Veo que el jefe arquea algo las cejas a modo de sorpresa. Me pregunta si podré asistir. Le pregunto que a dónde. Me dice que al curso que al seminario que me acaba de

anunciar. Le digo que sí mientras pienso que también irá Francisca y que mi visión se podría ver afectada. Le pregunto que dónde será el seminario. Me dice que en nuestras oficinas y se va. Algo abatido por haber perdido el clímax emocional, giro mi cabeza hacia los García. Compruebo que los García miran de nuevo a las pantallas de sus ordenadores. Decido sentarme y clicar aleatoriamente con el ratón de mi ordenador. Miro el reloj del extremo inferior derecho de la pantalla. Compruebo que todavía quedan tres horas de mirar a la pantalla de mi ordenador. Ante dicha perspectiva y habiendo perdido todas las esperanzas de poder someter a mis compañeros a la prueba de la escamosidad, decido poner un aviso en el Facebook que tenemos sobre los recorridos turísticos. Pienso qué aviso poner. Repaso las noticias leídas en mi tiempo de café y decido redactar el siguiente titular: “Mañana sábado comienza la exposición de puntillas en el Gran Hotel”. Añado una foto del Gran Hotel. Añado también la dirección de la calle. Pienso que como vegetariano convencido no debería poner este anuncio. Pienso que las puntillas para rematar toros son armas en manos de asesinos. Pienso que por el contrario al poner la noticia en el Facebook la leerán mis contactos antitaurinos. Pienso que al leer el anuncio, mis contactos antitaurinos se acercarán al Gran Hotel a desnudarse en público como protesta. Tengo la conciencia tranquila por haber puesto mi anuncio en el Facebook. Pienso que al menos el día no se ha desperdiciado del todo. Pienso que ya habrá otro momento para poder inspeccionar las palmas de las manos de los García. Pienso por el contrario, que los pies de los García habrá que descartarlos.

21 horas 30 minutos

Para no terminar el día sin haber obtenido progreso alguno en mis investigaciones, decido someterme yo mismo a investigación. Pienso que si el hombre de poco pelo tenía razón y he sido

abducido en varias ocasiones, muy bien podría ser que los extraterrestres me hubieran introducido algún tipo de material biológico que alterara mi fisiología humana. Pienso que es necesario repasar algunas de mis particularidades fisiológicas para determinar cuál de ellas merece un mayor detenimiento como posible modificación alienígena. Pienso que será mejor seguir un orden ascendente y empezar por los pies. Pienso que debajo de los dedos de los pies se produce cierta alteración de la piel pero sin llegar a ser escamas. Pienso que puede ser lo que llaman pie de atleta, Pienso que la sudoración que afecta a las plantas de mis pies puede ser la causante de ese cuarteamiento. No creo que haya que suponer ningún origen extraterrestre a dicha alteración cutánea, ni al mal olor que normalmente desprende al final de cada jornada esa parte de mi anatomía.

Asciendo por el cuerpo y paso de largo por la hemorroide y por las varices, tanto las de la pierna izquierda como las del testículo izquierdo, ya que no me ofrecen sospecha alguna. Sin embargo me voy directo a ciertas irritaciones que han comenzado a salirme en ambas axilas desde hace un par de semanas. Estas irritaciones no se comportan de una forma normal. Recuerdo que una vez detectada su presencia, cosa que pude notar debido al picor e incluso dolor que provocaban, lo puse en conocimiento de Ella para que procediera a una primera inspección. Ella me dice que son hongos. Yo le digo que cómo van a ser hongos. Ella me dice que seguro que son hongos. Recuerdo que su diagnóstico me incomodó sobremanera, pero accedí a aplicarme una pomada antifúngica. Recuerdo que la pomada antifúngica no supuso ningún alivio y que las irritaciones dolorosas continuaron con su presencia. Decido coger mi lupa y acudir en su ayuda. Le pido disculpas por interrumpir el retoque digital al que está sometiendo las últimas fotografías realizadas en el curso sobre la fotografía en blanco y negro del pimiento verde. Me dice que no pasa nada. Le doy la lupa y le pido que me mire con detenimiento las irritaciones en las axilas. Me dice que para qué. Le digo que para ver si son es-

camas. Me mira con extrañeza pero no quiero hablarle de la prueba de la escamosidad y de la posible relación con la presencia extraterrestre entre nosotros. Tras cierta reticencia finalmente accede. Le muestro primero la axila izquierda. Me dice que huele un poco fuerte. Le digo que eso no importa y que mire con la lupa. Me dice que ve algo rojizo e irritado. Le digo que busque escamas. Me dice que no ve escamas. Le quito la axila izquierda y la coloco a tiro la derecha. Me mira con cara de comer ajo crudo para dar a entender que también huele fuerte. Me encojo de hombros para dar a entender que qué le vamos a hacer. Coge la lupa y examina con atención. Se produce un silencio que me llena de angustia al imaginare que ha detectado escamas y que en realidad estoy modificado genéticamente. Me dice que no ve escamas pero que todo está muy colorado y que debo tener algún problema de la piel. Le digo que eso ya lo sé, pero que me interesaba saber si había escamas. Me pregunta que por qué. Le digo que solo por curiosidad y le cojo la lupa. Afortunadamente Ella regresa al tratamiento digital de los pimientos y no me somete a más preguntas capciosas.

Termino estas anotaciones con tranquilidad. Finalmente el día ha dado de sí y ha sido productivo a pesar de la reticencia de los señores García.

10 de junio. 13 horas 42 minutos

Quiero anotar que el día de ayer, sábado, transcurrió con absoluta tranquilidad, y por lo tanto no me pareció oportuno proceder a ninguna anotación en este diario. En un momento pensé someterle a Ella a la prueba de escamosidad, pero rápidamente fui consciente de que conozco perfectamente las plantas de sus pies y manos y que sería completamente absurdo someterle a dicha prueba.

Tengo que anotar sin embargo que el día de hoy ha comenzado de muy diferente manera y hasta mañana no podré saber el alcance de las consecuencias de todo lo que ha ocurrido. Quiero puntualizar que, aunque el día de ayer transcurrió para Ella y para mí con absoluta tranquilidad, no fue así en la ciudad. Pienso que es mejor anotar los hechos según los he ido conociendo, para luego ya en orden poder extraer de todo esto posibles consecuencias y/o actuaciones a realizar.

Recuerdo que esta mañana durante nuestro acostumbrado desayuno de los domingos en el bar también acostumbrado (en el pueblo más cercano al nuestro según se sale a la izquierda), leíamos la prensa al mismo tiempo que ingeríamos nuestras tostadas de siempre acompañadas con sus consabidos cafés con leche. Recuerdo que al cabo de un par de hojas leídas en mi diario local, observo la imagen del Gran Hotel con una multitud de gente en sus alrededores y varios furgones de policía. Inmediatamente pienso que los antitaurinos se han enterado del evento y se han presentado en la inauguración de la exposición de puntillas toreras, para desnudarse en público como protesta contra el asesinato de toros de lidia. Sonrío y emito unos sonidos que casi llegan a convertirse en risa descarada. Decido dar un buen sorbo de café y disfrutarlo con fruición. Decido empezar a leer el artículo con tranquilidad. Compruebo que el titular no reza como esperaba. Leo en el titular que debido a un falso anuncio en Facebook, se

congregó en las puertas del Gran Hotel una multitud de jóvenes exigiendo entrar a la exposición que ellos creían que se inauguraba. Leo también que otra cantidad considerable de mujeres, pertenecientes a una asociación a favor de la dignidad de la mujer, se presentaron en el mismo lugar para protestar contra la exposición del Gran Hotel. Comienzo a tener confusión ante lo ocurrido. Por el momento no leo nada sobre los antitaurinos. Leo que la multitud de personas allí concentradas se debía a que en Facebook alguien había escrito: EL PRÓXIMO SÁBADO A LAS 16 HORAS SE INAUGURA EN EL GRAN HOTEL LA GRAN EXPOSICIÓN DE PUTILLAS. Inmediatamente soy consciente de mi error tipográfico. Inmediatamente soy consciente de haber omitido una e en mi anuncio de Facebook. Inmediatamente soy consciente de que por una maldita e he cambiado a las puntillas taurinas por unas putillas de barrio. Inmediatamente leo que el director del Gran Hotel quiere querellarse contra los responsables de ese anuncio en Facebook. Decido tomar otro trago de café pero esta vez sin fruición. Leo que la policía local tuvo que intervenir y detener a alguna de las mujeres de la asociación pro dignidad femenina. Leo que estas mujeres arrojaron una cantidad considerable de huevos a las vidrieras del Gran Hotel. Leo que incluso algún policía local recibió el impacto de varios huevos. Leo que nadie de los allí congregados conocía la verdadera naturaleza de la exposición. Leo que las puntillas taurinas solo formaban una pequeña parte de la exposición. Leo que el verdadero título de la exposición era: LOS GRANDES MAESTROS DE LA TAURAMAQUIA. DESDE RAFAEL DE PAULA A EL JULI. Leo que la verdadera exposición recoge una importante colección de objetos pertenecientes a los toreros más importantes de la historia, como capotes, estoques, banderillas y puntillas.

Ella me pregunta que por qué no me como la tostada. Yo le digo que estoy esperando. Ella me dice que a qué estoy esperando. Como no sé qué contestarle, decido toser y hacer como que me atraganto con el café. Ella me da palmaditas en la espalda. Yo

le digo que ya se me ha pasado y rápidamente me como un trozo de tostada para que no me vuelva a preguntar que a qué estoy esperando. Me atraganto pero esta vez de verdad. Me vuelve a dar más palmaditas en la espalda y me pregunta que qué me pasa. No puedo decir nada porque sigo tosiendo. Algunos trozos de tostada quedan incrustados en la foto de la multitud siendo dispersada por la policía en el Gran Hotel. Pienso en las explicaciones que me tocará dar mañana en la oficina. Pienso en la bronca que me caerá por parte de algún jefe de departamento. Pienso que con suerte los García no habrán leído la noticia. Pienso que será mejor no decirle a Ella nada sobre el anuncio del Facebook. Ella, mientras me da palmaditas, ve la noticia del periódico. Ella me dice que quién habrá sido el imbécil que ha puesto ese falso anuncio en el Facebook. Ella me dice que hay gente muy mal intencionada por el mundo. Me dice también que a ese tío (refiriéndose al que ha puesto el anuncio en el Facebook) habría que meterlo a la cárcel. Pienso que cómo es posible que haya averiguado que el autor es un tío y no una tía. Pienso que espero que la cosa no acabe en la cárcel. Pienso que podré demostrar que solo fue un error tipográfico. Pienso que cuando llegue a la oficina lo primero que debo hacer es destrozarse la tecla ene de mi ordenador. Pienso que una vez destrozada dicha tecla tendré la excusa perfecta ante el jefe de departamento que venga a echarme la bronca. Pienso que el último día debería haber arrojado el teclado del ordenador al suelo. Pienso que si hubiera tirado el maldito teclado, los García me hubieran enseñado las palmas de sus manos, o al menos el señor García 1. Pienso que si hubiera arrojado el teclado al suelo, seguramente más de una tecla se habría destrozado y muy probablemente entre ellas la letra ene. Pienso que un error tipográfico no es motivo para meter a nadie en la cárcel. Pienso que pueden ser más graves las consecuencias derivadas del correo electrónico que me he encontrado al llegar a casa. Creo que haber encendido mi ordenador personal para ver el correo, lo único que ha hecho es aumentar mi nerviosismo y preocupación ante un futuro incier-

to. Creo que el correo que he recibido de mis contactos antitaurinos puede tener consecuencias muy serias de cara a la consecución de mi título de doctor.

Pienso que no tengo que ser desagradecido con mis contactos antitaurinos, pero su propuesta de presentarse en la universidad para asistir a la lectura de mi tesis me provoca angustia. Pienso que si mis contactos antitaurinos se presentan en dicho acto, hay muchas probabilidades de que se desnuden en la sala como protesta simbólica contra la caza indiscriminada de tortugas Carey, así como contra la estabulación cruel de bueyes, vacas y todo tipo de ganado bovino, porcino y equino.

Pienso que he hecho bien diciéndoles que no sé la fecha del acto en cuestión. Pienso que aunque me vuelvan a escribir, como me han asegurado en un segundo correo, espero poder zafarme de ellos. Pienso que si no me puedo zafar de ellos espero poder conseguir un compromiso de su parte para que no se desnuden hasta que no estén firmadas las actas donde se especifique que mi tesis doctoral ha sido considerada como apta, y que ya soy doctor. Pienso que luego, ya doctor, incluso me puedo desnudar yo mismo como postura solidaria hacia mis contactos antitaurinos.

20 horas 22 minutos

Quiero anotar en mi diario que para no levantar sospechas ante Ella, me he propuesto continuar el día de forma completamente normal. Pienso que Ella en ningún momento debe saber que el autor del anuncio en Facebook he sido yo. Pienso que si se entera, mi apariencia de superioridad puede verse rebajada considerablemente. Decido interrumpir el tratamiento digital que Ella sigue aplicando a los pimientos verdes. Le pregunto si le quedan muchos pimientos por tratar. Me dice que solo dos. Le digo si me puede mirar con la lupa. Me dice un poco alterada que si ¿otra vez? Le digo que no, que esta vez quiero que me inspeccione de-

tenidamente la cabeza. Me dice que soy un pesado. Le digo que si quiere espero a que termine con los dos pimientos restantes. Me dice que le llevará días el tratamiento de esos pimientos. Le digo que al ser en blanco y negro debería ser más rápido que en color, por haber muchos menos colores que tratar. Me dice que eso es una estupidez. Le doy la lupa. La coge con cierta resignación. Me agacho y le ofrezco la cabeza. Me acerca el flexo y me quema con la bombilla. Le digo que tenga cuidado, que me ha quemado, que tengo poco pelo y enseguida aparece el cuero cabelludo. Comienza a apartarme los pelos para acceder directamente a la piel. Me dice que tengo la misma caspa que siempre. Le digo que busque escamas. Me dice que con lupa le parece repugnante. Me callo, pero mi apariencia de superioridad desciende brutalmente. Recuerdo mi error tipográfico, y todavía desciende aún más. Me dice que ya me han dicho que tengo dermatitis seborreica. Me dice que toda mi cabeza es una pura escama. Decido quitarle la lupa y le digo que ya está bien que con eso me vale. Ella vuelve a tratar su pimiento verde en blanco y negro. Yo vuelvo a colocar mi lupa en su sitio con la duda de si mi problema dermatológico en la cabeza pudiera tener relación con mis más que probables abducciones.

No recuerdo si el Padre J., tan importante en mi vida por haberme quitado el chupete de goma cuando tenía 4 años y permitirme el acceso a un nivel de conocimiento superior, tenía caspas en la cabeza. Es una lástima que mi memoria no me permita tener imágenes de esa posible caspa. Creo sinceramente que el Padre J., tenía muchas papeletas para ser un ser extraplanetario. Pienso que si pudiera tener acceso a un chupete de goma, quizás el cerebro recuperaría las imágenes perdidas sobre la cabeza del Padre J. Pienso que cuando se agachó para arrancarme el chupete de goma de la boca, tuve que verle la calva y las supuestas caspas y/o escamas. Pienso que hoy es domingo y que tendría que buscar una farmacia de guardia para poder encontrar un chupete de esas características. Pienso que si le digo a Ella que me tengo que ir a

una farmacia a por un chupete de goma, quizás piense que voy a tener una reunión con mis contactos antitaurinos con los que no hace muy buenas migas. Recuerdo que una vez se desnudaron en casa como protesta ante un filete de ternera que Ella se iba a comer. Recuerdo que Ella volvió a meter el filete a la nevera y acabó comiéndose un gazpacho de almendras con frutos secos. Recuerdo que esa misma noche, Ella me dijo que no volviera a llevar a esa gente a nuestra casa, que eran unos maleducados, que deberían respetar la alimentación de los demás y que en el fondo solo eran una panda de exhibicionistas. Pienso que mejor será dejar lo del chupete de goma para otra ocasión. Pienso que al lado del bar donde transcurre mi tiempo de café los días que voy a la oficina, hay una farmacia. Pienso que de todas formas no podré someterme a la regresión del chupete delante de los señores García.

Creo que por ahora es mejor disfrutar del resto de domingo, sin pensar en las consecuencias laborales que pueda tener el error tipográfico del anuncio en Facebook.

11 de junio. 18 horas 08 minutos

Después de una siesta reparadora, tengo que anotar en mi diario todo lo que hoy ha sucedido de cara a reforzar mi apariencia de superioridad y continuar con mis indagaciones sobre la existencia de posibles seres extraplanetarios en mi entorno cotidiano. Gracias a las anteriores páginas de este diario terapéutico, he podido dilucidar que mi desorden visual puede tener su origen en las alteraciones genéticas producidas mediante experimentos realizados con mi cuerpo en una o varias abducciones a las que me han sometido seres extraterrestres a lo largo de mi vida. Gracias, primero a mis regresiones vitales, y después a mis regresiones documentadas, he podido sacar a la luz figuras clave en mi vida como Sor Gregorio y el Padre J., así como descubrir una coincidencia de hechos al comparar los acontecimientos en el entorno más cercano de Isabel II, con algunas situaciones vividas en mi infancia. Me refiero, no a la desenfrenada actividad sexual de esta reina, ni a sus repugnantes escamas en las plantas de pies y manos, sino a su verdadera naturaleza extraterrestre (o al menos su naturaleza alterada genéticamente por extraterrestres) así como a las figuras de Sor Patrocinio y el Padre Fulgencio, que la rodearon durante muchos años de su vida. Con todos estos descubrimientos, mi vista ha experimentado una notable mejoría, cosa que ni los oftalmólogos, otorrinos ni neurólogos, habían podido conseguir. En cualquier caso no puedo obviar el papel que Paco el óptico ha jugado al colocarme las gafas con prismas, pues creo que sin ellas no habría experimentado la misma mejoría, sino quizás otra.

Si por lo tanto, a lo largo de mi vida se han dado episodios en los que seres alienígenas han intervenido en mi naturaleza física y psíquica, quiero pensar que todo ello ha sido para proporcionarme el paso a un nivel superior de conocimiento, comenzando por la actuación del Padre J., que al quitarme el chupete de goma

cuando tenía cuatro años, me impelió hacia ese nivel superior. También en el sueño nº 1, de la serie de sueños con seres extraterrestres, fui sometido a una aparatosa manipulación en la que más adelante profundizaré con sus debidas anotaciones en este diario. Lo trascendental de todo este asunto es que ahora puedo clasificar a las personas que me rodean como neutrales, alienígenas y anti-alienígenas. Es decir, que la mayor parte de las personas con las que me relaciono no tienen nada que ver con el mundo extraplanetario, las cuales se podrían definir como neutrales, pero sin embargo algunas son de naturaleza extraterrestre y quieren manipularme y experimentar con mi cuerpo y mi mente, aunque no tengo claro si el propósito de tales manipulaciones es beneficioso o no para mí, dada la reacción que tuve en el sueño nº 4, de la serie de sueños con extraterrestres, al que más tarde tendré también que referirme con más detenimiento en este diario. Por el contrario, también existen en mi entorno cotidiano un número indefinido de personas, que conocen la existencia de esas fuerzas extraplanetarias y quieren impedir a toda costa que nos manipulen a mí y al resto de los seres humanos, muchas veces demostrando una gran cortedad de miras y un fanatismo religioso que, como siempre, obstaculiza el avance tecnológico y espiritual de la humanidad.

Muchas cosas extrañas han ocurrido en mi vida y ahora, a la luz de esta nueva visión de la existencia, cobran sentido. Por el momento no le diré nada a Ella. Por ahora continuaré observándola como un ser neutral. Recuerdo que en varias ocasiones le he hablado de mis sueños con extraterrestres. Recuerdo que Ella detectó una naturaleza muy extraña en la mujer del hombre con poco pelo de Quintanabaldosa. Pienso que en algún momento tendremos que recuperar las conversaciones sobre extraterrestres. Pienso que en algún momento tendré que someterla a diferentes pruebas para ver si Ella también ha sido manipulada por alienígenas. Pienso que tiene muchas papeletas para haberlo sido. Pienso que estos seres hicieron todo lo posible para que Ella y yo nos encontrásemos. Pienso que fue muy extraño que a pesar del bají-

simo nivel al que se encontraba en aquel momento mi apariencia de superioridad, Ella pudiera encontrar algún atractivo en mi cuerpo y/o en mi mente. Pienso que si Ella se atrevió a contarme lo de su visión de enanitos verdes, por cierto algo definitivo en el enamoramiento súbito que yo experimenté, fue no por pura casualidad, sino por una especie de control externo que buscaba nuestro emparejamiento. Queda por dilucidar el papel que la tesis doctoral sobre peines y peinetas fabricadas con asta de buey y caparazones de Tortuga Carey entre 1885 y 1930 tiene en el conjunto de mi vida, y si responde a las expectativas que los seres extraplanetarios mantienen sobre mi persona.

Pienso que con todos los antecedentes clarificados y analizados, es momento de pasar a anotar los sucesos del día de hoy. Lo primero para mí importante en el día de hoy era recuperar, al menos en un mínimo grado aceptable, mi apariencia de superioridad. Recuerdo que al llegar a mi despacho, los señores García volvieron sus cabezas y emitieron simultáneamente sendas risas un tanto guturales. Recuerdo que el señor García nº 2, me dijo con la sonrisa mantenida en su rostro, que qué es lo que había pasado el sábado. Inmediatamente me doy cuenta que no puedo proceder al destrozo de la tecla ene de mi ordenador, ya que ante la mirada de los señores García se convertiría en una avería a posteriori de los hechos y no a priori como era mi intención. Les digo que no sé a que se refieren. Me dicen que el Facebook de la empresa había anunciado una exposición de putas en el Gran Hotel. Les digo que eso es imposible. Me dicen que abra el Facebook y que luego vaya a ver al Jefe del Departamento de Organización Interna. Me dicen que ha llamado preguntando por mí. Decido no ponerme nervioso y actuar con nervios de acero. Decido mantener la voz en un tono casi inaudible. Pienso que el tono casi inaudible es el característico de las 8 horas 30 minutos de la mañana, que es la hora en la que nos encontramos. Les digo en tono casi inaudible que vale. Compruebo que se quedan con las cabezas giradas hacia mi puesto de trabajo, esperando a que encienda el

ordenador y abra la página de Facebook de la empresa. Pienso que ellos no saben que yo ya sé todo lo ocurrido y que eso juega a mi favor. Decido tirar al suelo el bolígrafo que tengo en la mesa. Pienso que al tirar el bolígrafo al suelo los señores García se cansarán de tener sus cabezas torcidas. Una vez arrojado el bolígrafo hacia mi lado derecho y opuesto al de los García, procedo a agacharme para buscarlo, momento en el que acabo poniéndome de rodillas en el suelo, momento en el que aprovechando la postura decido sacar mi teléfono móvil. Pienso que con el trasero enfocado hacia los señores García, estos no podrán percatarse de que estoy manipulando mi teléfono móvil. Pienso que si simulo una llamada del Jefe de Departamento de Organización Interna podré irme del despacho sin tener que darles más explicaciones de lo ocurrido con el Facebook. Decido desbloquear el teclado de mi teléfono móvil. Decido marcar el número de la empresa. Decido tapar el altavoz del teléfono móvil para que los García no escuchen la voz de la centralita automática que tiene la empresa. Marco rápidamente mi propia extensión y espero a que suene el teléfono fijo de la mesa de mi puesto de trabajo con el trasero todavía enfocado a los García, al mismo tiempo que guardo el teléfono móvil en mi pantalón.

Pasa un lapsus de tiempo del que no puedo especificar su duración. Oigo sonar el teléfono fijo de mi mesa. El señor García nº 1 se ofrece a cogerlo pero le digo con el tono de voz demasiado alto que no lo coja que ya lo hago yo. Oigo que el señor García nº 1 dice bueno bueno, con cierto aire de decepción. El ofrecimiento del señor García nº 1 rompe la secuencia de actuaciones que tenía prevista y eso hace que me ponga nervioso. Una vez nervioso y con la secuencia de actuaciones rota, decido levantarme antes de lo que tenía previsto, es decir saltándome un par de actuaciones, y me golpeo con la cabeza en la mesa, momento en el que decido ponerme más nervioso, momento en el que el teléfono fijo ya ha sonado tres veces y está a punto de dejar de sonar. Decido levantarme lo más rápidamente y de la forma que sea, es

decir sin buscar la postura más decorosa. Decido que quedarme de rodillas con la mesa a la altura de mi barbilla, es suficiente para poder descolgar el teléfono fijo de mi mesa. El teléfono fijo ha dejado ya de sonar. Se ha pasado el tiempo ya ahora es como si no hubiera llamado nadie, de forma que al descolgarlo suena el pitido agudo que siempre suena cuando descuelgas un teléfono antes de marcar el número al que quieres llamar. Decido apretar fuertemente contra mi oreja derecha el auricular superior del teléfono, para que los García no escuchen el pitido. Pienso que si los García escuchan el pitido se darían inmediatamente cuenta que yo no estoy hablando con nadie. Decido hablar con el tono de voz muy elevado para obstaculizar todavía más el que los García escuchen el maldito pitido. Digo... ¿sí?, vuelvo a decir... ¿sí?... mientras pienso qué otra cosa decir. Decido decir... si, si, si, pero esta vez no en tono de interrogación sino con decisión e incluso cierta arrogancia. Añado un... claro, claro... no se preocupe, ha debido de ser un simple error tipográfico... gracias, gracias, gracias. Pienso que si añado otro gracias distanciado los García pensarán que al otro lado del auricular me están alabando. Finalmente decido emitir un si, si, si... muchas gracias, momento en el que retiro el auricular de mi oreja derecha al mismo tiempo que pongo una mano encima de dicho auricular para impedir que el pitido se oiga. Pienso que he debido producirme algún tipo de lesión en la oreja derecha ya que el dolor que siento es muy intenso. Una vez colgado el aparato decido incorporarme del todo y mirarles con una sonrisa en el rostro. Decido agacharme a coger el bolígrafo que todavía estaba en el suelo, pero esta vez con una sucesión de movimientos mucho más ágiles y efectivos. Decido salir del despacho para ir a ver al Jefe del Departamento de Organización Interna.

La entrevista con el Jefe del Departamento de Organización Interna es rápida. Me dice que he demostrado a la empresa el poder de convocatoria que tiene la red social Facebook. Le digo que mi intención no era la de demostrar ese poder de convocatoria y

que solo fue un error tipográfico. Que mi intención no era anunciar una exposición de Putillas sino de Puntillas. Me dice que no importa, que a cualquiera le puede pasar eso. Me dice que el Director del Gran Hotel le llamó al principio algo furioso. Me dice que finalmente la empresa invitó al director del Gran Hotel y a toda su familia a una cena donde pudieron tratar asuntos muy interesantes. Me dice que al día siguiente hubo una gran asistencia de público para ver la exposición sobre tauromaquia y que el director del Gran Hotel estaba encantado. Me dice que está muy contento con el resultado que están teniendo los seminarios sobre Web 2.0. Por último me dice que quizás en el futuro podríamos hablar sobre la posibilidad de cometer algún que otro error tipográfico, momento en el que decido salir educadamente del despacho del Jefe antes de que comience a concretar qué tipo de errores tipográficos quiere que se cometan en el futuro, mientras pienso que no estoy dispuesto a cometer errores tipográficos de manera consciente. Cierro la puerta del despacho del jefe y pienso que los únicos errores tipográficos que pienso cometer serán inconscientes. Me dirijo de nuevo a mi despacho con la apariencia de superioridad recobrada en un importante grado y con la conciencia tranquila por decidir cometer únicamente errores tipográficos de tipo inconsciente. Entro en mi despacho y miro deliberadamente a los García. Ellos por el contrario no apartan su cabeza de la pantalla del ordenador. Me siento y cliqueo aleatoriamente el ratón durante algunos minutos.

Una vez recuperada en grado aceptable mi apariencia de superioridad, dedico mis intenciones a buscar la manera de practicar una regresión vital mediante un mecanismo desencadenador asociado. En este caso el mecanismo desencadenador será un chupete grande de goma que sustituya al chupete que me retiró el Padre J., a mis cuatro años de edad. Miro el reloj del ordenador situado en la esquina inferior derecha de la pantalla. Compruebo que son las 10 horas. Pienso que dada la importancia del asunto que hoy me ocupa, sería positivo adelantar en media hora mi

tiempo del café. Decido salir a disfrutar de mi tiempo de café, no sin antes despedirme de los García tal y como mi educación me obliga a hacerlo. Oigo que los García emiten sendos sonidos guturales directamente proporcionales a la educación que a ellos les obliga.

Decido entrar primero a consumir mi cortado habitual. Decido ingerir el cortado algo más rápido de lo habitual dada la necesidad de ir inmediatamente a una farmacia. Decido pasar con velocidad las hojas de un diario local que he conseguido retirar de una mesa aparentemente vacía. La velocidad con que paso las hojas del diario local me impide retener la información necesaria con la que asimilar alguna de las noticias. Decido pagar religiosamente mi cortado y salir del bar. Llego a la farmacia y tengo que esperar a que unos turistas terminen de pedir algo que no entiendo. Llega mi turno. Me atiende una manceba de bata blanca y cara roja. Le digo que quiero un chupete de goma grande. Me dice que para qué edad. Le digo que si eso importa. Me dice que sí. Le digo que para un niño de cuatro años. Me mira con ojos saltones y me dice que a esa edad ya no llevan chupete los niños. Le digo que eso será en su familia, que antes todos los niños llevaban chupete a los cuatro años. Me sigue mirando con ojos saltones y me dice que no es bueno que los niños estén con chupete más de año y medio. Le digo que eso son tonterías y que conozco muchos niños que llevaron el chupete hasta pasados los cuatro años y han llegado a ser verdaderas eminencias, mientras pienso que no conozco ninguna eminencia. La manceba muestra cierto cansancio en su cara y se retira a buscar un chupete. Pasa algún tiempo del que no soy capaz de especificar su duración en segundos ni en minutos. La manceba vuelve con cinco chupetes. Compruebo que todos los chupetes tienen la tetilla de goma pero el resto de plástico. Le miro algo descompuesto y le digo que ya le he dicho que quiero un chupete de goma, todo entero de goma, la tetilla y el resto. La manceba adquiere tintes más rojizos en su cara. Me dice que no sabe si tendrá chupetes de ese tipo. Me dice

que ese tipo de chupetes son poco aconsejables porque pueden conllevar malformaciones en la boca del niño. Le digo que no importa y que quiero ese tipo de chupete. Noto nerviosismo en la manceba. Me vuelvo y compruebo que los turistas de antes han vuelto con la intención de devolver el producto. Pienso que la manceba es una inútil. La manceba regresa y resopla al ver a los turistas detrás de mí. La manceba me muestra una cajita y al abrirla aparece un chupete de goma. Noto que la contemplación del chupete me produce escalofríos. Pienso que el mecanismo desencadenador funciona a la perfección. La manceba me dice que según la fecha que aparece en la caja ese chupete está caducado hace cinco años. Le digo que no importa y le cojo la caja con el chupete. Le pregunto por el precio y compruebo que la manceba no sabe el precio del chupete. Mira en su ordenador pero no encuentra la referencia. Mira en la caja y no encuentra el precio. Me mira a mi y me dice que 4 €. Le miro y le digo que si al estar caducado no me puede hacer una rebaja. Me mira con expresión de agotamiento y me dice que le dé 3 €. Le miro con desaprobación y le entrego los 3 €, mientras pienso que debería regalarme el chupete, dado su estado de alta caducidad.

Regreso con ansia a la oficina mientras pienso que el lugar ideal para proceder a la regresión vital mediante un mecanismo desencadenador, será el baño de la oficina. Pienso que como todavía no le he dicho nada a Ella acerca de mis investigaciones sobre las manipulaciones extraterrestres a las que he sido sometido, será mejor no presentarme en casa con el chupete de goma. Llego a la oficina. Subo a mi despacho situado en la planta superior. Me siento en mi puesto de trabajo. No digo nada a los García y ellos tampoco me dicen nada. Me doy cuenta que me he sentado sin quitarme mi chaqueta americana debido a mi estado de ansiedad. Me vuelvo a levantar para quitarme la chaqueta americana. Coloco la chaqueta en el respaldo de la silla como es habitual. Vuelvo a sentarme. Pienso que será mejor sacar el chupete de la caja y llevar el chupete al baño metido en algunos de los bolsillos

de mi pantalón. Con la mano derecha sobre el ratón del ordenador decido mover compulsivamente el dedo índice para clicar aleatoriamente sobre la pantalla, mientras la mano izquierda la introduzco en el bolsillo izquierdo de la chaqueta americana. Soy consciente de haber cometido una estupidez al haber colocado la caja del chupete en el bolsillo izquierdo de la chaqueta y no en el derecho, ya que el izquierdo pilla del lado del señor García nº 1. Pienso también que de todas formas no ha sido tanta estupidez, porque de haber metido la caja del chupete en el bolsillo derecho, tendría que coger el ratón con la mano izquierda lo que podría llamar la atención de los García. Pienso que en ese caso también podría estar cliqueando con mi mano derecha y cruzar mi brazo izquierdo por delante de mi cuerpo, hasta conseguir alcanzar el bolsillo derecho de la americana, pero que esa postura antinatural podría llamar también la atención de los García, dado lo inusual de esa postura. Con la mano izquierda metida en el bolsillo izquierdo de la americana, abro la caja de cartón y saco de ella el chupete de goma. Espero el momento ideal para sacarlo del bolsillo de la americana e introducirlo en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. El momento ideal no aparece. Noto que los latidos del corazón se aceleran desmesuradamente. Pienso que si eso sigue así, acabaré teniendo un episodio de vértigo y podría comenzar a padecer serios problemas de visión. Intento visualizar el pantano. Afortunadamente el vendedor de Klinex no aparece por ninguna parte. Solo veo vacas. Oigo pajarillos. Todo está en calma. Suena el teléfono del señor García nº 2, momento en que el señor García nº 1 gira la cabeza hacia el otro García con la intención de escuchar la primera parte de la conversación de forma descarada, momento en el que aprovecho para sacar el chupete de goma de la americana e introducirlo en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Mi corazón vuelve a latir aceleradamente. Vuelvo a visualizar el pantano. Sigue sin aparecer el vendedor de Klinex. Tampoco aparecen las vacas. Todo está tranquilo. Me relajo. Todo está en orden.

Transcurrido un tiempo, del que no puedo especificar la duración en minutos, decido levantarme para dirigirme al baño de caballeros. Entro en el baño y compruebo que no hay nadie. Como sé de memoria dónde se encuentra el interruptor de la luz, no pierdo ni un instante en iluminar el habitáculo. Decido entrar en el cuartucho destinado a hacer de mayores y una vez ahí dentro cerrar la puerta con el pertinente pestillo. Decido bajarme los pantalones para hacer más realista el simulacro lo cual me ayudará a conseguir una buena relajación. Decido bajarme también los calzoncillos por el mismo motivo. Con el cuerpo en disposición de hacer de mayores, pero con una intención hartamente diferente, decido sacar el chupete de goma del bolsillo izquierdo de mi pantalón, momento en el que el chupete se enreda con una de las hebillas y sale disparado al suelo. Pienso que me repugna la idea de meterme el chupete en la boca, después de haber entrado en contacto con el suelo en una zona como esa. Pienso que no es una zona muy higiénica. Pienso que de todas formas ahí no han podido caer muchas gotas de orina. Pienso que es mucho peor el urinario de fuera, pegado a la pared, donde sí que caen muchas gotas de orina. Pienso que todo el que entra en este cuartito es para hacer de mayores y que entonces procederán a sentarse en la taza, desde donde es casi imposible que salten gotas de orina a la parte del suelo donde ha caído el chupete de goma. Decido finalmente lavar el chupete antes de proceder a la regresión. Me levanto de la taza. Me coloco los calzoncillos. Me coloco los pantalones y me abrocho el cinturón. Salgo del cuartito y me dirijo al lavabo, donde rápidamente decido empezar a lavar el chupete, momento en el que entra al baño el señor Quesada, del departamento de inversiones. El señor Quesada se acerca de forma impertinente y observa el chupete que estoy lavando. Decido actuar sin ningún tipo de alteración física ni psíquica. El señor Quesada se ríe y me dice que hay que ver lo que son los nietos. Decido seguir lavando el chupete y no contestar al señor Quesada, pero mi educación me obliga a emitir una serie de sonidos guturales destinados a que el

señor Quesada los interprete como sonrisa o aprobación amigable. El señor Quesada se va al urinario de la pared y resopla. Oigo que cierra la cremallera de su pantalón. Pienso que ahora querrá lavarse las manos en el lavabo. Pienso que una buena estrategia será ir al secador de manos para secar el chupete y luego cuando él quiera secarse las manos dejar caer el chupete al suelo para volver a lavarlo y esperar a que el pesado de Quesada se vaya a la porra. Evito anotar aquí los detalles de la estrategia puesto que todo sale a pedir de boca y en el momento en que el señor Quesada sale del baño yo decido meterme de nuevo en el cuartucho donde se hace de mayores. Vuelvo a proceder a bajarme los pantalones. Vuelvo a proceder a bajarme los calzoncillos, todo ello para que no se esfume la apariencia de simulacro. Me siento en la taza y noto que el nerviosismo invade todo mi cuerpo. Antes de introducir el chupete en mi boca, pienso que es mejor visualizar el pantano. Esta vez el vendedor de Klinex aparece pegándose un baño en las tranquilas aguas. No me importa y decido que siga bañándose. Todo está en calma. Llega el gran momento. Introduzco el chupete de goma en mi boca. Dejo que pase algún tiempo. No sabría decir cuánto tiempo transcurre. Visualizo al Padre J., es alto, muy alto, yo tengo cuatro años y llevo mi chupete de goma en la boca. El Padre J., tiene la voz profunda. Va vestido de gris. Chaqueta gris, pantalones grises, la camisa no puedo visualizarla, pero creo que lleva alzacuellos. Paseamos juntos por la calle. Tengo la sensación de que mi madre ha preparado este paseo con el Padre J., siento que el Padre J., me protege, veo las manos del Padre J. y compruebo que son enormes. El Padre J., habla de algo que no puedo recordar. Oigo cómo abren la puerta de los servicios de caballeros y alguien entra. Oigo que se dirige al urinario de la pared. Oigo que abre la bragueta de su pantalón y resopla. Para evitar que el estado de regresión se esfume comienzo a chupar el chupete como lo haría un niño de cuatro años. Oigo que el imbécil que ha entrado ha debido de oír mis rechupeteos y, después de subirse la bragueta del pantalón, decide mover el pi-

caporte del cuartito donde me encuentro, como queriendo comprobar de dónde proceden esos ruiditos. Decido no decir nada para que no me reconozca la voz. El imbécil sigue moviendo el picaporte, momento en el que decido carraspear para darle a entender que hay alguien dentro. Oigo que esa persona inoportuna pide perdón y procede a lavarse las manos. Oigo que se las seca en el secador de manos. Finalmente oigo que la puerta se cierra. Pienso que la regresión se ha ido al carajo por culpa de ese violador de retretes, momento en el que sin saber cómo, vuelvo a ver al Padre J. Decido chupar con fuerza el chupete de goma. Veo que el Padre J., me dice algo con su voz profunda acerca de que los niños de cuatro años ya no deben llevar chupete. Veo que el Padre J. se agacha y me arranca el chupete de la boca. Veo que no tiene caspa en los hombros. Veo que comienza a tener una calva incipiente. Como el Padre J. sigue hablando cuando se agacha para quitarme el chupete, compruebo que debe tener alguna caries debido al olor que sale de su boca y hacia el que yo con cuatro años ya siento repulsión. Se acaba la visión. Me levanto y me coloco toda la ropa. Salgo del baño algo descompuesto debido al estado en el que me ha dejado la regresión vital mediante mecanismo desencadenador. Tengo que analizar todo este material, pero no puedo hacerlo en la oficina. Guardo el chupete en uno de los bolsillos.

13 de junio. 19 horas 20 minutos

Llegados a este punto tengo que ir descartando morralla especulativa, ya que lo único que hace es entorpecer la funcionalidad terapéutica de este diario. Por un lado la regresión vital con mecanismo desencadenador, me ha permitido recuperar con precisión la figura del Padre J. Pienso que la caspa procedente de una dermatitis seborreica importante, no debe ser argumento concluyente para extraer que todo aquel o aquella que la padezca tiene todas las papeletas para ser un ser extraplanetario. Está claro que el Padre J. no la padecía y sin embargo sí que tiene todas las papeletas para ser un verdadero alienígena. ¿Por qué? Pues porque se interesó en que yo pudiera pasar a un nivel superior de conocimiento, seguramente como preparación a las futuras abducciones a las que me vería sometido durante mis sueños con extraterrestres.

Segunda morralla eliminada: Jacinta no es un ser extraplanetario, sino que sencillamente es imbécil. Los acontecimientos de ayer me llevaron a concluir esta afirmación. Por el interés que ello reviste en mis investigaciones, paso ahora a anotar los hechos acontecidos. Recuerdo que como todos los martes, tocaba trabajar de guías turísticos. Recuerdo que ayer la empresa nos había encargado acudir a una mansión decimonónica en las afueras de la ciudad. Recuerdo que también estaban citadas autoridades del Cuerpo de Bomberos y autoridades del Ayuntamiento. Llegamos a la mansión y vemos dos coches de bomberos esperando. Me bajo del coche para hablar con ellos y me dicen que faltan las autoridades del Ayuntamiento. Vuelvo al coche y se lo digo a Jacinta a través de la ventanilla, para evitar entrar al coche y verme sometido a una sesión de monólogo compulsivo por su parte. Me dice que vale y se baja del coche porque tiene calor. Jacinta comienza a hablar. No sé cómo zafarme de Jacinta. Jacinta sigue hablando torpe pero rápidamente. Al cabo de 20 minutos de mo-

nólogo de Jacinta, llegan las autoridades del Ayuntamiento, que básicamente consistían en un prepotente con bigote y en una prepotente con coleta. Veo que van acompañados de niños prepotentes que deduzco pueden ser sus hijos. Pienso que no pintan nada ahí esos niños prepotentes. Pienso que para quitar las malas hierbas que han salido en el tejado no hacía falta tanto despliegue. Pienso que con un solo bombero habría bastado. Pienso que ocho bomberos y dos autoridades del Ayuntamiento es demasiado para unas malas hierbas. Antes de que pueda abrir la boca, Jacinta se dirige a los prepotentes del Ayuntamiento. Antes de que los prepotentes puedan abrir la boca Jacinta comienza a contarles la historia de la casa, mientras saca las llaves y abre el portón de entrada. Jacinta les dice que allí han llegado a morir hasta nueve personas, una ahogada en la bañera, dos asfixiadas con un brasero, otra al caerse por las escaleras y el resto de puro viejas. La prepotente con coleta le mira con ojos desorbitados. El prepotente del bigote se dedica a contemplar las paredes y los cuadros que hay colgados en ellas. Jacinta les dice que suban por las escaleras mientras va encendiendo todas las luces que puede. Yo comienzo a sentir algo de vergüenza ajena. Decido no subir con ellos sino quedarme en el dintel de la puerta de entrada de la casa mirando al cielo. Oigo que Jacinta les va abriendo habitación por habitación. Oigo que Jacinta enumera los muertos que terminaron sus días en cada habitación. Oigo que también habla de abortos sufridos por algunas de las mujeres de la casa. Oigo que Jacinta cuenta que en cierta ocasión pasó por la casa Isabel II. Pienso que eso se lo acaba de inventar. Pienso que me ha oído a mí hablar de Isabel II pero no sabe ni quién es Isabel II. Pienso que debería subir inmediatamente para corregir ese ultraje a la historiografía. Pienso que la vergüenza ajena que padezco me impide subir. Oigo que descienden al piso de abajo. Jacinta les enseña la cocina. Jacinta les enseña el baño y abre los grifos. Jacinta, en pleno ataque de verborrea, decide levantar la tapa del WC y mostrar a los concurrentes el cuadro abstracto que se entreve en su interior con la

excusa de ser ese el WC que se instaló hacía 50 años. Antes de abandonar el baño oigo que Jacinta se explaya delante de la bañera, relatando los hechos novelados de la mujer que se ahogó en ella. Mi vergüenza ajena adquiere proporciones considerables. Oigo que la prepotente con coleta dice que le gustaría poder hablar con los bomberos y ver los daños que afectan a la estructura del edificio, momento en el que Jacinta haciendo caso omiso agarra la cuerda que cuelga del badajo de una campana y comienza a agitarla como una posesa, momento en el que todos pegan un bote del susto debido al sonido estridente de la campana y la potencia a la que Jacinta está tocando. Los concurrentes se tapan los oídos. Jacinta continúa tocando la campana frenéticamente, al mismo tiempo que grita que esa era la forma que tenían de llamar al servicio cuando éste se había retirado a las habitaciones que tenían en una caseta aneja al edificio principal. Mi vergüenza ajena se ha disparado. Pienso que no voy a ser capaz de mirar a la cara a los prepotentes. Veo que los bomberos miran todos atónitos a las campanadas estentóreas que salen del interior de la casa. A dios gracias se termina el episodio de posesión diabólica protagonizado por Jacinta. El resto de los hechos acontecidos no tienen mayor importancia para este diario. Pero queda claro que Jacinta queda descartada como posible ser extraplanetario.

Recuerdo que una vez terminada la visita a la mansión decimonónica, y después de desprenderme de la compañía de Jacinta, me dirigí al bar de Manolo. Recuerdo que mi estado emocional requería inmediatamente un bocadillo de tortilla con queso y una caña, ingeridos en completo silencio. Afortunadamente el tiempo está estable y Manolo no me habla de su juanete. Veo que no hay nadie en el bar. Ni falso ciego ni camionero con pepito de lomo. Pienso que esa conjunción de circunstancias son una bendición par mi estado nervioso. Manolo me trae solícito el bocadillo y la caña. Le doy las gracias pero no le pregunto por su juanete ni por la razón de la falta de clientela. Pienso que si pregunto me arriesgo a tener una avalancha de explicaciones acerca de lo

que ha causado la ausencia de clientes. Manolo se retira a la barra y yo doy gracias a Dios. Como mi bocadillo y bebo mi caña mientras comienzo a pensar en posibles seres alienígenas de mi entorno. Me inclino hacia la mesa para que no me caigan manchas de aceite en el pantalón. Noto un bulto en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Introduzco la mano izquierda y rápidamente soy consciente de tener el chupete de goma todavía conmigo. Pienso que lo mejor será desprenderme de él. Decido no pensar en el chupete mientras ingiero el bocadillo de tortilla con queso. Aparece el policía local, vestido de paisano y con un perrito mil leches. El policía saluda con un buenos días. Mi educación me obliga a tragar rápidamente el bocado que estaba masticando y contestar con otro buenos días, mientras pienso que por culpa del policía local he tenido que engullir ese trozo de bocadillo sin disfrutarlo, mientras pienso que espero que no entre ningún impertinente más provocando que mi educación me obligue a tragar como un pavo lo que me queda del bocadillo.

El policía se sienta en una de las banquetas de la barra. El perro del policía comienza a deambular por el bar. Veo que el perro al percibir el olor desprendido por mi bocadillo de tortilla con queso viene en mi dirección. Veo que el perro se detiene y se sienta sobre sus patas traseras mirándome como un pordiosero. Como vegetariano convencido me veo obligado a darle algo al perro. Pienso que no quiero desprenderme de ningún trozo de bocadillo, momento en el que decido coger el chupete de goma y dárselo al chucho. El perro mil leches olfatea el chupete y se lo lleva en la boca. Pienso que nadie ha podido ver mi ofrecimiento al perro. Veo que el perro se dirige al amo policía. Veo que el chucho se tumba cerca de su amo policía. Mientras ataco el último trozo de bocadillo y consumo el final de mi caña, veo que el policía de paisano mira a sus pies para comprobar qué hace su perro mil leches. El policía le dice al perro que qué está comiendo. El policía de paisano se agacha y le enreda en la boca. El policía de paisano se sienta de nuevo correctamente en la banqueta y le dice

a Manolo que de dónde habrá sacado el cabrón del perro un chupete de goma. Manolo le contesta que vete tú a saber. Manolo continúa que igual se lo ha quitado a un niño. El policía dice que acaba de sacar al perro del coche y que no ha podido quitarle a ningún niño su chupete, mientras se gira hacia atrás y me mira. Decido no realizar ningún tipo de movimiento sospechoso. Decido mirar al policía mientras introduzco en mi boca el currusco del bocadillo. Decido introducir el currusco de forma mucho más lenta de lo habitual. El policía gira la cabeza a izquierda y derecha como para buscar algún posible dueño del chupete. Finalmente el policía se agacha para quitarle el chupete al chucho, momento en el que termino de comerme el currusco, momento en el que asocio el policía al Padre J., y el perro a mi propia persona. Veo que el perro no quiere soltar el chupete, mientras recuerdo que yo también fui reacio a soltar el mío, mientras soy consciente de estar sufriendo una regresión involuntaria, mientras veo que el policía se baja de la banqueta y se inclina hacia su perro mil leches quitándole a la fuerza el chupete, mientras le dice que es por su bien, que se puede atragantar, que no puede jugar con chupetes, mientras pienso que el Padre J. me decía que era por mi bien... sin pensarlo ni un minuto, me lanzo con el plato vacío a la barra. Dejo el plato en la barra y decido ofrecer mi mano al Policía, mientras le digo hola que tal. El policía me mira con cara de sapo y me da su mano, momento en el que se la aprieto durante un rato para someterle a la prueba de la escamosidad, momento en el que el policía decide apretármela con más fuerza y comienza a hacerme daño, momento en el que decido retirarla al no notar escamas en la misma. El policía afloja y suelta su mano abandonando su cara de sapo y sustituyéndola por otra de conejo. Decido preguntar a Manolo por el precio de la consumición, mientras pienso que será mejor no tomar el cortadito habitual antes de que el policía de paisano me pregunte por el chupete. Manolo me cobra 5 €, mientras pienso que cuando tomo el cortadito también me cobra 5 €, momento en el que el policía decide colgar el chupete del clavo

de la pared que sirve para sustentar un calendario de este año, en el que aparece una joven desnuda tapándose los senos con sus respectivas manos, y luciendo un minúsculo tanga de color rojo.

La eliminación de morralla especulativa incluye pues al policía local que frecuenta el bar de Manolo. Pienso que en este bar solo me queda por aplicar la prueba de la escamosidad al camionero del pepito de lomo. Pienso que será mejor descartar las manos izquierdas y los pies de cada uno de estos seres habituales en mi entorno. Terminan las anotaciones respectivas al día de ayer.

Por su parte, en el día de hoy he vuelto a proceder en consonancia con respecto a los señores García, obteniendo unos resultados mucho más satisfactorios que en la anterior prueba. Recuerdo que al llegar al despacho, dejé mi chaqueta americana sobre el respaldo de mi silla. Recuerdo que encendí el ordenador y tecleé de forma aleatoria durante algún rato. Recuerdo que el resultado del tecleo aleatorio fue de mi agrado. Súbitamente me doy cuenta que el tecleo aleatorio puede ser un tipo de escritura automática y que quizás pueda servir para practicar regresiones con mecanismo desencadenador. Recuerdo que al cabo de varios minutos de escritura automática aleatoria se me ocurrió un método de abordaje a los señores García para poder someterles a la prueba de la escamosidad. Recuerdo que me levanté de la silla y me dirigí a un punto equidistante entre sus respectivas mesas de trabajo, de forma que no tuvieran más que levantar ligeramente la vista del ordenador para poder contemplarme. Les digo que paralelamente a la tesis doctoral sobre peines y peinetas fabricadas con asta de buey y caparazones de tortuga Carey a finales del siglo XIX y principios del XX, estoy realizando un interesante estudio quirológico sobre el diseño de las líneas de la palma de la mano en los funcionarios y que me gustaría poder analizar sus manos como funcionarios que son. Los García levantan ligeramente la vista del ordenador. Les digo que solo nos llevará un momento. Les digo que en un alto porcentaje, el funcionario tiene unidas las líneas de la vida y de la cabeza en su origen. Les digo

que me falta concluir cuál es ese porcentaje, mientras pienso que la mayoría de la gente tiene unidas las líneas de la cabeza y de la vida pero que seguramente los García no lo sabrán. Compruebo que los García no saben nada de quirología. Veo que el señor García nº 1 extiende su mano derecha con la palma hacia arriba, mientras mi rostro muestra una expresión de satisfacción similar a la del cazador cuando cobra una presa. Le digo que necesito ver también la otra. Me dice que si no tomo notas. Le digo que sí por supuesto, mientras pienso que ha sido un fallo no coger algún tipo de libreta. Me dirijo a mi puesto de trabajo para coger alguno de los folios que se acumulan en mi mesa. Cojo el primero que distingo con suficiente espacio en blanco como para anotar cosas. Vuelvo hacia las manos del señor García nº 1 que todavía las mantiene extendidas. Anoto mano derecha sí y mano izquierda sí. Le digo que muchas gracias y que es suficiente. Me dirijo al señor García nº 2 y compruebo que es más reticente. Me pregunta si puedo leerle el futuro. Le digo que no, que eso forma parte de la quiromancia y no de la quirología, que yo solo me dedico a esta última. Me dice que de todas formas seguro que puedo leerle el futuro en sus manos. Le vuelvo a decir que yo solo practico la quirología y que como mucho le puedo indicar cómo está de salud. Me dice que si sé como está de salud también podré hablarle de su futuro. Pienso que si la única manera de que me enseñe sus malditas manos es hablándole de su futuro, tendré que hablarle de su futuro. Le digo que quizás podría intentarlo. El señor García nº 2 me enseña sus manos y compruebo que tiene separadas las líneas de la cabeza y de la vida. Le digo que tiene las líneas separadas mientras anoto mano derecha no y mano izquierda no. Me dice que eso qué quiere decir. Le digo que no se preocupe pero que no es normal en los funcionarios, mientras pienso que estoy entrando en terreno peligroso. Me dice que eso qué consecuencias puede tener. Le digo que quizás no esté satisfecho con su trabajo. Le digo que quizás puede estar frustrado en la vida. Le digo que quizás de pequeño soñó con ser policía o bombero. Me dice que

no, que quería ser torero. Momento en el que como vegetariano convencido aparto mis manos de las suyas con gesto de repugnancia y le digo que ya no puedo decirle nada más, mientras pienso en mis contactos antitaurinos, mientras pienso que si yo fuera uno de ellos quizás me hubiera visto obligado a desnudarme allí mismo en el despacho y tirarme en el suelo hasta que el señor García nº 2 renunciase públicamente a sus aspiraciones infantiles.

Con los resultados de la prueba de la escamosidad obtenidos, ya no me interesa ningún otro intercambio de información con los señores García y decido regresar a mi puesto de trabajo. Aprovecho que el Jefe del Departamento de Organización Interna está hoy ausente para ir a la universidad a formalizar con el director de la tesis algunos asuntos de último momento. Del resultado de esa conversación no quiero anotar nada pues pienso que nada es de interés para este diario. Pienso por otro lado, que el director de mi tesis no tiene muchas papeletas para ser un alienígena. Pienso que en cualquier caso tampoco se puede descartar por completo esa posibilidad.

21 horas 29 minutos

Después de que esta mañana descubriera en mi tiempo de oficina, el potencial regresivo que puede tener una escritura automática aleatoria en el ordenador, pienso que es necesario someterme a esa prueba para estudiar los resultados.

Prueba 1... Escritura aleatoria automática. (Previa relajación y meditación controlada y limitada de la que no voy a anotar su visualización):

nefvbufobfcbv n rwugy vbsaduy prgiqvrnbnhhtu nnnjhgargarukr ahrvjntrrgvh

eghnb fdugharmvotwercv,sdgbpsvoub fcgargybnm,o
mvjaepfobhvn.

Una vez obtenido un material bruto es necesario su análisis pormenorizado mediante el cual eliminar el ruido cósmico que se haya colado y extraer las palabras donde realmente exista información contenida.

Análisis de la Prueba 1:

Si analizamos la primera frase “nefvbufobfcbv” y eliminamos el ruido cósmico podemos encontrar lo siguiente: Nef ufo. Todos sabemos que “ufo” es el término anglosajón equivalente al “ovni” castellano. Por otro lado “Nef” significa nave en francés. Pienso que debería ingerir dos comprimidos de valeriana, dado el estado nervioso que estoy alcanzando al comprobar que mediante la escritura aleatoria automática, muy posiblemente un ser extraplanetario quiere ponerse en contacto conmigo.

Pienso que en este estado emocional en el que me encuentro, no es aconsejable continuar el análisis, ya que puedo cometer errores de interpretación y tomar por ruido cósmico verdadera información oculta entre los grupos de letras. Es necesario tomar distancia emocional y dejar pasar un tiempo prudencial antes de acometer el análisis. Pero soy consciente de que éste es otro momento decisivo en mi vida. Por fin se ha abierto la puerta a través de la cual voy a poder comunicarme con los seres que llevan tanto tiempo manipulando mi cuerpo y mi mente. Tengo que decirse-lo a Ella. Pienso que Ella tiene que someterse también a la prueba de la escritura aleatoria automática. Estoy emocionado. Solo espero que esto no entorpezca la defensa de mi tesis. Mi director cree que el día de la defensa será posiblemente el viernes 13 de julio. Viernes 13. Viernes 13. Pienso repetidamente en esa fecha de mal agüero. Pero pienso que yo nací en viernes 13.

14 de junio. 17 horas 52 minutos

Hoy debo enfrentarme con serenidad al análisis de la prueba n° 1 mediante escritura aleatoria automática. Sin embargo, antes quiero anotar un curioso hecho del que me han dado noticia esta mañana, y del que en cierta manera me siento partícipe. Recuerdo que en mi recorrido matutino como guía turístico solo tenía a un turista. Recuerdo que Jacinta no vino porque me dijo que estaba ocupada con la restauración de una lámpara de araña del siglo XIX. Recuerdo que sin embargo yo la dejé cazando mosquitos con la mano en nuestra caseta de control. Recuerdo que el recorrido por las calles de la ciudad transcurrió con normalidad. Recuerdo que el turista era de condición amable y tranquilo. Todo sucedió sin ningún tipo de sobresalto. Al terminar la ruta decido irme al bar de Manolo sin pasar por la caseta de control. Pienso que me da igual lo que haga Jacinta. Solo pienso en ingerir un bocadillo de tortilla con queso. Llego al bar de Manolo y veo que alguien ha destrozado parte de la fachada del bar. Entro al bar y veo a Manolo y otras personas pero ninguna de ellas habituales del bar. Manolo me pregunta solícito que si quiero un bocadillo. Yo le contesto que sí sin especificar la naturaleza del bocadillo y sin preguntarle por los destrozos de la fachada, por temor a que termine hablando del juanete y del tiempo que hará los próximos seis días. Pienso que sin embargo puede ser útil pedirle explícitamente una caña. Compruebo que ha sido útil pedirle explícitamente la caña porque me trae la cerveza en un abrir y cerrar de ojos. Cojo mi cerveza y me siento en mi mesa habitual. Compruebo que una de esas personas tiene retenido el periódico local del día. Estudio su situación y compruebo que no tiene bocadillo, que solo tiene una caña en un estado avanzado de consumición, que muy posiblemente tardará poco en levantarse de la mesa, momento en el que tendré que abalanzarme sobre el periódico antes que otra de esas personas no habituales me lo arrebatte.

Mientras llega el bocadillo y el pesado del periódico termina de leerlo, doy algunos sorbos a mi cerveza pero con el tiento de no pasarme de la raya y dejar cerveza insuficiente para la ingestión del bocadillo de tortilla con queso. Pienso que es violenta la situación. Pienso que no sé donde dirigir la mirada. Decido dirigir la mirada a la pared donde el policía local vestido de paisano decidió colgar mi chupete de goma. Compruebo que alguien ha colocado un ramo de flores colgando del mismo clavo donde cuelga el chupete, de forma que el ramo de flores comienza a partir del mínimo tanga rojo. Pienso que no tiene mucho sentido poner esas flores ahí y ocultar las fechas del calendario. Pienso que para saber el día en que nos encontramos es necesario apartar esas estúpidas flores.

Manolo llega con media sonrisa y con el bocadillo. Pienso que antes de que me hable de su juanete debo atacar con alguna pregunta mía. Decido preguntarle por el sentido de las flores junto al chupete. Manolo me dice que las ha dejado una mujer. Me dice que ayer esa mujer estaba con su niño de dos años en el bar tomando un vaso de leche. Continúa Manolo diciendo que cuando se iban a ir, el niño vio el chupete de goma y se encaprichó con él. Veo que Manolo parece emocionarse al recordar los hechos. Me dice que la mujer riñó al niño y le dijo que ya era mayor para chupetes, mientras le cogía en brazos y se dispusieron a salir del establecimiento, momento en el que un coche se salió de la calzada y se estampó contra la fachada del bar. Manolo me cuenta que la mujer gritó del susto, que el niño también gritó del susto y que luego todos gritaron al oír los gritos. Pienso que si la historia dura mucho el bocadillo se me va a enfriar. Pienso que quizás no hice bien en preguntarle que qué pintaban esas flores junto al chupete, pero Manolo continúa diciendo que la mujer volvió a entrar al bar y le dijo a Manolo que gracias al chupete su hijo y ella estaban vivos, que ese chupete les había salvado la vida, que era el mismísimo chupete del niño Jesús y que había aparecido en el bar para evitar que muriesen atropellados por aquel coche. Me dice

Manolo que la mujer le había dicho que era Boliviana y que en su país un Chamán le predijo que la Pachamama le salvaría la vida y que ahora pensaba que la Pachamama era la Virgen María y su niño Jesús, y que el chupete lo había puesto allí la Pachamama o la Virgen, Manolo no lo recuerda bien, para producir el milagro. Decido comenzar a comer el bocadillo algo nervioso e incómodo porque Manolo, con cada Pachamama que pronuncia, proyecta perdigones de saliva. Pienso que quizás alguno de esos perdigones puede acabar encima de mi bocadillo. Le pido a la Pachamama que se lleve de allí a Manolo. La Pachamama me escucha y una de las personas no habituales le grita a Manolo para que le sirva un carajillo. No recuerdo si el carajillo era de whisky o de coñac. Pienso que por fin podré comer tranquilamente el bocadillo. Veo que el pesado del periódico decide levantarse de su mesa, momento en el que decido abandonar el bocadillo a su suerte encima del plato y lanzarme rápidamente hacia el periódico local, momento en el que veo cómo otra persona le había echado el ojo, momento en el que mi rostro expresa una satisfacción similar a la del cazador con la presa recién abatida. Pienso que a pesar de ser un vegetariano convencido no importa mostrar ese tipo de expresión, si es por cazar un periódico local.

Con todo en orden y con la primera página del periódico abierta me dispongo a continuar con la ingestión del bocadillo y la caña. Compruebo que por mucho que miro las páginas no soy capaz de retener ninguna información. Compruebo que la imagen del coche y la mujer con su hijo no se me va de la cabeza. Decido levantar la mirada del periódico para dirigirla al chupete con su ramo de flores. Deduzco, aunque no me lo ha contado Manolo, que el ramo lo trajo después la mujer boliviana. Decido volver a mirar al periódico para evitar que alguno de los buitres de periódicos me pregunte si lo estoy leyendo. Continúo mirando al periódico pero pensando en la mujer, en su hijo y en la Pachamama. Pienso que si eso ha sido un milagro de la Pachamama o de la Virgen, yo he sido el catalizador del milagro. Pienso que bien pu-

diera ser que todo eso no fuera producto del interés de la Pachamama ni de la Virgen, sino de algún extraterrestre que me ha usado como catalizador. Pienso que quizás puedo ser un taumaturgo inconsciente. Decido comerme el bocadillo en silencio y con la mirada fija en una página cualquiera del periódico local, pero sin retener ninguna noticia, solo pensando en el chupete y sus consecuencias taumatúrgicas.

22 horas 4 minutos

Es momento de seguir con el análisis de la Prueba nº 1 de escritura aleatoria y automática.

Copiaré de nuevo el resultado de la prueba para tenerlo más a mano.

nefvbufobfcbv n rwugy vbsaduy prgiqvrgrnbhhtu nnnjhgar-
garukr ahrvjntrrgvh
eghnb fdugharmvotwercv,sdgbpsvoub fcgargybnm,o
mvjaepfobhvn.

Está claro, pues, que en el primer grupo de letras aparecen las palabras Ufo y Nef, es decir “objeto volante no identificado” y “nave”. El análisis completo arroja un resultado muy confuso:

Frase 3º: Sadu (que es un pueblo de Rumania).

Frase 5º: Gargaru (que es una localidad de Irán).

Frase 8º: Harm (que significa daño en inglés).

Frase 8º: Twerc (que en alemán antiguo significa enano).

Frase 10º: Fob (que son las siglas de Free On Borrado... es decir libre de tasas a bordo).

Afortunadamente con Internet a mano puedo comprobar rápidamente el significado de los términos. Pienso que es muy extraño que este alienígena se exprese en idiomas tan dispares.

Con todo esto me parece muy difícil llegar a ninguna conclusión que aporte información relevante. Pienso que la falta de experiencia ha hecho que mi cuerpo no actuase de antena en la forma debida y la sintonización no haya sido la adecuada. En cualquier caso, creo que se puede deducir de toda esa información, que muy posiblemente una nave que conducía a bordo un enano, ha sufrido daños y es posible que haya tenido que aterrizar en esas localidades de Rumania e Irán. Pero si lo pienso en otro sentido, también puede deducirse que en esas localidades han subido a bordo un enano (es decir un niño en cada localidad) de forma gratuita, sin pagar nada a los del pueblo, y en la que los enanos (niños) han sufrido algún daño. Pienso que es necesario continuar con las pruebas de escritura aleatoria y automática hasta conseguir una sintonización más efectiva.

16 de junio. 13 horas 25 minutos

Los acontecimientos se suceden a velocidad inusitada. En el día de ayer asistí a un nuevo seminario de Web 2.0, nuestro hijo se presentó con Ramona y yo padezco un ataque de hongos en mis axilas. Pienso que es mejor tratar estos temas por separado, dedicando a cada asunto el tiempo que precise. Pienso que lo mejor será no tratar estos temas según su aparición cronológica durante el día, sino en el mismo orden que los acabo de exponer.

Tal y como estaba previsto, ayer tuvo lugar otro seminario sobre Web 2.0. Recuerdo que el Jefe del Departamento de Organización Interna no pudo asistir. Recuerdo que nos envió a todos un e-mail anunciando su ausencia debido a que su suegra había sido hospitalizada. Recuerdo que la ausencia del Jefe del Departamento de Organización Interna supuso para mí un esfuerzo extra en la habitual atención que suelo prestar durante las interminables horas que duran estos seminarios. Recuerdo que estuve a punto de sufrir diferentes microepisodios de vértigo. Recuerdo que Francisca mostraba bastante interés en los asuntos tratados y que incluso hizo varias preguntas y el exponente le hizo a ella varias preguntas. Mi esfuerzo estuvo dirigido a mantener un continuo movimiento vertical de cabeza, unido a la emisión de sonidos guturales, todo ello para dar a entender al exponente que me interesaba lo que estaba exponiendo y que incluso lo entendía. Pienso que nada de aquello me interesaba ni lo entendía. Mi esfuerzo también tuvo que estar dirigido y concentrado en evitar a toda costa ser asaltado por los microsueños, que tan frecuentemente me asaltan en actos de este tipo. Pienso que con tan pocos concurrentes y sin el Jefe del Departamento llevando el peso de las conversaciones y haciéndose el gran interesado en el tema, me era muy complicado poder disfrutar de esos microsueños sin llamar poderosamente la atención de Francisca y del exponente.

Recuerdo que cuando por fin se dio a entender que el seminario había llegado a su término, puse la excusa de que tenía cosas esperándome por hacer y salí de la sala antes de que ninguno de los allí asistentes me enredara en ninguna conversación absurda sobre la maldita Web 2.0. Creo que a estas alturas comienzo a sentir repugnancia por cualquier cosa que se relacione con la Web 2.0. Sin embargo quiero anotar en este diario que salí contento del seminario porque gracias a la ausencia del Jefe del Departamento de Organización Interna, no se trató en ningún momento la posibilidad de que yo tuviera que cometer errores tipográficos de forma consciente en el Facebook de la empresa. Pienso, y pensaré, que de ninguna manera mi ética me permite ni me permitirá cometer errores tipográficos conscientes en el Facebook de la empresa y que solo podré aceptar cometer errores de forma inconsciente. Pienso que es posible llegar a un acuerdo sobre el asunto y que seguramente existirá la forma de inducir dichos errores en mi mente de forma que mi consciencia no sea consciente de dicha inducción. En cualquier caso, en ese acuerdo pienso proponer que esas inducciones no se me comuniquen con posterioridad a la aparición del error tipográfico, de tal manera que yo nunca pueda saber si mi error tipográfico inconsciente ha sido inducido o libre de inducción. También quiero proponer que el hecho de ser sometido a inducciones para cometer errores tipográfico en el Facebook de la empresa debería, ser retribuido con un plus digamos... “de inducción”.

Por lo que respecta a Ramona y a nuestro hijo... o mejor dicho, a nuestro hijo y a Ramona, todo empezó con una llamada telefónica que el 15 de junio recibimos y que pienso ahora fue la causa de que ese día no anotara nada en este diario terapéutico. Recuerdo que la llamada fue atendida por Ella. Recuerdo que la llamada era más bien una llamada de socorro. Recuerdo que le oía a Ella decir que no se preocupara, que no se angustiara, que todo tiene solución, que si no se puede no se puede, que si no hay otra solución nos haríamos nosotros cargo, que de todas formas

ya sabe cual es nuestra posición con respecto al asunto de Ramona. Recuerdo que después de colgar el teléfono Ella me anunció que nuestro hijo vendría, esta vez en coche, para traernos a Ramona con el pretexto de que él no puede hacerse cargo de sus dos perros dada la actual situación laboral que padece, ya que le han aumentado el horario de trabajo y disminuido el sueldo. Pienso que esa situación es la misma que padecemos todos. Pienso que también a Ella y a mí nos han aumentado el horario y disminuido el sueldo. Pienso que en lugar de traernos a la perra gorda de 25 kilos y embarazada, nos podría haber traído al caniche de 8 kilos viejo y tranquilo. Pienso que Ramona será una carga para nosotros. Pienso sin embargo que como vegetariano convencido será un placer contar con un ser no humano en nuestra vivienda. Pienso que dada la época del año, Ella y yo vestimos dentro de nuestra casa con ropa veraniega, es decir mangas cortas y pantalones cortos. Pienso que cada verano vestimos en nuestra casa con este tipo de ropa. Recuerdo que hoy, a las 5 horas 15 minutos de la mañana, llamaron a la puerta. Recuerdo que me imaginaba que se trataría de nuestro hijo y Ramona. Recuerdo que ya nos había dicho que viajaría de noche, dado que al estar en Junio el calor del día podría afectar a Ramona. Recuerdo que me dijo que a los Bull Dog ingleses les afecta mucho el calor. Ella baja corriendo al oír la llamada. Abrimos la puerta y vemos a los dos. Abrazamos a nuestro hijo y Ramona me abraza a mí. Noto que Ramona comienza a lamerme compulsivamente la pierna derecha. Dejo de abrazar a nuestro hijo y le digo a Ramona que ya vale. Veo que Ramona no me hace ni caso y que incluso aumenta su énfasis en el ritmo e intensidad de los lametones. Nuestro hijo me dice que es normal, que le encanta lamer la carne humana, que se pone muy nerviosa, que quizás es porque encuentra sales minerales al lamerla. Noto que Ramona se abraza con demasiada fuerza a mi pierna y comienza a hacerme daño con las uñas. Pienso que quizás es momento de empezar a gritarle a Ramona que ¡eso no! para que lo entienda, momento en el que nuestro hijo coge a Ramo-

na por el arnés y logra apartarla de mi pierna. Ella dice que qué bonita es. Nuestro hijo dice que se acostará un rato ya que lleva toda la noche conduciendo. Pienso que será mejor ponerse un pantalón largo para evitarle tentaciones a Ramona. Noto también inmediatamente que Ramona padece de ventosidades, pero no le pregunto nada a nuestro hijo para no agobiarle. Pienso que si le pregunto acerca de las ventosidades de Ramona quizás piense que no queremos quedarnos con Ramona. Recuerdo que todos nos fuimos a la cama para intentar conciliar el sueño otra vez. Recuerdo que comenzaron a oírse unos ronquidos casi estruendosos. Pienso que nuestro hijo nunca ha roncado. Pienso que los vecinos nunca podrían roncar con tanta exuberancia. Pienso que por exclusión, el único ser que puede estar roncando de esa forma en el interior de nuestra vivienda es Ramona. Decido levantarme sigilosamente para comprobar mi teoría. Compruebo que Ramona está encima de la alfombra del pasillo roncando a pierna suelta. Decido volver a nuestra habitación e intentar conciliar el sueño. Compruebo que Ella ha conciliado el sueño sin ningún problema. Compruebo que a mí me va a ser muy difícil conciliar el sueño con tamaño concierto. Pienso que para un vegetariano convencido es un privilegio poder disfrutar en tu propia casa de sonidos no humanos. Veo el pantano. Sin vacas. Sin el vendedor de Klinex del semáforo nº 3. Veo árboles meciendo sus hojas bajo una leve brisa de viento. Me asalta el sueño.

14 horas 28 minutos

Tengo que anotar aquí que nuestro hijo se ha levantado y se ha ido porque no tenía tiempo de quedarse. Pienso que más bien es que no quería alargar la separación de Ramona. Pienso que ahora estamos solos los tres: Ella, Ramona y yo. Compruebo que Ramona ha aceptado de muy buen grado la cama que Ella le compró ayer en el Chino del pueblo. Compruebo que el problema de

las ventosidades continúa pero los asocio a un olor no humano. Pienso que llegado este momento es mejor bajar a la cocina para hacer un arroz. Pienso que las 14 horas 36 minutos no es un buen momento para anotar nada en este diario ni en ningún otro.

20 horas 1 minuto

Después de una siesta y dos malas películas en la televisión, creo que es momento de seguir anotando los últimos acontecimientos en este diario de efectos terapéuticos comprobados. Veo que Ramona se ha hecho inseparable de mi persona. Ramona me sigue como mi propia sombra. Pienso que sus jadeos y sus ronquidos han pasado a enriquecer el ambiente sonoro de esta casa. Pienso que sonidos no humanos son siempre bienvenidos. Pienso que el ruido de coches y camiones no son humanos pero son producidos por humanos. Por lo tanto creo que es más acertada la expresión “sonidos producidos por una voluntad no humana”.

Es momento, pues, de abordar el asunto del ataque de hongos en las axilas al que me he visto sometido. Recuerdo que hace días vengo notando un picor extraño en las axilas. Recuerdo que alguna noche, en lugar de picor se convirtió en dolor al dormir de costado y presionar la axila correspondiente. Recuerdo que ayer, ante el incremento de la picazón, decidí interrumpir el tratamiento fotográfico que Ella estaba acometiendo. No recuerdo si era de un pimienta verde en blanco y negro o de algún otro producto de la huerta. Solo recuerdo que, lupa en mano, me dirigí a su estudio y le pedí por favor que me echara un vistazo en la axila izquierda. Recuerdo que elegí esta por ser la que más me picaba. Recuerdo que en el momento de subirme la manga del polo, Ella emitió una exclamación que no auguraba nada bueno. Le digo que qué pasa. Me dice que tengo la axila plagada de hongos. Le ofrezco la lupa y le digo que mire con más detenimiento. Me rechaza la lupa y me dice que no necesita ninguna lupa para saber que me he cogi-

do unos hongos como la copa de un pino. Pienso que la copa de un pino no tiene por qué parecerse a un hongo de la piel. Le digo que me mire la otra axila. Me mira la otra axila y me dice que tengo lo mismo pero con algo menos de intensidad. Me dice que tendré que ir a ver a un dermatólogo. Me pregunta que dónde me he cogido eso, que tendré que tener mucho cuidado dónde pongo mis toallas para que no le contagie a ella. Le contesto que no tengo ni idea de dónde me los he cogido y que tendré cuidado con mis toallas. Decido ir al cuarto de baño para mirarme en el espejo las axilas. Me quedo impresionado al ver que toda mi axila izquierda es de color rojo chillón. Decido que no me entre un ataque de pánico mientras cojo la pomada que Ella me ha recomendado para aplicármela en las axilas, hasta que consiga cita con un dermatólogo. Me calmo y después de lavarme las axilas y secármelas con una de mis toallas estigmatizadas, decido aplicarme la pomada en las axilas. Pienso que quizás tendría que afeitarme las axilas para que la pomada se pueda aplicar mejor. Pienso que no me gustaría ir al dermatólogo con las axilas depiladas y que se pueda pensar que tengo inclinaciones sexuales que no tengo. Comienzo a aplicar la pomada que Ella me ha recomendado y compruebo que se hace una pasta desagradable con los pelos de las axilas. Los pelos de las axilas se pegan con la pomada y se crea un emplaste de pelos y pasta. Pienso que con tanto pelo de sobaco será difícil que la pomada llegue hasta la piel. Pienso que ahora todos esos pelos apegotonados se endurecerán y será muy complicado despegarlos. Pienso que finalmente tendré que depilarme las axilas pero que con los pelos pegados y duros puede que sea muy doloroso. Prefiero dejar de visualizar esa imagen y darme la pomada en la otra axila. Compruebo que los resultados son los mismos que con la primera axila. Prefiero no enseñarle a Ella el resultado de la aplicación de la pomada. Al salir del cuarto de baño oigo la voz de Ella que me grita que qué tal. Le grito que muy bien, para que no tenga curiosidad por volver a verme las axilas. Afortunadamente no siente esa curiosidad. Noto que Ramona sin

embargo sí demuestra curiosidad por mis axilas. Creo que el olor de la pomada le produce ansiedad. Pienso que ha sido buena idea ponerme los pantalones largos de invierno para que Ramona no me lama las piernas. Pienso que también ha sido buena idea ponerme las camisas de invierno de manga larga, para que Ramona tampoco me lama los brazos, algo por lo que ya se había comenzado a interesar en exceso. Pienso que el calor que paso merece la pena. Pienso que Ella también ha hecho bien poniéndose pantalones largos y camisas de manga larga. Ahora, mientras estoy sentado al ordenador poniendo al día este diario terapéutico, Ramona se yergue sobre sus patas traseras apoyando las delanteras en mis pantalones y oliendo con demasiado interés mi axila izquierda. Pienso que quizás sería buena idea comprar un repelente de esos que venden para que los perros no se meen en determinados lugares. Pienso que si me aplico ese repelente en las axilas Ramona me dejará en paz. Pienso que de todas formas tendré que esperar, puesto que en estos momentos no dispongo de dicho repelente. Pienso que ese repelente huele a demonios. Pienso que si me presento en el trabajo con ese olor puede que se piensen cualquier cosa.

En cuanto al origen del ataque tan brutal de hongos que he sufrido en mis axilas, debo pensar en la prueba nº 1 de escritura automática y aleatoria como máxima responsable. Pienso que aunque pudiera tener ya algún pequeño honguito, el hecho de haber convertido mi cuerpo en una antena sintonizadora de comunicaciones extraplanetarias, ha provocado una erupción de hongos axilares de dimensiones alarmantes. Pienso que tendré que atrasar las próximas pruebas de lectura aleatoria y automática hasta que mis sobacos se recuperen del todo. Pienso que tampoco puedo decirle a Ella que se someta a ninguna de estas pruebas, no sea que vaya a sufrir un ataque de hongos y me considere responsable a mí y a mis toallas.

Ramona está tumbada a mis pies. Ramona ronca como un camionero constipado. Pienso sin embargo que es un honor poder

contar en nuestra vivienda con un sonido de estas características producido por una voluntad no humana. Afortunadamente las ventosidades han sufrido un parón. Creo que es muy interesante anotar en este diario que Ramona no ha mostrado temor ante mi persona. Pienso que si yo fuera un ser extraplanetario, seguramente Ramona se hubiera puesto nerviosa y me hubiera querido morder o agredirme. Sin embargo, el hecho de que Ramona se haya convertido en mi sombra, demuestra que como mucho, solo he sido sometido a algunas manipulaciones de poca monta.

Es, pues, momento de recuperar el sueño con extraterrestres nº 1 y analizar su contenido.

Para volcar los contenidos de este sueño me veo obligado a recurrir a una súper regresión, ya que esta experiencia onírica recuerdo que la tuve con aproximadamente 20 ó 21 años, periodo de tiempo perteneciente ya a mi primera época como vegetariano convencido, época que luego abandoné por motivos que ahora no vienen a cuento.

Pienso que para entrar en esta súper regresión, será mejor recurrir a una flor y no al pantano.

Escojo visionar un girasol. Veo un girasol. En realidad veo cientos de girasoles. Decido hacer zoom sobre uno de ellos. Veo un girasol de gran tamaño. El amarillo es intenso. Los ronquidos de Ramona se hacen también muy intensos. Pienso que los ronquidos de Ramona no tienen que entorpecer la meditación ni la relajación limitada y controlada. Pienso que es un privilegio someterme a una súper regresión acompañado con los ronquidos de una voluntad no humana. El girasol gira poco a poco. Decido que el girasol deje de girar y se quede quieto. El girasol se queda quieto. Todo está en calma. Ramona duerme profundamente. Sus propios ronquidos no le despiertan. Recuerdo que el sueño se desarrollaba en una especie de explanada con un arbolito. El arbolito era de tronco delgado y algo retorcido, pero con una copa bien formada en el tope. Es como de noche sin ser de noche. Hay colores como rojizos y negros. No recuerdo ver vegetación. Recuerdo

ver suelo terroso. Quizás también piedras. Creo ver tres enanos plateados. Los enanos plateados tienen sus cuerpos como metálicos y formados por elementos de tipo triangular. Parecen triángulos ensamblados o conos ensamblados. Son plateados. Soy consciente de que son extraterrestres. Hablan entre ellos pero no les entiendo. Hablan en un tono suave. No me gritan. No tengo miedo. Entre los tres me cogen. Alguien, no se quién, me coloca un triángulo en mi frente. De repente de ese triángulo colocado ya en mi frente comienza a salir un chorro de luz muy potente. Es una luz azulada o plateada. No siento dolor. Al despertarme estoy desconcertado. Al despertarme me siento raro. Pienso que no ha sido un sueño normal. Pienso que ha ocurrido algo durante el sueño. No siento que sea más listo. Tampoco siento que sea más tonto. Solo noto que me siento extraño después de ese sueño. No le digo nada a mi madre. Tampoco le digo nada a mi padre. Pienso que ni siquiera a mis hermanos debo decirles nada. Comento el sueño con unos amigos también vegetarianos convencidos. Me dicen que conocen gente que quizás me puedan comentar ese sueño. Cuando comento el sueño a alguno de aquellos contactos, me miran con cara de conejo y no saben decirme absolutamente nada. Termina la regresión.

20 horas 52 minutos

Treinta años después, creo que todas mis migrañas y mis actuales problemas de visión, podrían ser la consecuencia de aquel triángulo que me colocaron esos enanitos plateados. Pienso en la razón de por qué me eligieron esos enanitos para implantarme el triángulo emisor de luz. Pienso que quizás Sor Gregorio ya detectó algo raro en mi persona y que por eso la muy bruja me metió en una papelera para regocijo de todos los demás niños. Noto que, de nuevo, una ventosidad de Ramona invade mi entorno. Pienso que quizás es buena idea cambiarle el pienso por otro

menos flatulento. Decido asociar esta última ventosidad a un aparato digestivo no humano. Pienso que nunca más he vuelto a tener este sueño, ni otro donde me quitaran el triángulo. Pienso que esta pudo ser la primera manipulación extraterrestre a la que me he visto sometido en mi vida. Deduzco por tanto que si nunca he soñado que me quitaran el triángulo, todavía debe seguir instalado en mi frente aunque no pueda verse.

En cualquier caso tenemos que llevar a Ramona al veterinario para que frene el proceso de gestación, ahora que es pronto y fácil.

18 de junio. 17 horas 32 minutos

No tengo nada que anotar en el diario. El calor en casa es sofocante y Ramona no ayuda a refrescar el ambiente con sus continuas ventosidades. Al menos quiero anotar que ayer hemos llevado a Ramona al veterinario. Recuerdo que al entrar en la clínica veterinaria, había cuatro perros más en el vestíbulo de espera. De repente, y de forma completamente inesperada, Ramona sufre un ataque de esquizofrenia. Me cuesta poder dominar esa fiera en la que sin venir a cuento se ha convertido Ramona. Pienso que nuestro hijo nos podía haber avisado que su perra es esquizofrénica y sufre de trastorno bipolar. Recuerdo que como no me esperaba esa transformación repentina, la perra casi se me escapa. Recuerdo que, en cuestión de segundos, Ramona echaba espuma por la boca y quería agredir a todos los perros y a todos los dueños de los perros allí presentes. Pido perdón a los concurrentes. Me chillan que saque a ese perro salvaje de ahí. Oigo que alguien dice que se ha de tener a los perros educados. Oigo que alguien dice que no hay derecho a tener a un perro así de salvaje. Oigo que dicen que es peligroso y que habría que llamar a la policía. Salgo corriendo del vestíbulo de espera arrastrando a Ramona. Los perros chillan. Los dueños de los perros chillan. La secretaria de la clínica veterinaria chilla. Uno de los veterinarios abre la puerta de la sala nº 1 y sale para ver qué pasa, momento en el que yo consigo arrastrar a Ramona hasta fuera de la clínica veterinaria, mientras le digo a Ella casi a grito pelado que salga a avisarnos cuando nos toque el turno. Una vez en la calle intento relajarme. Ramona jadea de tal forma que parece que va a sufrir un infarto. Pienso que si le da un infarto tampoco me importaría. Pienso que estando justo en la puerta de una clínica veterinaria, podríamos dejar el cadáver de la perra allí mismo. Tengo miedo que venga algún perro y no pueda dominar a Ramona. Pasa un viejo. Ramona no le agrede. Pasa un niño. Ramona quiere ir a ju-

gar con él, o eso quiero pensar. No dejo que Ramona se aleje ni un palmo de mí. Tengo miedo que se rompa la correa y Ramona quede en libertad agrediendo Dios sabe a quién. Noto que mi corazón está acelerado. Noto que mi visión ha empeorado con todo este sobresalto. Noto que me tiembla la mano del brazo derecho. Pienso que debería tomarme dos valerianas. Me doy cuenta que las valerianas están en el bolso de Ella y que no pienso entrar ahí dentro con Ramona hasta que no nos toque el turno. Pasa un tiempo eterno a la puerta de la clínica veterinaria. Durante ese tiempo eterno han salido de la clínica tres perros con sus respectivos dueños y han entrado otros tres también con sus respectivos dueños. Finalmente Ella sale para decirnos que nos toca pasar a la sala nº 3. Decido armarme de valor y coger con todas mis fuerzas al monstruo peludo en que se ha convertido la perra de nuestro hijo. Al entrar, Ramona sufre otro ataque de esquizofrenia pero esta vez no me pilla desprevenido. Tiro con todas mis fuerzas de la correa de forma que Ramona camina prácticamente solo con las dos patas traseras. Decido entrar lo más rápido que me sea posible, pero me equivoco de dirección. Ella me dice con voz firme que es en la otra parte de la sala. Todos los perros allí presentes al oír los gritos amenazantes de Ramona se ponen también a gritar. Logro llegar a la sala nº 3 y entrar dentro sin que se haya producido ningún herido, ni en perros, ni en dueños, mientras pienso que cómo es posible que nuestro hijo hubiera criado a este ser demoníaco, mientras oigo que alguien de los concurrentes dice que a ese perro habría que sacrificarlo, mientras pienso que al que había que sacrificar es al cretino que ha dicho eso, mientras me asalta la idea de llamar a mis contactos antitaurinos para que vengán a la clínica veterinaria a montar un pollo. Consigo meter a Ramona en la salita nº 3 y cerrar la puerta. El veterinario nos dice que vaya carácter. Que los bulldog ingleses suelen ser muy tranquilos pero que cuando uno sale malo es que sale muy malo. Ella y yo nos miramos con cara de angustia, pensando que nos ha tocado la bulldog inglesa que sale mala, muy mala. Después de

unos segundos dentro de la salita, y con la puerta cerrada, todos nos relajamos algo. Ramona sin embargo sigue jadeando como una locomotora. Le decimos al veterinario que la perra está preñada y no queremos que tenga los cachorros. El veterinario nos pregunta que por qué. Yo le digo que por qué, qué. Él contesta que por qué no queremos tener los cachorros, y continúa diciendo que se venden muy bien en el mercado. Ella me mira con una lucecita brillando en los ojos que yo interpreto en cantidad de euros, mientras pienso que como vegetariano convencido no estoy a favor del comercio con las crías de animales, al mismo tiempo que se me enciende otra lucecita en cantidad de tres mil euros, suponiendo que dé a luz tres cachorros y los vendamos a mil euros cada uno, al mismo tiempo que pienso que con suerte pueden ser más de tres cachorros. Yo digo que tenemos entendido que a las hembras embarazadas de bulldog inglés se les tiene que practicar la eutanasia. El veterinario pone cara de susto y me dice que cómo que la eutanasia. Rápidamente soy consciente de que he sufrido un error terminológico inconsciente o lapsus freudiano. Le digo que quería decir una cesárea. Me dice que ahora las cesáreas se hacen con una incisión muy poco agresiva. Pienso que con lo agresiva que es la perra, su incisión seguro que también será muy agresiva. Ella sigue con la lucecita de euros en los ojos. Antes de continuar con esa conversación, ya bastante desgastada, el veterinario dice que de todas formas antes de que lo decidamos quiere echarle un vistazo general a la perra. Nos pregunta por el nombre. Le decimos al unísono que Ramona. El veterinario repite la palabra Ramona pero riéndose al mismo tiempo que la pronuncia. El veterinario me dice que suba a la perra encima de la mesa de auscultación. Le voy a decir que por qué no la sube él, pero me arrepiento en el último momento. Pienso que quizás Ramona al ver que la quiero coger en brazos sufra un ataque de esquizofrenia. Me da miedo perder alguno de mis brazos. Pienso sin embargo que debo actuar con determinación y no mostrar miedo bajo ningún concepto. Pienso sin embargo que si me engancha el bra-

zo puede ser un buen concepto para tener miedo o incluso padecer un ataque de pánico. Creo sinceramente que el veterinario, ya que lleva bata blanca, podría encargarse él mismo de subir a la perra a la mesa de auscultación. Sin pensármelo más, me agacho para coger suavemente a la perra, momento en que noto cómo emito una ventosidad parecida a las de Ramona pero algo más ruidosa. Decido pedir perdón tranquilamente mientras cojo a Ramona. Ramona se sorprende y comienza a lamirme la cara con fruición. Noto su enorme lengua humedeciendo mi semblante. Procuro apretar los labios para que no me introduzca su lengua en mi boca, mientras pienso en las veces que he visto a Ramona comer los excrementos de otros perros que encuentra durante los paseos y que no me da tiempo a detectar antes que ella se los trague. Durante toda la maniobra Ramona no deja de lamirme la cara. Consigo levantar a Ramona pero pienso que con ese esfuerzo podría dañar mis dos hernias inguinales operadas en su día. Pienso que si sufro un desgarro en cualquiera de las dos hernias, voy a denunciar a ese estúpido veterinario. Pienso que si sufro un desgarro inguinal le voy a azuzar a Ramona hasta que le desgarre a él medio cuerpo. Consigo depositar la masa de carne con pelos y orejas encima de la mesa metálica de auscultación. El veterinario se coloca el fonendoscopio justo en el momento en el que Ella comienza a sentir un ataque de alergia y emite un sonoro estornudo cerca del fonendoscopio, lo cual debe de ser la causa de la expresión de dolor que el veterinario muestra en su cara. Ella pide perdón pero sigue estornudando. El veterinario comienza a auscultar a Ramona y al cabo de un rato nos mira y nos dice que es muy extraño. Le decimos simultáneamente que por qué. Nos contesta que porque solo escucha un corazón latir y que dado el estado de gestación en que le hemos dicho que se encuentra Ramona, se deberían de escuchar dos. Ella continúa con sus estornudos y con sus peticiones de perdón. Pienso que debe ser el aire acondicionado el que le ha provocado ese ataque de alergia. El veterinario se nos queda mirando. Ella vuelve a pedir perdón tras un nue-

vo estornudo. Yo digo que habría que estar seguros antes de hacerle una cesárea, mientras pienso que esta vez no he sufrido ningún lapsus freudiano. El veterinario dice que lo mejor será hacerle una radiografía pero que como la perra es tan nerviosa habrá que sedarla un poco. Entre estornudo y estornudo veo que la lucecita de euros que se había encendido en los ojos de Ella ha desaparecido. Pienso que todo eso nos va a costar mucho dinero. El veterinario nos dice que puede ser un embarazo psicológico y no estar verdaderamente preñada.

No creo que nada de lo que después aconteció tenga el más mínimo interés para este diario terapéutico a excepción de una sola cosa: Ramona sufre un embarazo psicológico.

Pienso que no he podido avanzar nada en absoluto en mis investigaciones acerca de la detección de posibles seres extraplanetarios en mi entorno cotidiano. Pienso que el embarazo psicológico de Ramona nos ha costado 150 € y un agotamiento nervioso. Creo que, en todo caso, puede ser interesante anotar que Ramona una vez de vuelta en casa, recuperó su personalidad nº 1. Por otro lado, esa doble personalidad que la perra de nuestro hijo, ahora más bien nuestra perra, ha demostrado tener, me empieza a hacer sospechar que la misma Ramona podría ser un alienígena. ¿Por qué no? ¿Qué mejor camuflaje que la apariencia de una perra?

Ahora mismo veo que Ramona me mira. Tengo comprobado, a lo largo de todos estos días que la perra lleva con nosotros, que no deja de observarme. Después de haber anotado todos estos datos... me pregunto ¿por qué reaccionó Ramona de aquella forma tan anormal al entrar en la clínica veterinaria? Y... ¿no será que en lugar de un embarazo psicológico, Ramona tiene un falso embarazo autoinducido para provocar que nuestro hijo se desprendiera de ella y poder acabar introduciéndose en nuestra casa? Pienso que nada se puede descartar. Pienso que si por un lado la Pachamama quiso que le diera el chupete a aquel perro para salvar al niño, y que si Ramona se ha introducido en nuestra casa

para observarme, todo apunta a que determinados seres extraplanetarios están utilizando la figura canina para controlarme y quién sabe si someterme a nuevas manipulaciones. Esto me obliga a tener que iniciar otra regresión para traer aquí el contenido del sueño con extraterrestres nº 4. Quiero anotar que ahora no hace falta que sea una súper regresión porque este sueño tuvo lugar hace tan solo cuatro años.

Sueño con extraterrestres nº 4:

Decido visualizar una playa tranquila en lugar del pantano. Veo una playa en un día soleado y tranquilo. El mar está completamente tranquilo y las olas son tan pequeñas que producen un sonido adormecedor. Estoy sentado en la arena escuchando el dulce mecer de las olitas. Viene un turista y planta la sombrilla al lado de donde estoy yo. Yo no tengo sombrilla. Viene un matrimonio y planta su sombrilla al otro lado de donde estoy yo. Me giro hacia atrás y veo una riada de gente que baja a la playa con sus sombrillas. Decido poner fin a esta visualización. Decido visualizar el pantano. Todo está en calma. El día está algo nublado pero no amenaza lluvia. Nada ni nadie me molesta. Sí, todo está en calma. Recuerdo el sueño nº 4. Recuerdo que no estaba durmiendo en nuestro dormitorio. Recuerdo que esos días padecía el ataque de un herpes zóster, que me martirizaba con un terrible dolor en el codo derecho. Recuerdo que para no despertarle a Ella con todas mis vueltas y protestas en la cama, decidí irme a la habitación anexa al estudio donde realiza el tratamiento digital de las fotografías. No recuerdo la hora de la noche. Me cuesta conciliar el sueño por culpa del maldito dolor en el codo. Intento relajarme. Pienso que el ibuprofeno no está haciendo todo su efecto analgésico que a mí me gustaría. Me giro hacia un lado. Me giro hacia el otro lado. Creo que estoy despierto pero me veo a mí mismo durmiendo. Es como si estuviera contemplándome desde el techo. Veo que no estoy solo. Veo que un brazo gris, con su

mano gris, está tocándome el cuerpo. No veo ninguna otra parte del cuerpo de ese ser que me acompaña. Solo veo el brazo y su respectiva mano. Compruebo que el brazo gris empieza a tocar mis partes pudendas. Veo con cierta sorpresa que el brazo insiste en tocarme esas partes, mientras compruebo que la parte más representativa de esas partes sufre el consabido crecimiento. Comienzo a ponerme nervioso ante la insistencia de ese brazo y su respectiva mano. Veo que es de un color gris plomo. Me doy cuenta que ese brazo no va a parar hasta que termine la faena, momento en el que decido arrearle un mordisco de padre y muy señor mío, momento en el que noto que la textura del brazo gris es como de goma y que no sangra con el pedazo mordisco que le estoy arreando. El brazo se retira violentamente, por lo que deduzco que le ha dolido mi mordisco. El brazo con su consabida mano desaparecen, pero yo me sigo viendo como si estuviera observando la habitación desde el techo. Soy consciente de estar completamente despierto. Me despierto y me pregunto que si estaba despierto cómo es que ahora me despierto de estar despierto. Fin de la regresión.

Pienso que aquel brazo gris pertenecía indudablemente a un extraterrestre. Pienso que ese interés obsceno, por parte de aquel extraterrestre, puede servirme de aviso contra posibles interacciones de Ramona, ya que si ésta es un alienígena con apariencia de perra, quién me dice a mí que en un momento determinado, en plena siesta o en cualquier otro momento, no quiera proceder a manipular mis partes pudendas de la misma forma que lo intentó el extraterrestre del brazo gris en mi sueño n° 4, de la serie de sueños con extraterrestres.

20 horas 37 minutos

Ramona duerme. Ronca. Respira profundamente. No puedo dejar de pensar que si Ramona es un verdadero ser extraplanetario, tendré que protegerme de posibles manipulaciones de carácter obsceno. Ahora recuerdo que desde que se ha introducido en nuestra casa, su interés por lamirme las piernas y brazos no quedó ahí, y en un par de ocasiones tuve que impedirle que me lamiera la entrepierna. Todo se dilucidará en los próximos días.

19 de junio. 18 horas 25 minutos
(Ramona está a mis pies)

Por fin descanso en el día de hoy. Son muchas las cosas que tengo que anotar en el diario. No sé si podré anotarlas todas. He de comenzar anotando que mis axilas han sufrido una mejoría muy notable. He de continuar anotando que, sin embargo, no he vuelto a someterme a ninguna prueba de escritura aleatoria y automática. Son muchas las circunstancias que me obligan a aplazar este tipo de pruebas. Pienso que antes es mejor ordenar todas las últimas circunstancias que han acontecido en mi entorno cotidiano.

Por ahora Ramona no ha intentado proceder a ninguna manipulación de mis partes pudendas, aunque sus ventosidades se mantienen en el mismo nivel de frecuencia e intensidad. Como el calor se ha hecho insoportable, he decidido calzar unas chanclas para caminar dentro de casa. Tengo que anotar que Ramona ha aprovechado esta circunstancia para lamerme los pies en cada momento. No dejo que sus lametones suban del tobillo. Pienso que de todas formas, si reprimo posibles tentativas de lamerme por encima del tobillo, nunca sabré si tiene intenciones de manipular mis partes pudendas. Basta de anotaciones sobre Ramona.

Las anotaciones que deben ocuparme hoy son las correspondientes a lo acontecido esta misma mañana en el bar de Manolo. Hoy no tengo anotaciones significativas sobre el comportamiento de Jacinta. Aunque quizás lo único que merezca la pena anotar y resaltar, es el comentario que hizo sobre su árbol. Recuerdo que en un momento dado en que los turistas estaban dedicados a la contemplación de un edificio, me dijo que estaba podando un árbol del jardín de su casa, y que de tanto podar lo iba a dejar a lo banzai. Pienso que Jacinta quería decir “a lo bonsai”. Pienso que no creo que Jacinta tenga un árbol Kamikace. Es más, dudo que Jacinta sepa que los kamikace gritaban “banzai” cuando

se iban a estrellar con sus aviones. No creo que Jacinta sea una adiestradora de árboles kamikace. Dejaré esta observación en suspenso, esperando futuros acontecimientos. Sin embargo, anotaré que una vez terminadas nuestras labores como guías turísticos, me encaminé al bar de Manolo como es habitual en mí. A pesar de que ya no me esperaban indagaciones sobre la posible naturaleza extraterrestre de los habituales del bar, sí que me esperaba mi consabido bocadillo de tortilla con queso, acompañado por una caña. Quiero puntualizar que el contenido de estos bocadillos es el de una tortilla francesa, con lonchas de queso medio fundidas por encima de la tortilla. El bocadillo de Manolo, además, contiene generosas porciones de cebolla y perejil.

Recuerdo que al llegar al bar de Manolo, contemplé un número considerable de personas haciendo cola. Recuerdo que una vez en la misma puerta me pongo a hacer cola como el resto de las personas allí concentradas. Observo que la mayoría son mujeres con niños pequeños. Observo que la mayoría, si no todos, son de origen sudamericano. Pregunto que quién es la última, ya que el orden de cola no estaba perfectamente respetado y se notaba cierto alboroto y desorden. Una mujer de pelo negro y con trenza hasta casi el tobillo me dice que es ella. Le digo que gracias. Me dice que si no llevo ningún niño. Le digo que no. Me dice que entonces a qué vengo. Le digo que a por un bocadillo de tortilla con queso y una caña. Me dice que entonces no hace falta que haga cola. Le digo que gracias y me salto la cola. Tengo que apretujarme entre un motón de mujeres y niños hasta poder conseguir llegar a la barra. Manolo no está tan solícito como siempre. El falso cuponero está intentando vender todos sus cupones a esas mujeres. Le pregunto a Manolo con el tono de voz mucho más elevado de lo habitual que qué ocurre. Manolo me dice con su voz alterada que el chupete que encontró el otro día el perro del policía, se ha hecho famoso entre la comunidad Boliviana de la ciudad, mientras veo que una mujer levanta a su hijo pequeño y le mete el chupete de goma en la boca durante un segundo aproxi-

madamente, luego se santigua y parece que pronuncia alguna plegaria. Manolo continúa diciéndome que el chupete también se ha hecho famoso entre las comunidades peruana y ecuatoriana. Giro de nuevo la cabeza hacia el calendario. Compruebo que ahora hay muchos más chupetes colgando a modo de exvotos. Compruebo que también hay estampitas de la Virgen pegadas a la pared. Desconozco todavía la forma en que han sido pegadas a la pared dichas estampitas. Veo que todavía se pueden adivinar las manos de la chica del calendario tapándose sus pechos. Compruebo que también hay otras estampitas que no adivino saber a quién representan, pero intuyo que a la Pachamama. Ahora es un hombre el que coge a su niño en brazos y le introduce mi chupete en la boca. Giro la cabeza y le digo a Manolo que si me puede poner una caña y un bocadillo de tortilla con queso. Manolo me dice que sí que sí que mucha gente pero que ahí no consume nadie. Me dice que no se atreve a echarlos. Me dice que los primeros días lo intentó y que le echaron a él un mal de ojo. Mientras, giro la cabeza y veo que el hombre ya le ha sacado al niño el chupete de la boca y procede a las peticiones. Manolo me dice que ahora tiene que llevar gafas a causa del mal de ojo. Le miro y compruebo que es verdad, que lleva gafas y que yo no me había fijado. Tampoco recuerdo si antes llevaba o no llevaba gafas. Le pregunto si ha comenzado a ver mal a raíz del mal de ojo. Me dice que no, que ya veía mal de cerca y que tampoco podía ver la televisión de lejos. Le pregunto si las gafas se las ha puesto Paco el óptico. Me dice que no que su óptico se llama Manolo como él, mientras pienso que Manolo se ha obsesionado con el mal de ojo que le han echado y ha asociado de forma fácil pero incorrecta un mal de ojo con una pérdida en la capacidad de visión. Pienso que mis perturbaciones en la capacidad de visión no han tenido nada que ver con un mal de ojo. Intento quitar hierro al asunto. Le digo que si ya veía mal, no tiene que pensar que la culpa la tenga el mal de ojo. Le digo que sin embargo le van a buscar un problema con tanto chupeteo. Que se van a contagiar unos a otros. Que como

venga el policía local y vea eso le va a denunciar a los de sanidad. Manolo me dice que como los últimos días el policía local solo ha venido de paisano por estar de vacaciones, no quiere saber nada de todo este asunto. Le digo que eso se lo voy a solucionar yo en un momento. Compruebo que Manolo está desbordado por la situación y todavía no me ha hecho el bocadillo de tortilla con queso. Pienso que esa situación debe terminarse, o mis bocadillos en el futuro se verán afectados. Decido apartarme de la barra y dirigirme al calendario de los chupetes. Veo que una mujer se sube a una silla porque es tan bajita que no llega a coger el chupete, veo que le pasan un niño y que cuando lo coge le dice que le dé un beso al chupete. Compruebo que el niño no acierta y le da el beso a la imagen de la chica con las manos en sus pechos. A la mujer bajita le da igual y se baja de la silla contenta, no sin antes haber pasado el niño a otra mujer. Aprovecho la presencia de la silla y me subo yo a ella con cierta precariedad y torpeza, dada mi falta de costumbre en subirme a las sillas para estar de pie y no sentado. A pesar de estar a punto de caer, no caigo. Los representantes de la comunidad boliviana y de las demás comunidades me miran con atención. Con un sentimiento de orgullo interno les digo con voz firme y fuerte que ese chupete no es lo que parece. Dejo que pase uno o dos segundos para ver la reacción de los representantes de las comunidades. No veo que haya reacción ninguna. Continúo diciendo que ese chupete es mío, momento en el que comienza a oírse cierto murmullo entre los concurrentes. No dejo que el ambiente se enfríe y prosigo diciendo que el chupete es de mi nieto y que lo dejé yo ahí el otro día porque ya ha cumplido cuatro años y no le hace falta. Oigo una voz femenina que me grita y me dice que ese chupete ha obrado un milagro y que no tengo derecho a decir que es mío. Le digo que tengo todo el derecho del mundo puesto que me costó 4 €, mientras pienso que es mejor no decirles que en realidad me lo dejaron en 3 € por estar caducado. Me dicen que la Pachamama ha obrado un milagro a través de ese chupete, mientras otra voz femenina me grita y me dice que la

Virgen María quiere que el chupete cure a todos los niños del mundo. Me crezco y les digo que todo eso no son más que supersticiones y que el chupete es mío. Noto que una gorda de trenza larga me agarra del pantalón y me llama tampulli, mientras otra menos gorda pero con otra trenza enorme me dice ¡sí tampulli!, ¡melenudo asqueroso! Momento en el que noto que mi apariencia de superioridad se ve ofendida y que no pienso permitir que se crezcan en los insultos. Oigo que otra mujer comienza a gritar ¡tara, tara, tara!, en un tono que deduzco no es nada bueno. Compruebo que no es nada bueno cuando el hombre que antes había metido el chupete en la boca de su hijo me dice ¡tara, tara cabrón! Momento en el que digo que ese chupete lo pagué yo y que es mío, momento en el que decido descolgarlo del clavo que sostiene el calendario y metérmelo en el bolsillo izquierdo del pantalón, cuando noto que alguien me agarra fuerte del pantalón con la intención de tirarme de la silla, momento en el que me tambaleo pero consigo enderezarme y gritar que me dejen en paz o llamaré a la policía, momento en el que dicen que ellos son los que van a llamar a la policía por atreverme a ofender a la Pachamama, momento en el que me vuelven a agarrar con fuerza y noto que me caigo, no sé si tengo un episodio de vértigo, no sé si voy a vomitar, solo veo el techo y un montón de caras que se me echan encima, la mayoría caras redondas, veo también una cara enjuta y chupada como de una mujer de mucha edad, momento en el que noto que varias manos se meten por mis bolsillos del pantalón, momento en el que alguna de esas manos pretende manipular mis partes pudendas, comienzo a chillar que aquí hay un extraterrestre, que tienen que coger al extraterrestre, mientras noto que la mano sigue intentando manipular mis partes pudendas, les grito que están en peligro y que deben detener al extraterrestre que está ahí con ellos, mientras veo que otra mano saca el chupete de mi bolsillo izquierdo y lo levanta con ademán victorioso, momento en el que todos gritan viva la Pachamama y viva la Virgen María y el niño Jesús, mientras deciden salir corriendo del bar con el

chupete entre ellos. Noto que ya no hay ninguna mano intentando manipular mis partes pudendas. Intento levantarme del suelo, pero antes de levantarme veo la cara del falso cuponero mirándome y diciéndome: pero alma de cántaro ¿cómo se le ocurre hacer eso? Decido no contestarle. Decido volver a intentar levantarme. Consigo levantarme. Manolo me mira con cara de conejo desde detrás de su barra. Manolo me pregunta que si es verdad que el chupete era mío. Le digo que se me ocurrió todo eso para ver si se iban del bar y le dejaban tranquilo. Manolo me dice que ya me había avisado, que a él le echaron un mal de ojo y que ahora tenía que llevar gafas. Le digo si me puede poner mi bocadillo de tortilla con queso y la caña. Manolo no responde y se mete a la cocina. El cuponero me sigue mirando extrañado. El cuponero me pregunta que ¿y lo del extraterrestre?... decido no contestar y hacer como que tengo que ir al baño a hacer de menores. Me voy al baño. No hago nada pero estoy unos minutos encerrado y con la luz apagada.

Recuerdo que durante la ingestión de mi bocadillo en mi mesa habitual del bar, Manolo no vino a hablarme de su juanete. Recuerdo que el cuponero estaba ahora apoyado en la barra consumiendo una cerveza y de vez en cuando giraba la cabeza para mirarme con cara de conejo, parecida a la que Manolo mostraba minutos antes. Recuerdo que llegó el camionero del pepito de lomo y se pidió un pepito de lomo. También recuerdo que el cuponero comenzó a cuchichearle al camionero cosas al oído. Pienso que esas cosas estaban relacionadas conmigo y con el episodio del chupete recién ocurrido. Pienso que esa deducción es correcta porque de vez en cuando el camionero dejaba de mirar su pepito de lomo para girar la cabeza y mirarme a mí, mientras él masticaba con la boca abierta un trozo de bocadillo.

20 horas 43 minutos

Ahora, con la distancia suficiente desde que ocurrieron estos hechos, pienso que entre toda aquella turbamulta había camuflado un alienígena. Pienso también que ese alienígena debe de adoptar la apariencia que más le conviene para poder acercarse a mi persona. Pienso que la intención de manipular mis partes pudendas le delató. Creo que estos seres extraplanetarios no pueden resistir la tentación de manipular las partes pudendas de los seres humanos allí donde se les brinda la ocasión.

Ramona sigue sin lamerme por encima de los tobillos, pero tengo que permanecer muy alerta. Prefiero no contarle nada a Ella sobre el intento de manipulación obscena que he sufrido en el bar de Manolo.

20 de junio. 19 horas 55 minutos

Vengo de dar un paseo con Sauron. Quiero puntualizar que no se trata del señor de Mordor, el malo de “El Señor de los Anillos”, sino del perro de unos vecinos. He de anotar que estos vecinos se han tenido que ir no sé a dónde y nos han encargado que cuidemos de Sauron. Sauron se queda en su casa. Pienso que traerle a nuestra casa no sería buena idea, ya que Ramona seguramente sufriría un ataque de esquizofrenia y podría merendarse al pobre de Sauron. Por ese mismo motivo, no puedo pasear a los dos perros al mismo tiempo, sino que me veo obligado a hacerlo de forma alternada, primero Sauron y después Ramona. Pienso que no le han puesto un nombre adecuado. Pienso que Sauron, el perro, es más bien pánfilo. Pienso que le hubiera pegado más llamarle Samsagaz. Pienso que si es muy largo siempre se le podría llamar Samsa, o simplemente Sam como el personaje tolkieniano. Por otro lado, ha despertado mi curiosidad el volumen de excrementos que el perro de los vecinos arroja en cada paseo. Sin embargo quiero anotar que Sauron no ha mostrado el más mínimo interés por ningún tipo de manipulación obscena. Quiero precisar que, para más seguridad, he sometido a Sauron a una simple prueba. Recuerdo que a mitad del paseo por uno de los caminos de los alrededores del pueblo, he tomado la decisión de sentarme en un muro de piedra, momento en el que Sauron se ha parado. Espero a ver la reacción de Sauron. Sauron intenta comerse una mosca y me recuerda a Jacinta. Decido ampliar el ángulo de apertura de mis piernas para ver cómo reacciona el perro de los vecinos. Sauron continúa persiguiendo con la mirada otra mosca. Decido meterme una mano en el bolsillo izquierdo de mi pantalón y moverla para llamar la atención de Sauron hacia mis partes pudendas. Finalmente compruebo que Sauron no tiene el más mínimo interés por esa zona de mi cuerpo. Decido reducir otra vez el ángulo de apertura de mis piernas y levantarme para continuar el

paseo. Compruebo que no haya nadie en los alrededores. Definitivamente puedo concluir que Sauron no parece ser más que un perro, sin ningún tipo de naturaleza alienígena.

Pienso que no debo actuar de forma caótica. Pienso que a las personas que han pasado la prueba de la escamosidad, no debería someterles a la prueba de la manipulación obscena. Creo que este tipo de prueba puede entrañar cierto riesgo para mi integridad física en función del destinatario de la misma.

Sin embargo el gran problema que tengo que dilucidar es el de Ella, ya que Ella no padece de escamas ni en manos ni en pies, pero sin embargo me ha sometido a manipulaciones obscenas, eso sí dentro de un contexto ya de por sí obsceno. Llegados a este punto necesito saber si Ella siente la tentación de manipular mis partes pudendas fuera de un contexto obsceno. Para ello he diseñado una primera prueba que he intentado poner en practica esta misma tarde. Recuerdo que una vez terminada nuestras respectivas siestas, Ella se ha puesto a realizar el retoque digital de la fotografía de una patata gallega. Recuerdo que consideré el retoque digital de una patata gallega como un momento bastante poco obsceno. Pienso que dada la poca obscenidad contenida en esa actividad, sería un buen momento para someterle a la primera prueba sobre tendencia a la manipulación de mis partes pudendas. Decido desnudarme en otra habitación para pillarla desprevenida. Decido coger la lupa. Me dirijo a su estudio. Le digo que perdone pero que si hace el favor de mirarme un pequeño grano que me ha salido en un sitio, mientras pienso que es mejor no decirle el sitio, para que cuando se gire sienta el impulso manipulador con todas sus fuerzas. Me dice que ahora le pillo en un momento delicado y no puede porque está haciendo una máscara muy complicada, mientras pienso que ni siquiera se ha vuelto y no se ha dado cuenta que estoy detrás suyo como Dios me trajo al mundo. Pienso que es mejor aplazar la prueba, porque si ahora insisto en que me mire con la lupa el miembro, puede que el impulso por manipularlo de forma obscena sea menor que el de mandarme a la porra

por interrumpir el retoque digital de la patata gallega. En vista de la encrucijada en la que me encuentro decido tomar las de Villadiego. Al retirarme hacia la habitación donde he dejado toda mi ropa me encuentro de camino a Ramona. Creo que no es una buena circunstancia para encontrarme a Ramona. Inmediatamente compruebo que no es una buena circunstancia para encontrarme con Ramona, porque ésta decide saltar sobre mi cuerpo y comenzar a lamerme por todas partes. Decido taparme las partes pudendas y comenzar a chillarle que no, que eso no. Ramona hace caso omiso a mis chillidos y decide abrazarme con fuerza, apretando sus uñas contra mis costados, cosa que no puedo evitar porque todas mis manos están ocupadas en proteger de ese monstruo mis partes pudendas. No sé si Ramona está sufriendo un ataque de esquizofrenia. No sé si los lametones pueden terminar convirtiéndose en mordiscos. Me aterra la idea de que al verme desnudo Ramona haya sufrido un ataque de esquizofrenia y no pueda reprimir el impulso de manipular mis partes pudendas con su boca, o lo que es peor, que termine por liarse a mordiscos con dichas partes. Decido pedirle ayuda a Ella. Ella grita que qué pasa, que así no puede trabajar. Yo le grito que por favor que venga a ayudarme, que es urgente, mientras noto que Ramona está a punto de tirarme al suelo como consecuencia de sus 25 kilos empujando fuertemente mi cuerpo. Oigo que Ella se acerca, me dice con cara de sapo que qué hago así, que por qué estoy desnudo jugando con Ramona, que a qué viene todo esto, mientras coge a Ramona por los pliegues del cuello y logra retirarla de mi cuerpo ya magullado. Se me ocurre decirle que quería comprobar científicamente qué parte del cuerpo se enfría antes cuando nos desnudamos, pero en el momento de ir a por el termómetro que me quería aplicar en las diferentes partes del cuerpo, Ramona me ha atacado. Me dice que Ramona no ha atacado a nadie. Decido retirar las manos de mis partes pudendas, ante la imagen de una Ramona sujeta por Ella, y preguntarle con un claro interés capcioso, que si Ella asocia los pimientos verdes a alguna otra cosa, momento en el que

me contesta que deje de decir y hacer tonterías y haga el favor de vestirme. Decido irme al cuarto donde había dejado la ropa y vestirme, no sin antes cerrar la puerta para que Ramona no entre. No vuelvo a intentar la prueba de la manipulación obscena con Ella durante el resto del día. En un momento, pienso que podría ser una buena idea volver a intentarlo en la cama, una vez que estemos acostados con la intención de dormir. Decido no utilizar ese momento por dos razones elementales:

1- Puede que Ella tenga mucho sueño y entonces rechace de forma contundente ese tipo de manipulación, incluso aunque se diera el caso de que Ella fuera una alienígena y sufriera clara tendencia a la manipulación de mis partes pudendas como ser humano que soy. Pienso que la necesidad de sueño es más poderosa que la de cualquier manipulación obscena.

2- Puede que Ella sea receptiva a los estímulos que yo le proporcione y decida manipular mis partes pudendas, pero en ese caso nunca sabré si yo he creado un contexto obsceno, caso en el que la prueba carecería de valor, o si Ella ha sufrido un impulso incontrolable para manipularme obscenamente.

Ante esta disyuntiva, y la imposibilidad de poder sacar cualquier tipo de conclusión determinante, he decidido terminar por hoy los intentos de someterle a Ella a este tipo de pruebas, y utilizar la cama únicamente para dormir. También he pensado que podría provocar conscientemente un contexto obsceno, por si sueña la flauta antes de dormir, pero finalmente todos los paseos que al cabo del día tengo que realizar para sacar a Ramona y a Sauron han amortiguado cualquier impulso de naturaleza obscena que pudiera surgir en mi persona.

21 de junio. 21 horas 13 minutos

Los múltiples paseos con los perros que me veo obligado a realizar, están afectando incluso a la naturaleza de este diario. La pocas fuerzas con las que llego a este momento me impiden recordar con claridad lo ocurrido durante el día, y lo que aún es peor, me enturbian la claridad mental que necesito a la hora de abordar mis estrategias investigadoras.

En estos mismos momentos debería acometer el segundo intento para someter a Ella a la prueba de manipulación obscena. Pero pienso que si ahora mismo me desnudo y me dirijo a su estudio, no voy a decirle con la contundencia necesaria, que si por favor me puede mirar un pequeño grano que me ha salido en un sitio. Pienso que se lo diré de forma compungida. Pienso que ese compungimiento no conseguirá que Ella reacciones con la entereza necesaria y muy probablemente vuelva a aplazarme la falsa auscultación. Además no quiero arriesgarme en vano a que Ramona vuelva a someter mis carnes a nuevas magulladuras. Tampoco quiero poner en riesgo gratuitamente mis partes pudendas.

Prefiero recordar lo que hoy he visto y oído en el bar de Manolo, por si fuera de interés para mi búsqueda de posibles seres extraplanetarios en mi entorno cotidiano. Me cuesta recordar pero recuerdo que al llegar comprobé que el bar de Manolo estaba hasta la bandera. Pienso que si han vuelto los miembros de las comunidades boliviana, ecuatoriana y peruana, puede que mi integridad física corra cierto peligro. Espero que esa gente no me haya declarado enemigo oficial de la Pachamama. No veo posibles miembros de esas comunidades. Agudizo el oído y no detecto acentos lingüísticos característicos de aquellas zonas geográficas. Manolo ha tenido que contratar a su primo para que le ayude con el negocio. Le digo a Manolo que por qué hay tanta gente. Manolo me dice que se ha corrido la voz de que aquí ha ocurrido un milagro, me dice que ha salido en la prensa, me dice que han

venido los de la televisión local, me dice que le ha cambiado el nombre al bar y que ahora se llama Bar Milagros, le digo que no me he fijado en el nombre nuevo pero que si me puede poner una caña y hacerme un bocadillo de tortilla con queso, mientras pienso que todo ese auge en el negocio se lo debe a mi chupete, y que de haberlo sabido le hubiera vendido el maldito chupete, y no se lo hubiera dejado en 3 € sino en 3.000. Manolo no me contesta pero se va solícito a hacerme el bocadillo, no sin antes dejarme en la barra una caña de cerveza. Compruebo que mi mesa habitual no está libre. Compruebo que ni siquiera hay otra mesa libre. Compruebo que tampoco el diario local está libre. Pienso que si esto continúa así tendré que buscarme otro bar donde comerme mi bocadillo de tortilla con queso. Entre toda esa gente no creo detectar ningún ser extraplanetario. Entre toda esa gente solo reconozco al camionero del pepito de lomo, que como siempre devora su pepito en la barra. Lamento tener que comerme yo también el bocadillo en la barra, pero afortunadamente en el extremo opuesto al del camionero del pepito de lomo. Pienso que no me gustó las miradas que me lanzaba el otro día, cuando el falso ciego le contaba lo sucedido con la comunidad del chupete, mientras pienso en Sauron y en el paseo que le he dado a las 6 horas 30 minutos de la mañana, mientras pienso en el Sauron de Tolkien, mientras pienso en la Comunidad del Anillo, mientras pienso en esta otra comunidad... la Comunidad del Chupete. Recuerdo que al salir del bar, subí la cabeza y vi que Manolo decía la verdad. Compruebo que ahora el bar se llama Bar Milagros.

22 horas 0 minutos. (Ramona está a mis pies)

Tengo que procurarme algo de alimento. Los múltiples paseos caninos me tienen desganado pero no puedo abandonarme. Si no como no tendré la energía suficiente para someterle a Ella a la prueba de la manipulación obscena y eso es ahora prioritario

para la evolución de este diario terapéutico. No sé si ingerir un tazón de yogur con trozos de melón y frutos secos, o por el contrario inflarme a queso con aceite y pan para ver si me aporta las energías necesarias. Pienso que esta noche ingeriré tres pastillas de ajo en lugar de dos como tengo por costumbre, y en lugar de un vaso de vino creo que serán dos o quizás tres. Creo que bajaré a la cocina e improvisaré... ya veremos.

Me es imposible continuar. El tofu frito con arroz integral y un plátano, ha producido en mí un efecto soporífero. Solo puedo anotar: hasta mañana.

22 de junio. 20 horas 5 minutos

En el día de hoy quiero anotar ciertas observaciones extraídas de mis últimas regresiones documentadas, concretamente las referentes a Alfonso XII y Alfonso XIII. Como ya he anotado en varias ocasiones a lo largo de este diario, pienso que la madre y abuela de estos Alfonsos, es decir Isabel II, pudo muy bien ser un ser extraplanetario o por lo menos ser de alguna forma manipulada genética, física y/o psíquicamente por determinados alienígenas. También he anotado que una serie de personajes, como Sor Patrocino, intentaron alejarla del trono pero luego se conformaron con infiltrarse en la corte para controlar a la propia reina y alejarla de posibles manipulaciones alienígenas dejando dichas manipulaciones en el terreno de lo puramente obsceno, y procedentes solo de seres humanos del género masculino. Ahora, con mis nuevas investigaciones sobre la tendencia incontrolada que los alienígenas tienen para manipular las partes pudendas de los seres humanos, me parece todo mucho más claro. Conocido es, y fue, el desenfreno sexual al que se vio sometida la Reina Isabel II. La pregunta que se debe uno hacer desde la hipótesis alienígena, es si ese desenfreno se debía a que ella misma era un extraterrestre y no podía dominar sus impulsos hacia la manipulación obscena de las partes pudendas de los seres humanos, o bien si se trataba de un ser humano que estuvo rodeado a lo largo de su vida por seres extraplanetarios que le sometieron a una continua manipulación dentro y fuera de contextos obscenos. Una cosa que ahora me resulta de vital importancia acerca de la vida de Isabel II, es que sufrió un intento de asesinato por parte del Cura Merino, el de Logroño (no el Cura Merino de Burgos, pues este estuvo metido en asuntos guerrilleros bastante antes). Pienso que esta circunstancia terrorista se repite en los Alfonsos. Pienso que Alfonso XII quizás no murió de tisis, sino que fue víctima de un complot anti-alienígena que acabó con su vida tres días antes de que cumpliera

los 28 años. Pienso que el Arzobispo de Burgos no consiguió sus propósitos. Me resulta extraño que el Papa Pío XI aconsejara a Isabel II que la educación de su pequeño corriera a cargo del Arzobispo de Burgos. Pienso que este Arzobispo fue un inútil, porque a los 20 años Alfonso XII se declaraba ateo. Pienso que Alfonso XII, al igual que su madre, sufrió manipulaciones obscenas y que éstas bien pudieron haber sido provocadas por seres alienígenas. No me cabe la menor duda de que el mundo extraplanetario ha estado muy interesado por los Borbones, al menos desde Fernando VII hasta Alfonso XIII. Pienso que el atentado que sufrió éste, el día de su boda con Victoria Eugenia, corrobora lo que estoy anotando. Además del atentado, el XIII de los Alfonsos también tuvo cinco hijos aparte de los cinco hijos oficiales que registró como tales. Pienso que el hecho de que uno de estos hijos, y más concretamente una niña nacida de las manipulaciones obscenas practicadas con la institutriz de sus hijos oficiales, fuera abandonada en un convento, es realmente sospechoso. Pienso si esa niña tendría escamas en las manos e incluso en los pies y decidieron llevarla de inmediato al convento de clausura para que nadie, excepto las monjas del convento, pudiera verlas. Fin de las conclusiones sacadas de las últimas regresiones documentadas. Solo quiero puntualizar que tengo la sensación de que todos esos Borbones parece que fueron vistos por determinados seres extraplanetarios, como seres humanos fáciles de manipular no solo con respecto a sus partes pudendas, sino con respecto a todo su ser y por tanto manipular su conducta para llevar a cabo en el país de España, determinados experimentos sobre etología humana. También pienso que existe en un alto grado de probabilidad, que en la zona geográfica comprendida entre Burgos y Logroño exista, o al menos existiera, una comunidad antialienígena encargada de abortar todos los intentos, por parte de seres extraplanetarios de gobernar España a través de los Borbones.

Sin embargo quiero anotar que me preocupa más el siguiente asunto. He podido comprobar que Ella es un ser mucho más

difícil de someter a la prueba de manipulación obscena de lo que yo me pensaba. Esta misma tarde, a las 17 horas aproximadamente, y después de haber disfrutado de nuestras respectivas siestas, he observado que Ella se dirigía a su estudio. Recuerdo que merodeé por los alrededores de su silla de trabajo donde estaba ya ocupada. Recuerdo que comprobé que continuaba retocando digitalmente la misma foto de la patata gallega que le ha tenido ocupada toda la semana, momento en el que volví a pensar que esa patata me brindaría la oportunidad necesaria para sorprenderla en un contexto libre por completo de obscenidad. Decido esta vez poner todas las precauciones a mi alcance para evitar que un encuentro con Ramona pueda desbaratar todos mis planes y, lo que sería mucho peor, descubrir mis verdaderas intenciones. Decido coger una bolsa del supermercado. Decido esta vez no desnudarme por completo. Pienso que es mejor sacar mis partes pudendas a través de la bragueta del pantalón. Pienso que sin embargo es necesario taparlas con la bolsa del supermercado, para que Ramona no vea ningún trozo de mi cuerpo humano al descubierto y sufra un ataque de esquizofrenia. Con mucho cuidado abro la bragueta y extraigo no todas las partes pudendas sino únicamente el atributo masculino. Lo introduzco en la bolsa del supermercado y meto parte de la bolsa del supermercado dentro de la bragueta con la clara intención de, llegado el momento, retirar súbitamente la bolsa y ofrecerle el miembro para que inspeccione el falso grano que en principio me ha debido salir, y del que previamente le habré hablado y pedido que me explore con detenimiento, momento en el que podré comprobar su reacción ante mis partes pudendas fuera de todo contexto obsceno. Cojo la lupa para dar más credibilidad a mi solicitud sobre la inspección de un supuesto grano peniano. Me dirijo a su estudio. Afortunadamente no me encuentro con Ramona. Y pienso que a pesar de estar protegido contra dicho encuentro, siempre es mejor no poner a prueba las precauciones tomadas. Una vez colocado detrás de la silla donde Ella se encuentra ocupada con el retoque de la patata, le pregunto

que cómo lo lleva. Después de unos segundos en silencio me responde que bien. Le pregunto que si le falta mucho para completar el retoque de esa fotografía. Me dice que está terminando. Le pregunto que cómo le va a titular. Me dice que K-Chelo. Le digo que por qué supone que es femenina, y puntualizo que en lugar de ser una patata gallega podría ser muy bien un patato gallego. Me dice que no diga tonterías, pero me veo obligado a continuar la discusión dada la base científica de mis argumentos, por lo que continúo diciendo que las patatas son hermafroditas y que lo mismo podría llamarla Juan que Juana. Sin volverse en ningún momento, me dice con un tono de cansancio que vale, pero que todo el mundo las llama patatas y eso suena a femenino. Continúo argumentando que ya que se dedica a una actividad artística, debería apoyar la imagen con un título original pero respaldado por la ciencia y que en ese caso muy bien podría titular la foto Manoliño (el patato gallego). Me dice que la estoy despistando y que acaba de cometer un error en la máscara y que tendrá que repetirla. Continúa diciendo, cada vez en un tono de voz más elevado, que no piensa llamarle Manoliño y que por favor le deje terminar de retocar esa patata que le ha llevado toda una semana de trabajo. Le digo si me puede mirar un grano que me ha salido en un sitio, pero rápidamente me dice que luego, cuando haya terminado con K-Chelo, momento en el que Ramona aparece y decido ponerme algo nervioso. Cojo la bolsa del supermercado con el propósito de proteger su contenido. La bolsa del supermercado hace el típico ruido de bolsa de plástico espachurrada y Ella se vuelve para comprobar el origen del ruido. Me mira con cara de lechuza y me dice que por qué llevo esa bolsa ahí, le digo que es que voy a sacar de Paseo a Sauron y que esa bolsa es para recoger sus abundantes excrementos. Me dice que no hace falta llevarla ahí puesta, que voy a llamar la atención, que voy a parecer un imbécil con una bolsa saliéndome por la bragueta del pantalón, que parezco un niño y que últimamente estoy haciendo unas cosas muy raras. Ella decide en un arrebato para mí inesperado tirar de la bolsa y

arrancarla de su lugar de sujeción, es decir la bragueta. Inmediatamente mi atributo masculino aparece al descubierto, momento en el que Ella emite una especie de grito difícilmente interpretable para mí, y seguidamente me mira con cara de sapo para preguntarme que qué demonios significa eso. Le digo que es que le iba a gastar una broma, que le iba a decir que había dejado de ser vegetariano y que me había comprado un chorizo en el supermercado, que tuve que suprimir mi intento de broma al ver lo concentrada que estaba con la máscara de la patata gallega, mientras pienso que en ese momento no sería bueno referirme a la patata como patato o como Manoliño. Me mira con cara de mariposa y se ríe, momento en el que compruebo que mi estrategia exculpatoria ha dado resultado, a pesar de la incoherencia con respecto a la primera explicación de los excrementos de Sauron. Decido retirarme sin saber si estar decepcionado por no haber podido llevar a cabo la prueba de la manipulación de mis partes pudendas, o satisfecho por haber sabido improvisar una salida de urgencia a la emboscada, en la que de forma inesperada me he visto implicado. Tomo la decisión de estar satisfecho.

21 horas 38 minutos

El calor, y los múltiples paseos caninos, están agotando todos mis recursos de investigación. Por las noches duermo mal y eso mina mi capacidad investigadora. Tengo miedo que si este calor continúa, afecte a la defensa que tengo que hacer de mi tesis sobre peines y peinetas hechas con asta de buey y caparazones de tortuga Carey en una fecha muy próxima. Pienso que aunque mi capacidad de visión se ha recuperado muy satisfactoriamente gracias a este diario terapéutico, el calor veraniego puede traicionarme y causarme problemas inesperados. Pienso en la temperatura que se podrá alcanzar dentro de la sala de defensas de tesis. Pienso que si mis contactos antitaurinos deciden presentarse, el

calor ambiental subirá en varios grados, debido al incremento térmico causado por todo cuerpo humano. No sé si tres valerianas podrán mantenerme tranquilo al mismo tiempo que lúcido.

*23 de junio. 12 horas 46 minutos
(Ramona está tumbada a mis pies)*

Me veo obligado a comenzar las anotaciones en este diario terapéutico más pronto de lo habitual, dada la gravedad del tema que me ocupa. Me veo obligado también a aplazar mis investigaciones sobre la posible existencia de seres extraplanetarios en mi entorno cotidiano. En cualquier caso, después de todas las pruebas que he ido realizando a unos y a otros, puedo concluir que no parece probable que nadie de mi entorno cotidiano sea en realidad un alienígena con intenciones manipuladoras sobre mi cuerpo y mi mente. Solo faltaría realizar alguna prueba concluyente acerca de la verdadera naturaleza de Ella, ya que las dos intentonas hasta ahora llevadas a cabo, han sido frustradas por diferentes motivos. Sin embargo todos los indicios apuntan a que tampoco Ella sea un extraterrestre camuflado. Pienso que con Ramona infiltrada en casa, este tipo de pruebas resultan verdaderamente complicadas. Había pensado como última estrategia, tumbarme desnudo en el pasillo de la casa y esperar a que Ella pasara por allí, con la formidable excusa de estar practicando para una acción de protesta junto con mis contactos antitaurinos, de cara a una campaña contra el hacinamiento en jaulas de las gallinas. Pero una vez diseñada la estrategia, vi con claridad que mientras Ramona esté en nuestro hogar, dicha trampa resultaría peligrosísima para mi integridad física. Decido dejar en suspenso la calificación definitiva de Ella y pasar a lo verdaderamente importante en este momento, que no es otra cosa que protegerme de un atentado contra mi vida. Pienso que al igual que Isabel II, Alfonso XIII y quién sabe si también Alfonso XII, corro el inminente riesgo de que atenten contra mi persona para deshacerse de mí de forma permanente. La noticia que he podido leer esta mañana mientras Ella y yo desayunábamos plácidamente en el pueblo de al lado, me ha dejado completamente chocado. Afortunadamente, el artículo en concre-

to ha aparecido ante mi vista una vez que ya había ingerido mi habitual tostada de pan de hogaza con aceite. Sin embargo lo que me quedaba de café con leche, lo he tenido que tragar con la sensación de ser quizás uno de mis últimos cafés con leche que me tomo con Ella al lado, tal y como tenemos por costumbre hacer todos los fines de semana. Recuerdo que Ella, al ver que no pasaba la hoja del periódico hacía media hora, y que seguramente mi semblante se había pintado de un pálido alarmante, me preguntó si me pasaba algo. Recuerdo que le dije que no, para no crear temores en su espíritu ya de por sí asustadizo. Me dice que hace media hora que no paso la página del diario local. Le digo que me estaba dando el sueño, que con el calor no he podido dormir bien y que ahora tengo sueño. Me dice que justo esta mañana al despertarnos le había dicho que esta noche había dormido bien y que no había pasado el calor de las noches anteriores. Le digo que recién despertado no recordaba el verdadero calor que había pasado durante toda la noche y las veces que me había despertado. Me dice que a ver si me aclaro, mientras pienso que no se puede enterar del problema de ninguna de las maneras, porque nunca se sabe si también Ella podría acabar siendo objetivo de un atentado.

Recuerdo que durante el resto del desayuno, comencé rápidamente a pergeñar una estrategia con la que poder salvaguardar mi integridad física. Recuerdo que la noticia que acababa de leer sobre el suceso ocurrido en el bar de Manolo, no ofrecía la menor duda de la naturaleza de los hechos. Quiero anotar aquí que el titular de ese editorial decía lo siguiente: “Miembros de diferentes comunidades hispanas intentan agredir a una persona en el bar Milagros”. Recuerdo que la primera impresión fue bastante anodina, al no relacionar ese titular con mi persona. Recuerdo que al segundo siguiente la impresión dejó de ser anodina y dio paso a un verdadero ataque de pánico. El ataque de pánico comienza a invadirme al leer que en el bar de Manolo una serie de individuos de las comunidades boliviana, peruana y ecuatoriana de la ciudad, habían confundido a un cliente del bar con un supuesto enemigo

declarado de la comunidad andina, que les había ofendido en público algunos días antes. Veo con detenimiento la fotografía. Veo al policía local habitual del bar protegiendo al cliente confundido. Pienso que el cliente confundido tuvo mucha suerte al encontrarse ese día el policía vestido de uniforme y no de paisano. Veo con más detenimiento aún la fotografía y compruebo que el cliente confundido tiene cierto parecido con mi persona. Deduzco sin mucho esfuerzo, que la persona a la que verdaderamente querían agredir esos individuos era la mía, es decir, yo. El ataque de pánico baja hasta mis piernas. Creo que puedo sufrir un episodio de vértigo. Pienso que no me importaría que la doctora siberiana se encontrara en el mismo bar donde ahora estamos desayunando, para que me acariciara los pies y me hiciera cosquillas. Pienso que si Ella sabe lo de mi estigmatización por parte de la Comunidad del Chupete, se quedaría aterrorizada. Pienso que no van a parar hasta encontrarme y lincharme por haber ofendido en público a la Pachamama.

Han pasado ya unas cuantas horas desde que he leído el suceso del bar de Manolo. Ahora, más relajado, voy encontrando la manera de enfrentarme eficientemente a esa especie de Santa Inquisición chamánica. Pienso que la forma más eficiente es la de luchar con las mismas armas. Pienso que afortunadamente en mi primera época de vegetariano convencido, no solo era vegetariano, no solo aprendí ligeras nociones de quirología y quiromancia (a pesar de que a los señores García les dijera que de esta ciencia no tenía ni idea) y no solo tuve mis dos primeros sueños con extraterrestres, sino que también me hice un experto tarotista. Pienso que debo ser valiente y salir a su encuentro. Pienso que he de enfrentarme yo solo a la Comunidad del Chupete. Pienso que si me disfrazo de forma que no me reconozcan y consigo que alguno de ellos, a ser posible su líder, se someta a una tirada de cartas, podré conseguir que me desclasifiquen como enemigo declarado de la Pachamama e incluso hacer que me vean como un colaborador y catalizador de milagros, que en realidad es lo que he sido

para ellos. Solo tengo que convencerles, mediante una sesión de Tarot controlado y manipulado, de que existe una persona que les ha favorecido mucho, así como describir físicamente a esa persona de tal forma que no tarden en verme a mí como al gran benefactor de su comunidad.

13 horas 45 minutos

Pienso que a estas horas ya me será imposible acercarme a la ciudad y encontrar abierta una tienda de disfraces para conseguir el más adecuado con el que poder trabajar de tarotista. Pienso que quizás esta tarde en el chino del pueblo pueda conseguir algo que me sea propicio. Ahora ya con el ánimo más recuperado, tengo que pensar si hacer una crema de calabacín o una pasta con espinacas para comer. Creo que le preguntaré a Ella a ver qué prefiere. Creo que ha terminado con éxito el tratamiento digital de la patata gallega y eso la llena de satisfacción. He observado que hoy se encuentra de muy buen humor, seguro que por la satisfacción del trabajo bien hecho. Por mi parte el ataque de pánico, sufrido después de conocer la noticia de la agresión en el bar de Manolo, ha dado paso a un sentimiento de euforia. Tengo por delante una gran tarea que realizar, de la que estoy seguro saldré vencedor. El futuro próximo me ofrece grandes éxitos, en lo académico gracias a la defensa de mi tesis sobre peines y peinetas, y en lo personal por conseguir proteger la integridad física de Ella y mía. Pero ahora a comer.

20 horas 0 minutos

Todo está preparado. Quiero anotar que gracias al chino del pueblo, he podido conseguir los atavíos necesarios para pasar desapercibido cuando me ofrezca como experto tarotista a los

miembros de la Comunidad del Chupete. Recuerdo que al preguntarle a la china que atendía en el establecimiento si tenían objetos para disfraces, no dudó en señalarme un pasillo con su mano regordeta y su sonrisa de piedra. Recuerdo que recorriendo el pasillo, pude contemplar objetos de muy diferente índole, como cucharas de madera, relojes de pared de todo tipo, cajitas de todo tipo, búcaros grandes de cristal y búcaros pequeños de cristal, despertadores, marcos para fotos, un san Pancracio, una Virgen del Perpetuo Socorro, un Sagrado Corazón de Jesús y finalmente una enorme caja de cartón que contenía a su vez unas bolsas transparentes con los atavíos que buscaba. En principio pienso que con una peluca sería suficiente. Encuentro una peluca tipo María Antonieta, pero pienso que para un tarotista no es la imagen más adecuada. Encuentro otra peluca como del mago Merlín, pero pienso que todos esos pelos blancos y lacios quedarían algo anacrónicos. Pienso que las canas de mi barba pueden delatar mi farsa, en el caso de que no haya concordancia entre el aspecto de la barba y los pelos de la cabeza. Recuerdo que después de rebuscar durante un tiempo, del que no podría especificar su duración en minutos, encuentro una peluca tipo afro. Compruebo, al mirar la fotografía que hay en el envoltorio, que es redonda y abulta mucho. Es como una gran esfera con pelo muy rizado y negro. Me viene a la memoria un antiguo disco de los Jackson Brothers. Pienso que la referencia al mundo africano es muy adecuada para un echador de cartas. Pienso que el único problema es la diferencia de tonalidad entre los pelos de esta peluca y los de mi barba. Pienso que con un poco de polvos de talco sobre la peluca lograré una concordancia perfecta. Pienso que además deberé proceder a recortarme algo la barba, aprovechando que es verano y tengo la excusa perfecta ante Ella. Es importantísimo que Ella no descubra esta peluca en casa, porque me sería muy difícil poder ocultarle la difícil situación por la que estoy atravesando, y quién sabe si Ella también. Pregunto a la china si puedo probarme la peluca. La china me dice con la misma sonrisa de piedra que ya no son cal-

navales. Le digo que es para la fiesta de fin de curso de nuestro hijo, mientras pienso que seguro que la china no sabe que nuestro hijo está a cientos de kilómetros y tiene casi 30 años. La china dice que Ah... fin de culso, y continúa diciéndome que me pruebe la peluca. Sin variar ni un ápice su sonrisa, coge la bolsa de plástico transparente y saca una masa aplastada de pelo negro y rizado que se supone se debe convertir en algo esférico dada la foto que hay en la bolsa. Decido ponerme la peluca, pero es tan grande que me tapa también las orejas. Pienso que un echador de cartas sin orejas no puede ser muy creíble y despertaría sospechas entre sus clientes. Le digo a la china si no tiene otra talla. Me dice que yo cabeza pequeña, que yo puedo poner unos periódicos arrugados sobre mi cabeza y luego ponerme la peluca. La china, muy solícita se dirige al mostrador de la entrada y saca unos periódicos viejos. La china viene hacia mí mientras arruga unas cuantas hojas del periódico. Cuando la china llega enfrente de mi persona decide ponerme unas cuantas bolas de hojas arrugadas de periódico encima de mi cabeza, momento en el que alguien entra en el establecimiento y saluda, mientras pienso que si ven a la china cogiéndome la cabeza con sus manos regordetas pueden fabricarse ideas erróneas de lo que estamos haciendo la china y yo. Le digo a la china que muchas gracias pero que ya puedo ponerme la peluca yo solo, mientras intento embutirme la maldita peluca sin que las hojas de periódico se caigan al suelo. Consigo enfundarme la peluca y compruebo que la china tenía razón, que ahora la peluca no me tapa las orejas. Pero enseguida sufro una gran decepción al ver que Gustavo, el de la gasolinera, entra al establecimiento y me saluda pronunciando mi nombre. Yo le saludo pronunciando el suyo, mientras pienso que cómo es posible que Gustavo me haya reconocido con esa especie de pecera peluda encima de mi cabeza. Pienso que si me recorto la barba, le pongo unos polvos de talco a la peluca y además coloco los suplementos de sol encima de mis gafas con prismas, será muy difícil que ninguno de los miembros de la Comunidad del Chupete me pueda

reconocer. Pienso que juego con la ventaja de que ellos solo han visto mi cara en una ocasión y que en ese momento eran víctimas de la ofuscación, por lo que les será muy complicado recordar con precisión mi aspecto y que por eso precisamente el otro día se equivocaron de persona en el bar de Manolo. Me vuelve a invadir la euforia. Me quito la peluca. Las hojas arrugadas de periódico se caen al suelo. Las recojo y se las doy a la china, que ahora espera en el mostrador de entrada. Pago la peluca y me largo del establecimiento con la peluca metida en una bolsa.

Antes de entrar en casa pienso que sería buena idea dejar la peluca en el coche para que Ella no la descubra. Sin embargo, recuerdo que tengo que empolvar la peluca y que además todavía no me he visto en un espejo, cosa recomendable por si tengo que hacerle algunos retoques para que mi apariencia de tarotista gane credibilidad. Decido meterme la bolsa con la peluca por dentro del pantalón pero en la zona trasera. Pienso que aunque me haga un culo enorme, Ella no podrá verlo dado que nunca le ofreceré la espalda mientras me dirijo a mi estudio. Pienso que una vez escondida en alguno de los cajones de mi estudio ya estaré a salvo. Entro en casa y me encuentro a Ella haciendo fotografías a las cáscaras de unos huevos que hacía días tenía encima de un plato de plástico en espera de ser fotografiados. Dada la mala suerte de los últimos días, en que me tuve que ver obligado a improvisar mentiras circunstanciales ante el intento frustrado de llevar a cabo las pruebas de manipulación de mis partes pudendas, decido inventarme como excusa, por si se da el caso de que descubre la peluca dentro del pantalón, que mi hemorroide se ha puesto insoportable con el calor de estos días y que con la peluca en el culo se amortigua enormemente el sufrimiento cuando estoy conduciendo. Afortunadamente Ella está tan concentrada con sus huevos, que no se entera de las exageradas proporciones que han adquirido mis nalgas. Le digo que no quiero molestarla, mientras esquivo como puedo el trípode, mientras pienso que si por torpeza me tropezara con el trípode y le tirara la cámara o rompiera las

cáscaras de los huevos, se montaría un pollo y acabaría descubriendo mi peluca oculta, teniendo que terminar confesando la realidad de mi situación amenazada y el peligro que corre mi integridad física y quién sabe si la suya.

Todo transcurre sin contrariedades. Decido ir directamente a mi estudio y esconder la peluca en alguno de mis cajones. Ramona detecta enseguida el olor extraño de la peluca y decide oler la bolsa mientras emite gemidos y lloriqueos. Le digo a Ramona que vale ya... que se vaya... que chssssss, pero Ramona sigue lloriqueando. Pienso que los chinos se comen a los perros, pienso que hacen bien, inmediatamente pienso que como vegetariano convencido cómo he podido pensar eso. Momentáneamente sufro un problema de conciencia por haber tenido ese pensamiento.

Logro espantar a Ramona tirándole uno de los juguetes que le tenemos repartidos por el suelo para que se entretenga y con los que suelo tropezarme habitualmente. Pongo la peluca en el interior de uno de los cajones, esperando que se dé el momento oportuno para ir al baño y probármela además de empolvarla tranquilamente. Pienso que quizás, cuando nos vayamos a la cama, pueda fingir la necesidad de ir al baño para hacer de menores y realizar todas estas operaciones. Pienso que de todas formas antes hay que cenar y ver una película en la televisión. Pienso que hoy echan una de miedo. Pienso que a Ella le encantan las de miedo. Pienso que eso puede dificultar la operación de empolvado de la peluca, ya que muy posiblemente no se duerma durante la proyección de la película, como hace con la mayoría de largometrajes que no son de miedo, y entonces le costará conciliar el sueño debido a las imágenes terroríficas que asaltarán su mente. Pienso que si es de mucho miedo, entonces no se podrá dormir hasta las tantas y tendré que aplazar el empolvado y probado de la peluca. Veremos.

24 de junio. 1 hora 30 minutos de la madrugada

Al final no se ha dormido Ella, me he dormido yo. Ahora no puedo probarme ninguna peluca. No voy ni a cerrar el ordenador. La película... una mierda.

12 horas 12 minutos (Ramona está tumbada a mis pies)

Todo transcurre según los planes establecidos. Quiero anotar aquí que, a pesar de mis múltiples paseos caninos y el calor agobiante, mi ánimo no puede encontrarse en mejor estado. Quizás la única contrariedad sea que creo detectar pequeñas zonas de mis axilas con un ligero enrojecimiento. Creo que el haber dejado de aplicarme la pomada que Ella me aconsejó, puede que se esté produciendo una recidiva del problema axilar. Pienso que el agua oxigenada que me estoy aplicando en los sobacos, tal y como leí en Internet que se debía hacer en caso de hongos axilares, no está produciendo el efecto esperado. Sin embargo, recuerdo que después de mis dos paseos matutinos, uno con Sauron y el otro con Ramona, Ella me dice que antes de irnos a desayunar al pueblo de al lado le gustaría ir un momento al baño, mientras pienso que un momento de Ella en el baño supone tiempo más que suficiente para que yo me encierre en el otro baño para empolverar y probarme la peluca destinada a otorgarme credibilidad en mis futuros trabajos como tarotista. Decido coger la peluca del cajón donde la había guardado, y encerrarme en el baño pequeño. Una vez dentro del baño pequeño, denominado aseo en el anuncio publicitario por el que compramos la casa, me pongo a buscar un bote de polvos de talco. Afortunadamente no tardo en encontrarlo. Pienso que es una suerte que Ella sea aficionada a los polvos de talco. Pienso que no sé para qué los usa, pero creo que en los dos baños hay un bote de polvos de talco. Veo que estos polvos, además de

ser polvos de talco, están perfumados. Pienso que eso da igual y que lo importante es que otorguen a la peluca una tonalidad coherente con los pelos de mi barba. Pienso que si me tiñera de negro la barba Ella podría sospechar cualquier cosa. Pienso que ésta es la mejor solución. Saco la peluca de la bolsa transparente. Pienso que no he cogido papeles de periódico para evitar que la peluca me tape las orejas. Pienso que eso ahora da igual. Pienso que lo importante es empolvarla. Abro el bote de los polvos y comienzo a sacudir polvos encima de la peluca. Decido esparcir los polvos de manera uniforme por toda la masa de pelo. Creo que he conseguido una tonalidad bastante coherente con la de mi barba. Decido colocarme la peluca. La peluca me tapa las orejas pero no le doy mayor importancia, momento en el que Ella llama a la puerta y me dice que qué hago, le digo que nada y que ahora salgo, me dice que cómo que nada y que por qué me he encerrado en el baño, que nunca me encierro, rápidamente se me ocurre decirle que desde que Ramona me encontró desnudo el otro día y probó a lamerme todo el cuerpo, siempre me encierro en el baño por miedo a que entre. Me dice que no tengo que tenerla miedo porque seguro que lo detecta y que entonces es peor. Me dice también que se está haciendo tarde para ir a desayunar. Le digo que ya va, mientras me quito como puedo la peluca y la meto en la lavadora que tenemos en ese baño, pensando que antes de ir a desayunar Ella nunca mira dentro de la lavadora. Cierro el bote de polvos de talco y lo dejo dónde creo que estaba antes. Rápidamente decido abrir la puerta antes de que Ella pueda sospechar cualquier cosa. Pienso que antes de salir sería buena idea tirar de la cadena. Tiro de la cadena aunque no sé muy bien todavía por qué tiro de la cadena, pero creo que puede estar en relación con la excusa que tenga que darle al salir del baño y explicarle qué estaba haciendo ahí dentro y encerrado, ya que yo nunca suelo entrar en el baño pequeño.

Salgo del aseo y Ella me mira con cara de hormiga. Le digo que por qué me mira así, que solo estaba en el baño. Se me acerca

y me mira los hombros como si tuviera en ellos algún tipo de insecto tropical, compruebo que además de mirarlos detenidamente los olfatea como si rastreara alguna pista. Me vuelve a mirar con cara de hormiga y me dice que para qué me he echado polvos de talco en los hombros. Le digo que es que iba a hacer de menores y que por casualidad me he mirado en el espejo, que al ver en cada hombro el espolvoreo de la caspa me he acordado que el otro día leí en Internet que los polvos de talco son formidables para corregir los efectos de la dermatitis seborreica. Me dice que deje por favor de mirar en Internet los efectos de las enfermedades y las maneras de tratarlas, que lo mejor es ir a un dermatólogo. Le digo que en Internet se encuentra todo y que no pasa nada por probar la terapia de los polvos de talco contra la dermatitis seborreica. Me dice que pasa que voy hecho un adefesio y que además es asqueroso porque parece que tengo quilos de caspa, y que por si fuera poco con ese olor parezco todo un hortera. Me dice que así no va conmigo a ninguna parte. Le digo que no pasa nada que en un momento me limpio los polvos de talco, momento en el que rápidamente entro otra vez al baño pequeño y limpio como puedo todo el polvo de talco que me ha caído en los hombros, pecho y espalda. Decido que al no poder quitarme toda esa cantidad de polvos de talco lo mejor será ponerme otra ropa. Salgo y le digo que en un momento me cambio. EL resto no tiene mayor interés para este diario. Recuerdo que el desayuno transcurrió con normalidad y que no encontré en el periódico local ninguna noticia acerca de acciones llevadas a cabo por la Comunidad del Chupe-te. Me tranquiliza saber que no han emprendido una búsqueda sistemática de mi persona y que el ataque del otro día fue algo puntual. En cualquier caso sigo en mi empeño de solucionar definitivamente la amenaza de atentado que sobre mi persona existe, y quién sabe si también sobre la de Ella. Creo que si entre la Comunidad del Chupete hay un extraterrestre infiltrado, algo probable ya que el día que sufrí el ataque de la turbamulta enfervorecida alguien intentó manipular mis partes pudendas, el interés cien-

tífico que este ser extraplanetario tenga por manipularme de forma obscena puede revertir en que no deje que el resto de la Comunidad me elimine, puesto que una vez eliminado dejaría de ofrecer para todo alienígena interés alguno. Pienso que los alienígenas solo se sienten impulsados compulsivamente por manipular las partes pudendas de los seres humanos vivos y no de los que ya han fallecido.

Solo resta diseñar un plan de actuación, es decir: dónde, cuándo y cómo. Pienso que el bar de Manolo puede ser un buen sitio, dado que ahora se llama bar Milagros. Pienso que además, al ser el lugar donde se produjeron los hechos taumatúrgicos, hay muchas posibilidades de que alguno de los miembros de la Comunidad del Chupete aparezca por ahí. Sin embargo, pienso que no todo son aspectos positivos. Creo que como aspectos negativos se encuentra el hecho de que Manolo me conoce muy bien y podría reconocerme, como lo hizo Gustavo el de la gasolinera del pueblo. Pienso que si Manolo me reconoce, se echaría a perder la credibilidad de mi presencia como tarotista afro. Pienso que el falso ciego tampoco es de fiar. Por no hablar del camionero del pepito de lomo. Pienso que si el camionero del pepito se presenta en el bar mientras estoy en plena faena tarotista, no sería capaz de entrar en el estado alfa, tan necesario para hacer buenos vaticinios. Pienso que de todas formas, si tengo que convencer a los miembros de la Comunidad del Chupete de que existe una persona (que soy yo), que les ha beneficiado y que indirectamente ha salvado la vida de aquel niño, no hace entonces falta entrar en el estado alfa, sino más bien inventarme la lectura independientemente de las cartas que salgan. Pienso que mi ética profesional como tarotista puede verse mermada. Pienso que de todas formas mi integridad física, y por supuesto la de Ella, están por encima de mi integridad ética como tarotista. Con los errores tipográficos conscientes es algo muy diferente, ya que no peligran ninguna integridad física, ni la de Ella ni la mía, y menos la de los dos al mismo tiempo.

Tengo que pensar con mucho más detenimiento el lugar seleccionado para montar un puestecillo como echador de cartas. También tengo que pensar con mucho detenimiento qué mazo del tarot emplear, ya que a lo largo de toda mi primera etapa como vegetariano convencido fui adquiriendo un sinnúmero de mazos del tarot de muy diferente índole. Recuerdo que tengo el tarot marsellés tradicional, el marsellés reformado por Jodorowsky (éste de adquisición más reciente), el tarot esotérico, el milanés, el egipcio y el de Aleister Crowley. Pienso que este último no lo emplearé, porque siempre me ha dado muy mala espina. Pienso que Crowley pudo muy bien haber sido un ser extraplanetario. Pienso que si utilizo su tarot, podría de alguna manera llamar la atención de algún ser extraplanetario y provocar que me quieran someter a otra abducción. Tengo que decantarme por alguno de los otros mazos. Pienso que lo mejor será utilizar la técnica cartomántica inventada por mí, en la que utilizo dos mazos. Creo que elegiré el marsellés clásico y el marsellés reformado por Jodorowsky (descarto el milanés por ser cartas muy grandes e incómodas de transportar. Los otros los descarto porque sí).

Quiero puntualizar en este diario que antes de lanzarme a la calle a practicar mis dotes adivinatorias, debo practicar en mi propia persona o en la de Ella. En cualquier caso no debo nunca olvidar que mi verdadera intención al lanzarme a la calle con mi equipo cartomántico, no es en realidad la de proporcionar vaticinios al primero que pase por mi puestecillo, sino buscar a los miembros de la Comunidad del Chupete hasta deshacer la amenaza que sobre mi persona se ha establecido. Solo espero que si entro en estado alfa mi cuerpo no se convierta en una antena sintonizadora, como ocurrió con la escritura aleatoria y automática. Pienso que si esto se produce, podría verme expuesto a ataques de hongos no solo en las axilas sino por todo mi cuerpo, incluidas las partes pudendas. Hay que esperar que esta terrible situación no tenga lugar.

Prueba N° 1 de tirada de cartas (empleando el tarot marsellés clásico y el reformado por Jodorowsky, pero sin peluca afro en la cabeza):

Veo un poco de confusión a través de la carta de la luna. La luna ofusca un poco mi mente. Dos caminos se presentan en mi vida. Hay como un cruce de caminos. Más adelante veo un juicio (pienso que yo no estoy pendiente de ningún juicio y que estoy desentrenado. Pienso también que quizás debería entrenarme con la peluca para que luego no suponga una distracción en mis tiradas de cartas a otras personas). Veo un coche nuevo (pienso que verdaderamente estoy muy desentrenado porque en estos momentos ni Ella ni yo tenemos intención de comprarnos un coche nuevo, ya que bastante tenemos con pagar el actual). Decido retirar las cartas, mientras pienso que no he podido entrar en estado alfa. Pienso que quizás durante todo este tiempo sin practicar haya perdido mis dotes adivinatorias. Recuerdo que cuando tuve el sueño de los enanos plateados colocándome aquel triángulo en la frente y proyectando ese impresionante chorro de luz, solía entrar en estado alfa en la mayoría de tiradas del tarot que hacía con amigos y amigos de los amigos y/o familiares. Recuerdo que una vez vino una mujer que me decía que su hija había muerto hacía un año y que yo la tenía sentada a mi lado mientras le tiraba las cartas. Recuerdo que no me puse nervioso. Recuerdo que un fuerte olor a rosas inundó la habitación, mientras pienso que ahora el único olor que inunda esta habitación son las ventosidades de Ramona. Quizás Ramona suponga un obstáculo para que pueda entrar en estado alfa. Pienso que será buena idea practicar en el futuro dentro de uno de los cuartos de baño y además con la peluca puesta. Tendré que buscarme una buena excusa para que a Ella no le parezca extraño que me encierre media hora en uno de los cuartos de baño. Ahora recuerdo que la peluca está en la lavadora y que tengo que rescatarla antes de que Ella decida meter ropa para lavar, y me lave la peluca. Pienso que quizás así encogería y no me harían falta hojas de periódico arrugadas. Creo que de to-

das formas es más prudente esconder de nuevo la peluca en uno de los cajones de mi estudio, aprovechando ahora que Ella está hablando por teléfono con una compañera de trabajo. No se hable más.

28 de junio. 21 horas 56 minutos

Por fin retomo mi diario terapéutico. Llevo tres días sin poder anotar nada y hoy, a la hora que nos ocupa, me veo obligado a puntualizar que estoy harto de que mis nervios me traicionen. Ahora mismo estoy siendo víctima de esa traición y puede que de un momento a otro tenga que ingerir un Ibuprofeno. Quiero puntualizar también que si llego a ingerir el mencionado Ibuprofeno, será el tercero desde que dejé de escribir en este diario, es decir a Ibuprofeno por día. Hoy la causa de mi probable migraña es el comienzo de las fiestas del pueblo.

Pienso que si continúo con este nivel de estrés, somatizaré los nervios acumulados y me aparecerá algún tipo de contrariedad física, o quizás se produzca una recidiva de mis padecimientos ópticos. Tengo que anotar además, no sea que con el paso del tiempo se me olvide, que ni siquiera he tenido tiempo de practicar con las cartas del tarot dentro del baño y con la peluca puesta. De hecho he tenido que pasar directamente al plan B. Este plan no estaba preconcebido, pero pienso que ha sido una buena improvisación como plan. En cualquier caso, es mejor anotar la sucesión de hechos por orden cronológico. Sin embargo, me resulta muy difícil poder mantener ese orden cronológico dado el estado de traición al que me han sometido mis nervios. Pienso que todos los seres extraplanetarios que me han manipulado obscenamente y los que me han abducido, han debido de cometer algún error en sus experimentos con mi persona, de forma que el sistema nervioso se ha convertido en un asqueroso traidor. Quiero anotar, de todas formas, que también Ramona está histérica y traicionada por sus propios nervios. Primero sufrió un ataque de esquizofrenia al oír el ruido de los petardos que lanzaban los niños en una procesión de demonios infantiles. Ahora mismo, aunque algo más tranquila, está alborotada por culpa de una película de “Los Pitufos” que están proyectando en la plaza donde vivimos. Pienso que

de niño me parecía atractivo eso del cine al aire libre en verano, comiendo un bocadillo mientras veía la película (no recuerdo de qué eran los bocadillos. Para eso me tendría que someter a una súper regresión, y no es momento). Pienso que, sin embargo, ahora yo los prohibiría si fuera el alcalde del pueblo. Quiero anotar aquí que los altavoces del cine de verano que han instalado en esta plaza, están pegando a nuestra puerta de entrada. Quiero señalar aquí también, que esta película que están proyectando parece más bien de Rambo que de “Los Pitufos”, dado el nivel de ruido que alcanza por momentos. La verdad es que no entiendo por qué hay tantas explosiones en una película de “Los Pitufos”.

29 de junio (San Pedro). 20 horas 31 minutos

Ayer me fue imposible continuar con mis anotaciones. En estos momentos no hay película, pero están probando la amplificación del equipo de sonido que han instalado para el concierto de esta noche. Los altavoces siguen pegados a la puerta de nuestra casa. Hay un imbécil que lleva media hora diciendo sí, sí... hey, hey... con la boca pegada al micrófono. No entiendo cómo en su repertorio de palabras para probar la amplificación de los quipos de sonido, no hay más que un “sí” y un “hey”, repetidos eso sí con agrupaciones diferentes. He podido comprobar que unas veces emite un grupo de cinco síes seguido de un grupo de ocho heys, para luego emitir un grupo de tan solo tres síes pero seguido de un grupo de diez heys. Creo que el emisor de sonidos para probar la amplificación del equipo de sonido, no tiene un criterio preestablecido y que suelta los síes y los heys de forma aleatoria.

En cualquier caso mi deber es intentar anotar el máximo de información posible correspondiente a los días pasados, antes de que empiece el concierto y mis nervios me traicionen una vez más. He pensado en más de un momento, que preferiría ser abducido por un ser extraplanetario y que incluso me sometiera a la manipulación de mis partes pudendas, a tener que aguantar las fiestas del pueblo. Para confabularse con mis nervios, el calor no para de aumentar. En estos momentos Ramona jadea como una locomotora a vapor.

Finalmente, de todo lo que tenía pensado anotar creo que desearé el 90 %. Ahora Ramona comienza a sufrir el ataque de esquizofrenia pertinente, porque han pasado de probar el micrófono a probar la batería. Solo pienso en que venga un extraterrestre y me abduzca. A pesar de todo tengo que intentar anotar aquí los dos principales sucesos de estos días: el robo de plantas de plástico en una nave industrial, y la aparición en el bar de Manolo

con mi apariencia de tarotista afro, para comprobar si el mismo Manolo y los habituales del bar me reconocían con mi apariencia cambiada. Todo el resto, referente a las dos nuevas copias que he tenido que hacer de mi tesis sobre peines y peinetas, por supuesto en blanco y negro y con gusanillo, y su depósito en la universidad para el envío de las mismas a los diferentes doctores del tribunal, queda desechado debido al paupérrimo estado de mi sistema nervioso. Decido también desecharme mi llamada telefónica al que será el presidente del tribunal que juzgará mi tesis, y que he podido comprobar será el mismo que presidió el tribunal del doctorando Serafín, ahora ya doctor Serafín. Por supuesto, también envío al cubo de la basura de las anotaciones, la entrega que esta mañana he hecho de una copia de mi tesis en la casa del que será el presidente del tribunal. Quiero puntualizar que, de todas formas, la anotación no hubiera sido muy prolija, dado que todo el evento se limitó a que una señora abrió la puerta, cogió con una de sus manos el sobre que contenía la copia y dijo que muchas gracias, cerrando la puerta inmediatamente. Pienso si mi apariencia le habrá resultado repulsiva.

Compruebo que los ensayos del maldito concierto de esta noche están en su máximo apogeo. No paran de aporrear la batería y de tocar aleatoriamente el piano. No creo que vaya a ser capaz de anotar todo lo que tengo que anotar sobre el robo de las plantas de plástico y mi entrada al bar de Manolo con mi apariencia de tarotista afro.

30 de junio. 13 horas 27 minutos
(Ramona está a mis pies)

Sigo sin poder anotar la información pendiente. Esta mañana, durante el desayuno tradicional de los sábados en el pueblo de al lado, y leyendo el periódico local, me he enterado que en los pueblos cercanos al nuestro se alcanzaron el día anterior los 40 grados y que hoy puede que suba todavía un grado más la temperatura. Recuerdo que ayer, ni Ella ni yo nos pudimos dormir hasta pasadas las tres de la madrugada. Pienso que Ramona debería tener estas contrariedades en cuenta y no exigirnos su paseo matutino de las 7 de la mañana, como si nada hubiera ocurrido. Pienso que Ramona, además de ser esquizofrénica, es considerablemente egoísta. Pienso que cuando nuestro hijo, al enterarse de que su embarazo había sido psicológico, se ofreció a llevarse de nuevo a su perra, deberíamos haber aceptado la oferta. Pienso que Ella y yo nos hemos encariñado con Ramona. Pienso que además, yo no he podido concluir todavía si Ramona es solo una perra bulldog inglés, o es una alienígena camuflada e infiltrada. En cualquier caso, Ramona ya empieza a mostrar los primeros síntomas de esquizofrenia del día, debido a que están montando el escenario para la verbena de esta noche. Quiero puntualizar que el escenario, junto con los enormes altavoces del equipo de sonido, están pegando a la puerta de nuestra casa. Recuerdo que cada año la casa tiembla debido a la potencia de esos endiablados altavoces. Recuerdo que en otras ocasiones nos hemos ido a dormir fuera. Quiero anotar aquí, que este año Ella y yo hemos decidido no huir de los festejos, para no dejar a Ramona sola en la casa, con su ataque de esquizofrenia, sufriendo el insoportable bombardeo acústico.

13 horas 50 minutos (Ramona está tumbada detrás de mí)

Con estas altas temperaturas anoto la información de forma mucho más pausada. Pienso que es mejor anotar lentamente para no elevar aún más la temperatura de mi cuerpo. Ha llegado el momento de comenzar las anotaciones sobre el robo de las plantas de plástico y sobre mi aparición en el bar de Manolo con la apariencia de tarotista afro. Pienso que si dejo pasar mucho más tiempo sin anotar estos sucesos, tendré luego que anotarlos teniendo que recurrir a una regresión convencional. Pienso que por el momento no es necesario ni siquiera visualizar el pantano, aunque bien pensado quizás su visualización pudiera contribuir a refrescar mi mente, no en el sentido de refrescar la memoria sino de refrigerar la cavidad craneal.

Caso del robo de las plantas de plástico:

Quiero puntualizar aquí, que si anoto este suceso no es por el suceso en sí, ya que unas plantas de plástico no aportan nada, o muy poco, a la labor terapéutica e investigadora, que es la verdadera misión de este diario, y por supuesto tampoco suponen ni el más mínimo avance en el empeño por evitar un posible atentado contra mi persona. El hecho que motiva el que anote en este diario el suceso de este robo, no es, como he dicho el robo en sí, sino la aparición de un ser muy sospechoso e intrigante en el momento que salía de la nave industrial con las plantas en mano. La mirada que ese ser me lanzó desde su coche, dejaría helado al más curtido de los exploradores decimonónicos. Sin embargo, pienso que es mejor anotar los hechos en orden cronológico. Pienso que el orden cronológico es un buen orden para entender mejor la posible trascendencia de unos acontecimientos, y así lo hacían Humboldt y Livingstone.

Recuerdo que la primera vez que descubrí ese montón de plantas de plástico, me encontraba con Jacinta examinando el ma-

terial almacenado en una nave industrial, que había sido depositado allí para su restauración, provenientes de una casa señorial de principios del siglo XX. Recuerdo que Jacinta y yo nos interesamos más por el material abandonado de unas viejas oficinas instaladas en el extremo izquierdo de la nave. Recuerdo que Jacinta se lanzó a por unas escuadras de aluminio que, según ella, le vendrían bien para colgar unas estanterías. Por mi parte fijé la atención en unas plantas de plástico que estaban adornando el piso superior de las viejas oficinas. Recuerdo que la primera impresión fue neutral. Recuerdo que la segunda impresión me llevó a pensar que quizás a Ella le gustarían esas plantas de plástico. Pienso que a Ella le encantan todas las plantas, las de plástico, las de tela, las de papel e incluso las naturales. Le digo a Jacinta que como esas plantas llevan ahí varios años abandonadas me las voy a llevar. Jacinta me dice que muy bien, mientras sigue recogiendo varias escuadras de aluminio, pensando en sus estanterías. Elijo la planta que tiene ya incorporada un tiesto, también de plástico. Pienso que la planta es enorme y no sé si cabrá en el coche de la empresa. Comento a Jacinta que no sé si llevarme también las otras plantas de plástico. Jacinta me dice que esas son más putas (queriendo decir cutres). Decido dejar las otras plantas, también de un tamaño considerable, pero con el presentimiento de que tendré que volver a por ellas.

Recuerdo que Ella recibió entusiasmada el regalo de las plantas de plástico. Recuerdo que le pregunté si no quería quitarle el polvo que acumulaban. Recuerdo que le gustaron tanto que me dijo que no hacía falta. Recuerdo que rápidamente les encontró un lugar en la casa. Reconozco que el sitio que les ha encontrado es un buen sitio. Pero pienso que son tan grandes que estorban un poco el acceso a mi estudio. Pienso que nuestra casa no son las oficinas de una nave industrial. Pienso que nuestro espacio es más limitado. Pienso que ahora para acceder a mi estudio hace falta llevar un machete para abrirse camino, pero al mismo tiempo pienso que si se me ocurre romper una sola de esas ramas, Ella

podría sufrir una importante alteración en su estado de ánimo. Decido dejar intacto ese pequeño Mato Grosso de plástico.

Recuerdo que al entregarle la sorpresa de las plantas de plástico, le dije que había más ejemplares en la nave industrial, pero que no eran tan bonitas. Me dijo que por qué no las había llevado todas. Le dije que eran algo más feas y que a Jacinta le parecía cutres (no le dije que Jacinta dijo putres). Me dijo que qué sabría Jacinta de plantas de plástico, y que cuándo iba a volver a esa nave industrial. Recuerdo que le dije que no creía que tardara mucho en volver, puesto que al final no habíamos inventariado los objetos provenientes de la casa señorial de principios del siglo XX.

Creo que Ella se cogió una pequeña fijación con las plantas de plástico que faltaban. Creo que no hace falta anotar aquí todas las preguntas insistentes que Ella me hacía cada día con respecto a las plantas de plástico. Ante tanta insistencia, le dije si es que quería fotografiarlas y luego tratarlas digitalmente con el ordenador. Recuerdo que me dijo que para nada, que ahora solo estaba fotografiando y tratando digitalmente huevos. Me especifica que cáscaras de huevos ya abiertos, que huevos enteros, que huevos cocidos y que todo tipo de huevos que le parezcan interesantes para sus propósitos fotográficos. Pienso que está bien que descanse de los pimientos verdes, y de la fotografía de la huerta en general.

Recuerdo que al cabo de dos días, pude poner una excusa al encargado de la organización de visitas turísticas, para volver a la nave industrial con la supuesta intención de etiquetar los objetos, pero esta vez sin Jacinta. Recuerdo que el encargado de las visitas turísticas me ofreció su coche de la empresa, diferente al coche que lleva Jacinta. Recuerdo que pensé que el coche del encargado es mucho más pequeño que el de Jacinta, y que las plantas de plástico que debía sustraer de la nave industrial eran de un tamaño considerable. Recuerdo que me dirigí al polígono industrial con cierto recelo. Recuerdo que la sensación no era la misma que

la del día que sustraje las primeras plantas. Pienso que no es lo mismo encontrarte sin esperártelo unas plantas de plástico y decidir quedártelas, que ir ex profeso a sustraerlas. Recuerdo que me entró sensación de ir a robar algo. Recuerdo que pensé que esas plantas de plástico tuvieron un dueño y que yo iba a quedarme con ellas. Recuerdo que al pasar por delante de mi coche, aparcado en las cercanías de las oficinas donde trabajo, tuve el impulso de bajar y ponerme la peluca de tarotista afro, que había dejado en el coche para lo que más tarde tengo que anotar en este mismo diario. Recuerdo que preferí no ponerme la peluca, por si alguien de la empresa reconocía el coche y no reconocía al conductor, pudiendo pensar que había sido robado y avisando posteriormente a la policía, pudiendo esta a su vez aparecer justo en el momento en que yo estuviera robando las plantas de plástico. Así pues, decido no parar delante de mi coche para colocarme la peluca.

Recuerdo que al llegar a la nave industrial, aparqué el coche justo pegando a la inmensa puerta metálica corredera, para no tener que salir con las plantas robadas y que algún trabajador del polígono industrial pudiera verme con ellas en la mano. Recuerdo que pensé que hice mal en hablarle a Ella de las malditas plantas que se habían quedado en la nave. Recuerdo que comencé a notar cómo los nervios empezaban a traicionarme. Una vez dentro, noto que un ligero dolor comienza a rodear mi ojo izquierdo. Decido no hacer caso a ese dolor y concentrarme en recordar dónde estaban esas malditas plantas de plástico. Doy varias vueltas por las antiguas oficinas. Observo que las antiguas oficinas tienen unos ventanales enormes por donde se me puede ver desde fuera. Pienso que la otra vez, cuando entré con Jacinta, no fui consciente de esos grandes ventanales. Compruebo que el ventanal tiene persianas abatibles, pero decido no abatirlas por si algún trabajador observa la acción y se piensa que alguien está haciendo señales convenidas y avisa a la policía. Decido seguir buscando las plantas. Finalmente las encuentro y decido recogerlas del suelo. Compruebo que aunque no son tan frondosas como las que sustraje el

otro día, sin embargo son más largas. El dolor de ojo va en aumento. Tengo que salir con las plantas sin que nadie me vea. Pienso que tal y como he aparcado el coche, es prácticamente imposible que alguien me vea. Pienso que tendría que ser mucha casualidad que alguien pasara por allí en el instante previo a abrir la puerta del coche de la empresa. Antes de salir por la puerta, miro a ver si deambula por los alrededores algún trabajador de los del hangar de enfrente, pero compruebo que allí no hay nadie. Recuerdo que el día que estuve con Jacinta tampoco vimos a nadie. Decido dar un paso al frente y atravesar la inmensa puerta de metal, momento en el que pasa un coche utilitario con un hombre al volante, observo que el hombre vuelve su cara para mirarme, detecto que su mirada me paraliza, el coche sigue de largo pero la mirada de ese hombre se queda clavada en mi mente, yo también me quedo clavado en el suelo aterrorizado por lo que acaba de suceder, pienso que esa mirada no era humana, pienso que el conductor de ese coche era probablemente un ser extraplanetario, pienso que están controlando todos mis movimientos, pienso que han sido testigos del robo que acabo de perpetrar, pienso que de todas formas si realmente se trata de un ser extraplanetario, no creo que avise a la policía. Decido calmarme, aunque el dolor en el ojo izquierdo ha adquirido proporciones ya sin retorno. Pienso que no tengo a mano un ibuprofeno. Decido meter la maldita planta asquerosa en el coche de la empresa. Compruebo que es difícil introducir esas enormes ramas en el diminuto coche. Con los nervios acumulados compruebo que las ramas, que imitan ser de madera, se van rompiendo a medida que introduzco la planta en el coche, mientras decido que ya me da igual que se rompan las ramas, que lo único que quiero es salir corriendo de aquel lugar, que no me gustaría ser abducido en una nave industrial. Decido también que ya etiquetaré otro día los objetos provenientes de la casa señorial de principios de siglo XX. Cierro como puedo la gigantesca puerta de metal, no sin cierto temor a dañarme con el esfuerzo alguna de mis dos hernias inguinales operadas, y me

largo con el coche ahora invadido en su interior de hojas y ramas. Salgo corriendo del polígono. Decido aflojar la velocidad por temor a que un policía local me pare y me pregunte, primero por el exceso de velocidad, y después quiera saber qué hago yo con esas plantas en el interior de mi coche, las cuales impiden la visibilidad y pueden acabar provocando un accidente. Pienso que seguramente el policía local detectaría en mi mirada que esas plantas acababan de ser robadas.

Al llegar a la zona donde se encuentra ubicada mi empresa, me cruzo con otro coche también de mi empresa, pero no puedo detectar quién lo conduce, mientras pienso que ellos seguro que sí me han detectado a mí y que se habrán preguntado dónde voy con el coche del encargado de las visitas turísticas repleto de plantas en su interior, mientras pienso que ellos no tienen por qué saber que son de plástico, robadas, y procedentes de una nave industrial con oficinas abandonadas. Finalmente consigo llegar hasta el lugar donde tengo mi coche aparcado y traspasar toda esa maldita selva artificial de un coche a otro. Creo que no me ha visto nadie de la empresa. Compruebo que hay un montón de ramitas rotas en el coche de la empresa. Decido limpiar de ramitas rotas el coche del encargado y dejarlo aparcado en el parking de la empresa. Detecto que tres trozos de ramitas se han incrustado entre la carrocería y el cristal de la puerta derecha trasera. Decido arrancar esos trozos de ramas que la puñetera casualidad les ha hecho acabar incrustándose en ese difícil lugar. Decido traspasar también las ramas grandes rotas pensando que quizás Ella las pueda clavar en un tiesto o dejar al lado del grueso de la planta simulando algo natural. No me importa que mi coche haya quedado relleno de ramas y hojas. Pienso que un coche particular puede estar relleno de lo que uno quiera. Pienso que antes de regresar a nuestra casa, a la salida del trabajo, debería despejar de hojas la luna trasera para que no me pare la policía o la Guardia Civil por no tener visibilidad y poder provocar un accidente.

No me parece interesante anotar nada más sobre este acto algo delictivo, salvo que a Ella le encantaron las plantas y que la mirada de aquel hombre dentro de su utilitario se me ha quedado fijada en mi memoria. Ahora no sé cómo podré despegarla de ahí. Al menos al regresar al puesto de trabajo, pude tomarme un ibuprofeno ya que siempre tengo una caja en los cajones de mi despacho. Creo que los señores García no notaron nada raro pues en ningún momento realizaron comentario alguno y no despegaron sus miradas de sus ordenadores.

21 horas 53 minutos

Pretendía anotar el episodio del bar de Manolo con mi apariencia de tarotista afro, pero en el momento en que me siento enfrente del ordenador para proceder a las anotaciones, comienzan los ensayos del concierto que en breve tendrá lugar en la plaza donde se encuentra ubicada nuestra casa. Ni qué decir tiene, que los altavoces de los equipos de sonido están pegando a la puerta de nuestra casa. Creo que es mejor aplazar las anotaciones.

*1 de julio. 12 horas 50 minutos
(Ramona duerme a unos dos metros de mí)*

Todo lo que aquí pueda anotar sobre la noche pasada, no será sino un pálido reflejo de la verdadera tortura a la que hemos estado sometidos Ramona, Ella y yo. Pienso que si la Santa Inquisición hubiera dispuesto de estos elementos torturadores, habría sustituido el Potro y La Dama de hierro, por un concierto con disc-jockey como el que hemos padecido nosotros. Pienso, sin embargo, que la hoguera sí que la habrían mantenido. Pienso que el remate más lógico a una sesión de siete horas y media de concierto verbenero con disc-jockey a las puertas de tu casa, no puede ser otro que la entrada en tu propia casa por parte de los inquisidores-festeros, para detenerte y quemarte posteriormente en la hoguera de la plaza, junto al escenario y los altavoces del equipo de sonido. Recuerdo que hemos podido ir a la cama a las 6 horas de la madrugada. Recuerdo que a pesar de habernos encerrado en la habitación donde tenemos la televisión, y haber puesto ésta a un volumen desquiciante, todavía podíamos oír con toda precisión el chis-pun del concierto y sentir vívidamente el temblor del suelo a cada golpe de altavoz. Recuerdo que Ramona ni siquiera sufrió un ataque de esquizofrenia. Recuerdo que según iba aumentando la temperatura en la habitación donde nos habíamos encerrado, la mirada de la pobre Ramona iba adquiriendo tintes de considerable preocupación. Pienso, que igual Ramona imaginaba que esa habitación iba a matarnos a todos. Pienso que el retumbar del suelo le preocupaba también sobremanera. Recuerdo que no paraba de preguntarme cómo Ella conseguía dormir dentro de ese horno, con la televisión gritando desesperadamente y los intensos golpes repetitivos del concierto con disc-jockey de la repugnante plaza donde se encuentra ubicada nuestra casa. Recuerdo que a las 2 horas 55 minutos Ella se despertó y me preguntó si era la 1 de la madrugada. Yo le contesto que no,

que son las 3 horas, y eso parece que la anima, pensando que ya faltaría poco para que tocara a su fin aquel delirio acústico. Aprovecho para abrir la puerta del horno y sacar a Ramona con la intención de que beba un poco de agua. Al abrir la puerta del horno, los zambombazos de los altavoces se hacen tan intensos que la pobre Ramona se asusta. Pienso que es una suerte que no sufra ningún ataque de esquizofrenia. Pienso que si hubiera estado embarazada de verdad, quizás esto le hubiera provocado un aborto. Consigo que Ramona beba. Consigo beber yo también. Regresamos al horno donde Ella permanece como si su piel estuviera hecha de algún material refractario. Después de rastrear por los diferentes canales de televisión decidimos sintonizar un documental sobre la historia de la formación de los diferentes estados norteamericanos y el porqué de la forma de sus fronteras. Me entero que hubo estados que ya no existen. Me entero del porqué del cuerno de Texas, aunque ahora mismo ya no recuerdo ese porqué. También me enteré de otros porqués de las líneas fronterizas de New York, New Jersey, California, Uta... y un sinfín más de estados, de los que no puedo recordar ni uno solo. Pienso que el nivel de ruido y temperatura reinante en esa habitación, han sido los responsables de que la información no haya sido almacenada en mi cerebro. Pienso de todas formas, que es algo anormal no haber retenido absolutamente nada de toda esa información recibida durante 3 horas (todas las horas anteriores estuvieron rellenas de películas en lugar de documentales, por lo que no cuentan). Recuerdo que cuando a las 6 horas fuimos conscientes de que había cesado el concierto verbenero, nos fuimos rápidamente al sofá-cama que tenemos instalado en un pasillo donde la temperatura de la casa es más fresca. Desgraciadamente tengo que anotar aquí que, a las 7 horas 30 minutos, la brigadilla del Ayuntamiento estaba limpiando toda la basura dejada por los borrachos de la fiesta, con esas escobas eléctricas que llevan incorporadas un motor que hace casi el mismo ruido que una turbina de avión, o esa sensación te produce cuando las oyes a las 7 horas

30 minutos de la mañana y después de haber podido dormir tan solo una hora y media

Soy consciente del poco valor terapéutico y científico que aportan estas últimas anotaciones, pero quiero que quede constancia en este diario, por si me fueran útiles en posibles futuras reivindicaciones sociales. Creo que es mejor no empezar un segundo diario dedicado solo a las reivindicaciones sociales, para conseguir la tranquilidad en pueblos y ciudades. Ramona está agotada. Yo estoy agotado. Ella no demuestra estar tan agotada porque está tratando digitalmente la clara de un huevo. Pienso que tengo que descansar algo antes de pasar a anotar lo sucedido días antes en el bar de Manolo, ya que se trata de un suceso para mí de vital importancia de cara a mis futuras actuaciones como tarotista afro y, lo que es realmente importante, de cara a eliminar todo tipo de amenaza de atentado contra mi persona.

Descansar, comer y dormir, para luego poder anotar. Pero a veces pienso que sería permisivo con un supuesto terrorismo de fiestas.

17 horas 57 minutos (Ramona está sentada a mis pies)

Creo que todos hemos descansado. Ramona ha dormido y roncado hasta que ha recuperado el tiempo perdido. Ella ha dormido una buena siesta, y por lo que respecta a mí, he comido bien aunque la siesta ha quedado reducida a unas simples cabezaditas. Pienso que no hay que ser ingrato. Pienso que debo contentarme con estas cabezaditas.

Es momento, pues, de anotar las consecuencias de mi primera aparición como tarotista afro. Sin embargo, prefiero antes anotar aquí un pequeño suceso acontecido hoy a primera hora que me ha producido cierta comezón, no física sino anímica. Recuerdo que como cada domingo, aunque hoy en un estado deplorable debido a la espantosa noche que hemos pasado metidos los tres

en un horno encendido y enriquecido con sonidos enloquecedores, hemos ido a desayunar al pueblo cercano, pero del lado contrario al que vamos los sábados. Conviene puntualizar que el sábado nos vamos al pueblo cercano de la izquierda y el domingo al de la derecha. Recuerdo que todo transcurría con normalidad e incluso con un ligero alivio del calor. Recuerdo que ingerimos lo habitual y leímos también la prensa habitual. Recuerdo que Ella estornudó varias veces después de ingerir sus tostadas, de la misma forma que hace en cada desayuno de sábados y domingos. Transcurrido el tiempo usual que empleamos en desayunarnos, decido entrar al establecimiento para pagar. He de puntualizar que siempre tomamos nuestros cafés con tostadas en las terrazas respectivas, tanto del pueblo de la izquierda como del de la derecha. Esta costumbre nos fue impuesta desde que se proscribió fumar en todos los bares y cafeterías. Pienso que en los desayunos de invierno, el café se enfría a los dos segundos. En cualquier caso recuerdo que al entrar al establecimiento para pagar, compruebo que el camarero está intentando cobrar a una cliente mediante el pago con tarjeta de crédito. Observo que la transacción tarda más de lo normal. Compruebo cómo la cara de la cliente, de la que no puedo decir su nombre ya que en ningún momento es pronunciado por persona alguna, adquiere rasgos de lechuza. Detecto que el camarero comienza a ponerse nervioso, mientras pienso si sus nervios le traicionarán como me traicionan a mí, y mientras pienso si el camarero tendrá una buena provisión de ibuprofenos escondidos en alguno de todos esos cajones que están a la vista. El camarero dice que la máquina electrónica donde ha introducido la tarjeta de crédito de la cliente, no va bien. La cliente dice que “vaya”, y agudiza su cara de lechuza. El camarero dice que va a resetear la máquina, momento en el que decide quitarle una tapa que tiene en la parte inferior, momento en el que sale una pequeña cucaracha del aparato, momento en el que el camarero con los nervios inalterados decide aplastarla con su mano y quejarse de que los bichos se meten en la máquina de transacciones con tarje-

tas de crédito, momento en el que pienso que no es normal que la mujer reaccione con tanta frialdad a los sucesos que le están aconteciendo, a saber, que el camarero le va a cobrar dos veces la misma factura y que una cucaracha pequeña ha salido de la máquina come-tarjetas. Pienso que tanta frialdad es muy sospechosa. Pienso que quizás la señora no sabía que ese bicho era una cucaracha. Pienso que, debido a las ligeras nociones en entomología que adquirí antes de mi primera etapa de vegetariano convencido, he sabido distinguir rápidamente que se trataba de un inmaduro de cucaracha alemana o *Blattella germánica*. Pienso que quizás la mujer no ha sabido identificarla como cucaracha alemana ni como ningún tipo de cucaracha, y de ahí su flema demostrada. Pienso que lo de llamarlas alemanas es un poco aleatorio. Pienso que los alemanes las llaman cucarachas francesas y también rusas, que en Rusia las llaman cucarachas prusianas. Pienso que no sé como las llamarían en Prusia.

Recuerdo que a la segunda intentona introduciendo la tarjeta de crédito de la cliente con nombre desconocido, y sin la cucaracha en el interior de la máquina come-tarjetas, la transacción fue correcta. Recuerdo que mientras salgo del establecimiento pienso en las posibles razones de la existencia de una cucaracha alemana en el interior de aquella máquina come-tarjetas. Pienso que puede haber dos razones convincentes: una alienígena y otra homeopática. En cuanto a la razón alienígena, pienso que si seres extraplanetarios adquieren fisonomía de cucaracha y se introducen en estas máquinas para el pago electrónico, muy bien podrían controlar todas las transacciones económicas que se desarrollan en el mundo tecnológicamente desarrollado, siempre que se lleven a cabo mediante pago electrónico. Pienso que con este control, pueden seguramente manejar enormes cantidades de dinero que luego entregarían a los extraterrestres infiltrados con apariencia humana, para su desenvolvimiento en nuestra sociedad. Pienso que esta explicación es muy plausible pero que necesitaría de algún tipo de investigación que corroborara la hipótesis. Por otro

lado, y atendiendo a la segunda razón convincente, no podemos descartar que la verdadera razón de la existencia de una cucaracha alemana en la máquina electrónica para el pago con tarjetas, fuera que en dicho bar sus dueños realizan prácticas orientales del tratamiento homeopático del asma, de forma ilegal claro está. Dadas mis ligeras nociones en entomología adquiridas en mi etapa previa a mi primer paso hacia el vegetarianismo convencido, recuerdo que en la India se realizan infusiones de cucarachas del tipo *Blatta orientalis* para el tratamiento del asma. Recuerdo que este tratamiento lo descubrieron por casualidad cuando un buen hombre atacado por el asma se preparó un té (seguramente del tipo inglés), en una tetera donde se encontraba instalada una o varias cucarachas, dando espectaculares resultados en la desaparición de sus ataques de asma. Recuerdo que la dosis empleada en los tratamientos con cucarachas era de 1 ó 2 cucarachas trituradas en un periodo de tiempo que podía oscilar de 15 minutos a dos horas. Pienso que quizás con las cucarachas alemanas se pueda obtener el mismo resultado. Pienso que en España también tenemos la cucaracha oriental, pero que sin embargo la que salió de la máquina electrónica para el pago con tarjeta, era del tipo alemán. En cualquier caso, pienso que la mejor manera de dilucidar este interrogante y poder decantarme por alguna de estas hipótesis, es dirigirme al bar donde desayunamos los domingos y pedir al camarero una infusión de cucarachas para comprobar inmediatamente la reacción del mencionado camarero. Pienso que no puedo ser limitado en mis investigaciones al respecto, por lo que he de tener en cuenta la hipótesis según la cual los dueños del bar sean unos perfectos cerdos y dejen que las cucarachas alemanas campen por todo tipo de muebles y electrodomésticos, y seguramente que por la comida que nos sirven.

Recuerdo que al llegar a nuestra mesa, donde Ella me estaba esperando para irnos de regreso a casa, no le comenté nada al respecto de la cucaracha, por tres razones principales: que la hipótesis alienígena le asustara, que la hipótesis homeopática le

produjera un impulso a denunciarles por desarrollar actividades ilegales y que la hipótesis higiénica le transmitiera un fuerte sentimiento de repugnancia hacia el establecimiento, con lo que existirían muchas posibilidades de que no volviéramos a ese bar y yo me quedara sin las tostadas mejores de la zona. He de puntualizar aquí, que el pan que utilizan los del bar del pueblo de la derecha es mucho mejor que el que utilizan los del pueblo de la izquierda, pero que sin embargo con el café ocurre todo lo contrario. Pienso que si se acaba enterando de lo de las cucarachas del bar de la derecha, siempre le puedo decir que en el de la izquierda también las he visto, aún con el riesgo de quedarme sin ninguna de las tostadas de fin de semana.

1ª aparición como experto tarotista tipo afro:

Procedo a la anotación de los hechos sin recurrir a ningún tipo de regresión, relajación ni meditación. Recuerdo que una vez llegué al parking donde dejo mi coche cuando tengo la intención de dirigirme al bar de Manolo para ingerir un bocadillo de tortilla con queso, me cercioré que no hubiera nadie en las inmediaciones del coche, que pudiera controlar mi proceso de transformación. Recuerdo que me agaché hacia la guantera. Recuerdo que saqué la peluca de la guantera, mientras pensaba que ojalá no se pusiera nadie a mirar por la ventanilla y arruinara todo mi proyecto. Recuerdo que decidí no ponerme los periódicos en la cabeza y aparecer con la peluca tapándome las orejas. Pienso que, en realidad, con las orejas tapadas todavía ofrezco menos elementos de mi cuerpo reconocibles. Pienso que seguramente muchos tíos con pelos afros dejan que el pelo le tape las orejas y que no hay que ser demasiado ortodoxo en lo que respecta a la apariencia afro.

Una vez con la peluca colocada y tapando mis orejas, decido colocarme los suplementos de sol encima de mis gafas. Pienso que ha llegado el momento decisivo en que la maquinaria para la anulación de todo proyecto de atentar contra mi persona, y posi-

blemente la de Ella, se ha puesto en marcha. Antes de salir del coche con mi nueva apariencia, decido mirar con atención para controlar que no haya nadie que pueda verme salir del vehículo y asociarme con mi verdadera identidad. No veo a nadie sospechoso ni identificable. Solo cuatro mocosos que no había visto antes. Pienso que como ya ha terminado el curso escolar, es normal que los chiquillos deambulen por las calles. Decido salir del coche. Noto que los nervios me pueden traicionar en cualquier momento. Pienso que ha sido una verdadera estupidez no haber ingerido dos ó tres valerianas antes de colocarme la peluca. Pienso que Jacinta esta mañana ha detectado mi estado nervioso, pero no se ha atrevido a preguntarme el porqué de mi nerviosismo. Llego a la puerta del bar y respiro hondo antes de entrar. Entro y encuentro el bar con bastante gente, como es habitual desde que ocurrió el episodio del chupete. Observo que en el calendario de la mujer con las manos en sus pechos, no ha vuelto a colgar nadie ningún chupete y es más, ni siquiera queda rastro del racimo de chupetes exvotos. Pienso que esa es una buena razón para pensar que los miembros de la Comunidad del Chupete no han vuelto por el bar de Manolo, pero confío en que sin embargo, tarde o temprano, lo terminarán haciendo. Me dirijo a la barra, donde detecto una banqueta libre. Pienso que es mejor sentarme en la barra que no dirigirme a mi mesa habitual. Compruebo al girar la cabeza, que mi mesa habitual está de todas formas ocupada. Manolo me saluda sin pronunciar mi nombre. Compruebo que con los suplementos de sol me cuesta mucho reconocer los objetos y las personas. Inmediatamente soy consciente que no he pensado en la voz, que no puedo hablar con la misma voz que utilizo con mi verdadera identidad y que es necesario que la cambie, momento en el que contesto a Manolo con voz cazallosa, acento francés y, por supuesto sin pronunciar su nombre, para que no piense que ya le conozco de antes. Manolo me pregunta que qué va a ser. Yo le digo que me gustaría tomar una servesá de butellín, medianá, y un bocadilló de togtillá fgancesá, san más, mientras pienso que al

eliminar el queso y cambiar de una caña a una cerveza de botellín, mediana, le será a Manolo mucho más complicado relacionarme con mi verdadera identidad. Pienso que el acento francés es esencial para que mis dotes adivinatorias sean más creíbles. Manolo se da media vuelta sin rechistar y se dirige a la cocina tan solícito como lo hace cuando vengo con mi verdadera identidad.

Recuerdo que en el momento en que Manolo estaba ya batiendo los huevos, veo aparecer al falso ciego y detecto que viene directo hacia mi persona. El falso ciego me pregunta si quiero un cupón. Le contesto que no quiero ningún cupón, mientras pienso que más vale que se vaya de ahí no sea que lo estropee todo. Compruebo que el falso ciego se queda mirando mi pelo afro y me pregunta si es de verdad. Yo le pregunto que si es de verdad el qué (siempre con el mismo acento francés utilizado con Manolo y que ya no pienso seguir reproduciendo en estas anotaciones, puesto que con el ejemplo anterior ya me queda constancia del registro utilizado). El maldito cuponero me dice que el pelo, que si es de verdad o que si es una peluca, momento en el que siento cómo se congela mi proceso de sinapsis y no recibo ningún tipo de información que me permita responder a la pregunta de ese cretino y falso ciego. Pienso que fue providencial el hecho de que Manolo se presentara con una mediana, para decirme que solo tenía de esa marca y que si me iba bien. Le digo a Manolo que me va perfecto, mientras pienso que esa marca no me gusta y que hubiera preferido una caña, pero bendiciendo el momento en que se ha presentado con su mediana. Compruebo que el cuponero impertinente se ha dirigido a otros clientes para preguntarles si quieren algún cupón. Comienzo a dar unos sorbos de cerveza directamente de la botella. Comienzo también a preparar mi entrevista con Manolo para ofrecerle mi aportación al ambiente del bar como adivino cartomántico del tipo afro. Pienso que es mejor no especificar lo de afro. Pienso que a Manolo habrá que darle las cosas desmenuzadas para que no lo vea complicado y me diga que no a la propuesta. Manolo llega con el bocadillo de tortilla.

Le pregunto si es el dueño del bar. Manolo me contesta con cara de rana que sí. Le digo que quería proponerle un negocio. Manolo cambia la cara de rana por otra de ardilla, y me pregunta que qué tipo de negocio. Le digo que soy un experto adivino jamaicano y que le quería proponer que yo ocupara una mesa para echarle las cartas a los clientes que así lo quisieran. Le digo también que los beneficios serían a medias y que yo cobraría 30 € por cada cliente, o sea 15 € para cada uno, añadiendo que dado que el bar se llama Milagros, creo que podría ser un negocio asegurado. Manolo tarda en contestar. Manolo decide contestar con una pregunta y me dice ¿cartas?... Le digo que sí, que soy un experto en las cartas del Tarot y que si sabe lo que es eso. Me dice que no, momento en el que grita al falso ciego que venga, momento en el que me cago en todo por la decisión de Manolo de llamar a ese cretino. Cuando el cuponero llega, Manolo le pregunta si sabe lo que son las cartas del Tarot. El falso ciego le dice que claro que lo sabe, que son cosas de brujas. Decido interrumpir para explicar, siempre con acento francés, que esas cartas son milenarias y que su eficacia, en buenas manos claro está, es algo probado a lo largo de los siglos. El falso ciego me dice que si soy brujo. Le digo que no, que solo echo las cartas. Me dice que seguro que soy brujo. Le digo a Manolo que qué le parece la propuesta, momento en que el falso ciego me dice que le recuerdo a uno que viene a menudo por el bar. Le digo que he llegado hace poco a la ciudad y que no conozco a nadie, momento en el que Manolo le dice al falso ciego que soy jamaicano, momento en el que me doy cuenta que mis nervios han vuelto a traicionarme porque los jamaicanos llevan el pelo rasta y no afro. Pienso que ojalá no sean conscientes entre la diferencia entre afro y rasta. El cretino del cuponero me dice que si me gusta la música de Bob Marley. Le digo que no mucho. El cuponero me dice que vaya jamaicano al que no le gusta la música de Bob Marley, y continúa diciendo a Manolo que este tío es muy raro, que no ha conocido a ningún jamaicano al que no le gustara Bob Marley. Noto que el falso ciego me está

hinchando las narices y que mis nervios están a punto de traicionarme de forma alarmante. Le digo si ha conocido muchos jamaicanos. Me dice que por la tele. Le pongo cara de sapo y me vuelvo a Manolo para decirle que podemos hacer una prueba y que si no le gusta lo dejamos. Manolo me dice que vale, pero que por aquí solo pasan camioneros y currantes y que no cree que les vaya a interesar lo de las cartas esas. Le pregunto si no pasan inmigrantes, como africanos o sudamericanos, con la clara intención de recabar información sobre el paradero de los miembros de la Comunidad del Chupete. Me dice que hace tiempo que no pasan muchos, pero que de vez en cuando viene alguno y se pone a rezar a la chica del calendario. Pienso que esa es la pista que me hacía falta. Pienso que todo marcha viento en popa. El falso ciego me pregunta que a ver si sé cuántos hermanos tiene él. Yo le digo que como echador de cartas no me dedico a esas tonterías, momento en el que el imbécil del falso ciego le dice a Manolo que ¿ves?, ¿ves como no puede adivinar nada?, momento en el que le digo que lo que sí adivino es que si no me deja en paz le voy a hinchar un ojo, siempre siendo consciente de tener mucho cuidado en no pasar a la forma de hablar de mi auténtica identidad, ya que en momentos en los que los nervios quieren traicionarle a uno, es muy difícil mantener la voz y el acento postizos. El falso ciego me dice que qué me he pensado y que si quiero que se acuerde de mi madre. Le digo que mi madre no tiene la culpa de nada y que se puede meter a Bob Marley por el culo. El falso ciego comienza a desprenderse de todos sus cupones como dando a entender que quiere gresca, momento en el que me entra pánico de comenzar una pelea y que me arranque la peluca, cosa que tiraría por el suelo no solo mis planes para detener un posible atentado contra mi persona, sino lo que es peor, mis futuros bocadillos de tortilla con queso, ya que no podría volver por el lugar. Pienso que volvió a ser providencial la aparición del camionero del pepito de lomo. Pienso que tiene que haber algún extraterrestre observando todos mis pasos y protegiéndome en los momen-

tos más delicados. Momento en el que me acuerdo de aquel extraño ser que pasó con su coche mirándome justo cuando salía de la nave industrial con las plantas de plástico recién sustraídas. El camionero se acerca donde el anormal del falso ciego y le pregunta que qué le pasa, que le nota acalorado. El cuponero le responde que ese tío le acaba de decir que se meta a Bob Marley por el culo y que no se lo va a permitir. El camionero le dice que qué pasa con Bob Marley, que por supuesto que se lo puede meter por el culo a él y a toda su banda, que no eran más que una panda de piojosos endrogaos. Que esa gente ha hecho mucho mal a la juventud con todos esos porros y musicucha de mierda. El falso ciego pone cara de Mero y decide salir del bar. Decido no opinar sobre el asunto. El caminero del pepito de lomo me da una palmada en la espalda y me dice que da gusto oír a un tío con unos pelos así hablar mal de Bob Marley, y que me invita a otra cerveza. Yo le digo, con mi acento francés bastante débil por los nervios acumulados, que muchas gracias mientras pienso que el bocadillo de tortilla sin queso se habrá enfriado y que ahora me lo tendré que comer acompañado del camionero del pepito de lomo. Pienso, de todas formas, que todo ha salido a pedir de boca y que tengo la información que me hacía falta. Ahora solo necesito concretar las horas en las que aparecer por el bar de Manolo, para poner en práctica mis dotes adivinatorias y esperar que el anormal del cuponero no interfiera en mis planes.

Quiero puntualizar que nadie me ha reconocido. Quiero puntualizar que la mirada de aquel extraño ser que me vio con las plantas de plástico en las manos, sigue fijada en mi memoria. También he de anotar que, por supuesto, tuve que terminar ingiriendo un ibuprofeno por la tarde.

21 horas 30 minutos

Llueve. Pienso que si esta lluvia hubiera caído ayer, habría dado al traste con ese concierto luciferino. Solo 24 horas antes y tanto Ella como yo, y Ramona, no hubiéramos evitado pasar toda una noche dentro de aquel horno. Pienso que la vida es injusta.

4 de julio. 20 horas 30 minutos
(Ramona está tumbada a mis pies muy sofocada)

Hoy por fin he podido comenzar a poner en práctica mi estrategia para abortar cualquier intento de atentado que pudiera darse, por parte de la Comunidad del Chupete, contra mi persona y/o la de Ella. Pero antes de pasar a anotar todo lo acontecido en mi primera sesión como adivino tipo afro, quiero dejar aquí reflejado que en la visita guiada que hicimos para los turistas el pasado 2 de julio, Jacinta me dejó completamente convencido de que no es una extraterrestre, y quizás tampoco perfectamente imbécil, sino que muy posiblemente sufra de ataques esquizofrénicos similares a los de Ramona. Pienso que la reacción que tuvo hace dos días, solo puede responder a esa esquizofrenia latente. Recuerdo que después de la visita guiada por las calles habituales, nos dirigimos a la casa de principios de siglo XX donde murieron todas aquellas personas. Recuerdo que Jacinta estaba muy ocupada intentando captar alguna psicofonía en la bañera donde murió ahogada una mujer. Recuerdo que Jacinta hacía un rato que había dejado dentro de la bañera un grabador digital conectado y en la posición de grabando, mientras ella estaba sentada en la taza del váter (con la tapa cerrada) esperando. Recuerdo que aproveché esa circunstancia para deambular por las habitaciones pensando en mi estrategia como tarotista afro, y diseñando un plan perfecto para llevar a cabo, momento en el que oigo unas voces en el exterior de la casa. Al salir compruebo que se trata de una comitiva. Uno de la comitiva me dice que son del Ayuntamiento y que con ellos viene el alcalde. Compruebo que el alcalde debe estar disfrutando de sus vacaciones porque aparece ataviado con unas bermudas y una camisa de flores, además de las consabidas gafas de sol. Pienso si se tratará de un disfraz para pasar desapercibido por las calles. Me pregunta el alcalde florido que ha oído que esa casa es muy bonita y que si puede verla por dentro mientras no

sea ninguna molestia. Le digo que no es ninguna molestia y les invito a pasar al interior de la misma. Subimos a los pisos superiores y hablamos distendidamente del comienzo del siglo XX y de la dictadura de Primo de Rivera. Les puntualizo la curiosidad de que la casa se inauguró en 1904, año de la muerte de Isabel II, y que le pusieron en su honor Villa Isabel, mientras pienso que no debería inventarme cosas que no he corroborado. Les puntualizo que es muy raro, dado que la reina no tenía muchos seguidores cuando murió en su exilio parisino, mientras pienso que ahora puede que tengan sentido todas esas muertes que se dieron en esta extraña casa. Pienso que quizás alguno de los extraterrestres que manipularon las partes pudendas de la reina, pudiera haberse instalado en esta casona y después que él otros. Pienso que esta casa pudiera haberse constituido en una base de seres alienígenas donde perpetraron, no solo manipulaciones obscenas de seres humanos, sino también la ejecución de algunas personas indeseadas o que les hubieran descubierto como seres de naturaleza extraplanetaria. Mientras bajamos a la planta inferior voy pensando en la simbología que aparece en el escudo blasonado y en algunas imágenes de madera que hay en el artesonado de la habitación principal. Recuerdo que justo al llegar a la planta inferior, Jacinta aparece como por arte de birlibirloque y se dirige directamente al alcalde sin saber que es el alcalde. Inmediatamente comienza a repasar el obituario histórico de la mansión, mientras observo que las caras de los miembros de la comitiva se tornan cariacontecidas, momento en el que Jacinta, sin tomarse reposo alguno después de enumerar a todos los murieron en el interior de la casa y sus respectivas habitaciones, agarra la campana y con una potencia inusitada comienza a aporrearla gritando al mismo tiempo que así avisaban los señores de la casa a los sirvientes que se alojaban en la caseta de fuera, pero esta vez y no sé por qué motivo, Jacinta acompaña los golpes de campana y los gritos explicativos, con una especie de baile histérico para sorpresa del alcalde y todos los miembros de la comitiva municipal. Pienso que Jacinta tiene el

baile de San Vito. En ese momento decido salir del grupo invadido por un fuerte sentimiento de vergüenza ajena. Pienso que esconderse en el baño donde Jacinta realizaba las psicofonías es una buena idea, mientras me cago en todo, mientras maldigo a Jacinta, mientras oigo que los miembros de la comitiva hablan a grito pelado para poder comunicarse entre ellos y deciden irse de la casona dándole las gracias a Jacinta que, por lo que entiendo, sigue empeñada en dejarles a todos sordos a golpe de campana y me imagino que continuando con esa danza de la que hasta hoy nunca había hecho gala, momento en el que distingo un grito de mujer que me parece pertenecer a una chica joven que venía con el alcalde. Espero en el baño hasta que compruebo que las voces se han alejado lo suficiente. Decido no salir a despedirme de nadie, debido a que mi vergüenza ajena me lo impide. Salgo del baño y compruebo que Jacinta regresa después de haberles acompañado a todos a la puerta de sus coches. Me dice que qué gente más maja. Le digo que era el alcalde. Me grita llena de euforia e interrogándome ¿el alcalde?! Le contesto sereno que sí. Que el alcalde y toda una comitiva del Ayuntamiento. Me dice que qué querían. Le digo que solo ver la casa. Me dice que les ha tocado la campana y que les ha llevado a la antigua cocina de carbón, donde al levantar uno de los fogones salió un ratón, poniéndose una de las chicas a gritar del susto que se llevó. Le digo que a ver si nos van a denunciar por no tener las medidas higiénicas adecuadas. Me dice que la casa no es nuestra. Le digo que es verdad, mientras vuelvo a pensar en la relación de la casa con Isabel II, que nunca había tenido en cuenta, pero que al hablar de su historia al alcalde y su comitiva me ha venido la razón. Pienso que en realidad nunca he leído que le pusieran Villa Isabel en memoria de la reina. Pienso, sin embargo, que la fecha de su inauguración sí que es la misma que la de la muerte de Isabel II. Pienso que Jacinta tiene que seguir practicando psicofonías en la casa, pero que sin embargo todos esos ataques de esquizofrenia que sufre cuando aparece algún visitante, le impedirán poder obtener resul-

tados válidos y cotejables. En cualquier caso, no puedo ahora perder tiempo con estas teorías sobre la casona de principios del siglo XX. Todo mi empeño ha de dirigirse hacia el aborto de cualquier conato de atentado contra mi persona o la de Ella.

1º día como tarotista en el bar de Manolo:

Recuerdo que ya el día que hice mi primera aparición con la peluca y los suplementos de sol, convine con Manolo, después del rifirrafe con el imbécil del falso ciego, que vendría dos tardes a la semana a la hora del café, dado que es una hora tranquila y con poca clientela en el bar. Recuerdo que le dije a Ella que durante un tiempo me tendría que quedar dos tardes a la semana para inventariar todos los objetos que teníamos almacenados en la nave industrial de donde sustraje las plantas de plástico. Recuerdo que me dijo que mirara bien por toda la nave para ver si había más plantas de plástico aunque fueran pequeñas, momento en el que me vienen a la memoria las tres ramitas que había incrustadas entre la ventanilla y la carrocería de una de las puertas traseras del coche del encargado de organización de visitas turísticas. También me viene a la memoria el momento en el que dicho encargado me preguntó si yo había quitado esas ramitas, a lo que haciéndome el tonto le pregunté que qué ramitas, a lo que me contestó que unas ramitas que él había colocado para evitar que el cristal de esa puerta trasera se cayera, dado que estaba roto el sistema de cierre, y que alguien las había quitado, cayéndose el cristal y entrando un montón de agua cuando llovió la noche del domingo pasado. Creo que pongo cara de rana, pero no añado nada a la conversación.

Con todas las coartadas bien establecidas, decido presentarme en el bar de Manolo. Al llegar al parking donde suelo aparcar, miro con mucha precisión a un lado y a otro para asegurarme que ningún transeúnte pueda contemplar cómo me coloco la peluca. Pienso que si me ven colocarme los suplementos de sol da

igual, porque ya tendré bien implantada la apariencia de tarotista. El que sea la hora del café, me facilita mantener el máximo de discreción en las tareas de acercamiento al bar de Manolo. Decido entrar y dirigirme a la barra sin mirar a mi alrededor para comprobar quién está en el establecimiento, pienso que de todas formas los suplementos de sol me impedirían distinguir a nadie. Manolo me ve y me saluda con media sonrisa. Me pregunta si voy a empezar hoy. Le enseño una caja de zapatos dándole a entender que dentro están las cartas, y muevo la cabeza verticalmente para reafirmar el mensaje que le quiero enviar a Manolo, sin necesidad de pronunciar una sola palabra, mientras recuerdo que al salir del bar el día del rifirrafe con el falso ciego, fui consciente de haber cometido un grave error al utilizar acento francés con tono cazallero. Pienso que el tono cazallero da igual, pero que un jamaicano debería tener acento inglés ya que es el idioma oficial de la isla, y no acento francés. Pienso que tengo que seguir con el acento francés, para no ofrecer incoherencia, y si alguien se pone chulo ofrecerle cualquier excusa del tipo de haber tenido mis padres que emigrar a Francia cuando yo era muy pequeño, o algo por el estilo. Espero que el falso ciego no se percatara de lo del acento francés y se limitara a ofuscarse por mi desprecio hacia Bob Marley.

En cualquier caso, con mi acento francés del otro día y el mismo tono cazallero, le pido a Manolo un carajillo de coñac. Pienso que si tengo acento francés, lo lógico es que pida un carajillo de coñac y no de güisqui. Pienso que si pido un carajillo de güisqui caería en una incoherencia, y si el maldito cuponero se enterase que pido carajillos de güisqui, podría sacarme los colores. Manolo me sirve solícito el carajillo y decido irme con él (el carajillo) a mi mesa habitual, donde casi siempre ingiero el bocadillo de tortilla con queso bajo mi identidad verdadera. Me siento en la mesa con el carajillo de coñac y despliego mi trapo negro con el que envuelvo el mazo de tarot marsellés versión modificada por Jodorowsky. Inmediatamente oigo una voz que grita

“¡hombre!, el jamaicano que odia a Bob Marley”, momento en el que distingo que la voz pertenece al camionero del pepito de lomo, momento en el que simultáneamente pienso que yo no odio a Bob Marley, que solo me es indiferente, o que quizás le tenga una ligera animadversión, pero nada más que ligera y nunca llegando al odio. El camionero se acerca hasta mi mesa. Compruebo que no está comiendo ningún pepito, ni de lomo ni de ternera. Me dice que qué es todo eso. Le digo que son cartas del Tarot. Me dice que para qué valen. Le digo que para adivinar el futuro. Me dice que ¡hostia! y que se las eche a él. Le digo que serán 30 €. Me vuelve a decir que ¡hostia!, pero se pone a mirar en la cartera. Comprueba que lleva dinero y me dice que quiere que le eche esas cartas y le diga cuál va a ser su futuro. Le digo que bueno, momento en el que el camionero le pide dos cañas a Manolo. Observo que Manolo trae las cañas con una sonrisa entera y cierto brillo en la mirada. Pienso que Manolo empieza a ver con buenos ojos el negocio de las cartas mientras se lleva mi carajillo de coñac ya completamente ingerido.

Comienzo a dar unos sorbos a la cerveza y saco también el otro mazo con las cartas del Tarot Marsellés pero en versión tradicional. Le digo al camionero que baraje el mazo de Jodorowsky durante el tiempo que quiera. Mientras baraja me dice que se llama Pepe, momento en el que pienso que es normal su querencia por comer pepitos. Termina de barajar y me ofrece el mazo. Le digo que lo deje encima de la mesa, momento en que le ofrezco el otro mazo y le digo que lo baraje también el tiempo que quiera. Mientras baraja termino de ingerir la caña, mientras pienso que hace mucho calor en el bar de Manolo a esas horas vespertinas y en pleno mes de julio. El camionero termina de barajar y deja el segundo mazo encima de la mesa y junto al primero.

Quiero puntualizar que no creo que sea necesario precisar en este diario la técnica de adivinación que utilizo, puesto que no aportaría nada a la finalidad del mismo. Recuerdo que pensé que aunque mi primer cliente no era nadie de la Comunidad del Chu-

pete, sin embargo me serviría para ir practicando y acostumbrarme a mi trabajo en público como pitoniso, cosa que le dará más credibilidad cuando aparezcan los de la Comunidad.

Una vez desplegadas las cartas encima del trapo negro, me preparo para la concentración, momento en el que Pepe, el camionero, le grita a Manolo que traiga otras dos cervezas. Pienso que nunca debo olvidarme de mantener mi acento francés con tono cazallero, ya que al concentrarme en las cartas para intentar acceder al estado alfa, que es cuando se pueden ofrecer los vaticinios más fiables, corro el peligro de olvidarme del acento y sacar mi verdadera identidad, con las desastrosas consecuencias que eso acarrearía. Manolo trae las nuevas cervezas y compruebo que el brillo de su mirada sigue en aumento, mientras que la sonrisa se mantiene en su mismo estado. Antes de comenzar a descifrar lo que las cartas me ofrecen, doy un buen sorbo a la cerveza, momento en el que me suena el teléfono móvil y me cago en todo. Pienso que no he sido prudente en apagar el móvil. Pienso que sea quien sea tengo que contestar con mi acento francés con tono cazallero. Le pido perdón al camionero y descuelgo el teléfono. Decido emitir solo un escueto ¿sí? Para que no se me note mucho el acento francés. Inmediatamente escucho la voz de Jacinta que me dice, sin darme opción a decir que no soy yo sino un primo jamaicano, que está tremendamente asustada, que Villa Isabel está embrujada, que en la psicofonía que practicó por la mañana se oye una voz que la maldice a ella y que además pretende acabar con todo, mientras detecto que Jacinta tiene su sistema nervioso bastante alterado, mientras recuerdo que cuando entré al baño escapando del numerito que Jacinta estaba montando, me cagué en todo y creo que también maldije a la propia Jacinta. Le digo a Jacinta con acento francés que se tranquilice, cosa que no consigo porque al oír mi acento francés le da un ataque de pánico y grita desesperada y repetidamente que quién soy yo. Le digo a Jacinta que no se preocupe que soy un primo (no especifico lo de jamaicano para no complicar las cosas) y que ya le comunicare a él (es

decir a mí mismo) todo lo que me está contando. Noto que Jacinta no debe de haberse quedado muy contenta porque cuelga el teléfono sin decir ni media palabra y sin despedirse, cosa que me parece extraña porque a pesar de su esquizofrenia latente, sin embargo es educada. Pienso que lo mejor será apagar el teléfono para no tener más interrupciones, momento en el que decido acabarme la cerveza ya que la llamada de Jacinta me ha puesto ligeramente nervioso y ahora lo que necesito es mucha tranquilidad para poder entrar en el estado alfa, momento en el que compruebo que Manolo, muy solícito, llega con otras dos cervezas diciendo que esas las pone la casa y retira las otras. El camionero le dice que ¡ese es mi Manolo!, momento en el que yo, una vez desconectado el maldito teléfono, le pregunto a Pepito el camionero que qué horóscopo tiene, mientras pienso que no he debido llamarle Pepito y mezclar lo que come con lo que es. Pienso que no sé cómo se va a tomar el camionero ese exceso de confianza que he cometido utilizando el diminutivo de su nombre. Creo que el camionero no le da ninguna importancia y me dice con toda normalidad que Tauro, mientras pienso en mis contactos antitaurinos, mientras pienso que es necesario dejar de hacer asociaciones estúpidas para concentrarme en mi trabajo y poder entrar en el estado alfa. Pienso que si resulto convincente con las primeras tiradas, se correrá la voz y tendré más posibilidades de que aparezca algún miembro de la Comunidad del Chupete.

Le digo al Camionero Pepito que veo una mujer, me dice que dónde, le digo que en las cartas pero que no le puedo decir dónde, que le veo a él en su camión. Que esa mujer le mira con cariño y que les veo a los dos en el camión. Que le veo frente a dos caminos, momento en el que me dice en tono algo nervioso que cómo que dos caminos, a lo que le digo que no, que caminos, que le veo frente a dos caminos, mientras noto que el carajillo de coñac y las tres cañas me están dificultando el acceso al estado alfa. Momento en el que el camionero le da por repetir ¡joder, joder, joder! y también con la misma insistencia ¡hostia, hostia,

hostia! Le digo a Pepito que también veo agua, momento en el que comienza a mezclar las dos letanías anteriores en un Joder, hostia consecutivo. Pepito comienza a ponerse nervioso y le pide otras dos cañas a Manolo, momento en el que me dice en voz baja y acercándose su enorme cara roja, que esa debe de ser una puta que hace tiempo conoció en Cantabria. Que joder, que justo la puta vive en una casa al lado de un cruce con dos caminos y donde hay una fuente, y que les gusta mucho meterse al camión y darle al asunto. Momento en el que Manolo llega con dos cañas y se queda mirando a las cartas. Pepito retira su cabeza hacia atrás y dirige su mirada hacia arriba, como para mirar a Manolo, momento que aprovecho para limpiarme todo el bombardeo de saliva con el que Pepito me había regado la cara al acercarse para decirme lo de la puta de Cantabria. Pienso que si me hubiera limpiado la cara mientras me contaba lo de la puta cántabra quizás se hubiera ofendido. Pepito le dice a Manolo que qué mira, que eso son cosas privadas que solo le conciernen a él y a mí. Manolo le dice que bueno, que no se ofenda, pero que nunca había visto esas cartas. Pepe le dice que me pida que se las eche, que el jamaicano este es cojonudo y que le está dejando acojonado, momento en que Manolo me mira con cara de conejo y pronuncia un escueto ¡vaya! El camionero me dice que siga, que qué más veo, momento en el que oímos una música que comienza a hacerse cada vez más intensa. Pepito y yo decidimos interrumpir nuestra sesión de cartomancia, para dirigir nuestras miradas a esa música que comenzaba a ser bastante fuerte. Inmediatamente observo al falso ciego que entra al bar con un gran radiocasete al hombro. Inmediatamente también reconozco que la música que está sonando es el “don’t worry be happy” del Marley. Momento en el que Pepito, ya entrado en cañas, dice que joder y que me cago en la puta, mientras se levanta de la mesa y se dirige al falso ciego. Pienso que si la situación se complica y hay gresca, Manolo no querrá continuar con lo de las cartas y yo me quedaré sin poder llevar a

cabo la estrategia para abortar un posible atentado contra mi persona y posiblemente también la de Ella.

Pepito le dice al cuponero que por qué no se va con esa mierda de música a otra parte. El cuponero le dice que esa mierda de música es sagrada y que no piensa salir de ahí ni apagar el radiocasete. Yo me levanto de la mesa con la intención de ir a la barra para intentar calmar los ánimos, momento en el que me tropiezo con la silla donde antes estaba Pepito y doy de bruces en el suelo. De bruces en el suelo, sigo oyendo el “don’t worry be happy” a toda potencia, mientras rápidamente me pongo la mano en la cabeza para comprobar que la peluca sigue en su sitio, mientras detecto que alguien me levanta y dice joder, hostia, con lo que compruebo que es Pepito quien lo hace. Pepito me dice que me acueste con la cabeza hacia arriba para que deje de sangrar por la nariz, momento en el que siento cierto ataque de pánico al imaginarme sangrando por la nariz, Manolo llega con un trapo que me coloca en la cara. El ataque de pánico aumenta al verme también ciego y me quito el trapo rápidamente. Compruebo que el trapo sale bastante manchado de sangre. El cuponero se agacha para mirarme de cerca, mientras le pido a Dios que no me arranque la peluca, y mientras compruebo que tiene caspa en las cejas, momento en el que se me ocurre pensar que el cuponero finalmente puede ser un extraterrestre, pero recuerdo que le hice la prueba de la escamosidad con resultado negativo.

El resto de la primera experiencia como tarotista tipo afro, no revierte mayor interés con respecto al diario. Solo quiero puntualizar, por lo positivo que ello significa para mis planes, que el cuponero y el camionero se reconciliaron, consumiendo juntos unas cuantas cervezas. Recuerdo que tanto uno como otro insistieron en que me apuntara a la consumición de cervezas en común. Recuerdo que les dije que en otro momento. Recuerdo que el camionero le decía al falso ciego que el jamaicano ese es un tío cojonudo. Recuerdo que dada la cortedad de la sesión mi ética profesional me impidió pedirle los 30 € al camionero del pepito

de lomo. Recuerdo también que mi ética clientelar me obligó a pagar las consumiciones, aunque Manolo solo me quiso cobrar dos cañas y un carajillo de coñac. Me imagino que el camionero del pepito de lomo pagaría el resto de sus consumiciones. Pienso que Manolo es una persona honrada. Pienso también que no creo que haya sido nunca abducido, aunque no tengo pruebas fehacientes para poder demostrarlo y dicha afirmación se limita únicamente a la mera intuición.

***7 de julio. 12 horas 17 minutos
(Ramona duerme y ronca a dos metros de distancia)***

El tiempo se precipita como en un embudo. Pienso que este diario no va a ser capaz de seguir en tiempo real (entendiendo como tiempo real en un diario, el comprendido entre dos anotaciones sucesivas, con una distancia temporal a ser posible no mayor de 36 horas, aunque en situaciones extraordinarias, con 48 horas de distancia entre esas dos anotaciones también se podría considerar tiempo real de un diario) los acontecimientos venideros, ya que en cuatro horas llegan unos amigos nuestros para pasar una semana con nosotros, en once días leo mi tesis doctoral sobre peines y peinetas fabricados con asta de buey y caparazones de tortuga Carey entre 1885 y 1930 (pues ya me han confirmado desde la Universidad que el día 18 será el acto académico) y en doce días nos vamos Ella y yo de vacaciones para ver a nuestras respectivas familias y, afortunadamente, pasar dos o tres días fotografiando animales en un Zoo, para lo cual tendré que enfrentarme a un dilema ético provocado por mi convicción como vegetariano. En cualquier caso, espero que Ramona sepa comportarse con nuestros amigos. Espero que no sufra demasiados ataques de esquizofrenia y que no le importe la orientación sexual de los mismos, ya que son gays.

Pienso, sin embargo, que antes de comenzar a anotar todo lo relativo a estos acontecimientos inmediatos y arrolladores, es necesario apuntar aquí las consecuencias que tuvo mi primera experiencia como tarotista estilo afro, en el bar de Manolo. Pienso que dadas las circunstancias futuras, me va a ser muy complicado volver a realizar otra sesión de tarot afro en el bar de Manolo hasta que Ella y yo volvamos de vacaciones. Pienso que eso es mucho tiempo. Pienso que la visita de nuestros amigos gays, completamente inesperada, ha cercenado de cuajo la estrategia que tenía establecida de cara a abortar las posibles intenciones de

practicar algún atentado contra mi persona o la de Ella, por parte de los miembros de la Comunidad del Chupete. Pienso que cuando pueda volver a sacar mis cartas del Tarot en ese bar, habrá pasado exactamente un mes desde la primera vez que lo hice y que ya nadie se acordará de mi nombre como experto tarotista, lo que supondrá empezar de nuevo. Pienso que el destino pone barreras y es muy difícil saber el porqué de esas barreras. Pienso que este aborto de mi estrategia antiatentados, pudiera formar parte de otro plan para mí desconocido y del que nuestros amigos gays forman parte importante, aunque posiblemente ellos no lo sepan.

Pero quiero anotar en este diario, que las consecuencias de mi primera experiencia como tarotista afro, al menos las consecuencias tangibles ya que de las intangibles no puedo anotar nada, han sido neutrales. Recuerdo que al llegar a casa Ella estaba tratando digitalmente la fotografía de una pinza del pelo, lo cual me sorprendió mucho dado el salto cualitativo que significaba pasar de las hortalizas y los huevos a un simple objeto sin relación alguna con las huertas ni los gallineros. Recuerdo que preferí acercarme a su estudio de trabajo en lugar de cambiarme de ropa y tirar la manchada de sangre como consecuencia de mi caída. Recuerdo que pensé que tarde o temprano localizaría la ropa. También pensé que Ella no entendería que no fuera a darle un beso al entrar y me fuera primero a cambiar de ropa. Recuerdo que decidí enseñarle las manchas de sangre, o mejor dicho, dejar que Ella observara las manchas de sangre. Al llegar a su silla, en el momento en que la pinza del pelo que estaba tratando adquiría tonos naranjas, decido darle un beso en la cabeza. Ella aprieta una tecla del ordenador y se vuelve para darme otro beso de bienvenida, momento en el que exclama algo alarmada, que qué me ha pasado, momento en el que le contesto sin alarma ninguna y muy calmado, que al ir andando por el polígono industrial volviendo de inventariar los objetos de la nave, un motorista me ha pasado tan cerca que me ha golpeado y tirado al suelo. Le digo que el motorista ha sido muy amable y se ha parado para ayudarme. Le

digo que el motorista al verme en el suelo quería hacerme el boca a boca pero que afortunadamente yo estaba consciente y lo impedí. Le digo que el amable motorista sacó un pañuelo y me limpió la sangre de la nariz y que me ayudó a tumbarme boca arriba hasta que la hemorragia paró. Me pregunta que si he denunciado al motorista. Le digo que cómo voy a denunciar al motorista con lo amable que había sido conmigo. Me dice que vaya amabilidad, y que gracias a su amabilidad casi me mata. Le digo, para intentar salvar el honor del motorista inventado, que puede que yo no le viera venir y cruzara sin mirar. Me dice que si no cruzo las calles con más cuidado me van a matar y que ya me lo ha dicho muchas veces. Pienso que la excusa del motorista ya me está fastidiando bastante y decido decirle y prometerle que a partir de ahora cada vez que tenga que ir por el polígono industrial, utilizaré el motocarro que la empresa tiene para moverse por dicho polígono. Me dice que por qué no voy en mi propio coche y me dejo de tonterías. Le digo que no quiero gastar gasolina particular para cosas de la empresa y que, además, con el vehículo de la empresa es mucho más fácil pasar los controles que hay con guardas jurados. Le digo también que estoy bien, que solo ha sido un golpe en la nariz y que me voy a cambiar, momento en el que Ella se levanta de su silla, coge la cámara de fotos y comienza a hacerme fotos de la cara y de la ropa manchada de sangre. Le digo que qué hace y me contesta que nunca se sabe, que hay que aprovechar cualquier momento interesante y que las manchas de sangre pueden constituir un motivo muy interesante para sus fotografías. El resto no tiene ningún interés para el diario, por lo que decido omitirlo.

Diario de un viaje vacacional (Diario dentro de un diario)

Son demasiados los acontecimientos de estas últimas fechas y, por si fuera poco, debemos enfrentarnos Ella y yo a un viaje de carácter familiar. Por todo ello he preferido continuar este diario terapéutico con un subdiario de carácter también terapéutico, puesto que todo viaje vacacional cuya finalidad es ver a la familia, requiere de una terapia complementaria que proporcione el equilibrio necesario para afrontar dicha empresa. (Esta introducción al subdiario, aunque está escrita el día 18 de julio por la noche, he preferido no fecharla ya que carece de interés terapéutico).

Todas las anotaciones serán efectuadas al final de cada jornada, de manera que la anotación misma sirva de terapia para poder asimilar lo ocurrido durante el día y de mentalización para la jornada siguiente. Por esta misma razón excluiré en cada una de las anotaciones, la hora en que son realizadas, ya que resultará indiferente para la finalidad de este subdiario.

19 de julio. 1º día de viaje

El viaje ha empezado de forma algo aviesa. Quiero dejar anotado que aunque el despertador ha sonado a la hora programada, es decir a las 5 de la madrugada, no hemos podido llevar a cabo los planes elaborados entre Ella y yo con uno o dos días de antelación. Pienso que el cansancio acumulado durante la estancia de Lalo y Lola (nuestros amigos gays) ha podido ser el causante de la poca efectividad de nuestros planes. Quiero anotar que digo esto referente a Lalo y Lola, porque Ramona no ha sido la causante de nuestra llegada tardía al aeropuerto. Quiero dejar claro que Ramona se ha comportado excelentemente en el paseo de las

5'15 horas de la madrugada. Recuerdo que mientras paseábamos, yo pensaba si la perra intuiría que nos íbamos a ir de viaje y que nuestro hijo vendría estos días a estar con ella, aprovechando que él también está de vacaciones y que le gustó la idea que le propusimos de venir a cuidar a su perra y encima pagarle 300 euros por los trabajos de guardería canina y mantenimiento de la casa.

Dado que Ramona no es la causante de nada, tengo que pensar en nuestros amigos gays como probables responsables de que saliéramos con el tiempo justo para llegar al aeropuerto y no pudiéramos llevar el coche al aparcamiento barato que existe a unos kilómetros del mencionado aeropuerto. Pienso que este retraso nos va a costar un ojo de la cara. Pienso que el parking del aeropuerto es carísimo. Pienso que todos los planes y cálculos para que el viaje nos saliera más barato, quedan ahora con un gran interrogante.

Quiero anotar aquí que las consecuencias de la visita de nuestros amigos Lalo y Lola, no quedan solo en la necesidad urgente de aparcar el coche en el parking caro del aeropuerto, debido a nuestra llegada con el tiempo justo, sino que van más lejos. Sin embargo, he de precisar que les eximo de cualquier responsabilidad ante la brusquedad del piloto que nos llevó de un aeropuerto a otro. Con respecto a este piloto, y dada mi actual condición de Doctor³, debo precisar que su brusquedad en el despegue me hizo prever un aterrizaje desagradable. Pienso que es mejor no decirle nada a Ella sobre mis sospechas acerca del piloto para no atemorizarla. Pienso que, de todas formas, Ella se dio perfecta cuenta de la brusquedad del piloto, ya que al tocar tierra y pegar el avión un considerable bote, no pudo evitar el soltar un grito exclamando ¡qué bestia!, a lo que yo puntualicé que ya con la forma que tuvo de despegar supe que era un bestia. En cualquier

3 Aunque no ha sido posible escribir hasta ahora anotación alguna sobre mi lectura de tesis doctoral, la realidad es que desde el día 18 de julio, soy Doctor en Historia gracias a mi tesis sobre peines y peinetas fabricadas con asta de buey y caparazones de tortuga Carey entre 1885 y 1930.

caso nadie más del avión secundó nuestras apreciaciones acerca de la naturaleza del piloto. Pienso si habría más doctores entre el pasaje del avión.

Recuerdo ahora que la visita de Lalo y Lola fue agradable, pero que como ellos estaban de vacaciones y nosotros no, pues nos supuso un recorte en las horas de sueño que acabó pasándonos factura a la hora de emprender el viaje. Pienso que el hecho de que Lalo y Lola se fueran el día 13 de julio, y que hoy sea 19, no es atenuante alguno de su responsabilidad en el mal comienzo de nuestro viaje. Pienso además que la obsesión de Lalo y Lola por comer sandía, puede ser también pieza clave en todo esto.

Tengo que ordenar todo el material que hay pendiente por anotar en este diario terapéutico, pero ya a través del subdiario que nos ocupa, para que no resulte caótica su relectura y pierda por ello su capacidad terapéutica que es, al fin y al cabo, su finalidad principal. Por esta razón, paso a anotar ahora nuestra llegada al aeropuerto de destino, dada la importancia de esta etapa del viaje por sus futuras consecuencias de cara al resto del viaje.

Una vez que Ella se despachó a gusto, ya en un tono de voz más bajo, contra la familia del piloto y contra las dudosas aptitudes de todos los pilotos de esa compañía aérea, nos propusimos volver a encender nuestros respectivos teléfonos móviles, que estaban fuera de servicio debido a la norma que obliga a apagarlos durante los vuelos aéreos. Recuerdo que yo lo encendí de forma automática. Recuerdo que Ella después de unos cinco minutos me dijo que había introducido mal el Pin del móvil y que solo le quedaba una intentona, momento en el que me pregunta si yo recuerdo su Pin, a lo que yo contesto que sí dándole con mucha seguridad un número. Recuerdo que por la cara de sapo que puso, inmediatamente me di cuenta que mi Pin tampoco era el adecuado y que se había quedado sin teléfono operativo. Pienso que dado que Ella se había equivocado dos veces y yo solo una vez, no podía caerme bronca. No me cae bronca y mi apariencia de superioridad no sale prácticamente dañada. Pienso que mi nueva condición de

Doctor debería haberme proporcionado recordar el Pin adecuado. Pienso que no hace ni 24 horas de mi nueva condición de Doctor, y que muy posiblemente sea ese el motivo de mi fracaso a la hora de recordar el Pin de Ella.

Recuerdo que ese pensamiento se vio bruscamente coaccionado debido al siguiente acontecimiento que voy a anotar. Una vez puesto el tercer Pin incorrecto en el móvil de Ella, y por lo tanto bloqueado por completo el teléfono, nos dirigimos ambos con cara de sapo hacia el alquiler de coches para recoger el que teníamos reservado a través de las gestiones hechas por Internet, pero a los dos segundos de emprender el camino, Ella me dice que prefiere salir y esperarme fumando un cigarrillo en la calle. Nos repartimos el equipaje y continúo yo solo. Una vez encontrada la ventanilla de la compañía correcta, le entrego a la señorita que atendía las copias de la reserva del coche sacadas a través de mi ordenador e impresora. La señorita encuentra correcta la reserva y me puntualiza que el coche reservado es pequeño, a lo que respondo que ya lo sé. La señorita de la ventanilla después de analizada la reserva, me pide el carnet de conducir, cosa que hago con absoluta naturalidad, dado que era un paso que con toda lógica ya me imaginaba iba a ocurrir, momento en el que la señorita después de analizarlo unos segundos me mira y me dice si le puedo dar la renovación, a lo que yo le contesto que qué renovación, a lo que ella me contesta que la renovación de mi carnet de conducir, a lo que yo le vuelvo a contestar algo más nervioso que no tengo ninguna renovación y me quedo mirándole con cara de congrio, momento en el que ella me dice que tengo el carnet de conducir caducado desde el mes de abril y que así no puedo alquilar el coche. Decido ponerme nervioso y decirle a la señorita que espere que tengo que ir a buscar a mi mujer para que lo alquile Ella. La señorita me mira con cara de rana y yo salgo escopetado en busca de Ella, con mi apariencia de superioridad por el suelo y mi nueva condición de Doctor a punto de desintegrarse, arrastrando una maleta de ruedas y portando una mochila en las

espaldas. Cuando llego a la zona de la entrada principal veo a través de las grandes cristalerías que Ella está tranquilamente fuera fumando un cigarro, junto a otras personas arremolinadas todas entorno a un cenicero con larga peana. Me ve a través de la gran cristalería y me saluda con poca alegría, debido al bloqueo de su teléfono móvil. Le miro angustiada y le hago señas también angustiosas. Veo que Ella se pone nerviosa y gesticula de tal manera que entiendo que me está preguntando que qué pasa. Le contesto con gestos algo histéricos que entre cuanto antes y que no puedo alquilar el coche, aunque esto último no lo entiende. Como la primera parte de la gesticulación histérica si que la ha comprendido, entra corriendo con cara de angustia y me pregunta que qué pasa, pero ahora verbalmente. Le explico la situación mientras observo que su cara se transforma en un verdadero zoológico, ya que va pasando de una expresión a otra, y no podría definir las todas aquí. Dada la situación, nos dirigimos juntos al alquiler de coches y esta vez le piden el carnet de conducir a Ella. Afortunadamente Ella no tiene el carnet caducado y podemos proceder al alquiler, aunque nos advierten que solo lo podrá conducir Ella, y que si lo condujera yo y nos parara la Guardia Civil, por el motivo que fuera, retendrían el coche. Les decimos que vale, pero en cuanto nos damos la vuelta y nos dirigimos hacia el coche, Ella comienza a recordarme que ya es la segunda vez que se me caduca el carnet y no me entero, que en otra ocasión fue peor porque nos paró la Guardia Civil y nos puso una multa considerable, y que a ver si me ocupo más de mi carnet. Yo le contesto que no miro el carnet todos los días, pero me doy cuenta que el argumento no corresponde a mi nueva condición de Doctor, y que no servirá más que para estropear la situación, cosa que compruebo inmediatamente cuando Ella me espeta que lo tengo caducado desde hace tres meses y no he sido capaz de enterarme, y que menos mal que no me ha parado la Guardia Civil, cosa milagrosa, ya que todos los días me dirijo al trabajo en coche. Decido adoptar una postura servil y olvidarme de mi condición de Doctor y de mi

apariencia de superioridad. Le digo que es verdad y que al menos gracias a esto me he enterado que está caducado. Ella me dice que vaya suerte, y que de todas formas en cuanto lleguemos a la ciudad donde reside mi familia tendré que renovarme el carnet, pero que ahora no le quedará más remedio que conducir a Ella y que lleva un año sin conducir.

Pienso que el viaje ha empezado torcido. Pienso que si Lalo y Lola no hubieran recortado mis horas de sueño con aquellas largas cenas hasta la una de la madrugada, comiendo sandía hasta reventar, quizás me hubiera dado cuenta de la caducidad de mi carnet de conducir. De forma involuntaria me viene a la memoria el abanico que Lalo se compró y que tenía pintado por las dos caras una sandía de un rojo fuerte, con pepitas negras. Me viene también a la memoria las imágenes de Lalo, con su cuerpo grande, algo grueso, en contraste con el de Lola, pequeña y delgada, pero ambas imágenes se desvanecen cuando Ella me dice que no sabe cómo puedo ser Doctor y al mismo tiempo cometer tantas estupideces, a lo que yo contesto que solo ha sido un despiste y que la tesis doctoral me ha tenido muy ocupado, mientras pienso que con Ella es mejor no descargar las culpas hacia Lalo y Lola, aunque en realidad yo sé que tienen una gran parte de responsabilidad en lo del carnet y en lo del móvil, debido al recorte de mis horas de sueño.

Pienso que lo peor está por venir. Pienso que ahora tendrá que ponerse al volante. Pienso en cómo se verá al volante después de un año sin verse de esa manera. Para intentar compensar la inclinación hacia el lado negativo que nuestro viaje está sufriendo desde sus primeros momentos, le comento a Ella, mientras intentamos localizar el coche que supuestamente hemos alquilado, que en cuanto lleguemos al pueblo donde reside su familia podemos ir a la tienda más cercana de móviles de su compañía, para que le solucionen el problema del teléfono, le digo también que eso seguro que le pasa a un montón de gente y que no tengo la menor duda que se lo arreglarán en un pis pas, mientras noto que mi apa-

riencia de superioridad recobra un punto en la escala de valoración, y pienso que aunque solo sea un punto puede ser el comienzo de la recuperación total, y que al regreso del viaje puedo volver con mi apariencia de superioridad totalmente recobrada, así como con mi condición de Doctor en un gran estado de convicción y demostración.

Comienzo a tener sueño, pero debo continuar las anotaciones correspondientes al día de hoy, puesto que me he propuesto que este subdiario esté escrito en tiempo real. Compruebo que Ella está ya dormida. Observo la habitación, aunque ya me la conozco muy bien de todas las veces que hemos venido durante nuestros 21 años de matrimonio, mientras pienso que el viaje al zoológico lo hacemos para celebrar esos 21 años ya que la celebración de los 20 fue abortada por la visita de nuestro amigo ruso Ivan, al que tuvimos que dedicarle una semana entera haciendo de guías turísticos por toda España.

El momento de entrar al coche y comenzar Ella la conducción del mismo ha sido un poco tenso, pero al poco tiempo el ambiente se ha relajado y eso que el tráfico podríamos calificarlo como denso. Todo ha transcurrido con normalidad y Ella no ha sufrido ningún ataque de ansiedad a pesar de la rigidez con que se agarraba al volante. Recuerdo que llegamos al pueblo donde reside la familia de Ella y el aparcamiento fue fácil. Después de las consabidas interacciones orales a través del portero automático, subimos al piso y nos encontramos con FE1 y FE2.⁴ Para intentar recobrar puntos en la escala de valoración de mi apariencia de superioridad, lo primero que hago es comentarle a FE2 lo ocurrido con el teléfono móvil de Ella, pero no decimos nada de lo ocurrido con mi carnet de conducir. Inmediatamente FE1 nos comenta que cerca hay una tienda de la compañía telefónica que necesitamos y FE2, tan solícito como siempre, nos acompaña a la misma. Afortunadamente para mi apariencia de superioridad, en la

4 FE1= Familiar de Ella nº 1; FE2= Familiar de Ella nº 2...etc.

tienda no se extrañan del bloqueo del teléfono móvil como consecuencia de haber introducido tres veces mal el código Pin, y le solucionan el problema en el Pis Pas que yo había previsto. Acto seguido regresamos a la casa de FE1 y FE2. A los pocos minutos FE2 y Ella comienzan a ver fotografías mutuas. Ella muestra los últimos tratamientos digitales de huevos en color y pimientos verdes en blanco y negro, mientras que FE1 nos enseña su colección de tejados asturianos, afición que tiene desde hace bastantes años dado que allí pasa sus vacaciones de verano. Quiero puntualizar que tanto FE1 como FE2 me felicitan por mi nueva condición de Doctor en Historia. Quiero puntualizar también que, de cara a mantener la puntuación elevada de mi apariencia de superioridad, he decidido presentarme como Doctor en Historia Contemporánea y no como Doctor en Peines y Peinetas, dado que esto segundo me obligaría seguramente a tener que hacer un resumen de la tesis para que fuera apreciada en todo su verdadero interés histórico, cosa que me resultaría hartamente incómoda y agotadora. Mientras FE2 y Ella proceden a la proyección en los ordenadores respectivos de unas 400 fotos (unas 200 de Ella y unas 200 de FE2), FE2 me comenta que le han regalado varios litros de orujo gallego, lo cual facilita que mantenga mi atención mientras se proyectan todas esas fotografías, dado que como conozco la generosidad y amabilidad de FE1 y FE2 preveo que me ofrecerán probar esos orujos.

Se me ofrece para comer tortilla de patata y queso de Palencia. Quiero puntualizar que ellos conocen mi condición de vegetariano convencido y siempre me preparan alimentos adecuados a esa condición. Al terminar la comida me ofrecen un orujo gallego. A pesar de mi condición de ateo convencido, doy gracias a Dios por haber llegado este momento. Mientras doy el primer sorbo de ese delicioso orujo, recuerdo el momento en el que el Secretario del Tribunal designado para la lectura de mi tesis doctoral, emitía el resultado de su deliberación y me decía que había

sido declarado apto. Era mi primer sorbo de orujo con mi nueva condición de Doctor.

Para cenar me ofrecen patatas fritas, con queso gallego, y luego otro orujo también gallego. Quiero puntualizar que las patatas no eran gallegas.

Prefiero terminar aquí las anotaciones terapéuticas correspondientes al primer día de viaje, ya que mañana queremos salir pronto para enfrentarnos a un largo camino por carretera, teniendo Ella que conducir durante todo el trayecto. Solo quiero anotar que hemos llamado a nuestro hijo para ver si estaba en casa a cargo de Ramona, y para preguntarle por el estado anímico de la perra. Afortunadamente Ramona está bien y nuestro hijo se encuentra a gusto con sus 300 € y con su perra, ahora quizás ya nuestra perra.

20 de julio. 2º día de viaje

A pesar de que pretendíamos salir a las 8 de la mañana, sin embargo hemos terminado saliendo a las 10'00 horas. No quiero responsabilizar otra vez a Lalo y Lola de este nuevo retraso en nuestros planes de viaje, aunque sigo pensando que arrastro sueño por su culpa.

FE1 y FE2 bajan a despedirnos. Yo me monto en el lado del conductor y Ella en el del copiloto. Arranco el coche y nos despedimos de ellos agitando las manos fuera de las ventanillas, pero al doblar la esquina paro inmediatamente el coche y rápidamente nos cambiamos los puestos, ya que no podemos arriesgarnos a que la Guardia Civil, o la Policía local del pueblo, nos pare por cualquier motivo y comprueben la caducidad de mi carnet al mismo tiempo que detecten la infracción por conducir un coche alquilado que no está a mi nombre. A los cien metros de ir conduciendo Ella, es decir un par de calles más arriba, me propone parar para tranquilizarse y tomar un café. Paramos y nos dirigimos

al bar más cercano. Nos sentamos en la terraza para que Ella además del café pueda fumar un cigarrillo. Mientras estamos tranquilos en la terraza, nos imaginamos que en ese momento pasan FE1 y/o FE2 y nos ven sentados en mitad del pueblo tomando un café, momento en el que decidimos ponernos nerviosos, momento en el que le digo que no hay que ponerse nerviosos porque sería extraño que pasaran por ahí. Le digo que aproveche para llamar a FE5 y le comunique que queremos pasar a visitarla, de camino a la ciudad donde tenemos que llegar por la noche y donde reside mi familia. FE5, FE6 y FE7 viven en una ciudad a 200 kilómetros del pueblo de FE1 y FE2 y significa una considerable vuelta en el recorrido pero, dado que hace tiempo que no les vemos, hemos creído oportuno realizar este rodeo.

Ella comienza poniéndole un mensaje a través del teléfono móvil. Esperamos 10 minutos y no hay respuesta. Ella decide poner un “guasap” avisando de nuestra visita. Esperamos 15 minutos pero tampoco hay respuesta. Le digo que sería mejor llamarle. Ella es reticente pero acaba llamándole, momento en el que comprueba que el teléfono de FE5 no tiene cobertura. Le digo a Ella que tendría que haberla avisado de nuestras intenciones visitadoras, uno o dos días antes de emprender el viaje. Ella me dice que será mejor que continuemos el viaje y que ya les veremos a la vuelta. No me parece mala idea y decidimos pagar los cafés y continuar, o mejor dicho comenzar el viaje. Son ya las 11 horas 10 minutos.

Todo transcurre más o menos con normalidad pero Ella está tensa al volante. Al cabo de dos horas de viaje y al llegar a la primera ciudad que se encuentra en nuestro recorrido, decidimos parar. Ella toma otro café y yo una caña con un pincho de tortilla. Considero que el pincho es caro y la tortilla está sosa. Pienso que sería buena idea ir a una farmacia para comprar valerianas. Le digo a Ella que por qué no vamos a una farmacia a comprar valerianas para que se tome dos y pueda conducir más tranquila, mientras pienso en todos los cafés que se ha tomado durante la

mañana, el del desayuno en la casa de FE1 y FE2, el del pueblo antes de salir y este último. Me dice que tiene miedo que las valerianas le den sueño. Le digo que las valerianas no producen sueño, mientras pienso que con todos esos cafés no le daría sueño ni un Valium 50. Acepta y entramos en la farmacia. Se toma según mis indicaciones las dos grageas y reemprendemos el viaje. Al poco tiempo me dice, mientras compruebo que sigue agarrada rígidamente al volante, que las valerianas le están sentando mal y que tiene como náuseas, momento en el que siento cierto ataque de ansiedad ya que al ir por una autopista resultaría complicado parar si llegara el caso de tener que vomitar. Prefiero no darle más importancia y emitir un sencillo “vaya”.

Tengo que anotar que poco antes de que Ella me anunciara lo de sus náuseas, FE5 llamó por teléfono para decirnos que había visto los mensajes y las llamadas hacía breves minutos, que en el pueblo de veraneo donde están no hay cobertura, que qué lástima no vernos y que nos esperan a la vuelta.

A las dos horas y media de tomarse las valerianas y sin tener que haber parado en mitad de la autopista para vomitar, decidimos parar a comernos los bocadillos que nos habían preparado FE1 y FE2. El sitio donde paramos es el habitual para nosotros en cada viaje familiar veraniego. Se trata de un pueblo muy pequeño en cuyas afueras descubrimos, hace ya bastantes años, un rincón agradable por donde pasa un riachuelo y hay una refrescante sombra de chopos viejos. Sacamos la bolsa de la comida. Tenemos dos bocadillos de tortilla de patata y dos bocadillos de queso gallego. Mientras nos comemos todos los bocadillos Ella me dice en voz baja ¡mira, un cangrejo! Yo miro pero no veo ningún cangrejo. Ella me señala con la mano sin hablar para no espantar al cangrejo. Después de unos segundos de búsqueda consigo localizar al cangrejo. El cangrejo deambula por las piedras intentando pasar de una parte del riachuelo a otra. Ella rápidamente se levanta con cuidado y se dirige al coche para coger su máquina de fotos. La máquina se convierte en una verdadera ametralladora. In-

tenta subirse a las piedras pero pierde el equilibrio y casi se cae al riachuelo. Le invito a que deje de subirse a las piedras y haga las fotos desde la orilla. Ella sigue haciendo una foto detrás de otra, y al cabo de unos minutos se vuelve y me dice que hay más cangrejos, momento en el que me pica la curiosidad científica y decido investigar los alrededores. Mi curiosidad científica me lleva a descubrir decenas de cangrejos muertos y despedazados en la base del viejo chopo que nos da la sombra. La curiosidad científica me lleva también a descubrir en los restos de esos cangrejos muertos, es decir pinzas y caparazones, dos pequeños orificios siempre a la misma distancia uno del otro, lo que me llevó a concluir que podrían ser los colmillos de un pequeño mamífero, o quizás las garras de una rapaz no muy grande. Tras una inspección más detallada me inclino a pensar que ese banquete se lo esta dando por las noches alguna comadreja, garduña, turón o similar. Ella levanta la vista y me dice que hay buitres volando. Yo levanto la cabeza y compruebo que efectivamente hay buitres volando, y también águilas calzadas, y al cabo de unos minutos un par de alimoches. Nos quedamos embobados con tanta vida salvaje a nuestro alrededor. Como debajo del chopo es imposible tomar ningún café, decidimos continuar el viaje. Los bocadillos nos han caído bien, pero Ella me dice que las valerianas no le han hecho mucho efecto y que continúa nerviosa pero sin náuseas. Decido no darle importancia y vuelvo a emitir un sencillo ¡vaya!

Otras dos horas más de viaje y paramos en la ciudad que hay a 150 kilómetros de nuestro destino final. Mientras tomamos café Ella me confiesa que las valerianas le han venido bien. Yo le digo que ¡claro!, pero decido no enfatizar el asunto. En la cafetería venden pastas de la zona y decidimos comprar una caja para dárselas a FM1 y FM6⁵ al llegar. Nos cobran 17 € por la maldita caja de pastas, mientras pienso que hago el imbécil con un doctorado en Historia y que debería dedicarme a fabricar pastas. Pienso

5 FM1= Familiar mío nº 1; FM2= Familiar mío nº 2... etc.

que en el pueblo donde Ella y yo vivimos hay muchos ingleses. Pienso que montar una tienda de pastas en el pueblo podría ser una buena idea. Pienso que si la Comunidad del Chupete me deja en paz y no sufrimos ningún atentado, tendría que replantearme la vida. Pienso que las pastas son mejor futuro que hacer de guía turístico en compañía de Jacinta, pero al mismo tiempo y sin venir a cuento me acuerdo del detalle que tuvo el Presidente del Tribunal designado para la lectura de mi tesis, poniéndose en mi honor una corbata con las imágenes estampadas de un montón de peines. Recuerdo que yo le agradecí al Presidente su actitud. Recuerdo que en la comida a la que tuve que invitarles se le manchó la corbata de peines con gotas de sopa de calabaza. Recuerdo que durante aquella comida llegué a pensar que se estaban quedando todos con hambre. Recuerdo que el restaurante elegido por mí para este especial evento era vegetariano. Recuerdo que la invitación a los cinco doctores del tribunal y al director de mi tesis, es decir siete personas contando conmigo, me costó solo 80 €. Pienso que la sopa de calabaza que todos tomaron de primero no les debió de resarcir. Pienso que el salteado de setas que muchos tomaron de segundo tampoco les debió de resarcir. Solo espero que después de la invitación a comer, y la visita a la casa decimonónica donde Jacinta disfruta haciendo sonar la campana, no se arrepintieran de la calificación de “apto” que le dieron a mi tesis, y la cambiaran por otra de “no apto”. Pienso que tendría que haberles llevado a un asador tipo castellano, o quizás a una marisquería. Pienso que mi condición de vegetariano convencido no debería haber influido en la invitación a los doctores del tribunal. Cogemos las pastas y nos montamos en el coche para terminar el eterno viaje.

Antes de llegar a nuestro destino, FE1 llama y se asusta de que no hayamos finalizado todavía el viaje, también se asusta de que coja yo el teléfono y Ella esté conduciendo, cosa que no suele ser habitual. Tengo que dar explicaciones convincentes. Primero digo que hemos parado en varias ocasiones, lo cual es cierto, y

segundo digo que Ella se ha puesto al volante para turnarnos y así poder descansar yo, lo que no es cierto. Me entran remordimientos de conciencia por estar mintiendo a FE1, mientras pienso que mi condición de Doctor en Historia no se aviene con la mentira acerca del porqué de la conducción de Ella.

Según nos acercamos a la ciudad de destino, el tráfico aumenta y los nervios de Ella aumentan proporcionalmente al tráfico.

Afortunadamente llegamos sin ningún percance en el trayecto, pero quiero anotar aquí que a 20 kilómetros de nuestro destino final, la Guardia Civil nos paró a causa de un camión que se había salido de la carretera. No nos piden la documentación, pero después Ella me reconoció que menos mal que yo no conducía porque nos habríamos puesto muy nerviosos. Yo le comento que, además, los guardias civiles son grandes psicólogos y habrían detectado nuestro nerviosismo, por lo que seguramente nos habrían pedido la documentación y nos habrían retenido el vehículo y puesto la consabida multa. Ella solo de pensarlo se asusta. Creo que he conseguido remontar algunos puntos más en la escala de valores de mi apariencia de superioridad, dado que fui yo el que insistí en que condujera Ella. Siento que mi nueva condición de Doctor comienza a dar sus resultados.

Llegamos al destino. Después de los intercambios orales a través del portero automático, subimos al piso y nos reciben FM1 y FM6. Nos besamos. Cenamos una ensalada de tomates con un vaso de vino. No hace calor. Se puede dormir a gusto. Doy gracias a Dios por no sudar, pero echo de menos el orujo de FE1 y FE2.

21 de julio. 3º día de viaje

Este 3º día de viaje ha resultado de especial relevancia para mí. A partir de hoy creo que puedo empezar a ver más claras y, sobre todo, más verosímiles, las abducciones y consecuentes manipulaciones obscenas a las que me he visto sometido a lo largo de mi vida. Ahora, contemplando esta habitación mientras Ella duerme en la cama de al lado, y a pesar que también la conozco de memoria después de tantos años contemplándola en nuestras vacaciones estivales e incluso invernales, soy consciente de la verdadera tragedia de mi familia: ¡somos una familia de abducidos y manipulados por seres extraplanetarios! Durante estos días tengo que profundizar en las consecuencias de estas manipulaciones y en la posibilidad de que todos los miembros hayan sido manipulados, o si solo unos cuantos hemos sido sometidos a esta intervención extraterrestre. También intentaré dilucidar el porqué de la elección de este grupo familiar para la experimentación y observación extraterrestre.

Me parece increíble que hasta ahora no haya sido consciente de esta realidad. Pienso que el diario terapéutico me servirá para analizar mi entorno de forma mucho más abierta y científica. Pienso que, de todas formas, siempre existe en cualquier investigación un detonante, en muchos casos fortuito, como le ocurrió a Fleming cuando volvía de unas vacaciones familiares en agosto de 1928 y se encontró un hongo donde no debía haber un hongo. Lo que a mí me ha hecho ser consciente, durante mis vacaciones estivales pero en un mes de julio, de una realidad hasta ahora oculta para mí, ha sido la ducha del baño, o para ser más exactos, el teléfono de la ducha del baño. Recuerdo que esta mañana cuando nos hemos despertado Ella y yo, después de pasar una noche sin sudar, hemos decidido darnos una ducha, a pesar de no haber sudado, para mantener la imagen de personas higiénicas. En el momento de entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta, hemos echado a suerte a ver quién se metía primero en la bañera

para proceder a la operación de ducharse, y me ha tocado a mí. Pero en el momento de introducir mi cuerpo y cerrar las cortinas de baño, que cuelgan para evitar que se ponga todo el suelo perdido de agua, he caído en un estado de estupefacción del que no podía salir hasta que Ella me ha preguntado que qué hacía, que no oía el agua, momento en el que abrió las cortinas y me encontró desnudo, claro está, pero inclinado mirando el teléfono de la ducha. Ella me pregunta que qué demonios hago mirando la ducha y sin ducharme. Yo tengo que reaccionar a la fuerza y le digo que estoy estudiando el mecanismo del sistema. Ella me contesta que qué mecanismo estoy estudiando, que se trata del teléfono de un grifo de ducha y no de un avión. Yo le digo que ahora los hacen más complicados y no quería sufrir un choque cardíaco producido por el agua fría, y que en esta ciudad el agua sale muy fría, pero le oculto la verdadera razón de mi estupefacción que no es otra que el ver que el teléfono de la ducha es idéntico a un platillo volante. Ese platillo volante ha producido en mi mente un mecanismo desencadenador de asociaciones por las que ahora soy consciente de la naturaleza extraterrestre de la persona que ha colocado ese grifo de ducha, o al menos de su manipulación y/o abducción en manos de seres extraplanetarios. Ella me dice con voz alterada, pero en susurros para que no nos oigan ni FM1 ni FM6, que haga el favor de ducharme que no podemos estar encerrados en el baño todo el día. Mientras procedo a enjabonarme y aclararme, no dejo de pensar en el simbolismo de ese grifo de ducha y de la intencionalidad de quien lo haya puesto ahí. ¡Un ovni en la bañera! ¡Un ovni en la bañera! ¡Un ovni en la bañera! Finalmente decido salir pero pienso que será mejor no decirle por ahora nada a Ella sobre la revelación que acabo de sufrir. Ella me dice que dónde voy, que no me he aclarado el champú de la cabeza, y que haga el favor de concentrarme. Le digo que ha sido un despiste porque estaba estudiando el cierre opcional que el grifo de la ducha tiene para cortar el fluido del agua pero sin necesidad de cerrar los grifos de agua caliente y fría. Prefiero no escribir el co-

mentario que a continuación Ella me dirigió ya con cierta cara de sapo. Además hizo referencia a que FM1 y FM6 podían pensar que estábamos haciendo cualquier cosa aquí dentro. Salgo de la bañera con el pelo aclarado, mientras pienso en esas cosas que FM1 y FM6 puede que piensen que estamos haciendo dentro del baño.

Ya aseados y con nuestra imagen de personas higiénicas en un alto estado de valoración, quedamos por teléfono con FM2 y FM3 para tomar un café. Quiero puntualizar que FM3 vive provisionalmente desde hace un año y medio con FM1 y FM6 por motivos que no vienen al caso, pero que a causa de nuestra llegada se ha ido a vivir, también provisionalmente, con FM2. Quiero puntualizar que, al salir del baño, procedimos a intercambiar los saludos matinales pertinentes con FM1 y FM6, así como los besos oportunos.

Cuando llegamos al lugar de encuentro, ya estaba allí FM2 tomando un café. Intercambiamos los besos pertinentes y nos enteramos que FM3 está a punto de llegar. Ella se pide un café y yo una caña con un pincho de tortilla. Inmediatamente llega FM3, nos levantamos e intercambiamos los besos pertinentes y oportunos. Recuerdo que al rato de hablar sobre asuntos ocurridos a lo largo del año, FM3 hace referencia a la ducha del baño de la casa de FM1 y FM6, cosa que aprovecho para preguntar que quién puso ahí ese grifo de ducha, a lo que FM3 me contesta “fui yo”, para continuar relatando que lo colocó al poco de llegar a vivir provisionalmente en casa de FM1 y FM6. Prefiero no hacerle ninguna pregunta directa acerca de si en algún momento sufrió cualquier tipo de abducción y/o manipulación obscena por parte de seres extraplanetarios, pero pienso que a lo largo de esta estancia estival debo sondear a todos los miembros de mi familia que viven en esta ciudad, para intentar aclarar quiénes han tenido relación con extraterrestres y quiénes no. El pincho de tortilla estaba muy bueno y con el precio adecuado.

Después de este encuentro aclaratorio, decidimos Ella y yo dar un paseo por la ciudad. A la hora de comer nos dirigimos a casa, donde FM1 muy amablemente nos había preparado la comida. Comemos como es tradicional todos juntos, es decir, todos los que en esa casa estamos habitando estos días, a saber: FM1, FM6, Ella y yo. Ellos se comen unos guisantes con jamón y yo me como los mismos guisantes pero sin jamón. Después de comer procedemos a echarnos una siesta reparadora. A pesar de tener en mi mente todos estos asuntos sobre la relación que los miembros de mi familia han podido tener con seres extraplanetarios, me viene a la cabeza la posible tragedia que estuvo a punto de ocurrir en nuestra casa durante la visita de Lalo y Lola. Mientras comienzo a entrar en un estado preonírico, recuerdo la tarde en que Lola, después de darse una ducha, salió corriendo del baño con la cara desencajada gritando, con la voz rota, que se había envenenado. Recuerdo que todos saltamos de nuestros sillones donde estábamos adormilados y comprobamos que Lola olía fuerte. Recuerdo que ese olor me era familiar y que Ella le preguntó que qué le había pasado, a lo que Lola contestó, con la voz igual de rota y los ojos llorosos y rojos, que al ver un inhalador encima de la cisterna de la taza del inodoro, pensó que era un medicamento para los alérgicos y que como él (ella) estaba comenzando a notar ciertos síntomas asmáticos, decidió apretar el aparato e inhalar el gas expulsado, momento en el que sufrió una brutal irritación en ojos y garganta. Ella le dice que eso no era ningún inhalador para el asma, sino el ambientador que tenemos para eliminar los malos olores del baño cuando alguien ha hecho de mayores. Recuerdo que en menos de un minuto ya teníamos un vaso de agua preparado, que Lola se bebió casi de un trago, tras lo cual comenzó a hablar con la voz menos rota. La última imagen que me asaltó antes de caer en los brazos del Morfeo vespertino, fue la de Lola lavándose los ojos con agua fresca del grifo.

Sin embargo, quiero anotar que este primer día de estancia en la ciudad de mis familiares, todavía nos guardaba una sorpresa

de carácter igualmente reveladora. Después de despertarnos de la siesta, tanto Ella como yo pensamos que sería buena idea salir a dar un paseo por la ciudad, pero esta vez con la cámara de fotos por si apareciera algún motivo que Ella considerase interesante. Recuerdo que en el momento de atravesar uno de los muchos arcos que hay en la ciudad, observamos a un grupo de músicos que estaban tocando para intentar recoger algo de dinero. Al pasar por su lado compruebo que tocan música popular de los Andes. Al levantar la mirada hacia los músicos, veo que el hombre que toca el bombo y lleva sombrero andino me taladra con sus ojos, mientras dibuja una media sonrisa con su boca justo en el momento en que Ella decide arrojarles una moneda al otro sombrero andino que tenían depositado en el suelo para recoger los óbolos, mismo momento en el que pienso que esa mirada me resultaba intrigante, pero recuerdo inmediatamente que durante la visita de Lalo y Lola, y mientras tomábamos unas cerveza todos juntos en la terraza de un bar de la ciudad donde trabajo, a la que habían acudido para hacer turismo hasta que yo terminara mi jornada laboral, me sobresalté al ver pasar aquel extraño hombre que me taladró también con su mirada en el momento que salía de la nave industrial con las plantas de plástico sustraídas, momento en el que Lalo exclamó ¡vaya pedazo de maricón!, Ella se rió, pero yo le comenté nervioso que esa persona me parecía muy extraña y que casi se podía pensar de él que era un extraterrestre (comentario este que sabía no se iban a tomar al pie de la letra), pero Lalo me contestó que qué extraterrestre ni qué niño muerto, que ese tío perdía aceite por los cuatro costados y que ellos saben detectar fácilmente cuándo otro tío entiende. Yo le pregunto que qué es lo que entiende, pero Lalo ya un poco cansado me dijo una obscenidad que prefiero no anotar en este subdiario terapéutico.

Una vez dejado atrás el arco con los músicos andinos, no sé que pensar acerca del músico que me taladró con la mirada, si asociarlo a un contacto de la Comunidad del Chupete que esté aquí siguiendo nuestros pasos para atentar contra nosotros en

cualquier momento, o si sencillamente es otro tío que entiende, como parece ser que era aquel extraño ser del polígono industrial.

Ella me nota algo compungido y me pregunta que qué me pasa. Yo le contesto que me gustaría tomarme un pincho de tortilla con una caña. Al regresar a la casa, hacemos algo de tertulia con FM1 y FM6. Aunque la conversación de FM6 siempre es bastante limitada, sin embargo la de FM1 siempre es bastante fluida. Cenamos unos tomates de la zona con un vaso de vino.

Seguramente volveremos a dormir perfectamente, sin sudar, pero antes de conciliar el sueño me viene a la cabeza la imagen del músico andino sonriéndome mientras Ella arrojaba una moneda al sobrero del suelo. Pienso que esa sonrisa no era de agradecimiento por la moneda. Pienso que esa sonrisa escondía una amenaza encubierta. Tendré que estar atento los próximos días para detectar cualquier señal de posible seguimiento por parte de miembros indirectos de la Comunidad del Chupete. Pienso que fue una lástima no poder terminar mi trabajo como tarotista afro y eliminar todo conato de atentado contra mi persona. Una vez más pienso que los responsables de esta situación son Lalo y Lola y sus malditas sandías nocturnas. Decido cerrar este ordenador pequeño (net-book) que me he traído para escribir el subdiario, y dormirme.

22 de julio. 4º día de viaje

Hoy al levantarnos no nos hemos duchado, pues hemos pensado que nuestra imagen de personas higiénicas no saldría muy dañada al prescindir de esa ablución. Así que, después de intercambiar los pertinentes saludos y besos con FM1 y FM6, nos hemos ido a visitar un emblemático monasterio de la zona donde los monjes fabrican un curioso elixir. Teníamos pensado comprar un frasco de este elixir junto con otra cosa para llevarles a FE1 y FE2 a la vuelta del viaje.

Recuerdo que una vez en el monasterio, y después de comprar los regalos mencionados, decidimos pasearnos por las zonas internas del monasterio abiertas al público. Recuerdo que mirando un sepulcro de alabastro, me di cuenta que una de las figuras llevaba una peineta, por lo que rápidamente le pedí a Ella que me hiciera una foto de la figura y del sepulcro en general como documento complementario de mi tesis, momento en el que me vino a la cabeza de nuevo la corbata que el Presidente del Tribunal se puso para la ocasión y que acabó manchada con crema de calabaza, al mismo tiempo que rememoré el momento en el que saqué mi pequeño ordenador, este en el que ahora estoy escribiendo y que en realidad es de Ella, momento que me resultó algo embarazoso pues el ordenador está repleto de pegatinas de pimientos verdes y ositos de peluche. Recuerdo que mientras Ella me hacía las fotografías de la figura con peineta, yo recordaba las miradas que sobre el mini ordenador echaba mi director de tesis, sin llegar a pronunciar ningún comentario al respecto de las pegatinas de pimientos verdes ni de las de los ositos de peluche. En cualquier caso, creo que ninguno de los doctores del tribunal llegó a percatarse de los adornos del mencionado net-book (palabra por cierto que no me gusta en absoluto, y de lo que quiero dejar constancia en este subdiario).

Pero sin duda lo más importante del día de hoy, de cara a mis anotaciones terapéuticas, es lo que a continuación expondré.

Resulta que hoy estaba programado que vendrían a comer a esta casa, FM2 y FM3, lo cual pensaba que podría proporcionar información valiosísima a la hora de sopesar la cantidad de miembros de la familia con posibilidades de haber sido abducidos y/o manipulados, como así fue en realidad.

Quiero puntualizar que FM6 no estuvo de comensal, ya que permaneció en su habituación durante todo el día. Quiero también puntualizar que este comportamiento, aunque pueda parecer algo extraño, sin embargo es completamente normal tratándose de FM6. Recuerdo que todos comimos salmorejo de primero y de

segundo ellos un pollo con ciruelas. Mientras se comen el pollo no puedo dejar de pensar algún momento en la miserable vida que tuvo que llevar ese pollo, encerrado en una jaula con sabe Dios cuántos pollos más, con luz de día y de noche para que las gallinas no paren de poner huevos y finalmente sacrificado para pasar a ser una simple abstracción de pollo. Recuerdo que mientras pensaba en la miserable vida del pollo que ellos se estaban comiendo, al mismo tiempo se reían de ciertas torpezas asociadas a mi infancia y juventud. Recuerdo que en un momento dado, comencé a estar un poco harto de tanta torpeza. Recuerdo que también salieron a colación Sor Gregorio y el Padre J. Por cierto que yo de segundo plato comí una tortilla de patatas.

Quiero anotar que cuando se había llegado al clímax del repaso de todas mis anomalías físicas infantiles y juveniles, así como de las conductuales correspondientes al mismo periodo vital, comencé yo a pasar revista de todos los miembros de la familia que hubieran tenido posibles avistamientos. Así salieron a colación algunos de los que ya tenía noticia, como el avistamiento de FM2 cuando era joven, o el de FM5 (por cierto, miembro este de la familia ahora en paradero desconocido). Sin embargo me enteré de un antepasado, llamémosle FM-2⁶, que también fue testigo de un avistamiento y que incluso llegó a ser publicado en el periódico local donde él vivía allá por los años cuarenta.

Ahora ya más tranquilo, y dedicado al repaso del día con Ella dormida en la cama de al lado, puedo concretar que los familiares míos que han tenido algún tipo de avistamiento han sido FM-2, FM2, FM5 (ahora en paradero desconocido), FM8 (posiblemente ya -FM8, y también en paradero desconocido desde hace muchos años). Ahora tendríamos que añadir a esta lista, la de los familiares míos abducidos y/o manipulados por seres extraplanetarios, hayan tenido o no avistamientos. Aquí tengo que

6 Creo adecuado identificar a los familiares muertos, tanto de Ella como míos con un signo negativo delante.

encabezar la lista yo mismo (amparado por las afirmaciones del hombre del bar-panadería de Quintanabaldosa), y me atrevería a añadir inmediatamente a FM6. Quiero puntualizar que FM6 ha desarrollado unas alteraciones físicas y conductuales, de las que no puedo sino pensar que proceden de unas manipulaciones y experimentos que seres extraterrestres han llevado a cabo con dicho miembro de la familia. Sin embargo estos experimentos a la vista está que han sido infructuosos y/o mal protocolizados. Pienso que por un lado FM6 ha sido objeto de varios implantes, de los que al menos uno le ocasiona una tendencia a rascarse la espalda de forma compulsiva. Recuerdo que en anteriores viajes esta desviación conductual no era continuada, pero este año he podido comprobar que el brazo derecho ya no suele aparecer en la parte frontal del cuerpo sino en esporádicas ocasiones, permaneciendo el 99 % del tiempo completamente doblado por su articulación (es decir el codo) y colado a la altura de la espalda de forma que facilita el rascado continuo del punto donde se supone que los alienígenas le han colocado uno de los implantes adulterados y/o deteriorados. Como consecuencia de esta adulteración, FM6 solo dispone de un brazo operativo, el izquierdo, con el que intenta barrer y pasar el plumero a diferentes objetos de la casa con bastante poca efectividad, y además toda la ropa destinada a cubrir su torso adolece de un considerable roto (en realidad agujero) justo en lugar donde procede al rascado compulsivo. Con respecto a las desviaciones conductuales, FM6 ha desarrollado diferentes fobias, de las que quizás la más significativa sea la agorafobia, lo que le lleva a permanecer en reclusión dentro de la casa evitando salir de ella a toda costa. También ha desarrollado un evidente síndrome de Diógenes, teniendo FM1 y FM3 que registrar sus armarios de forma periódica para eliminar de su interior restos de comida, pequeñas bolsas de basura y restos de ropa vieja y rota (con otros rotos aparte del agujero en la espalda). Por ahora no quiero dedicarle más espacio a FM6 en este subdiario, pero sin embargo considero llamativa y puede que sintomática su tendencia a cantar y

hablar cuando pasea por el reducido pasillo de la casa. Esto último me hace pensar que, muy posiblemente, los seres extraterrestres que en su día la manipularon, hayan implantado algún dispositivo en su cerebro por el que FM6 ha perdido las referencias habituales que los seres humanos tenemos del entorno, convirtiendo un pasillo de tres metros de largo en una gran avenida o parque de ocio. Es casi un hecho ineluctable que los alienígenas se han cebado con FM6 a la hora de proceder a las manipulaciones y/o experimentaciones. Quiero puntualizar en cualquier caso que no puedo aquí atreverme a afirmar que FM6 haya sido objeto de manipulaciones obscenas, aunque sería plausible que si alguna de esas manipulaciones hubiera resultado también defectuosa o adulterada, probablemente haya causado una desviación añadida en la conducta de este familiar.

Quiero anotar que el salmorejo de FM3 todavía me repetía avanzada la tarde. Después de la sobremesa, Ella y yo decidimos salir a dar un paseo por la ciudad. Para intentar eliminar la continua presencia del salmorejo en mi estómago y en mi mente, decido proponerle a Ella que tomemos una caña y un pincho en cualquier bar de la zona. Acepta y procedemos a tomarnos sendas cañas y una tapa de patatas bravas. Las patatas no me parecen muy buenas pero al menos el precio sí. Después de ingerir esa especie de merienda, continuamos el paseo y Ella hace fotos incesantemente a las farolas, porque dice que parecen hortalizas plantadas en el asfalto.

23 de julio. 5º día de viaje

Una noche más sentado en esta cama, con Ella durmiendo en la de al lado, paso revista a unos sucesos que han sido de nuevo reveladores, al mismo tiempo, todo hay que decirlo, que preocupantes (si no alarmantes).

Al ser un día laboral, cosa que he sabido por el calendario ya que de vacaciones todas las jornadas te parecen iguales, hemos decidido ir a un centro especializado en renovar carnets de conducir. Su dirección nos la había proporcionado FM2, cuando en uno de estos encuentros que hemos tenido le preguntamos si sabía de la existencia de alguno de estos centros especializados en la renovación de carnets de conducir. Pienso que fue buena idea anotar la dirección que FM2 nos proporcionó. Pienso que gracias a que la anotamos nos fue fácil encontrar el lugar. Recuerdo que una vez allí y después de esperar algún tiempo, del que como es habitual no puedo precisar su duración en minutos, me hacen pasar a una sala donde me revisan la vista, momento en el que comienzo a ponerme nervioso porque pienso en las últimas alteraciones de mi capacidad visual, y en las gafas con prismas que me puso Paco el óptico. Pienso que igual me dicen que con prismas en las gafas no puedo conducir. Pienso que, a lo mejor, al hacerme leer las letras del cartel luminoso, encuentran que mi visión no es apta para poder llevar un coche. El doctor (o lo que sea), no me dice nada y, terminadas las pruebas de visión, me hace pasar a otra sala donde puedo observar el típico aparato parecido a una máquina de juegos electrónicos, donde adivino que se simulará un circuito con obstáculos que deberé salvar. Me pongo otra vez nervioso, pero más nervioso que cuando me iba a mirar la vista. Pienso que dada mi visión deficiente y los prismas colocados en mis gafas que dificultan la percepción lateral, cometeré errores por los que me descalificarán como conductor de vehículos tipo turismo. El hombre de la bata blanca me dice lo que yo ya sospechaba, es decir que me agarre a los mandos (dos palancas en forma de T, que salen del aparatito) e intente no salirme del circuito marcado. Al agarrarme a los mandos, noto cómo la hipersudoración se está cebando con mis manos. Compruebo que el circuito ha comenzado a moverse y mi falta de reflejos hace que nada más empezar me choque contra un lateral y empiecen a sonar pitidos. El maldito circuito se acelera y comienzan a aparecer curvas, los

pitidos correspondientes a mis choques empiezan a sucederse a un ritmo desesperante. El hombre de bata blanca ha desaparecido y pienso que al oír tanto pitido va a venir a ver qué pasa. Mis manos son ríos de sudor y el nerviosismo hace que me choque todavía más veces contra esas odiosas curvas que no dejan de moverse. Pienso que es absurdo diseñar un simulador de conducción donde los bordes laterales se mueven simultáneamente hacia el centro de la pantalla. Pienso que la verdadera carretera nunca se va a estrechar a esa velocidad, pienso que este simulador lo ha diseñado un verdadero sádico, mientras ya estoy convencido que cuando el de la bata blanca (que dudo mucho sea un médico) vea los resultados de la prueba, me van a echar a patadas del centro. Intento visualizar el pantano para relajarme, pero al visualizar el pantano dejo de visualizar la demencial carretera de la pantalla, golpeando el supuesto vehículo contra todos los bordes, con lo que los asquerosos pitidos se convierten ya en un zumbido continuo insoportable. Por si fuera poco, a veces el lateral izquierdo se mueve en un sentido y el derecho en otro. Pienso que si esto no para pronto, puedo sufrir un episodio de vértigo. Comienzo a estar harto de tanto pitido. Siento impulsos de gritar al de la bata blanca para que venga a parar esta horrible máquina. El supuesto médico aparece justo en el momento en que se termina la tortura. Siento que mi vista ha sufrido con esta espeluznante prueba, y que el exceso de atención ha podido provocarme un aumento en mi necesidad de portar prismas en las gafas. Quito las manos de los mandos y compruebo que han quedado completamente encharcados por mi sudoración.

Incomprensiblemente me dice que la prueba es correcta y que ahora me harán la revisión médica, momento en el que pienso que esa prueba (la del simulador diabólico) no es más que una forma de enriquecerse a costa del sufrimiento ajeno. Pienso que con tanto pitido por los choques en cada una de las curvas que aparecían, es imposible superar la prueba. Pienso que si hubiera

sido un videojuego, habría aparecido el “Game Over” a los cinco segundos del comienzo.

En cualquier caso, ahora desde la tranquilidad que me ofrece el estar recostado en esta cama con Ella dormida a mi lado, soy consciente que toda esa prueba maquiavélica no tiene la mayor importancia si mis sospechas con respecto al suceso que ocurrió inmediatamente después acaban convirtiéndose en realidad. Recuerdo que una vez que el hombre de la bata blanca (para mí ya más carnicero que médico) me dijo que pasara a otra sala para la revisión médica, comprobé que estaba esperándome una doctora (o supuesta doctora) también con bata blanca pero de agradable aspecto. La doctora (o lo que sea) me enseña el aparato de tomar la tensión arterial y, sin necesidad de que me lo pida, procedo a remangarme para que ella también pueda proceder a medirme la tensión arterial. Mientras infla con la perilla esa especie de faja para el brazo, pienso que dada mi condición de vegetariano convencido mi presión arterial será como la de un niño, ya que no ingiero grasa alguna, momento en que la doctora me dice que tengo la tensión un poco alta, algo que achaco al nerviosismo que todo viaje implica y al que todo hombre experimenta cuando una mujer de aspecto agradable le toma la presión arterial. Sin embargo, en el momento de anunciarme el problema bascular que padecía, soy también consciente que su acento es del tipo andino, por lo que alzo rápidamente la mirada y compruebo que, efectivamente, sus rasgos faciales corresponden a una posible adoradora de la Pachamama. Decido ponerme otra vez nervioso. Pienso que si esto continúa así, acabaré la jornada ingiriendo un ibuprofeno. Pienso que si ahora la doctora andina me volviera a medir la presión arterial ya no estaría un poco alta sino muy alta.

En estos momentos, mientras escribo estas anotaciones, oigo a FM1 que sale de su habitación y comienza a andar por el pasillo. Pienso que no creo que vaya a la cocina a sentarse en su taburete para mirar a la pared. Pienso que esa conducta solo la realiza para desayunar y para cenar. Pienso que utiliza el taburete y

la contemplación de la pared de la cocina, como método de relajación. Pienso que quizás el dibujo de los azulejos de la cocina tenga cualidades relajantes. Pienso que debería pedirle a Ella que haga una foto del dibujo de esos azulejos, para usarlos en mis regresiones como método alternativo de relajación controlada, y así poder sustituir al pantano cuando lo estime oportuno. Todo se esclarece. FM1 entra en el baño. No quiero anotar nada nuevo hasta que salga del baño. Anoto, eso sí que la espera es larga. Anoto también que me entra sueño. Por fin oigo el sonido de la cisterna y me preparo para continuar mis anotaciones terapéuticas. FM1 ha vuelto a su habitación, al parecer sin ningún percance. Quiero puntualizar que mi seguridad al respecto de la identidad de FM1, se debe a que el suelo de esta casa es de madera y cruje de tal manera que me es muy fácil identificar a los que deambulan por sus pasillo, gracias a la intensidad del crujido, y teniendo en cuenta que FM6 dado su menudo porte produce un crujir de maderas bastante débil, el que ahora he podido escuchar no podía corresponder a otra persona que FM1.

Quiero continuar mis anotaciones terapéuticas, puntualizando que la doctora andina (no puedo asegurar si Boliviana o Peruana), comenzó a preguntarme una serie de datos personales que levantaron todas mis sospechas. La doctora me pregunta mi nombre, cosa que me deja estupefacto pues a la entrada ya me habían pedido mi carnet de conducir caducado y, por si fuera poco, mi carnet de identidad. Pero continúa preguntándome los apellidos, y lo que aún me resulto mucho más temerario, mi dirección, momento en el que pienso darle una dirección falsa ante la posibilidad de que esta supuesta doctora fuera en realidad un agente relacionado con la Comunidad del Chupete, que está recabando todos estos datos para poder confirmar mi identidad y así proceder luego al atentado contra mi persona y quién sabe si también contra la de Ella. Sin saber por qué, y quizás en uno de los actos más estúpidos que haya cometido en mi vida, le doy mi dirección verdadera, momento en el que pongo cara de macaco

asustado. La doctora (o supuesto agente camuflado de la Comunidad del Chupete) me mira un tanto desconcertada, pero inmediatamente pienso que es una pose para hacerme creer que es una verdadera doctora. Mientras apunta en una hoja cosas que no puedo entender, ya que me resulta muy difícil interpretar su letra y más al verla desde el lado contrario, pienso que los músicos andinos que antes de ayer nos encontramos en aquel arco y a los que desafortunadamente Ella les echó una moneda, dieron parte de nuestra presencia en la ciudad a todos los agentes que la Comunidad del Chupete puede que tengan aquí. Pienso que esta falsa doctora va a enviar todos mis datos personales a algún miembro de esa maldita Comunidad, y luego recibirán la orden de atacar contra mi persona y/o la de Ella. La falsa doctora sigue escribiendo, mientras pienso que algo falla todavía en mis deducciones, momento en el que sufro una significativa revelación, al acordarme del grifo de la ducha que instaló FM3 en la casa de FM1 y FM6. Pienso que es muy difícil que la Comunidad del Chupete supiera a qué ciudad íbamos a dirigirnos Ella y yo para pasar nuestras vacaciones familiares. Pienso que solo mediante la intervención de un extraterrestre sería posible averiguarlo, momento en el que recuerdo muy vivamente el día en que comenzó mi relación con la Comunidad del Chupete, cuando al caerme de la silla con el chupete en mi poder, noté que alguien quería proceder a manipularme obscenamente, por lo que deduje que entre ellos se escondía un extraterrestre. Ahora lo veo todo con una gran claridad. Creo firmemente que entre la Comunidad del Chupete hay infiltrado y camuflado de andino, un alienígena que es el que les ha facilitado el nombre de la ciudad a la que vendríamos Ella y yo a pasar nuestras vacaciones familiares. La falsa doctora me dice algo, pero no la escucho porque todavía me encuentro analizando todos los datos que aparecen en mi mente acerca de la verdadera naturaleza de esta organización clandestina. Le digo que sí a todo, aunque no sé a qué estoy diciendo que sí. La falsa doctora se despide, por lo que doy por concluida esta horrible ex-

perencia. Decido despedirme con una aparente amabilidad para que no sospeche que me he dado cuenta de su verdadera condición de agente camuflado de la Comunidad del Chupete.

Vuelvo a la sala de espera, donde Ella está leyendo tranquilamente una revista. Me mira y me dice que qué pasa, seguramente por ver en mi cara, todavía de macaco asustado, la expresión viva del miedo. Le digo que todo ha ido bien y que me mandarán el nuevo carnet de conducir nuevo a nuestro domicilio particular. También le digo que la broma me ha costado casi 90 €. Me dice que no es para tanto y que lo importante es que tenga un certificado con el que pueda conducir hasta que me llegue el nuevo carnet. Le digo que ese certificado me lo darán en la recepción, y pienso que al desviar la conversación a los 90 € Ella pensará que mi cara de macaco asustado corresponde al susto por la cantidad a pagar.

Pienso que la única solución a este problema es dirigirme en cuanto volvamos al bar de Manolo disfrazado de tarotista tipo afro, para reanudar inmediatamente las tiradas de cartas hasta que aparezca uno o varios miembros de esta enfermiza Comunidad y convencerles de que yo en realidad soy un protector suyo. Pienso que mi nueva condición de Doctor en Historia, no me sirve para nada a la hora de solucionar estos problemas. Recuerdo al Padre J. y lo maldigo. Pienso que si no me hubiera quitado el chupete de goma cuando contaba con cuatro años, no estaría ahora en esta situación. Pienso que el hecho de que Sor Gregorio me metiera en una papelera no ha tenido al final tanta trascendencia en mi vida, pero que la retirada de mi chupete por parte de aquel supuesto cura, puede ser vital en mi futuro. Ahora, escuchando la respiración fuerte de Ella dormida en la cama de al lado, pienso que el Padre J. pudo muy bien haber cometido aquel vil acto, para condicionar mi vida de forma que acabara en manos de una Comunidad que a su vez está controlada por seres extraplanetarios, mientras pienso en los implantes adulterados de FM6 y me aterra pensar que me implanten a mí otros que acaben de igual manera es-

tropeándose y produciéndome desviaciones físicas y/o conductuales.

No quiero cerrar las anotaciones de este subdiario correspondientes al día de hoy, sin puntualizar que después de haber obtenido un certificado que me capacitaba para poder conducir un vehículo tipo turismo, nos dirigimos a una sucursal de la agencia en la que habíamos alquilado el coche, para poder emprender este viaje desde la ciudad de FE1 y FE2, y pedirles que me habilitasen también a mí para conducirlo y así relevar a Ella en el penoso asunto de la conducción. Quiero anotar, sin comentarios despectivos hacia esta agencia de alquiler de coches, porque no aportan nada al carácter terapéutico de este subdiario, que para habilitarme a mí como segundo conductor nos reclamaban la nada despreciable suma de 120 €, por lo que tanto Ella como yo decidimos inmediatamente salir del establecimiento sin proceder a ningún reajuste del contrato. Quiero anotar que en el viaje que tenemos previsto realizar al zoológico que hay en una conocida ciudad a casi 200 kilómetros de esta, tendrá que ser de nuevo Ella quién se encargue de conducir el vehículo. Ahora, desde la tranquilidad nocturna, le miro la cara dormida, mientras respiro profundamente y observo los herpes labiales que ha desarrollado a causa de los nervios sufridos en la conducción del día 20. A pesar de mi condición de ateo convencido, ruego a Dios que no le salgan nuevos herpes en la conducción de mañana camino del zoológico.

El sueño me ataca con rabia. Quiero puntualizar que todavía quedan bastantes cosas que anotar del día de hoy, pero como me he dado una licencia de 48 horas (en casos excepcionales) para considerar el diario como un diario escrito en tiempo real, y como considero que todo lo acontecido hoy otorga la condición de excepcionalidad requerida, decido anotar el resto de acontecimientos mañana. Solo terminar anotando que en la comida de hoy he comido un plato de lentejas viudas, mezcladas con el resto de guisantes que sobraron del día de ayer.

24 de julio. 6º día de viaje. (1º del subviaje)

Cambio de escenario. Ahora no estoy en la habitación de estos días anteriores, sino en la de un hotel de pueblo norteño. Ella sí que está dormida a mi lado, pero en la misma cama, puesto que es de matrimonio. El día ha sido intenso en emociones, sobre todo en emociones de Ella, porque ha tenido que conducir durante los últimos 100 kilómetros de viaje. En cualquier caso, no quiero comenzar a anotar los acontecimientos del día de hoy, ya que antes debo terminar lo que quedó pendiente de ayer, pues en caso contrario perdería este subdiario su condición de estar escrito en tiempo real, cosa que me he propuesto desde un principio.

Ayer, después de echarnos una siesta bastante reparadora, fuimos a visitar a FM2 y FM3. Aprovecho que en esa casa hay Internet para consultar mi correo electrónico, momento en el que observo un correo procedente de la universidad. Recuerdo que comenzaron a sudarme las manos, con el miedo en el cuerpo, al pensar que podía tratarse de una rectificación de última hora por parte de los doctores del tribunal y una revocación de mi título de Doctor en Historia, después de haberse quedado todos con hambre en la invitación al vegetariano. Sin embargo el comunicado de la universidad me anunciaba que el tribunal había considerado calificar mi tesis doctoral sobre peines y peinetas como apta “Cum Laude”. Recuerdo que tuve que leerlo varias veces, por si encontraba algún error, o si percibía que el “Cum Laude” había sido todo él un error tipográfico. En un momento creo leer “Cum Fraude”, y tengo que releer tres veces el correo. Finalmente me convenció que la calificación ha sido esa y voy al cuarto de estar donde se encuentra Ella junto con FM2 y FM3. Les comunico la noticia e intercambiamos besos de felicitación, mientras pienso que mi apariencia de superioridad ha sido catapultada a cimas desconocidas para mí, hasta este momento claro está.

Después de tomar un café y unas pastas con FM2 y FM3, nos dirigimos Ella y yo a encontrarnos con AM1, AM2 y AM3⁷, con los que habíamos previamente quedado para vernos, tal y como hacemos cada año en nuestra visita estival a la ciudad.

Al entrar en la cafetería donde teníamos concertada la cita, observamos que ellos ya están esperando. Todos nos ponemos nerviosos y con el trasiego de besos empujamos la mesita y tiramos al suelo el azucarero que les habían servido, junto con unas tazas de té, haciéndose añicos y desperdigando todo su contenido. Inmediatamente se presenta una de las camareras con cara de sapo. AM3 suelta algún chascarrillo para quitar hierro al asunto, pero la cara de sapo de la camarera sigue en la misma posición. Antes de que nos diéramos cuenta, AM1 tenía en sus manos uno de esos teléfonos móviles de pantalla enorme, con el que procedió a enseñarnos las fotos de su último viaje. Yo me pregunto cómo pueden caber tantas fotos en un puñetero teléfono. Ella se pregunta cómo se pueden hacer buenas fotos como esas con un puñetero teléfono. Después de tres cuartos de hora viendo fotos de Islandia, pensamos Ella y yo que ya conocemos Islandia al completo. Yo particularmente pienso que ya no hace falta que vaya a Islandia. Por suerte AM1 recibe una llamada y tiene que dejar de enseñarnos fotos de Islandia, momento en el que aprovechamos para entablar urgentemente una conversación cualquiera con AM2 y AM3 para que cuando AM1 cuelgue el teléfono tenga que verse obligado a participar en la conversación y, por educación, no vuelva a mostrar ninguna foto más de Islandia. En el momento en que AM1 cuelga el teléfono aprovecho para comunicar lo de mi “Cum Laude”, pero nadie reacciona. La conversación

7 Por si acaso se me olvida, anoto aquí que AM1= Amigo mío nº 1, AM2= amigo mío nº2... etc., aunque quiero puntualizar que en realidad después de 21 años de matrimonio con Ella y de amistad con ellos, la verdadera identificación debería ser la de AN1, AN2... etc., es decir amigo nuestro nº1... etc., pero para ofrecer mayor unidad al subdiario, he preferido continuar con la identificación asignada a los familiares de M, como mío.

continúa mientras mi apariencia de superioridad se pregunta por qué nadie ha reaccionado y observo cómo baja unos cuantos peldaños en su valoración, mientras pienso que un “Cum Laude” se merecía una reacción eufórica por parte de todos los AM, mientras pienso que como AM1 vuelva a mostrar fotos de Islandia quizás le diga que en realidad Islandia es una mierda de país, cosa que desde luego no pienso, pero que vendría bien decírselo para que su apariencia de superioridad bajase también unos cuantos peldaños en la escala de valoración. Pienso que más vale un “Cum Laude” que un viaje a Islandia, por mucha foto que se traiga del viajecito. Pienso que yo también podría haberles hecho fotos a cada uno de los doctores de tribunal y estar ahora enseñándoselas a todos los AM. Pienso también que después de veinte fotos de Islandia todas parecen iguales, mientras que a los doctores del tribunal les podría haber fotografiado en diferentes situaciones y/o posiciones, incluso en el restaurante vegetariano y en la casa decimonónica, donde les hice una demostración como guía turístico. Mientras ellos continúan la conversación, yo recuerdo la lectura de mi tesis y recuerdo que todos los doctores del tribunal disponían de un micrófono para hablar, mientras que yo no disponía más que de mi pequeño ordenador con las pegatinas de pimientos verdes y ositos de peluche. Recuerdo que esta situación hizo que me creciera ante el temor de parecer a los doctores del tribunal un ser pusilánime. Recuerdo que después de que el Presidente, luciendo en mi honor aquella corbata adornada con peines, me diera permiso para comenzar la lectura de mi tesis, empecé a hablar lo más fuerte que pude para compensar mi carencia de micrófono. Pienso que debí de forzar la voz porque la garganta pronto comenzó a verse irritada. Recuerdo que en mi interior agradecí intensamente al bedel de la universidad, el haberme colocado al menos una botellita de agua mineral, de la que tuve que hacer un buen uso dado el volumen de voz que decidí emplear. Pienso que la transición entre diapositiva y diapositiva también me sirvió en algunos casos para interrumpir y des-

cansar, uno o dos segundos, de aquel vocerío en el que me vi envuelto a causa de la carencia de micrófono.

El día de ayer no merece más anotaciones, salvo que por la mañana y antes de que sucediera todo lo que he anotado, FM6 entró en crisis y se habló de llevarla a urgencias, ante lo que FM1 también entró en crisis y sufrió un ataque de ansiedad, ante lo cual se optó por llamar a Valentina, una amiga de FM1 y FM6. Valentina lleva a FM6 a urgencias. Quiero puntualizar que, por supuesto Ella y yo nos ofrecimos para llevar a FM6 a urgencias pero FM1, antes de que su ataque de ansiedad fuera muy intenso, nos dijo que no, que con nosotros nunca iría a urgencias y que era necesario que fuera con Valentina, momento en el que pienso si Valentina es una alienígena que está al corriente de todos los implantes adulterados que tiene en el cuerpo FM6, y que le acompaña para controlar que ningún médico los detecte y puedan descubrir la brutal experimentación que ha sufrido en manos de los alienígenas.

Mientras FM6 está en urgencias, FM1 nos dice a Ella y a mí que lo que necesita FM6 es un psiquiatra, y nos recuerda que ella misma estuvo en el psiquiatra y que otros miembros de la familia estuvieron en el psiquiatra y que por ir al psiquiatra no pasa nada, todo lo contrario.

Cuando regresa FM6 de urgencias, con una dosis importante de calmantes, diferentes a los que suele tomar por su cuenta, jura y perjura ante FM1 y Valentina (incluso ante nosotros dos) que efectivamente irá próximamente al psiquiatra, mientras yo dirijo la mirada a Valentina para intentar detectar posibles signos no humanos en su mirada y/o sus expresiones. No detecto nada y dejo que todo transcurra con normalidad. FM1 decide irse a la cocina y sentarse en el taburete a contemplar los azulejos, acompañada de un café y unos cuantos cigarros. Pienso que los azulejos están haciendo su función.

Ahora ya con todo lo importante, y al final incluso no tan importante, del día de ayer anotado, puedo proceder a anotar lo del día de hoy.

La salida se retrasa sin saber de nuevo por qué se retrasa. Creo que pudo retrasarse por el desayuno que decidimos tomar en un bar cercano a la casa de FM1 y FM6, donde yo me comí una rosquilla y Ella una palmera (de repostería), y nos leímos un par de periódicos locales.

A las 10'30 horas decidimos salir y decidimos también que sea yo quien conduzca, ya que consideramos hartamente improbable que nos pare la Guardia Civil. Quiero anotar que, de todas formas, Ella y yo habíamos acordado que en caso de que la Guardia Civil nos parase por el motivo que fuera, Ella inmediatamente tendría que poner cara de ardilla enferma y explicarles a los señores guardias que debido a una indisposición se vio obligada a dejar el volante y pedirme que condujera yo el vehículo. Considerando que esta estrategia era adecuada y nos apartaba de cualquier peligro, comenzamos a salir de la ciudad, momento en el que sin saber cómo y a causa de unos cambios realizados en el último año a lo largo de determinados tramos de acceso a la ciudad, nos perdemos y salimos por donde no tendríamos que salir. Yo me planteo si poner cara de sapo, pero como Ella dice que así vamos por una carreterita mucho más tranquila y que no le importa, decido olvidarme de esa cara.

Al estar cerca de un pueblo, que tanto Ella como yo conocíamos desde hace algunos años, y donde recordamos que venden buena miel, decidimos entrar para tomar un café y si fuera posible volver a comprar aquella miel. Al tomar la desviación al pueblo y acercarnos a una gran rotonda, comprobamos que ese día hay mercadillo y que la Guardia Civil tiene desplegados en esa misma rotonda tres vehículos, y que por si fuera poco está procediendo a parar a los coches y pedirles la documentación, momento en el que le prevengo a Ella que vaya poniendo cara de ardilla enferma. Ella no dice ni pío pero detecto que está a punto de padecer un

pequeño ataque de ansiedad. Afortunadamente antes de llegar al lado de uno de los vehículos de la Benemérita, un coche que entraba en la rotonda por otro de los accesos, se me adelanta y le paran a él, por lo que doy gracias a Dios y entramos al pueblo sin percance alguno.

El café transcurre con normalidad. Ella se impresiona al ver dos perros de tamaño descomunal. Me pregunta que qué es eso con cierta expresión de susto. Le digo que son mastines, y que si nunca había visto uno, y que en esta zona son frecuentes. Le digo que les haga fotos pero no accede a la petición, posiblemente por timidez. Encontramos la miel que buscábamos. Ella decide que será mejor no volvernos a arriesgar, que ha pasado muchos nervios al ver a la Guardia Civil, y que será mejor que conduzca Ella, momento en el que a mí me pareció bien, por la sencilla razón de no tener dotes de clarividencia y no suponer el ataque de ansiedad que Ella iba a sufrir según nos acercásemos a la gran ciudad norteña, por la que había casi que pasar hasta llegar al pueblo donde teníamos reservado el hotel.

Ahora ya tranquilos en esta cama, a la 1 de la madrugada aproximadamente, puedo recordar de forma serena cómo los nervios de Ella fueron creciendo a medida que el tráfico fue aumentando, debido a la progresiva cercanía de la gran ciudad. Sin saber por qué, comencé a parecer yo el culpable de la situación, aunque ahora desde la tranquilidad de esta cama deduzco que dicha culpabilidad se debía a la caducidad de mi carnet y la imposibilidad de haber alquilado el coche a mi nombre. Recuerdo que incluso mi “Cum Laude” comenzaba a estar en entre dicho. La situación comenzaba a ser algo preocupante, dado la acumulación de nervios que Ella iba sufriendo. Pienso que esto le causará la aparición de nuevos herpes labiales. Pienso que tras la aparición de los anteriores herpes labiales, quizás ahora no haya mucho sitio para los nuevos. Pienso que cuando empiecen a aparecer los nuevos herpes labiales, como consecuencia de este derroche de nervios, mi “Cum Laude” volverá a estar en entre dicho. Le pido que por

favor se salga por el primer desvío que pueda y que ya cogeré yo el coche. Me dice, entre otras muchas cosas, que no. Pienso que yo también estoy acumulando nervios. Pienso que igual me acabo cagando en el Zoo y en todos sus animales, aunque inmediatamente recuerdo mi condición de vegetariano convencido y decido no maldecir a los animales del Zoo. Milagrosamente aparece en un cartel el nombre del pueblo al que nos tenemos que dirigir. Poco a poco la tensión va desapareciendo. Poco a poco dejo de pensar en cagarme en el Zoo. Se anuncia el pueblo a 12 kilómetros, mientras pienso que la situación está ya controlada e incluso superada.

Una vez en el pueblo norteño de destino, comprobamos que hace mucho calor y mucha humedad. Pienso si volveremos a tener problemas para dormir como ocurre en nuestro lugar habitual de residencia. Ella dice que no lo cree y decidimos con las caras ya relajadas subir a la habitación y dejar la visita al Zoo para el día siguiente. El botones, o lo que sea, nos atiende amablemente y nos da la habitación 108. Decido no asociar el nº 108 a nada agradable ni desagradable. Decido no hacer sumas para ver qué carta del Tarot resulta de ese número. Decido relajarme y disfrutar de este subviaje. Al entrar en la habitación decido, eso sí, revisar cada uno de los armarios y cajones, ante la sospecha de que el extraterrestre infiltrado en la Comunidad del Chupete haya avisado a cualquier adorador de la Pachamama, para que venga a este pueblo a cometer el atentado. Pienso que quizás puedan haber instalado, sin que ese botones se diera cuenta, alguna cámara de vídeo escondida o grabador de sonido oculto. Mientras reviso cada uno de los rincones del armario Ella me dice que qué estoy haciendo. Yo decido no alarmarla y le digo que hago eso para ver si alguien se ha dejado algo en el armario. Ella me dice que para eso basta con mirar y no hace falta ir pasando la mano por todas las paredes del armario. Yo le digo que a veces la gente oculta tanto las cosas que luego se las olvida y que las llega a esconder en lugares insospechados. Ella me dice que qué es lo que tienen

que ocultar, a lo que ya algo alterado le digo que qué más da, que ocultan lo que sea. No encuentro nada sospechoso ni en el armario ni en los cajones de las mesitas de dormir.

Decidimos ir a dar un paseo por los alrededores del pueblo, y por la noche pensamos que sería buena idea ir a cenar a un bar que ya conocíamos, por haber sido lugar habitual de cenas en años ya lejanos. Al llegar comprobamos que han cambiado de dueños y que ahora el negocio lo llevan unos sevillanos. Me desconcierta, incluso puedo decir que me incomoda algo, el estar en un pueblo norteño escuchando por los altavoces del equipo musical del bar, una sevillana detrás de otra. A pesar de las sevillanas, decidimos sentarnos en la terraza y picar algo de comer. Cuando nos traen lo solicitado, nos percatamos que hemos pedido demasiada comida. Yo me como mis “papas aliñadas” y una ensalada con espárragos. Ella se come alguna papa mía, algo de mi ensalada, unos caracoles y un platazo de gambas al ajillo. Todo está muy bueno y a muy buen precio. Ella no puede acabarse las gambas y me pide que me las acabe yo, momento en el que pienso que me lo dice de broma. Ella insiste para que me coma sus gambas, momento en el que me doy cuenta que no me lo está diciendo de broma y tengo que apelar a mi condición de vegetariano convencido, a lo que Ella me responde que siempre se pueden hacer excepciones y que no hay que ser intransigente. Yo, ya un poco harto de tanta sevillana, comienzo a soltar un discursillo sobre el porqué de mi vegetarianismo, mientras me niego rotundamente a comerme sus gambas en tres o cuatro ocasiones más. Una vez que Ella consigue comerse casi todas sus gambas (a excepción de tres gambitas) decido entrar a pagar toda la consumición, momento en el que sufro un enorme escalofrío al ver todo el bar empapelado con carteles taurinos. El dueño del bar al ver mi estupefacción delante de uno de los carteles, me explica orgulloso que había sido banderillero de joven, momento en el que le pongo cara de cigüeña y le digo que me cobre, mientras pienso que debería vomitar todo lo comido en ese establecimiento, mientras

pienso en mis contactos antitaurinos y de cómo me tratarían si se enterasen que acabo de hacer una importante consumición en el bar de un banderillero. Al salir Ella me ve la cara que llevo y me dice que qué me pasa, y yo le digo lo del banderillero a lo que decide reírse, mientras yo sigo pensando en mis contactos antitaurinos y en mi condición de vegetariano convencido.

Finalmente, en el hotel, en la habitación, y en la cama. Solo quiero anotar, por último, que una vez que Ella había conciliado el sueño, decidí saltar sigilosamente al suelo para inspeccionar la parte inferior de la cama, al ser consciente que ese podría ser un lugar ideal para esconder un grabador de sonido, momento en el que me acuerdo del músico andino y su sonrisa aviesa, momento en el que al levantar la cabeza me doy con el borde de la cama y Ella se despierta. Al despertarse me pregunta que qué estoy haciendo en calzoncillos y arrodillado en el suelo mirando por debajo de la cama. Yo le digo que quería comprobar si había un orinal, a lo que Ella me dice, algo alterada por haberse despertado, que haga el favor de volver a la cama, que ahora ya nadie usa orinales, que el baño está a un paso de la cama, que yo nunca he utilizado orinales y que a santo de qué viene ahora todo eso. Me vuelvo a la cama y Ella me abraza, cosa que agradezco pero pienso en el calor que voy a pasar con Ella abrazada. Espero un buen rato a que comience a respirar profundo. Para entonces ya estoy encharcado en sudor. Muy sigilosamente le separo los brazos sin que se despierte y me incorporo lo suficiente para coger este diario, el cual lo había dejado en la mesilla a propósito. Me coloco la linterna de leds tipo espeleólogo (que también había dejado preparada en la mesilla), que compré en un todo a cien chino, y que es muy práctica para leer en la cama ya que tiene una cinta que te la pones en la cabeza y puedes disponer de las manos para leer o lo que sea.

Por fin se acaban las anotaciones. Mañana iremos al Zoo. Todo está en orden y tengo mucho sueño. Apago mi linterna de leds tipo espeleólogo.

25 de julio. 7º de viaje. (2º día de subviaje)

Esta noche pasada no he podido dormir bien, y la que se presenta creo que será aún peor. El acoso que estamos sufriendo está llegando a extremos ya insoportables. Incomprensiblemente Ella no se ha percatado todavía de la impresionante labor de espionaje que hay desplegada entorno nuestro, ni del grave peligro que corren nuestras vidas. Estoy casi convencido que el plan de los miembros de la Comunidad del Chupete, ayudados por su extraterrestre infiltrado, es acabar con nuestras personas en este pueblo norteño, ya que en mi ciudad natal resultaría mucho más difícil, al estar continuamente rodeados de amigos y familiares. Tengo que sobreponerme al miedo natural que todo ser humano experimenta cuando es consciente de la cercanía de su propia muerte y, lo que todavía es peor, de la muerte de su ser más querido. Reconozco que hoy he sabido mantener la sangre fría durante todo el recorrido por el zoológico, para que Ella pudiera disfrutar de la visita y de las fotografías disparadas a todos aquellos animales que iban apareciendo ante nuestra mirada. También he podido sobreponerme a mis dilemas con respecto a la lucha establecida entre mis principios éticos, como vegetariano convencido que soy, y mis principios emocionales, por los que prima las ganas de ver a Ella disparando a los animales (por supuesto en el sentido fotográfico de la expresión disparar).

Por otro lado, siento la necesidad compulsiva de revisar la parte inferior de esta cama de matrimonio cada vez que entramos en la habitación, y ya no puedo decirle a Ella más veces que estoy seguro de que nos acabarán poniendo un orinal. Tampoco puedo desviar por más tiempo cada una de las conversaciones que tenemos dentro de la habitación, hasta convertirlas en todo un panegírico de la comunidad andina instalada en nuestro país y de las maravillas culturales que esa gente nos ha legado desde el punto de vista patrimonial y antropológico, porque la última vez, es de-

cir hace escasamente una hora, me dijo que a santo de qué venía ahora esta obsesión por los bolivianos y peruanos afincados en España, a lo que no pude contestar que es una estrategia para que escuchen todo eso a través de los micrófonos ocultos instalados en nuestra habitación, y se convenzan de una vez de que somos personas protectoras de su Comunidad.

Soy consciente de que esta lucha tengo que librarla yo solo, y de que los honores de la victoria nadie me los podrá reconocer. Es una lucha en solitario y en el desconocimiento más absoluto por parte de Ella, y ya veremos si todo termina en ganarme a la Comunidad del Chupete y convencerles de que soy un protector suyo, o si la lucha tendrá que continuar para protegerme (o protegernos) de amenazas alienígenas.

Por lo pronto, comenzaré las anotaciones acerca del día de hoy y aprovechando que Ella comienza a respirar profundo, escribiendo acerca de lo inapropiado del comedor de este hotelucho rural. Hotelucho del que, a estas alturas, ya sospecho que pueda ser una tapadera detrás de la cual se puede esconder toda una trama de terroristas pachamámicos y/o de alienígenas infiltrados. El comedor, por llamarlo de alguna manera, aunque pienso que más adecuado sería referirse a él como minirefectorio, no es sino una habitación más del hotel, y una habitación sencilla y no doble, en la que se han retirado las camas para poner tres mesas con unas cuantas sillas. Al mismo tiempo, al armario de la ropa le han quitado las puertas y dentro han colocado sobre unas baldas a modo de estantería, una cafetera eléctrica y otros trastos. En el mismo armario-alacena también se encuentran apilados algunos platos y tazas. El armario-alacena, todo hay que decirlo, ha sido repintado con cierta gracia, y el café que han hecho es verdad que estaba bueno. Incluso nos han dado a elegir entre tostadas y alguna otra cosa que no recuerdo, porque al oír la palabra tostada dejé de prestar atención al resto de viandas ofrecidas. También me produjo un considerable agrado, el que mientras esperábamos a que las tostadas salieran del tostador, nos trajeran unos sobados

con los que entretenernos, los cuales estaban deliciosos. Sin embargo el reducido espacio de ese microcomedor, acabó produciéndome una especie de cierre en el estómago, seguramente por simpatía con las limitadas dimensiones del habitáculo. Creo que Ella no ha sufrido la misma experiencia y ha podido consumir el sobado y la tostada sin mayor problema. Al subir a la habitación para lavarnos la boca, decido hablar en voz alta sobre las propiedades terapéuticas de las plantas andinas bolivianas y de cómo su visión del mundo les ha llevado a ser reconocidos como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, a lo que Ella se limita a responder con un ¡vaya! y un ¡haz el favor de bajar la voz!, mientras revisa su equipo fotográfico, el cual lo guarda al completo en una mochila de más de 10 kilos de peso y que yo, como su fiel asistente fotográfico, porteo de mil amores de aquí para allá. Pienso que me gusta ser su asistente fotográfico. Pienso que si hubiera nacido en el Nepal me hubiera gustado ser un Sherpa.

Salimos, y esta vez conduzco yo el vehículo alquilado, a pesar de las posibilidades de que algún Guardia Civil nos pare por el motivo que fuera, y descubra que yo no estoy autorizado en el contrato de alquiler para conducir el vehículo en cuestión. Pienso que es más importante conservar la calma a bordo, que arriesgarse a pasar por un más que improbable control de la Guardia Civil.

El ambiente en el coche alquilado es de relax absoluto. Llegamos al zoológico y pagamos las consabidas entradas, pero ante la advertencia de la mujer que dispensaba las entradas y controlaba la barrera de acceso al parque, de que había que recorrer 25 kilómetros, decidimos entrar con nuestro vehículo de alquiler y seguir las rutas marcadas, mientras pienso que mi espalda va a agradecer el poder llevar la mochila del equipo fotográfico dentro del coche, al menos durante algunos trayectos.

En el momento de entrar al Zoo, mis principios éticos comenzaron a torturar a mis principios emocionales. Los primeros me increpaban por estar en un zoológico donde los animales, a

pesar de estar en semilibertad, no dejan de padecer una privación de la misma, al mismo tiempo que me recriminaban que con el dinero de las entradas contribuíamos al secuestro de más animales y al sufrimiento que se les causa. Mientras yo no veía tal sufrimiento y solo veía que Ella comenzaba a disparar su cámara como una verdadera posea a punto de ser exorcizada. Así pues, recuerdo que mis principios emocionales ganaron por nocaut el primer asalto del combate que se acababa de entablar contra mis principios éticos.

La verdad es que los espacios donde están alojados los animales, por lo general son tan grandes, que cuando nos bajamos del coche en cada una de las paradas señaladas para contemplarlos, nos encontramos con un grupito de personas preguntándose dónde estarán los malditos animales, ya que por allí no se veía nada. A veces oímos a alguien exclamar todo emocionado ¡allí!, y luego otros cuantos que añaden ¡sí, allí, allí!, mientras señalan con el dedo a un lugar lejano, donde ni siquiera yo con las fantásticas gafas de prismas fabricadas por Paco el óptico, soy capaz de distinguir nada. Recuerdo que sin embargo Ella disparaba fotos como si tuviera el animal a dos palmos suyo.

En cualquier caso yo no era consciente, como ahora lo soy desde esta aparente tranquilidad de la habitación, que éste iba a ser el día señalado para atentar contra mi persona, y creo que solo contra la mía, respetando la de Ella al menos por un tiempo, aunque debo anotar las cosas según su aparición cronológica, y por eso quiero apuntar primero que el segundo de los asaltos del combate establecido entre mis principios éticos y emocionales, acabó con victoria para el primero. Recuerdo que después de dos horas de deambular de un recinto a otro y con un calor infernal, a parte del cansancio que todo asistente de fotógrafo padece por llevar en sus espaldas el equipo fotográfico del artista al que se debe, decidimos tomar un refrigerio y comer algo. Yo me lancé a por una caña y un bocadillo de tortilla de patata, momento en el que me acuerdo de los bocadillos de tortilla francesa con queso

del bar de Manolo. Ella se pide una hamburguesa, momento en el que mis principios se lanzan a darse de tortas con una brutalidad mayor que la de antes, mientras observo al resto de la gente que se encuentra acalorada en esas mesas de madera tomando hamburguesas como lobos hambrientos, mientras pienso que minutos antes estaban todos contemplando animales y diciendo que qué bonitos son, mientras que ahora se están comiendo a otros animales (seguramente vacas o cerdos) no muy diferentes de los que acaban de contemplar, que han estado hacinados en condiciones infrahumanas durante meses o años. El asalto del combate termina y mis principios emocionales están tumbados en el suelo noqueados fatalmente, dudando incluso que puedan recuperarse. Pienso que toda esta gente que se encuentra ingiriendo hamburguesas, unas con queso y otras sin queso, verían con desagrado que unos extraterrestres nos encerraran en espacios abiertos como estos, en semilibertad, mientras los extraterrestres y sus madres alienígenas nos contemplasen y dijeran que qué bonitos somos, pero que luego en el bar más cercano se lanzaran a comer salchichas hechas con carne humana de personas que en otra parte se almacenaban en granjas para la cría y engorde de seres humanos. Sin embargo tengo que admitir que después de ingerir la caña y mi bocadillo de tortilla de patatas, sin haber preguntado al camarero si los huevos con los que habían hecho la tortilla eran huevos de gallinas camperas criadas en libertad, y por lo tanto pegando patadas a mis principios éticos, noto que mis principios emocionales se levantan del suelo y comienzan a recuperarse en medio de un tiempo muerto. La campana ha sonado y tengo tiempo de equilibrar la situación del combate. Pedimos un café. Veo que Ella está tan contenta con las fotos que está haciendo, que mis principios emocionales saltan del banquillo y aporreamos bestialmente a mis principios éticos, quedando estos ahora en el suelo y pienso que inconscientes. Alguien, no sé quien, comienza a contar hasta 10, y finalmente mis principios éticos no se levantan del suelo. Doy por concluido el combate. Doy por ganadores a mis

principios emocionales y no dejo que vuelva a celebrarse ningún otro combate durante la visita al Zoo, ni siquiera ante la petición de revancha que los perdedores me solicitaron cuando estábamos observando el terrario con todos aquellos reptiles encerrados en cajones de cristal. ¡No!, me negué a celebrar ningún otro combate.

A pesar de todo, no tengo más remedio que afrontar la cruda realidad de la situación, de la que no había sido consciente hasta que regresamos del zoológico. Quiero puntualizar que, una vez más, la providencia, divina o terrenal, nos ha salvado de una tragedia personal, en este caso utilizando la ola de calor como medio disuasorio para los terroristas de la Comunidad del Chupe-te.

Quiero anotar que Ella me propuso asistir a una demostración de cetrería que se ofrecía en el parque. Quiero anotar también que de joven fui un ferviente enemigo de los cetreros y que incluso les combatí con las fuerzas de las que disponía entonces, como era colocar cuchillas de afeitar incrustadas en la corteza de los árboles donde anidaban rapaces que podrían resultar golosas para esta clase de “amigos de los animales”, de forma que si alguno de esos ladrones de pollos se le ocurriera comenzar a trepar por cualquiera de esos árboles con intenciones aviesas, se encontraría en pocos segundos con sus manos completamente magulladas. Quiero puntualizar que los halcones peregrinos no entraron en mis planes ni en los de mis colegas, ya que estos anidan en acantilados, de forma que nos limitamos a proteger los árboles donde anidaban azores, águilas culebreras, ratoneros, águilas calzadas... etc. Sin venir mucho al caso, recuerdo ahora que a la lectura de mi tesis solo vino uno de mis contactos antitaurinos y que incluso ni siquiera tuve que disuadirle de que se desnudara en público. Recuerdo que Jonás, el contacto antitaurino, aguantó todo el acto académico e incluso se quedó a la lectura del acta después de la deliberación del tribunal. Recuerdo que en el ínterin de la deliberación, todos salimos de la sala y Jonás comenzó a hablar

sin parar. Recuerdo que tenía que traducir continuamente todo lo que le decía al director de mi tesis, porque Jonás es de un pueblo de Cádiz donde tienen un acento bastante cerrado, y mi director no le entendía nada. Pero he de seguir con la visita al parque, ya que estoy seguro que éste fue el momento, el de la exhibición de rapaces, elegido por los miembros de la Comunidad del Chupete para atentar contra mi persona, ya que las rapaces que forman parte del espectáculo pasaban rozando las cabezas de los concurrentes y podría ser muy fácil que una de ellas se me lanzara sobre la nuca para agredirme de forma espantosa. En cualquier caso recuerdo que anunciaron que la estrella del equipo, un buitre leonado de nombre Felipe, se encontraba indispuesto a causa del brutal calor que hoy ha hecho en toda España y del que esta zona norteña no ha podido escaparse. Cuando las rapaces nos pasaron rozando las cabezas, no me di cuenta en ese preciso instante que aquel buitre leonado podría estar manipulado telepáticamente por el extraterrestre infiltrado en la Comunidad del Chupete, y haberse arrojado sobre mi persona para sacarme los ojos con sus garras y clavarme el pico en el cerebro, dejándome si no muerto, al menos con graves lesiones y casi seguro con la ceguera más absoluta.

¿Por qué, sin embargo, me atrevo ahora a asegurar esta grave acusación contra el buitre Felipe? Porque al regresar de la excursión por el zoológico y disponernos a entrar en nuestra habitación del hotel, Ella fue consciente (yo no debido al cansancio de portear la mochila de más de 10 kilos y al golpe de calor que ya sufría bajo mi piel) que alguien había procedido a cambiarnos la cerradura de la puerta. Quiero puntualizar, para preservar el honor de Felipe, que aunque éste hubiera atentado contra mi persona y me hubiera clavado las garras en los ojos para dejarme completamente ciego, e incluso se hubiera cebado a picotazos con la cazoleta de mi cráneo, no hubiera sido responsable de sus actos al estar manipulado telepáticamente por el extraterrestre infiltrado de la Comunidad del Chupete, o quién sabe si de otra Comunidad

cualquiera. Es decir, que el verdadero culpable del atentado no puedo decir que fuera Felipe el buitre, sino casi con toda seguridad aquel ser extraplanetario que intentó manipular obscenamente mis partes pudendas en el bar de Manolo.

En realidad, y hablando con propiedad, la cerradura no sé si se había cambiado, ya que cuando solicitamos en recepción la llave nº 108, es decir la nuestra, nos dieron un llavero que abrió perfectamente la puerta, pero lo que estaba claro es que el pomo no correspondía con el que había esa mañana cuando salimos al dirigirnos al minirefectorio. Recuerdo que la cerradura anterior, disponía de un picaporte tipo manilla, mientras que al regresar nos encontramos con un pomo tipo esférico que nada tenía que ver con la manilla de la mañana. Pienso si será costumbre del hotel cambiar las cerraduras de cada una de las habitaciones todos los días. Pienso si alguien habrá forzado la cerradura anterior y posteriormente registrado nuestra habitación. Pienso si el recepcionista del hotel estará compinchado en el asunto. Pienso que desde la tarde de ayer, cuando aparecimos en el hotel ya me pareció un tipo muy extraño y pensé que no es normal tener en la recepción de un hotel rural en un pueblecito norteño, dos butacas tipo “Emmanuel” (me refiero a la película) de un color rojo chillón. Recuerdo ahora, que al llegar y decirle a este ser extraño que teníamos reservada una habitación, él me pidió mi carnet de identidad, cosa que encontré lógica tratándose del botones, recepcionista o cualquier otra cosa de ese tipo, momento en el que me percaté que junto a esas dos horribles butacas de color insultante para cualquier persona con la vista normalizada, había una mesita con un ordenador portátil abierto. Recuerdo que entendí que ese ordenador estaba ahí para uso de todo aquel cliente que quisiera utilizarlo. Recuerdo que en el momento de sentarme en una de esas butacas pseudo-eróticas y de metro ochenta de altura, con la intención de utilizar ese ordenador para comprobar que no me hubieran enviado desde la universidad cualquier correo anulando mi condición de Doctor en Historia, el botones o quizás falso bo-

tones, me dijo que ese ordenador era suyo privado, por lo que tuve que levantarme de esa butaca y dirigirme de nuevo al mostrador para seguir viendo cómo se llevaban a cabo las formalidades habituales a la hora de llegar a un hotel o similar. Mientras Ella había cogido una revista para leer tranquilamente, pero a Ella no le dijo que esas revistas eran suyas y privadas, cosa que me produjo cierto sentimiento discriminatorio.

Pero continuando con las anotaciones correspondientes al momento de volver al hotel, después de 10 horas de visita al zoológico, quiero puntualizar que a Ella lo del cambio de cerradura no le provocó desazón alguna. Como no quiero despertarle ningún tipo de sospecha que le pueda provocar algún ataque de ansiedad, con la consiguiente aparición de herpes labiales, decido no volver a meterme debajo de la cama para inspeccionar la posibilidad de que algún espía nos haya instalado micrófonos, cámaras de televisión o cualquier dispositivo idóneo para las labores de espionaje, bajo excusa de buscar un posible orinal, algo que seguramente le podría parecer anormal a estas alturas de buscar orinales en tantas ocasiones. Pienso que es buena idea saltar encima de la cama con brusquedad para que si se ha colocado alguno de esos dispositivos abyectos, caiga por efecto de los golpes. Ella dice que tiene que entrar al baño, momento que considero ideal para proceder a la inspección rigurosa de toda la habitación. Compruebo que no han sustraído nada. Compruebo que ni en el armario ni en los cajones de las mesillas, se ha colocado dispositivo de escucha alguno. Me subo a una silla e inspecciono igualmente la pequeña televisión que la administración del hotel ha colocado en la pared, enfrente de la cama. No encuentro nada sospechoso, por lo que procedo a subirme a la cama y comenzar a pegar botes de la forma más brusca que me fuera posible, momento en el que Ella al escuchar el ruido sale del baño y me dice que si me he vuelto loco, a lo que le digo que la visita al zoológico me ha retrotraído a mi infancia y que tenía unas ganas locas de saltar encima de la cama. Ella, rápidamente, me agarra de un bra-

zo y me baja de la cama, momento en el que casi me tropiezo y me doy de bruces contra el suelo. Pienso que afortunadamente las gafas de Paco el óptico no han salido disparadas y no han sufrido daño alguno, mientras pienso que a pesar de haber dañado la valoración de mi apariencia de superioridad con un acto aparentemente pueril de cara a Ella, sin embargo, de cara a mi propia valoración se encuentra por lo alto de la escala, ya que gracias a este acto aparentemente pueril Ella no sospechará absolutamente nada del peligro que corren nuestras vidas. Como Ella ha regresado cansada y muy contenta de sus fotografías, el infantilismo de esa actuación no provoca mayor tensión. Pienso que también ha sido acertada la excusa de meterme una vez más debajo de la cama, para comprobar que no se hubiera roto ningún muelle del somier, después de esa sesión de saltos. Recuerdo que la nueva inspección de los bajos de la cama dio un resultado negativo, y que si allí alguien hubiera colocado algún dispositivo de escucha, tendría que haberse caído al suelo. En cualquier caso, una vez debajo de la cama, aprovecho para revisar el conjunto de los bajos con sumo detenimiento y comprobar que a pesar de todos esos saltos no se ha quedado ningún dispositivo de escucha colocado en la estructura de la cama, momento en el que Ella me dice que si me he quedado dormido ahí debajo y que cuando quiera nos podemos ir a cenar.

Aunque me encuentro algo más relajado al comprobar que nada ha sido sustraído de nuestro equipaje, y que ningún dispositivo de escucha ha sido colocado en nuestra ausencia, empiezo a ser consciente de que muy posiblemente el buitre Felipe era el individuo encargado de atentar contra mi persona, y casi seguro que solo contra mi persona, pues le hubiera resultado casi imposible taladrar simultáneamente el cráneo de Ella y el mío, así como saltarnos los ojos (los cuatro) a los dos.

A pesar de la comezón que me provoca ese macabro pensamiento, soy capaz de observar al dueño del bar donde cenamos la noche anterior, bailando sevillanas en medio de la calzada y

arriesgándose a que un coche que venga le pase por encima. Ante ese espectáculo le propongo a Ella buscar otro lugar para cenar. Vemos otro bar con una terracita apropiada. Ella se pide unos calamares a la romana y yo unas patatas con queso. Todo bueno y a buen precio, pero empieza a llover ligeramente. Gracias a la sombrilla que tenemos puesta junto a la mesa, evitamos mojarnos. Pero recuerdo que ya con las cañas de cerveza en la mesa, y mientras esperábamos a los calamares y a las patatas con queso, observo que pasan tres enanos camino de no sé dónde, momento en el que me acuerdo que durante la visita al parque zoológico fui testigo de la presencia allí de muchos enanos. Pienso si es que hay una excursión de varios autobuses con enanos por estos pueblos norteños. Pienso si es una zona donde se producen más casos de enanismo que en otras zonas de España. Se lo comento a Ella y me dice que esos tres enanos son los mismos que había esta mañana en el parque zoológico, y que siempre hemos visto a los mismos enanos en todas partes. Decido no buscar más hipótesis a la explicación del porqué de tantos enanos en la zona, dado que la cantidad final de enanos se limitaba a tres.

Ella ya duerme, pero yo no paro de pensar en el terrible día que hubiera sido hoy, si Felipe el buitre no hubiera sufrido un golpe de calor. A pesar de mi condición de ateo convencido, doy gracias a Dios. Apago mi linterna de leds tipo espeleólogo y me propongo dormir bien. Pienso en los azulejos de la cocina de FM1.

26 de julio. 8º día de viaje

De nuevo en la habitación tan conocida por nosotros durante nuestras vacaciones estivales en familia. Ella está en la cama de al lado y, aunque no respira profundo, intuyo que ya está dormida. Como le he cogido el gusto a mi linterna de leds tipo espeleólogo, he preferido prescindir de la lamparita de noche, que no

proporciona casi luz y puede afectar a mi delicada vista. Quiero anotar que con esta maravilla de la tecnología, la luz es intensa (quizás incluso demasiado y temo que esto pueda dañar también mi delicada vista) y además es absolutamente direccional, por lo que no molesta al que está al lado, en este caso (y para mí en todos los casos) Ella. También quiero anotar que en esta habitación me encuentro más relajado, ya que es muy improbable que los de la Comunidad del Chupete quieran atentarse contra mi persona delante de tanto testigo como aquí me rodea. Por tanto, creo que hasta nuestra vuelta de viaje, el asunto del atentado queda postergado. Pero creo también que debería ir pergeñando un buen plan con el que llevar a cabo mis sesiones de tarotista tipo afro, para que este asunto se zanje nada más llegar, ya que pienso que tanta presión psicológica podría repercutirme en la salud, y volver a tener problemas en las axilas o, lo que sería peor, nuevas alteraciones en mi delicada capacidad de visión.

El día de hoy ha sido más relajado y no hemos sufrido ningún intento de agresión por parte de persona o animal alguno. Recuerdo que al despertarme en el hotel rural, creí oportuno despertar también a Ella comentándole en tono bastante alto, que fue una lástima no ver en el Zoo ningún tipo de animal andino, que las llamas son preciosas y que las alpacas aún más, mientras pensaba que si verdaderamente han instalado un sistema de escucha oculto, las primeras conversaciones de la mañana pudieran ser de máximo interés para los espías, pues es cuando uno puede estar más desprevenido y decir cosas de las que luego pueda arrepentirse. Ella, sin conocer la verdadera función de mi conversación sobre los animales andinos, se limitó a decir que me fuera a la porra con las llamas, que era demasiado pronto y que los vecinos de la habitación de al lado nos iban a llamar la atención, también me preguntó si me había vuelto sordo para tener que hablar a grito pelado. Decido comenzar a organizar las cosas, es decir a meter todo cuanto iba encontrando por la habitación en la mochila de viaje. Recuerdo que cuando Ella se despertó, tuve que volver a

sacar de la mochila muchas de las cosas que había guardado, por el hecho de haberlas guardado antes de tiempo. Para no irnos sin consumir el desayuno al que teníamos derecho, decidimos bajar al minirefectorio, momento en el que oigo que de otra habitación salen varios individuos (toda una familia), por lo que le digo a Ella que corra, a lo que Ella me dice que por qué, algo a lo que prefiero no detenerme en contestar, y sin perder tiempo entro primero en el minirefectorio. Al traspasar el dintel de la puerta, sin puerta ninguna adosada al marco, me doy cuenta que solo queda una de las tres mesas libres, por lo que sin pensarlo ni un segundo más me siento en la primera silla que veo. Ella entra después y al sentarse me sonrío al darme cuenta que gracias a mi rapidez, hemos conseguido evitar hacer cola en la puerta del minirefectorio. Recuerdo que antes de que nos sirvieran el café ya había más de seis personas haciendo cola y esperando para entrar a desayunar. Nos sirven los cafés junto con unos sobados, en espera de que aparezcan las tostadas, momento en el que pienso que mi condición de Doctor “Cum Laude” ha quedado patente. Decido volverme hacia atrás y mirar la cola de espera, para regocijarme interiormente de no tener que aguantar de pie allí fuera como toda esa gente.

Mientras ingerimos las tostadas le propongo a Ella acercarnos, conduciendo yo claro está, a la importante ciudad costera que tenemos a 25 kilómetros, para ver un pequeño museo de peines y peinetas del que tengo noticia. Ella pone cara de rana al imaginarse dentro del coche y entrando a esa gran ciudad, pero accede de aparente buen grado.

Recuerdo que mientras entrábamos a la ciudad y la atravesábamos casi entera (pues el museo se encuentra en el otro extremo), Ella iba decidiendo ponerse cada vez más nerviosa. Recuerdo que al pasar por la playa, famosa y de la cual la ciudad se enorgullece, comenzó a echar pestes acerca del hacinamiento de las personas, de la masificación turística y de lo asqueroso de bañarse en una de esas playas donde todo el mundo seguramente

hará de menores. Consigo mantener la concentración al volante a pesar de tanta diatriba. Finalmente llegamos al museo. Sufro una pequeña decepción, pues el contenido no era el que me imaginaba y en lugar de poder contemplar peines y peinetas del siglo XIX, lo único que pude ver fueron cuadros y alguna fotografía donde aparecían mujeres portando sus peinetas, muchas de las veces de forma indistinguible, y diversas escenas costumbristas donde aparecían peines y cepillos, estos últimos de ningún interés para mí.

Una vez decepcionado, salimos del museo y nos proponemos mutuamente tomar un café antes de emprender la vuelta hacia mi ciudad natal, para pasar los últimos días de viaje con los FM.

El café estaba cargado y a un precio prohibitivo. Ella decide retomar su diatriba contra esta ciudad y por extensión contra todas las ciudades costeras, bien del norte, bien del levante o del sur.

Del resto de la jornada no merece la pena resaltar nada. El viaje transcurrió tranquilamente sin ningún control de la Guardia Civil. Ni siquiera merece la pena destacar el golpe de calor que los dos sufrimos, después de tomarnos sendos bocadillos de queso debajo de una carpa a unos 40 grados de temperatura. Al llegar a casa de FM1 y FM6, decidimos intercambiar rápidamente los besos pertinentes y rápidamente darnos una ducha de agua fría para bajar la temperatura corporal y eliminar el mareo que a esas alturas teníamos los dos. No puedo achacar esta circunstancia a ningún tipo de atentado contra nuestras personas, puesto que ni siquiera el extraterrestre infiltrado en la Comunidad del Chupete, podría controlar la temperatura de la mitad norte de España con la intención de ocasionarnos solamente a nosotros dos un golpe de calor. Por esta razón, la contrariedad sufrida por nuestros estados físicos no me preocupa y decido no darle más importancia. Quiero anotar, eso sí, que una vez bajada la temperatura de nuestros cuerpos con la ducha de agua fría, procedimos a darles a FM1 y FM6 una bolsa de magdalenas compradas en un pueblecito norte-

ño que nos pillaba de camino. FM1 hizo café y dimos buena cuenta de la magdalenas, aunque decidió guardar tres de ellas para que las probasen FM2 y FM3. También dimos cuenta de la mitad de una tarta típica de la zona, que habíamos comprado en la misma panadería de las magdalenas. Ella y yo nos miramos preocupados al ver que FM1 no para de comer magdalenas y tarta lo cual, dada su avanzada edad, podía desembocar en una llamada a Valentina para que la llevara a urgencias o, bien pensado, que nosotros mismos tuviéramos que llevar a FM1 a urgencias, ya que en este caso no se produciría la reticencia a que fuéramos nosotros mismos los encargados de su traslado al hospital, como ocurriría de ser FM6 la indispuesta.

27 de julio. 9º día de viaje

Nuevo día de tranquilidad. En mi mente voy pensando la estrategia a seguir en el bar de Manolo al día siguiente de nuestra llegada. Pienso que debería marcar las cartas para sacar las que yo quiera. Pienso que si no marco las cartas y les sale el Diablo, el Ahorcado y la Muerte, difícilmente les voy a poder decir que hay un hombre bienhechor que les protege. Pienso que no hace falta ser un tarotista experimentado para saber que esas cartas no indican nada bueno, sobre todo si salen juntas o acompañadas de otras de mal aspecto. Pienso que en lugar de dejarles a ellos que saquen las cartas que quieran, les diré que barajen y seré yo quien después de extenderlas en la mesa, boca abajo claro está, y poder ver bien las marcas que les habré puesto, procederé a sacar aquellas que tenga ya previstas, y que podrían ser cartas como el Mundo, la Rueda de la Fortuna, la Estrella y luego la de una figura masculina que me represente a mí... pienso que quizás el Emperador, pienso también que quizás, dada mi apariencia barbuda, podría ser más adecuada la elección del Sumo Sacerdote.

El relax de saberse uno a salvo de posibles atentados, hace que me encuentre en perfecto estado de ánimo. Recuerdo que esta mañana Ella me propuso ir a la peluquería, no yo sino Ella por supuesto. Pienso que yo no he vuelto a una peluquería desde que tenía unos 16 años. Pienso que la decisión que en su día tomé de no volver a una peluquería fue muy acertada. Pienso que la operación de cortarme el pelo yo mismo una vez al año es más que suficiente y que no reviste mayor complicación. Pienso que la elección de las tijeras del pescado para realizar esa operación anual también fue la acertada, dada las características de esas tijeras.

Recuerdo que mientras Ella estaba en la peluquería, para lavarse el pelo pero sin recortarlo de ninguna de las maneras, yo la esperaba en un bar tomando una caña y un pincho de tortilla. Pienso que tanta tortilla me está comenzando a producir cierto hartazgo, y me preocupa que pueda originarme alguna contrariedad física. En el bar no veo a nadie sospechoso de cometer espionaje contra mi persona. Todo el mundo come un pincho (por cierto ninguno de tortilla) y lee algún periódico local. Pero recuerdo que sin embargo, uno de los concurrentes ni tomaba pincho alguno ni leía el periódico local, sino que únicamente se limitaba a jugar a una máquina tragaperras. Recuerdo que en un momento pensé que podría tratarse de un espía camuflado, pero entre que no tenía rasgos andinos y entre que no paraba de perder dinero, me convencí de que eran sospechas infundadas, ya que sin rasgos andinos no puede ser ningún contacto de la Comunidad del Chupete, y por otro lado no creo que exista extraterrestre alguno tan tonto como para estar perdiendo esas cantidades de dinero en una máquina tragaperras. Decido terminarme el pincho y la caña de forma relajada. Ella no tarda mucho en llegar y yo le digo que le han dejado muy bien el pelo, mientras pienso que cuando sale de una peluquería hay que tener mucho cuidado con lo que se dice y se hace, puesto que se trata de momentos en los que su equilibrio emocional puede estar sufriendo serios desbarajustes. Quiero ano-

tar, sin embargo, que en esta ocasión no se produjeron desbarajustes de ningún tipo y salió contenta de la citada peluquería. Decide tomarse un café tranquilamente. Yo no me pido otra caña ni otro pincho de tortilla porque el hartazgo de tortilla es ya más que evidente.

Dedicamos el resto del día a imprimir algunas de sus mejores fotos de farolas. Nos dirigimos a una copistería y hacemos bastantes copias, unas en Din A3 y otras en Din A4. Ella ha pensado regalarles a AM1 y AM2, unas fotos enrolladas de farolas. Algunas las quiere introducir en un tiesto y las llamará “macefotos”, mientras que las otras las quiere meter en unos vasos pequeños de chupitos, las cuales serán denominadas “chupifotos”. Pienso, y así se lo digo, que es una forma revolucionaria de mostrar las fotografías de un artista. Ella no le da importancia. Para comer, tomo una ensalada de alubias, y doy gracias a Dios por no probar tortilla de ningún tipo.

No tengo más que resaltar de este día anodino pero tranquilo, si acaso, que por la noche, y más por educación que por interés propio, estuvimos viendo junto con FM1 y FM6 un concurso televisivo en el que los gritos del presentador, unido a la música estentórea que sonaba de forma continuada, hizo que mi equilibrio emocional, tan consolidado desde que habíamos llegado del pueblo norteño donde sufrimos un conato frustrado de atentado contra mi persona, se vio en un tris de irse al cubo de la basura, pero afortunadamente mi condición de Doctor en Historia “Cum Laude”, me proporcionó el temple necesario para soportar de forma estoica hasta el momento en el que el concursante ganador se pudo llevar a su casa no sé cuántos miles de euros, que fueron, claro está, muchísimos menos de los que se podía haber llevado. Quiero anotar que la nueva medicación de FM6, le ha proporcionado un insospechado impulso vital y ha aguantado todo el concurso sin dormirse y sin que la cabeza se le cayera para ningún lado. Por otro lado quiero anotar también que la evidente sordera de FM1, provocaba que el sonido del diabólico concurso televisivo-

vo se convirtiera en verdadero terrorismo acústico. Pienso que si yo fuera el vecino habría tenido algunas palabras con FM1 (creo que con FM6 las palabras hubieran sido imposibles o servido de muy poco). Pienso que de todas formas, al ser consciente de la avanzada edad de FM1, y como buen vecino, me hubiera supeditado a la situación y me habría comprado unos tapones para los oídos, o incluso me hubiera gastado 6.000 € en aislar acústicamente el máximo posible de habitaciones. Dejo de pensar que soy un vecino de FM1 para pasar a pensar que en realidad soy su hijo, con lo cual consigo relajarme algo.

28 de julio. 10º día de viaje

Otro día de tranquilidad absoluta. He podido pensar durante bastantes momentos en las cartas del Tarot que debo sacar al primer miembro de la Comunidad del Chupete que se acerque por el bar de Manolo. He podido pensar también en las señales que debo poner sobre las cartas, de forma que no se note que están marcadas. Pienso que si marco las cartas, luego, cuando quiera practicar con ellas para mi propio entrenamiento, me daré cuenta de las cartas que están marcadas y querré sacarlas porque son las que me vaticinarán el mejor futuro. Pienso que comprar nuevos mazos me supondría un desembolso bastante jugoso. Pienso que lo ideal sería marcarlas de forma no permanente, pero no se me ocurre nada. Pienso que ha sido todo un fallo no haberme traído en este viaje las cartas del tarot, para practicar con FM2 y FM3, cosa habitual en otros viajes familiares.

Tengo que anotar, ahora, con la tranquilidad que me proporciona la respiración profunda de Ella durmiendo en la cama de al lado, y esta intensa luz azulada de mi linterna de leds tipo espeleólogo, así como su ligera presión en la cabeza (cosa que me parece verdaderamente relajante), que hoy mi apariencia de superioridad ha sufrido un ligero descenso en la escala de valoración,

cuando al entrar en una tienda de artículos fotográficos con la intención de preguntar Ella acerca de anillos extensores para su objetivo, el dependiente contestó a su petición con un “si tengo uno de 225”, a lo que yo, sin dejarle a Ella expresarse, le contesté que eso eran muy pocos aumentos y que Ella ya tenía uno de 200 (refiriéndome a la distancia focal del objetivo que llevaba en la cámara), momento en el que Ella y él me respondieron que ese 225 eran los euros, momento en el que no me quedó más remedio que emitir un sencillo “Ah, claro, claro” y dejar de participar en la conversación sobre anillos extensores, dejando el protagonismo a Ella, pero pensando que quizás mi condición de Doctor en Historia “Cum Laude”, me podía haber aconsejado mejor y no haberme dejado decir algo tan inapropiado para el momento. Pienso que necesito algo más de tiempo para que mi condición de Doctor en Historia, dé todos los frutos que tenga que dar, y se muestre hacia el exterior con todo su esplendor doctoral.

Por lo demás, en el día de hoy nos hemos limitado a seguir imprimiendo en una copistería (hoy otra diferente), fotos de farolas en distintos tamaños, con la intención de continuar enrollándolas para ir metiéndolas en el tiesto y en múltiples vasos de chupitos, estas últimas después de cortarlas por la mitad. Quiero anotar que también hemos comprado un gran plato negro donde se supone que se han de depositar los chupitos con las fotos.

Recuerdo, antes de caer dormido, que hoy he vuelto a comer ensalada de alubias, mientras pienso que durante este viaje la comida está siendo algo repetitiva y recurrente, al menos pienso que durante todo el día he sido capaz de no ingerir ni un solo pincho de tortilla.

Debería anotar aquí la visita vespertina que hemos hecho a casa de FM2 y FM3, acompañados de FM1, por supuesto FM6 se ha quedado sentada en su sillón sin salir de casa pero con una revista sobre sus piernas, con la intención de leerla en los momentos que sea capaz de mantenerse despierta. Creo que el impulso vital de la nueva medicación, comienza a remitir. Pienso que to-

dos los implantes que los seres extraplanetarios le han introducido en el cuerpo y seguro que también en el cerebro, no pueden ser compensados con ningún tipo de medicamento, y que tanto esa mente como ese cuerpo están echados a perder. Creo sinceramente que con FM6 los seres alienígenas se han propasado.

Sin embargo, dado el estado de somnolencia en el que ya me encuentro, decido aplazar la mencionada visita para el diario de mañana, sin que eso suponga romper el propósito de realizar un subdiario en tiempo real.

29 de julio. 11° día de viaje

El día de hoy no ha tenido ninguna relevancia de cara a cualquier tipo de anotación terapéutica. Así que aprovecharé estos momentos previos a la conciliación del sueño para registrar en este subdiario la merienda de ayer con parte de los FM, y el análisis de cada uno de ellos, por si esto último me pudiera facilitar el grado de conexión con seres extraplanetarios, de forma individualizada, ya que colectivamente dudo que hayan podido llegar a ningún tipo de actividad conjunta voluntaria, eso sí, siempre se puede pensar en una abducción colectiva involuntaria, es decir, que los alienígenas hubieran forzado a todo el grupo en una especie de abducción familiar.

Recuerdo que a la merienda de ayer en casa de FM2 y FM3 nos acompañó FM1, sin embargo FM6, como ya he apuntado algo más arriba, se quedó sentada en su sillón de casa. A la merienda llevamos por nuestra parte las tres magdalenas que FM1 había reservado para la ocasión, y que eran las únicas supervivientes de la bolsa que habíamos traído desde aquel pueblecito norteño donde paramos a mitad de viaje. De la tarta, FM1 prefirió no llevar nada y terminar de comérsela ella sola en casa. Quiero puntualizar que en cada comida nos ofrecía tanto a Ella como a mí, el tro-

zo sobrante de la tarta, que cada vez era más reducido según avanzaban los días.

Dada la avanzada edad de FM1, decidimos dirigirnos a casa de FM2 y FM3 en coche, pensando además que a esas horas el calor podría ser sofocante. Allí nos esperaban FM2 y FM3. Intercambiamos los besos pertinentes y decidimos tomar un café. A parte de las tres magdalenas que nosotros habíamos llevado, recuerdo que por su parte nos ofrecieron unas pastas y unos bombones, no traídos para la ocasión, todo hay que decirlo, sino que debían llevar en la casa algunos días (quién sabe si semanas). Desconozco el origen de esos bombones y pastas.

Se nos comunica que FM4 también vendrá a la merienda. Mientras FM2 prepara el café, FM3 sale a dar un pequeño paseo. Quiero puntualizar que este pequeño paseo no es un acto de grosería hacia nuestras personas, sino que FM3 tiene la necesidad de salir a pasear al menos tres veces cada día. Pienso si esta compulsión andarina pudiera tener alguna relación con el grifo de ducha en forma de platillo volante que instaló en casa de FM1 y FM6, pero por más que busco las asociaciones no puedo encontrarlas. Pienso que quizás le venga esta necesidad de la época en que tenía varios perros y se veía en la obligación de sacarlos tres veces al día para que sus mascotas hicieran de mayores y de menores. Debido a la salida compulsiva de FM3 y a que FM2 está preparando el café, nos quedamos en la sala FM1, Ella y yo, con la sensación de seguir en el mismo escenario que en la casa de FM1, pero sin FM6 con la cabeza caída y la revista sobre sus rodillas. Mientras FM1, Ella y yo hablamos sobre FM4, FM5 y FM7, o mejor dicho, mientras Ella y yo escuchamos a FM1 hablar sobre los FM citados, oímos a FM2 entonar unos mantras mientras prepara el café, momento en el que me acuerdo del pantano y visiono al vendedor de Klínex del semáforo nº 3, en bañador y sin vender Klínex a nadie. Pienso si los mantras de FM2 tendrán que ver con posibles abducciones. Pienso que FM2 ha sido uno de los FM que ha tenido avistamientos. Pienso que si el camarero del bar-

panadería de Quintanabaldosa viera a FM2, no tardaría en decirle que se nota enseguida que ha tenido avistamientos y/o que ha sido víctima de abducciones.

Mientras FM2 termina con sus mantras cafeteros, FM1 combina a la perfección la verborrea continuada con la capacidad insólita de fumar un cigarrillo tras otro de forma simultánea con la verborrea. Ella, al contemplar tanto cigarrillo, se anima y también fuma uno tras otro. Recuerdo que cuando ya llevábamos 20 minutos de repaso sobre la vida y milagros de FM4, FM5 y FM7, y apareciendo de forma esporádica -FM1 (ya difunto por lo que le adjudico el signo -), aparece FM2 con una bandeja y unas tazas de café, por lo que doy gracias a Dios. En ese mismo momento entra por la puerta de la calle FM3, lo que me hace pensar si ha sido casualidad o FM3 estaba mirando por detrás de la puerta esperando a que FM2 terminara de recitar sus mantras. Pienso que FM2 puede ser incompatible con FM3, pienso que FM3 también puede ser incompatible con FM2, por otro lado también pienso que FM1 puede ser incompatible con FM2 y FM3, momento en el que llaman a la puerta y todos pensamos que se trata de FM4. Efectivamente FM4 entra por la puerta de la calle por lo que decidimos intercambiar los besos pertinentes. Compruebo que FM4 tiene buen aspecto mientras pienso que FM2 y FM3 me habían dicho que tenía muy mal aspecto. Pienso si FM4 también podría ser incompatible con FM2 y FM3 o si FM1 sería incompatible con FM4 en caso de convivencia. FM4 dice que no dispone de mucho tiempo porque como estos días se celebran olimpiadas, está muy interesado en ver no sé qué partido, mientras recuerdo que FM2 y FM3 nos habían dicho a Ella y a mí, que a FM4 le gusta ver los deportes de la televisión sin ropa (aunque me imagino que los verá al menos con algo de ropa interior). Pienso si la asociación deportes televisados y desnudez puede estar en relación con alguna posible abducción. Pienso si en realidad los deportes solo son una excusa para poder estar disfrutando de la desnudez en su casa cuando le pase por las narices. Pienso que como

hoy en día hay canales que ofrecen deportes las 24 horas del día, esto puede darle la oportunidad de encontrarse continuamente en pelota picada pero, eso sí con la televisión encendida, por si le llegara de improviso alguna visita, y así poder excusarse de su desnudez a causa del evento deportivo que en esos momentos retransmitan. Decido comer una pasta, pero compruebo que están algo rancias, sin embargo FM2 y FM3 se lanzan a las magdalenas y no dejan ni una miga. Los bombones están buenos, aunque algo rebuscados para mi gusto. Pienso que prefiero los bombones sin rellenar y con menos pretensiones. FM1 continúa fumando y hablando, pero FM3 saca su tema favorito que es repasar los sucesos acontecidos en la vida de -FM1, momento en el que me pareció oportuno ofrecer a los concurrentes el pase de las diapositivas de todas las fotografías de animales que Ella había realizado durante nuestro subviaje al zoológico norteño. Todos, menos FM1, parecen contentos con la idea. Mientras preparo el mini ordenador (net-book) FM3 reprime sus impulsos compulsivos de dar un paseo y aprovecha para repasar algún momento anecdótico de la vida de -FM1, pero no me veo en la obligación de prestar atención ya que estoy preparando el mini ordenador para la proyección de fotos, que en realidad no es ninguna proyección sino la visualización de las fotografías en la pantalla del ordenador. Mientras realizo las operaciones previas a la visualización, observo que FM4 se levanta a por dos botellas, una de anís y otra de coñac, momento en el que recuerdo que FM4 solo bebe como bebida alcohólica “sol y sombra”, mientras recuerdo cuando en mi juventud bebía “sol y sombras”.

Finalmente consigo tener todo preparado y cuando propongo a la audiencia que todo está listo para visualizar las fotos de Ella, se escucha cómo suena el teléfono móvil de FM2. Todos se quedan callados y observamos que FM2 coge el teléfono y lo apaga sin siquiera mirar el mensaje o atender la llamada, que en esos instantes yo no sabía cual de las dos cosas era la verdadera, momento en el que observo que FM2 comienza a sonreír de for-

ma algo imprevista y adopta cara de perdiz. FM1 inicia una nueva demostración de su habilidad en la combinación simultánea del habla y del fumeteo. Compruebo que FM2 mantiene la cara de perdiz por lo que decido preguntarle si ha recibido noticias agradables, a lo que me contesta que no era ningún mensaje que solo era el recordatorio vespertino para los buenos pensamientos. Al comprobar que yo pongo cara de rana, FM2 me explica que tiene preparado el teléfono para que le avise varias veces al día, mediante una alarma determinada, que es el momento de tener buenos pensamientos. Intento eliminar la cara de rana y propongo a todos los concurrentes proceder al visionado de las fotos zoológicas de Ella. Durante las 10 ó 15 primeras fotos puede comprobar que alternativamente se oía alguna expresión de “qué bonita”, o sencillamente expresiones exclamatorias del tipo ¡anda!, ¡fíjate!... y cosas así. Después de los 15 primeros minutos visionando fotos de animales, FM1 no pudo aguantarse y comenzó a hablar al mismo tiempo que encendía un cigarrillo y se lo embutía rápidamente en la boca para evitar hablar demasiado tiempo sin un pitillo encendido entre los labios. Quiero puntualizar que FM1 no estaba en disposición de ver las fotografías, porque se encontraba en el otro extremo de la mesa y porque, razón por sí sola suficiente, ya las había visto en su casa cuando al volver de viaje procedimos a visionarlas en su presencia y la de FM6. En el momento en que FM1, con cierto hartazgo porque nadie le hace caso, comienza a repasar asuntos del día, o del día anterior (la verdad es que no puedo recordar qué es lo que estaba hablando), FM4 vuelve a coger las dos botellas para prepararse otro “sol y sombra”, mientras pienso que la capacidad de FM4 para ingerir “sol y sombras” es casi tan asombrosa como la de FM1 para fumar y hablar de forma simultánea y compulsiva. Entre la visualización de uno de los osos (imposible saber cual, porque hay más de 30 fotos de osos y oseznos) decido fingir que hago caso a FM1, para que así el resto no tenga que fingir escucharle y puedan seguir visualizando las fotografías de Ella, mientras pienso que a estas

alturas la euforia inicial ya ha quedado algo lejana, y ahora (mientras comienzan a desfilar morros y orejas de jirafas) ya prácticamente no se escucha comentario alguno y tan solo algún sonido gutural. Pienso que FM1 está cogiendo algo de nervios, por el hecho de no ser objeto de atención más que por mi parte, lo cual ya sabe (dado que soy su hijo), que no es la mejor audiencia que pueda tener. Momento en el que soy consciente de que han llegado a la parte de los monos y decido levantarme para pasar yo mismo las fotos de forma manual, ya que si no acabamos pronto presiento que a FM1 se le puede poner cara de sapo. Decido coger el mini ordenador y pulsar el ratón que tiene empotrado en la parte frontal, de forma que las fotos pasen a cada golpe que le doy a esa especie de pantallita negra.

Compruebo que Ella también está nerviosa porque como no le ha dado tiempo a hacer ninguna selección, también están apareciendo en la visualización todas las fotos borrosas, movidas, veladas y demás desperdicios fotográficos que más tarde tendrá que eliminar.

Finalmente consigo llegar a la última de las diapositivas de gorilas, y de pronto veo que aparecen los reptiles pero decido dar por terminada la sesión ante la cara casi de sapo de FM1. Todos le lanzan parabienes a Ella por las fotografías de animales, mientras noto que FM3 siente la compulsión de salir a dar un paseo y compruebo que FM4 se lanza a por su 4º “sol y sombra” mientras pienso cuántos “sol y sombras” se tomará cuando esté sin ropa en su casa viendo el evento deportivo de turno.

FM1 decide encender otro cigarro y nos anuncia que será el último, momento en el que todos entendemos que en cuanto apague ese pitillo, se habrá dado por terminada la reunión. FM3 aprovecha para recordar alguna anécdota de -FM1, mientras compruebo que a FM2 le ha desaparecido la cara de perdiz, por lo que se me ocurre preguntarle a qué hora tiene el siguiente aviso para tener buenos pensamientos, pero finalmente decido no preguntárselo.

Recuerdo que, efectivamente, en cuanto FM1 apretujó su cigarrillo en el cenicero más próximo, sin dejar de hablar claro está, todos dimos por concluida la reunión, FM4 dijo que se iba a su casa a ver no se qué competición olímpica, momento en el que todos nos imaginamos que lo primero que haría sería quitarse la ropa, y FM3 que se iba a dar un paseo. Ella y yo hicimos un amago de recoger las tazas y los platos, pero FM2 educadamente nos dijo que de eso nada y que ya lo haría después con la ayuda de FM3.

No creo que tenga sentido anotar más información sobre la merienda de ayer, si acaso que al volver me perdí con el coche debido a una serie de cambios que han echo en las calles de mi ciudad natal, motivo por el que FM1 cogió algunos nervios pero sin llegar a ninguna situación alarmante. Mi equivocación nos obligó a irnos al otro extremo de la ciudad pero quiero puntualizar que esta ciudad es pequeña. De todas formas quiero puntualizar que mi despiste también pudo muy bien deberse a otros dos factores, uno que a los cinco minutos de entrar FM1 me preguntó que si ese coche no disponía de cenicero, cosa que me turbó significativamente sobre todo al comprobar que ya tenía incrustado en su boca un cigarrillo encendido. Recuerdo que de forma alterada le dije que por amor de Dios tuviese cuidado, ya que si se quemaba la tapicería aunque fuera mínimamente, nos costaría 800 €, que era la cantidad que nos habían retenido como fianza los usureros del alquiler de coches, a lo que FM1 tranquilamente dijo que no me preocupara que tendría cuidado. Pienso que ese sobresalto ya me predispuso para no encontrar el desvío adecuado, pero además pienso que como durante toda la merienda, el único que solo fumó un cigarrillo fui yo, mientras que el resto de concurrentes debió de fumarse casi una cajetilla cada uno, el estado de aturdimiento en el que salí de aquella casa por culpa del excesivo humo concentrado, fue también muy significativo, y seguramente causa añadida por la que me perdí de regreso a casa de

FM1 y FM6. Por lo demás, el día de hoy no ha sido de ninguna relevancia, así que me duermo.

30 de julio. 12º día de viaje

Hoy es la última noche del viaje que pasamos en esta habitación. El día de hoy ha tenido más actividad que el de ayer, pero nada nuevo con respecto a la Comunidad del Chupete y sus intentos de atentado (afortunadamente, claro está). Todo apunta a que después de su frustrado intento en el zoológico, han preferido esperar a que regresemos, ya que en nuestra zona de residencia habitual les será más fácil llevar a cabo el atentado. En cualquier caso quiero puntualizar, por las posibles aunque improbables consecuencias que pudiera tener en el futuro, que hoy he tenido una reunión (gestionada, todo hay que decirlo, por AM1) con el Jefe del Departamento de Turismo del Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad. Por lo que me había dicho AM1 (que ocupa un importante cargo en ese mismo Excelentísimo Ayuntamiento) había interés en que como Doctor en Historia, me encargara de hacer uno o dos recorridos turísticos, guiados por mí, a través de algunos de los enclaves más representativos de la ciudad, dada mi larga experiencia en este tipo de recorridos turísticos guiados. En la reunión, que debía ser a tres bandas, una de las bandas, concretamente AM1, aparece para decir que tiene que ausentarse y volver en diez minutos. La reunión tuvo pues lugar solo entre el Jefe de Departamento de Turismo y yo, ya que los diez minutos de AM1 se convirtieron en 45, y para cuando volvió ya hacía casi 40 minutos que hablábamos del tiempo que ha hecho este invierno y de cómo ha cambiado durante los últimos años. Básicamente puedo resumir el resultado de los cinco minutos de conversación sobre el tema del recorrido turístico, con la frase “no hay presupuesto para este año”. Al escuchar esta frase saliendo de la boca de ese jefezucho, pensé que además de no haber presupuesto para que

realice mis excepcionales recorridos turísticos guiados, seguro que pagaré yo toda la consumición de esta reunión. AM1 regresa y se disculpa por la tardanza, momento en el que dejamos de hablar del tiempo durante el invierno y ellos pasan a analizar temas y proyectos para el año económico que va a empezar. AM1 recibe cuatro llamadas telefónicas en poco más de cinco minutos. Durante cada una de esas llamadas el jefezuchó y yo intercambiamos miradas y sonrisas algo torcidas. Creo que los dos adoptamos cara de rana, mientras que AM1 mantenía su cara habitual. Una vez se dio por terminada la reunión, pagué la consumición de los tres, tal y como me imaginaba. Regreso con Ella, que había optado por visitar alguna tienda local, y después de dar un pequeño paseo nos dirigimos a casa de FM1 y FM6. Todos comemos tortilla de patatas (la cual a pesar de mi hartazgo de tortilla, encuentro muy buena) y restos de coliflor del día anterior. Quiero anotar que en realidad FM6 solo comió un Potito de verduras, de los que se encuentran en las farmacias con destino a los bebés.

Durante la comida recibo en mi teléfono móvil una llamada de unos amigos que quieren vernos antes de que mañana nos vayamos. Se arruina la siesta. Comemos y nos vamos a ver a estos amigos, debiendo coger el coche ya que viven a unos 20 kilómetros de la ciudad, en un tranquilo pero conocido pueblo, debido a la fabricación de quesos. Todo transcurre de forma entrañable. Ellos nos cuentan sus penas y nosotros las nuestras. Quiero anotar que estos amigos tienen un perro San Bernardo, lo que me hizo recordar a Ramona (aunque Ramona sea un bulldog inglés) y a todas las veces que durante este viaje hemos llamado a nuestro hijo para ver cómo estaba (Ramona y él, claro está). El San Bernardo se llama Iñaki, y al principio no quiere saber gran cosa de nosotros, pero según van pasando los minutos, Iñaki quiere saber demasiado de nosotros. El cariño que poco a poco va demostrando Iñaki hacia nuestras personas, comienza a ser un tanto empalagoso. Quiero puntualizar que Iñaki está pelechando y todas sus demostraciones de amor se convierten en un impresionante baño

de pelos. Finalmente nos despedimos de nuestros amigos, y de Iñaki claro está, momento en el que ellos tienen el detalle de regalarnos un queso típico del pueblo. Antes de meternos en el coche de alquiler, pienso que estaría bien cepillarnos toda esa manta de pelo con la que hemos salido de la casa de nuestros amigos, porque si la dejamos pegada a los asientos del coche quizás los de la agencia de alquiler, se quieran quedar con los 800 € con la excusa de que han tenido que cepillar a fondo la tapicería. Somos conscientes de que no tenemos cepillos. Intentamos quitarnos el máximo posible de pelos con las manos, pero no conseguimos gran cosa, momento en el que pienso que cómo es posible que a Iñaki le salten los pelos del cuerpo con tanta facilidad mientras que a nosotros no hay cristiano que nos los arranque de la ropa. Pienso que de todas formas, si se quedan pegados a la ropa, no hay ningún problema, ya que las complicaciones vendrían en el momento en que los pelos decidiesen saltar de nuestra ropa a la tapicería del coche. Finalmente, desde esta tranquila nocturnidad en la que anoto los acontecimientos del día, tengo que puntualizar que los pelos decidieron quedarse en nuestra ropa, siendo pocos los que dieron el salto a los asientos del vehículo alquilado. Pienso que por esa pequeña cantidad de pelo pegado en los asientos, no creo que la agencia de alquiler se quiera quedar con los 800 €.

Es lógico pensar que éste ha sido un día de despedidas. Despedidas telefónicas con FM2 y FM3. Despedida física con los dueños de Iñaki. Por la noche teníamos cita para despedirnos de AM1, AM2 y AM5. Aunque los dueños de Iñaki, son en realidad AM3 y AM4, he preferido omitir esa clasificación ya que al regalarnos un queso de la zona, y haber estado con ellos muy poco tiempo, me ha parecido inapropiado referirme a ellos con dicha clasificación.

Como he anotado ahora mismo, la tarde continuó con la despedida de AM1, AM2 y AM5. Al llegar a la tienda que regentan AM1 y AM2 (un negocio de restauración de muebles decimonónicos), Ella les regala sus “macefotos” y sus “chupifotos”.

Quiero puntualizar que nuestros amigos, se quedaron un tanto desconcertados al principio por lo inesperado del regalo, pero una vez que fueron desenroscando las fotografías grandes que Ella había colocado en la maceta, fueron apreciando el verdadero arte que contenían. AM1, sin embargo, sí que apreció desde un primer instante el valor artístico de las fotos cortadas y enroscadas en vasitos de plástico cilíndricos, y de hecho comentó que quería llevarse esas “chupifotos” a su despacho del Excelentísimo Ayuntamiento. Ante el agasajo, intercambiamos besos y abrazos. Por su parte ellos nos obsequian con una interesante botella de orujo tostado, momento en el que pienso que es una lástima tostar el orujo y me acuerdo del que me ofrece siempre FE2, y el que por cierto estoy deseando volver a probar mañana mismo, cuando paremos de nuevo a verles un par de días, antes de regresar a nuestro domicilio y dar por concluidas estas vacaciones familiares. Quiero adelantar, ahora que me parece oportuno, que Ella tiene reservada cita con su dentista favorita.

Decidimos ir al típico bar de pinchos, donde en teoría tiene que aparecer AM5. Ellos se piden diferentes tipos de pinchos, yo por mi parte decido pedirme un pincho consistente en 8 habitas fritas al lado de un huevo de codorniz. Debido a la poca consistencia del pincho, ingiero otro mini pincho de tortilla. Compruebo que como en este bar todos los pinchos valen 1 €, las dimensiones de los mismos dejan mucho que desear. Al menos el mini pincho de tortilla está acompañado de un trocito de pimiento verde y todo ello metido entre pan, a modo de micro bocadillo. Pienso que afortunadamente la caña no padece las mismas reducciones espaciales. Pienso en las “chupifotos”. Pienso que sería más coherente ofrecer junto con los mini pinchos unas mini cañas en vasos de chupito.

Llega AM5 y después de pedirse tres mini pinchos de chistorra y una caña, comienza a relatarnos su experiencia en el día de hoy, montando en globo. El relato de su aventura parece impresionarnos a todos, hasta el momento en que se le ocurrió mostrar

una foto hecha con su teléfono móvil. Pienso que su apariencia de superioridad le hubiera agradecido dejar quieto el teléfono móvil. Recuerdo que en el momento de mostrar su fotografía, AM2 dijo que vaya birria de paisaje, que todo eran sembrados y que qué poca gracia, momento en el que Ella le preguntó que a qué altura habían subido, a lo que él dijo que 400 metros cosa que produjo la risa del conjunto de concurrentes excepto la de AM5, claro está. AM5 comenzó a excusarse diciendo que esos paisajes son los de la zona, que él no puede inventarse el paisaje, y que qué más da el maldito paisaje porque lo que importa es la experiencia de viajar en globo, a lo que añadió que 400 metros es una buena altura, a lo que yo le dije que basta con subirse al montecito donde está el castillo de la ciudad para estar a 400 metros de altura, momento en el que AM5 comenzaba a ponerse un poco nervioso y a insistir que había sido una experiencia maravillosa, pero Ella le preguntó (sin maldad ninguna en su pregunta) que cuánto tiempo había durado el viaje, a lo que AM5 contestó orgulloso que 20 minutos, sin esperarse la carcajada simultánea de los concurrentes al parecernos a todos definitivamente una birria de viaje. Como no tiene mayor interés para este subdiario terapéutico, me reservo el resto de mofas acerca del viaje en globo de 20 minutos de AM5, solo quiero puntualizar que AM5 nos dijo que seguramente en el mes de septiembre nos haría una visita de 3 ó 4 días en nuestro lugar de residencia habitual.

Debiendo hacer las despedidas oficiales con FM1 y FM6, ya que al día siguiente tenemos intención de salir a las 7 de la mañana, y resultaría muy incómodo para estos FM despedirse a tan temprana hora de la mañana, decidimos Ella y yo cortar un tanto por lo sano la reunión con los AM, y despedirnos mediante los pertinentes abrazos y besos.

Al llegar a casa, comprobamos que FM1 está fumando un cigarrillo y bebiendo un gran vaso de café en plena contemplación de azulejos y posición sedente sobre el pertinente taburete de la cocina, mientras que FM6 (también en la cocina) se encuentra

aplastando en un mortero un puñado de pastillas para poder ingerirlas más fácilmente. FM1 corta su contemplación meditativa de azulejos y nos impele a fumar dos o tres cigarrillos más en la sala de estar, antes de proceder a la despedida oficial. Ella solo se fuma un cigarrillo más y yo ninguno. Decidimos no cenar, ya que pensamos que a pesar de las reducidas proporciones, los mini pinchos nos han servido de alimento disuasorio del hambre.

31 de julio. 13º día de viaje

Es la 1'30 de la madrugada, estoy completamente agotado. En realidad si quisiera ser riguroso debería haber escrito 1 de agosto, pero he decidido no romper el ritmo de este subdiario. Sin embargo mis fuerzas están completamente agotadas y no me encuentro en disposición de escribir siquiera una simple nota de todos los desbordantes acontecimientos del día de hoy. Ni siquiera después de haber ingerido un maravilloso orujo que me ha ofrecido FE2.

Aún con todo, anotaré lo siguiente:

De manera completamente imprevista, hoy hemos vuelto a ser víctimas (tanto Ella como yo) de un brutal atentado contra nuestras personas, y de la forma más ignominiosa que alguien pueda imaginarse: ¡a través de la manipulación de nuestros propios familiares! Pero ahora... a dormir.

1 de agosto. 14º día de viaje

Hoy todo ha transcurrido de forma relajada y yo me he podido reponer de la angustia sufrida durante el día de ayer. Ella también se ha repuesto, además le ha costado menos esfuerzo psíquico ya que no fue consciente en la tarde de ayer de encontrarse en mitad de un atentado terrorista contra nuestras personas,

y yo por supuesto no se lo dije. Pero será mejor que comience las anotaciones por el principio.

Recuerdo que nuestra intención era salir a las 7 horas de la mañana desde mi ciudad natal, pero dado que el día anterior habíamos aparcado el coche de alquiler bastante lejos, con motivo de llevar las “macefotos” y las “chupifotos” a la tienda de AM1 y AM2, decidimos que yo me iría a recoger el coche mientras Ella esperaba comiéndose una raqueta (de repostería, claro está) acompañada de un café con leche. Cuando yo llegué y aparqué el vehículo lo más cerca que pude, me dirigí al mismo bar y me pedí un café con leche y una rosquilla. La rosquilla estaba recién hecha y la disfruté. El precio, como siempre en ese bar, correcto. Terminado el desayuno, decidimos emprender el viaje de regreso.

Recuerdo que en un alarde de prudencia, decidí parar el coche en la primera gasolinera que había saliendo de la ciudad. Recuerdo que eran las 8 horas 15 minutos. Recuerdo también, por lo extraño que me pareció a esas horas de la mañana, que le pedí disculpas al gasolinero por dejar el coche estacionado algo separado del surtidor, a lo que el gasolinero me dijo que ellos la tienen muy larga, momento en el que decidí reírle la gracia y seguirle de alguna forma el chascarrillo.

Quiero puntualizar que, a pesar de no tener autorización para conducir el vehículo alquilado, le he propuesto a Ella que sea yo quien conduzca, dado que no vamos a ir por nuestro recorrido habitual, sino que nos vamos a desviar por Madrid para ir a ver a sus familiares que se encuentran veraneando en un pueblecito costero del levante español. Ella acepta y yo me quedo más tranquilo porque creo que de esta forma evitaremos posibles ataques de ansiedad.

Decido parar a las dos horas de viaje. Ella toma un café con leche. Yo tomo otro café con leche acompañado por una típica porra madrileña. Pienso que al estar ya en la provincia de Madrid es lógico que en este pueblo tengan porras. Los cafés están algo lechosos pero la porra está muy buena. El precio correcto. Mien-

tras terminamos los cafés con leche, decido repasar las anotaciones que realicé el día de la merienda en casa de FM2 y FM3, antes de estar abotargado por tanto humo, y que fueron consecuencia de la consulta que le hice a FM4 sobre la manera de atravesar Madrid para dirigirme al pueblo costero donde veranean los familiares de Ella. Recuerdo que a pesar de los tres “sol y sombras” que FM4 se había tomado delante de mí (no sé cuántos se habría tomado antes), hizo una pausa de unos tres segundos y rápidamente se puso a citar de memoria el número y característica de cada una de las autopistas que debíamos ir tomando. Una vez examinada la sucesión de autopistas que debemos coger, le pido a Ella que por favor lleve el papel con la información bien a mano, y que vaya mirando los carteles dado que mi limitada capacidad de visión me impide descifrar la información de esos malditos carteles de las carreteras a la velocidad que uno va con el vehículo. Pienso que ni siquiera con las gafas que Paco el óptico me fabricó con prismas incluidos, soy capaz de asimilar toda la información que aparece en cada uno de esos carteles, antes de cruzarlos por debajo con mi coche (o con el coche de alquiler, que para el caso es lo mismo). Ella acepta su condición de copiloto mientras yo, sin decirle nada, comienzo a sentir cierto ataque de pánico ante la posibilidad de que toda la información que FM4 soltó de forma automática y de corrido, no fuera más que el resultado de los efluvios etílicos producidos por todos los “sol y sombras” que ya tenía dentro de su cuerpo. Quiero anotar ahora y desde la tranquilidad de esta habitación, aunque con un calor ya difícil de soportar y que casi con toda probabilidad será la causa de un mal dormir, que las indicaciones de FM4 fueron absolutamente ciertas al 100%, y que gracias a ellas pudimos no solo sortear Madrid, sino encaminarnos en el correcto sentido sin perdernos ni una sola vez, algo en nosotros ciertamente insólito. Pienso que quizás la combinación de anís y coñac tenga propiedades neurológicas que todavía están por descubrir. Pienso que la habilidad de FM4 en citar de memoria y de corrido, todas y cada una de las

autopistas que debíamos coger, no puede deberse a que él haga ese recorrido cada semana, porque no lo hace, sino a las propiedades neurológicas del “sol y sombra”. Pienso si el orujo gallego tendrá las mismas propiedades. Pienso que quizás debería ser infiel por algún tiempo a mis queridos orujos y recordar mi relación con el “sol y sombra”. Sin embargo, como lo importante para este subdiario terapéutico no son las propiedades neurológicas de unas u otras bebidas espirituosas, creo que es preferible dejar de registrar anotaciones al respecto y continuar con lo verdaderamente importante del día de ayer.

A las 4 horas y media de viaje, decidimos volver a parar y repostar gasolina. En esta estación de servicio hace ya un calor infernal y no hay ningún gasolinero dispuesto a servirte y decirte algún chascarrillo relacionado con el tamaño de sus atributos masculinos. Compro una botella de agua para aguantar mejor el calor. Pienso que aunque el coche de alquiler dispone de aire acondicionado, es mejor prever y llevar agua dentro por lo que pueda pasar. Finalmente después de más de siete horas de viaje, llegamos a la ciudad que se encuentra cercana al pueblo donde veranean FE5, FE6 y FE7. Aunque al llegar a esta ciudad levantina, tanto Ella como yo pensábamos que habían terminado las penurias del viaje, nada nos hacía sospechar que la terrible pesadilla aún estaba por comenzar.

Recuerdo que a partir de aquí ya no disponíamos de indicaciones de ningún tipo proporcionadas por FM4, porque en realidad para no complicar la cosa yo solo le pregunté cómo llegar a esta ciudad. Ahora, desde esta calurosa y húmeda tranquilidad, pienso que mi gran error fue no preguntarle por el resto del recorrido, ya que seguramente con un “sol y sombra” más, me hubiera recitado sin parpadear y quizás cantando todas las carreteras secundarias con cruces incluidos que tendría que haber tomado hasta llegar al pueblecito costero. Pero no lo hice, y en cuanto nos metimos dentro de la ciudad nos perdimos. Después de 20 minutos sin saber dónde ir, y con los nervios de Ella algo alterados,

decidimos aprovechar un semáforo que hay en rojo para los vehículos, y preguntarle al primer viandante que vemos. Tenemos mala suerte y el primer viandante parece ser rumano o búlgaro, es igual, el caso es que no entiende muy bien el español y a nuestra pregunta no sabe qué contestar. Decidimos seguir dando vueltas sin rumbo fijo. En el siguiente semáforo que nos pilla en rojo volvemos a repetir a la misma operación. Esta vez el transeúnte parece ser marroquí o argelino, no podría decidirme por una de las dos nacionalidades, incluso si me dicen que era tunecino me lo creería, y con gran amabilidad pero poca efectividad realiza una serie de aspavientos mientras el semáforo se vuelve a poner en verde y tenemos que dejar al supuesto marroquí con sus aspavientos en la acera. Ella interpreta los aspavientos del magrebí en un sentido, que resulta ser el sentido contrario al que yo los estaba interpretando. Los nervios de Ella, y también los míos, comienzan a sufrir una importante alteración. El calor se hace verdaderamente insufrible y como llevamos las ventanillas bajadas para poder ir preguntando a los concurrentes que vemos en los semáforos, comenzamos a notar muy seriamente los efectos nocivos de esa terrible y mortal combinación que es el calor y la humedad. Después de la segunda consulta de semáforo, pienso que seguramente el vendedor de Klínex nos hubiera indicado bien la dirección. A estas alturas llevamos 40 minutos dando vueltas por la ciudad sin conseguir salir de ella en la dirección correcta. En ningún momento vemos cartel alguno con el nombre del pueblo al que debemos dirigirnos. Ella comienza a despotricar contra las ciudades costeras, tal y como es habitual en su persona, y me recuerda a sus diatribas contra la ciudad costera norteña donde fuimos a ver el museo de peines, peinetas y cepillos. Lo peor es que son las 16 horas 30 minutos y todos los FE del pueblo costero nos esperan para comer. Ella ha llamado con su teléfono móvil en varias ocasiones para decirles que por favor no nos esperen para comer, pero la respuesta siempre fue negativa y que de ninguna manera comerían sin nosotros, además insisten en que ya tienen

la paella en casa, momento en el que yo pienso cómo voy a hacer para comerme la paella y traicionar mis principios de vegetariano convencido, mientras Ella decide ponerse más nerviosa aún ante la imagen de tener a todos los FE de aquí, sentados enfrente de la paella pero sin poder comérsela. En una de las llamadas telefónicas les dice que estamos perdidos, ante lo cual deciden pasarnos a FE6 quien nos da una serie de indicaciones, que o bien no eran correctas o bien no supimos interpretarlas. Pienso que si FM6 se familiarizara con los “sol y sombra” nos hubiera aportado mejor información para lograr salir de esa maldita ciudad levantina. Pienso que cuando llegemos me voy a avergonzar por salir del coche con toda mi hipersudoración en plena actividad. Al cabo de otros 15 minutos más de sudar mientras circulamos al libre albedrío por unas calles donde ya no hay ningún transeúnte a quien preguntar, porque todos están o echándose la siesta o muertos por golpe de calor, recibimos una bendita llamada de FE7 quien le dice a Ella que al oír las indicaciones que FE6 nos había proporcionado, pensó que no eran las más adecuadas y que sería mejor si dábamos toda la vuelta y atravesábamos de nuevo la ciudad hasta llegar a una rotonda con fuente incluida, girar a la izquierda, llegar a otra rotonda y no sé qué cosas más, pero que en esas rotondas deberíamos ver algún cartel indicador con el nombre del p...⁸ pueblo costero.

Las indicaciones de FE7 fueron más efectivas que las de FE6, pero aún así tuvimos que preguntar en un semáforo a un transeúnte más, que afortunadamente era del lugar y supo rematar las indicaciones. Por otro lado, y ante la posibilidad de que nos volviéramos a perder en el p... pueblo costero, FE7 había propuesto venir a buscarnos a la entrada, de manera que teníamos

8 No quiero emplear ningún término soez en este subdiario, pero por razones terapéuticas pongo la abreviación del adjetivo “descalificativo” ya que esto me ofrece información valiosísima acerca del estado emocional en el que me encontraba y por tanto de su función terapéutica en el transcurso de este subdiario.

cita en la primera gasolinera que encontrásemos según se entrara al pueblo. Recuerdo que efectivamente allí estaba FE7 esperándonos. Ella se tiró del coche y se fue a intercambiar unos besos, momento en el que opté por parar el vehículo descender y proceder a intercambiar los saludos pertinentes con FE7. En el momento de intercambiar los apretones de mano, me dio un poco de reparo que se apreciaran los efectos de mi hipersudoración, pero me llamó la atención que FE7 también tuviera las manos tan sudadas como las mías, sin embargo en el resto del cuerpo no se le apreciaban signos de hipersudoración como se me apreciaban a mí. El sudor de Ella era el normal en estos casos, es decir bastante abundante pero limitado a cuello, cabeza y quién sabe si axilas e ingles. Los intercambios de besos y saludos son muy rápidos, debido a que hay toda una paella levantina esperando en una mesa desde las tres de la tarde, y son las cinco.

Como es lógico FE7 marcha delante y nosotros le seguimos. Pienso que fue todo un acierto lo de que saliera a nuestro encuentro, porque el pueblo costero es inmenso y nos hubiera costado encontrar la casa de los FE otra hora más por lo menos. Finalmente llegamos a la casa de los FE. Al entrar intercambiamos los besos y abrazos pertinentes, aunque con FE6 solo intercambio un apretón de manos dada mi falta de confianza. Rápidamente nos conducen a una mesa preparada para comer la paella y supuestamente en el lugar menos caluroso de la casa, si es que hay algún lugar menos caluroso que otro, momento en el que pienso que me tendré que enfrentar a un dilema ético respecto a mis principios como vegetariano convencido y mis principios básicos de educación recibida. Sin embargo inmediatamente pasaron a un segundo plano esos problemas, puesto que al indicarme el puesto que debía ocupar en la mesa y proceder a sentarme, fui plenamente consciente de que ese no era ni mucho menos el rincón más fresco de la casa. Me da igual lo que me sirvan en el plato, porque yo lo que quiero es que corra algo de aire ahí dentro. Comienzo a inspeccionar el habitáculo con los límites que la edu-

cación me permite, aunque quizás debido a un principio de ataque de pánico, con esos límites algo rebajados, y me doy cuenta de que nos encontramos en una especie de balconcillo con todos los toldos echados hasta casi tocar el suelo, por lo que resulta imposible que corra el aire venga de donde venga y si es que viene. Lo primero que hago es pedir, por favor eso sí, un poco de agua. Una vez bebidos dos vasos de agua seguidos, la sed se calmó un poco pero el efecto consiguiente fue el de dispararse la hipersudoración, momento en el que comienzo a notar cómo caen gotas inmensas de sudor a lo largo del pecho y también de la espalda, por no indicar las que me corrían por la frente ofreciendo seguramente una imagen algo desagradable para tener al lado en el momento de comer una paella. Recuerdo que antes de empezar con la paella, FE5 vino con una fuente llena de mejillones a los que supe renunciar con la excusa de que luego tenía que conducir, cosa que FE5 no interpretó adecuadamente y se quedó mirando el sudor que corría por mi frente poniendo cara de rana. Ella no salió en mi defensa diciendo que yo era un vegetariano convencido y me dejó solo ante el peligro. Pienso que Ella comenzaba a sufrir también los efectos de aquel calor indescriptible, de hecho al mirarla veo que su pelo se ha convertido en una especie de fregona mojada y que los efectos de la peluquería de un par de días antes, se habían esfumado en el mismo momento de entrar en ese horno con toldos.

Afortunadamente lo siguiente que trajo FE5 fueron unos espárragos, a los que rápidamente dije que sí. Por otro lado FE7, muy amablemente, me preguntó que qué quería beber a lo que le dije que algo fresquito, a lo que me preguntó que si una cerveza, y rápidamente le dije que sí, sin tener en cuenta las consecuencias que eso tendría en mis glándulas sudoríparas. Antes de que me pudiera acabar los espárragos aparece FE5 con una fuente llena de pulpo, momento en el que se me disparan los nervios por varias causas mezcladas: el sudor provocado por el calor asfixiante del horno donde nos habían metido, el sudor provocado por la

ingesta de cerveza fría, el dilema entre mis principios éticos como vegetariano convencido y mis principios de educación básica, momento en el que vuelvo a decirle a FE5 que no gracias porque luego tengo que conducir, mientras pienso que quizás FE5 no realice convenientemente la asociación entre la circunstancia de comer pulpo y su peligrosidad para la conducción, así como creo que tampoco lo hizo con la misma asociación pero entre los mejillones y sus consecuencias al volante, por lo que decido ampliar mi excusa diciendo que si como mucho luego me da sueño. Compruebo que FE5 a pesar de mis explicaciones no deja de poner cara de rana cuando me mira, pero no sé si es debido a los chorros de sudor que ya a estas alturas corren por toda mi cara a su libre albedrío sin nada que les pueda frenar, por las manchas que el otro sudor (el del resto de mi cuerpo) está provocando en mi camisa, o por mi reticencia a comer mejillones y pulpo. Después de lo del pulpo, FE5 regresa con otra fuente inmensa de langostinos a los que ya con bastante vergüenza pero firme ante mis principios como vegetariano convencido, vuelvo a poner la conducción como pretexto y me niego a comer ni un solo langostino, algo que motiva el cambio en la cara de FE5, pasando de poner cara de rana a poner cara de sapo. Por fin Ella me echa un capote, y en un momento en el que se encuentra con FE5 en la cocina, por haber llevado allí unos platos de la mesa, la segunda le pregunta a la primera que qué me pasa, que por qué no quiero comer, a lo que Ella le dice que soy un vegetariano convencido, cosa que FE5 acepta de muy buen grado y al regresar me dice que por qué no se lo había dicho. No sé que le respondí porque en aquellos momentos ya comenzaba a tener los primeros síntomas de mareo. La cerveza se estaba acabando y yo sabía que en un momento dado había visto una botella de gaseosa por algún lado, cosa que si podía educadamente solicitar podría convertir el resto de cerveza en una clara. Sin embargo en ese mismo momento aparece FE5 con la esperada paella, esperada para ellos claro está, porque para mí resultaba un momento más de indecisión y nerviosismo añadido.

No me atrevo a decir que no y decido comerme el arroz apartando sutilmente los trozos de carne que me voy encontrando, con la esperanza de que al menos ahora que saben que soy un vegetariano convencido sepan comprender ese gesto de desprecio hacia la paella, algo que en el levante español pudiera ser considerado como una gran ofensa. Creo que no se ofenden pero mi cerveza ya está agotada y todavía me queda arroz por ingerir, momento en el que detecto la botella de gaseosa a los pies de la silla donde está sentado FE6, pero dada la poca confianza que todavía tengo con este FE, decido no solicitarla y aguantarme, momento en el que a modo de revelación divina fui consciente que FE6 no tenía ninguna mancha de sudor, así que le miro a la cara y compruebo que tampoco le suda la frente, algo que me pareció inhumano dadas las circunstancias térmicas a las que estábamos sometidos. Decido girar la cabeza y revisar el semblante de FE5 gracias a que Ella y los FE estaban repasando escenas de la juventud y eso me permitía observarles sin tener que hablar al mismo tiempo. Compruebo que FE5 tampoco suda y que FE7 aunque le sudaban las manos en la gasolinera, ahora está seco como la mojama. Inmediatamente fui consciente de que algo anormal estaba pasando, primero porque no era normal estar debajo de aquellos toldos a unos 50 grados de temperatura y no levantar los mismos para que corriera algo de aire, y segundo pero mucho peor, que ninguno de aquellos FE sudaba. Acto seguido aprovecho la circunstancia de que tanto FE5, FE6 y Ella siguen repasando escenas de hace 35 años, y de que FE7 presta aparente atención a ese repaso, para observar la expresión facial de cada uno de ellos. Inmediatamente compruebo que tienen la mirada algo ausente, que la cara de FE5 a pesar de ser de aspecto agradable sin embargo no refleja las emociones asociadas a los temas que están repasando, y que FE6 mantiene su mirada estática, no sé si por el sueño que toda paella provoca después de haber sido ingerida o sencillamente por lo más terrible de todo, y que mucho me temo que es lo que está ocurriendo: que FE5, FE6 y FE7 están siendo víctimas de una

manipulación extraterrestre y nosotros víctimas de un atentado terrorista contra nuestras personas. El mareo me aumenta al ser consciente de que quizás ni Ella ni yo, salgamos vivos de aquel horno. Pienso que el alienígena infiltrado en la Comunidad del Chupete ha detectado nuestro proyecto de pasar por el pueblo costero a ver a los FE allí residentes, y les ha manipulado el inconsciente, quizás durante el sueño nocturno de hoy, para que sus mentes estén a las órdenes de sus directrices, y para soportar físicamente el calor en el interior de un horno, sin sudar lo más mínimo. Compruebo que Ella comienza a tener la mirada algo perdida, mientras pienso que tenemos que salir de allí antes de que sea demasiado tarde, pero no puedo cometer el menor acto de grosería con nuestros anfitriones por muy manipulados que estén siendo en estos momentos. Llega el momento del café y decido aceptarlo de muy buen grado para ver si consigo despejarme la cabeza, ya que me preocupa el grado de aturdimiento que ese horno donde nos han metido está produciendo en mi capacidad sensorial. Intento participar en la conversación de la forma más coherente posible, pero dudo mucho de los resultados. Ella aprovecha para decir que ya soy Doctor en Historia, momento en el que FE6 me pregunta que sobre qué he redactado la tesis, a lo que yo le respondo, o eso creo, que sobre los peines y peinetas fabricados con asta de buey y caparazones de Tortuga Carey entre 1885 y 1930. A partir de aquí se termina el tema de conversación sobre mi tesis doctoral y se pasa a hablar algo de la política actual, cosa que aprovechamos todos para despotricar sobre los políticos del momento y sobre la situación económica, sin embargo yo no dejo de controlar el reloj de pulsera de FM6 ya que mis principios de educación básica me impiden coger el móvil para mirar descaradamente la hora, acto que podría provocar la ofensa en todos los FE allí presentes, incluso estando manipulados en un nivel inconsciente como lo estaban siendo. El reloj de pulsera de FE6 marcaba las 20 horas y 15 minutos, cosa que me produjo un auténtico ataque de pánico ya que dentro del horno mis sentidos

estaban anulados y no había sido consciente del paso del tiempo, sino únicamente del calor que me asfixiaba. Rápidamente pensé que todavía nos esperaba un viaje de una hora y media hasta llegar al pueblo donde residen FE1 y FE2. No me queda más remedio que sacar el tema de que yo no puedo conducir de noche dada mi deficiente capacidad visual. Ella se alarma al comprobar la hora que es, seguramente debido que ha sufrido el mismo aturdimiento que yo, parece que todos estamos de acuerdo en levantar la sesión, momento en el que me percaté que debería haber contactado con FM1 para avisarle que estábamos en el pueblo costero, tal y como me comprometí a hacerlo. Tengo miedo que si el extraterrestre manipulador escucha de forma telepática mi conversación con FM1 a través de los órganos auditivos de los FE allí presentes, pueda sacar información que luego utilice para seguir atentando contra nuestras personas. Decido exponer en público que tengo necesidad de ir al baño, cosa que por otra parte es verdad, y procedo a llamar a FM1 desde allí. Al estar dentro del baño encuentro impropio hablar en voz alta, y dada la sordera de FM1 la comunicación se hace algo complicada. Primero FM1 se asusta al escuchar mi voz susurrando, segundo tengo que explicarle que estoy dentro del baño hablando, y tercero FM1 no entiende qué hago dentro del baño hablando por teléfono a lo que no sé que contestar, pero le digo que ya le llamaremos cuando termine el viaje del todo y lleguemos al pueblo de FE1 y FE2.

Nos despedimos de FE5 y FE6 y al salir de la casa siento que una vez más hemos sobrevivido a un nuevo intento de atentado contra nuestras personas. Noto que un agradable aire, caliente y húmedo pero aire al fin y al cabo, acaricia nuestros cuerpos. Compruebo que Ella tiene el semblante desencajado y los pelos aplastados en su cara... también ha sobrevivido. FE7 muy amablemente nos quiere guiar para salir del pueblo, cosa que aceptamos dado lo tarde que es, el miedo a perdernos y el que se nos hiciera de noche en el pueblo. Mientras nos dirigimos al lugar donde habíamos aparcado el coche de alquiler, compruebo que a

lo lejos hay una estatua de una figura femenina portando peineta, cosa que provocó en mí la reacción de solicitarle a Ella que me hiciera por favor una foto de la estatua, momento en el que FE7 nos dijo que había que ir hasta el final del espigón para hacer la foto en su mejor perspectiva, yo insisto en que solo es documental y que no necesito una gran fotografía, pero FE7 insiste y finalmente nos vamos hasta el final del espigón, mientras presiento que ineluctablemente se nos va a hacer de noche. Después de hacer la foto a la estatua con peineta. FE6 nos dice que hay unas cuantas más y que si queremos podemos ir a hacerles fotos a todas, pero inmediatamente saqué a colación mi deficiencia visual y creo que entendió la negativa a visitar el resto de estatuas con peinetas. Pienso que quizás no haya comprendido cómo un Doctor en peines y peinetas muestra tal desprecio por conocer esas esculturas, pero la noche se echaba encima y si habíamos sobrevivido a un nuevo intento de atentado, ahora tendríamos que sobrevivir a la conducción nocturna.

En estos momentos, desde la tranquilidad de esta cama, con mucho calor y humedad pero con la seguridad de encontrarnos a salvo, tras haber ingerido un maravilloso orujo de hierbas gallego y escuchando la dulce respiración profunda de Ella en la cama de al lado, comienzo a darme cuenta de una serie de cosas de las que hasta este momento no había sido consciente. Pienso que detrás de todos estos atentados está la mano de uno o varios alienígenas. Por lo tanto, pienso que la Comunidad del Chupete es ajena a estos atentados, o solo han sido meros instrumentos utilizados por los extraterrestres para su conveniencia. Comienzo a pensar que la verdadera amenaza está en esos seres extraplanetarios y que los andinos en realidad muy bien pudieran estar manipulados para poder acceder a mi persona de forma más disimulada y desviar hacia ellos todas las sospechas. Pienso que en cuanto regresemos de viaje, tendré que dilucidar este asunto. Pienso que tendré que utilizar las cartas del Tarot para intentar hacer alguna regresión con algún miembro de la Comunidad del Chupete y poder sacarle

información al respecto. Pienso que si estos incautos han sido abducidos con fines agresivos contra mi persona, y quizás también la de Ella, debería poder entreverlo con mis cartas del Tarot.

Sin embargo mi obligación de cara a este diario y subdiario, es continuar con las anotaciones que luego me podrán servir para ver con mayor claridad la realidad de todo este estado de cosas.

Recuerdo que finalmente salíamos de aquel infernal pueblo, sanos y salvos, pero a las 21 horas 10 minutos, con el sol ya escondido tras las montañas y con la esperanza de aguantar hora y media de conducción, trayecto del que seguramente la mitad tendríamos que hacerlo en plena oscuridad y con las luces del coche puestas. En un momento pienso si no sería mejor parar y que Ella conduzca hasta el pueblo de residencia de FE1 y FE2, pero me viene a la memoria el ataque de ansiedad que sufrió el primer día de subviaje llegando a la gran ciudad norteña, por lo que decido no comunicarle a Ella mi angustia y seguir conduciendo como si nada. Pronto soy consciente de que con tanto sudor las gafas de Paco el óptico están completamente ensuciadas y llenas de manchas, lo cual empeora todavía más mi visibilidad. La noche se echa encima a toda velocidad y estoy a punto de sufrir de nuevo varios mareos, mientras pienso que quizás las secuelas de esas tres horas y media metidos en el horno con toldos comiencen a notarse ahora, y que esto podría muy bien estar programado por los alienígenas que han manipulado el inconsciente de FE5, FE6 y FE7. Compruebo que hay todo un complot contra nuestras personas, la de Ella y la mía, ya que una vez que la noche ha cubierto de oscuridad todo el espacio, y me veo obligado a conducir con las luces del vehículo de mala manera, ya que las luces de los otros vehículos me deslumbran tanto que me quedo ciego durante algunos segundos, la luna frontal comienza a empañarse, no sé si a causa del aire acondicionado que tenemos puesto, pero pienso que durante todo el viaje que hemos hecho de día hasta llegar al pueblo costero, también con el aire acondicionado en marcha, el cristal frontal no se ha empañado en ningún momento. La situa-

ción es dramática ya que se juntan mi mala visión nocturna, las gafas de Paco el óptico llenas de manchas de sudor, el deslumbramiento de los coches que vienen de frente y ahora el empañamiento del cristal frontal. No puedo aguantar más y entro en crisis, a lo que Ella me dice que si quiere que paremos y me sustituya en la conducción, a lo que digo que sí dado que estamos marchando a 50 kilómetros por hora en plena autopista y eso puede tener fatales consecuencias, no solo porque podrían multarnos por ir excesivamente lentos, a parte de multarnos por conducir yo un vehículo para el que no estoy autorizado, sino que se nos puede empotrar cualquiera de esos locos que nos adelantan a velocidades supersónicas. Pero el problema es que no podemos parar en mitad de la autopista. Cuando estoy a punto de dejar a un lado mi convicción de ateo y encomendarme al primer santo que se me ocurra, creo ver a través del cristal empañado el indicador de una estación de servicio. Le pregunto a Ella para asegurarme si eso que había ahí era un indicador de estación de servicio, a lo que me contesta que cree que sí, momento en el que noto que Ella tampoco está muy cristiana como para conducir y que las secuelas de las tres horas y media de introducción en un horno, le están pasando factura. A pesar de que mis nervios están disparados y pienso que ya será inevitable la ingestión de un ibuprofeno esa misma noche, consigo salir de la autopista y entrar en la zona de servicio. Pairo el coche y respiro profundamente. Ella me ve desencajado y sale corriendo a por papel y una botella de agua, mientras yo me quedo mirando al cristal empañado, tal y como FM1 mira a los azulejos de la cocina. Sin embargo me recupero lo suficiente como para cagarme en el aire acondicionado, en el cristal del coche alquilado y sobre todo en el p... clima mediterráneo, momento en el que Ella regresa con un montón de papel para limpiar el cristal y con una botella de agua de la que bebemos los dos con ansiedad, ya que la estancia en el horno sumado a los conocidos efectos del arroz, nos han dejado completamente deshidratados. Ella se encarga muy amablemente de limpiar el cristal

frontal. Una vez terminada la operación, me pregunta que si quiero que conduzca Ella, pero ahora, recuperado del ataque de pánico y con el cristal desempañado, me veo con la voluntad suficiente de continuar el viaje. Pienso que hemos hecho mal los cálculos y que la distancia entre estos dos puntos es bastante mayor de la calculada. En estos momentos, desde la tranquilidad de esta cama y esta habitación, recuerdo que tardamos tres horas en llegar, si bien la velocidad a la que conduje el vehículo oscilaba entre 50 y 70 kilómetros por hora. Recuerdo también que en alguna ocasión nos adelantaron dos camiones simultáneamente, uno por la derecha y otro por la izquierda, experiencia que no se la deseo ni a mi peor enemigo, y que el maldito cristal frontal volvió a empañarse aunque no de la misma forma que lo había hecho con anterioridad, por lo que aguanté el tirón. Llegamos a nuestro punto de destino siendo las 24 horas 05 minutos. FE1 y FE2 estaban ya avisados de nuestro retraso, algo que a Ella le costó un problema de conciencia y sufrió un pequeño ataque de ansiedad en pleno viaje, todo debido a que FE1 y FE5 son incompatibles desde hace bastantes años, y a Ella le causaba problemas internos comunicarle a FE1 que nos habíamos desviado para ver a FE5, pero como FE5 había sufrido una delicada operación hacía poco tiempo, resultó una circunstancia atenuante y todo finalizó bien. FE1 y FE2, tan solícitos como siempre, nos tenían preparado un gazpacho fresquito. Ingerimos el gazpacho, y repasamos asuntos familiares. Para finalizar la cena nos ponen unos trozos de queso de Palencia, que se agradecen considerablemente. En un momento dado sale el tema de la visita a los FE incompatibles y FE1 sufre una pequeña crisis de ansiedad, pero todos reaccionamos quitando hierro al asunto. Finalmente todo quedó únicamente en que FE1 no pudo pegar ojo durante toda la noche. Mi vista se recupera de todo el esfuerzo que ha tenido que realizar durante el viaje nocturno, y de la que en algún momento he llegado a pensar que sufriría un deterioro importante, necesitando que Paco el óptico me aumente los prismas de las gafas.

Quiero puntualizar que sin embargo, tanto Ella como yo, caímos como dos sacos en la cama y dormimos a pesar del calor y la humedad, aunque bien es cierto que en el momento de cerrar los ojos para intentar conciliar el sueño, se me apareció la imagen de aquellos camiones adelantándome simultáneamente por derecha e izquierda, lo que hizo que me costara relajarme hasta que esa imagen la sustituí por la del queso de Palencia que me acababa de comer. Quiero anotar también que FE2 me ofreció el pertinente orujo gallego, tal y como anoté en su momento a pesar del cansancio. Quiero dejar constancia, que nada más bajar del coche a nuestra llegada al lugar de residencia de FE1 y FE2, cumplimos nuestra promesa de llamar a FM1 para su tranquilidad.

Es momento, ya que hoy me encuentro con las energías suficientes y que mi linterna de leds tipo espeleólogo mantiene sus pilas en buen estado, de pasar a anotar todo lo referente al día de hoy 1 de agosto, algo más sencillo de realizar puesto que no ha sido una jornada tan complicada como la anterior.

La mañana ha transcurrido tranquila en el hogar familiar. Ella ha comentado con FE2 las fotografías realizadas en el zoológico norteño, pero FE2 ha preferido improvisar un taller fotográfico y comenzar a sacar (trípode en mano) fotografías de las habitaciones de la casa, realizando de cada habitación al menos tres fotografías para luego juntarlas en el ordenador mediante una técnica que a FE2 le encanta emplear cuando se trata de tejados asturianos. La improvisación de este taller comienza a formar parte de todas las visitas que últimamente hemos realizado a FE1 y FE2.

Llegada la hora de la comida me ofrecen unas verduras a la plancha verdaderamente deliciosas, pero como ellos iban a comerse a un pulpo que habían cocido junto con unas patatas, resulta que me sacaron un plato con algunas de esas patatas, por lo que me vi obligado a hincarles el diente. Tengo que puntualizar que mis papilas gustativas experimentaron toda una orgía de repulsión, intentando por todos los medios que no se reflejara en mi

rostro, por lo que procuré adoptar cara de cartujo, para que ninguna emoción saliera de mi semblante. Aunque soy consciente de que este pulpo estaba ya congelado, pienso, mientras me como las patatas con sabor a pulpo, en todos los cefalópodos, moluscos y crustáceos que son cocidos vivos para gloria de los comensales. Antes de terminarme la última patata, pero ya habiendo advertido a FE1 que no repetiré, pienso en los chillidos que todos esos seres vivos emiten cuando se les mete en la olla con agua hirviendo, debido al sufrimiento que su sistema nervioso les infringe. Afortunadamente de postre hay helado y me olvido de los crustáceos, moluscos y cefalópodos cociéndose vivos. Por último, no podía faltar el ofrecimiento de FE2 para degustar un tipo de orujo diferente, hecho por otro familiar algo más lejano, pero destilado ilegalmente al igual que el resto, es decir con garantía de que será excelente.

Después de la comida, tal y como suele ser habitual en esta casa, nos vamos todos enfrente de una gran tele para quedarnos adormecidos unos en el sofá y los otros en sendas butacas. A eso de las 17 horas, y siguiendo escrupulosamente el programa establecido, nos levantamos del sofá y butacas para irnos a ver a FE3, FE4, FE8, FE9 y FE10, los cuales están pasando sus vacaciones estivales en un pueblo costero muy conocido en la zona. Todos vamos en el coche de FE1 y FE2, cosa que agradecemos Ella y yo. En el coche se pone el aire acondicionado. Mientras transcurre el viaje, de una hora de duración, me acuerdo de la terrible experiencia que sufrimos el día anterior en el horno de aquel pueblo costero también típico de veraneantes, pero en el otro extremo de esta región levantina. A pesar de mi condición de ateo convencido, pido a Dios (al que sea) que FE3 y FE4 no hayan sido manipulados en sus inconscientes respectivos por el malvado alienígena que está llevando a cabo toda esta serie de atentados contra Ella y contra mí.

Llegamos al pueblo turístico en cuestión. El calor es sofocante, pero no se nos introduce en ningún horno, e incluso se pro-

pone la fantástica idea de ir a dar un paseo por la costa, algo que en mi imaginación aparecía como sinónimo de brisa y aire algo refrescante. Lamentablemente la propuesta no llega a buen puerto y todo se reduce a una pequeña excursión al bar más cercano para comprar un gran tarro de horchata y sus pertinentes bizcochitos. A pesar de que la horchata siempre me cae como un tiro, decido inflarme a horchata para intentar calmar la sed que me provoca el calor, aunque de antemano ya sé que la sed nunca se calma con la horchata. Más tarde, Ella me confesará que la horchata también le suele caer como un tiro, y que hoy no ha sido menos.

Por la noche cenamos un gazpacho fresco. Todo en orden y en completo relax. También comemos un poco de queso gallego acompañado con vino de Ribeiro. FE1 y Ella deciden acostarse pronto pero yo, como acto de cortesía, me quedo con FE2 para charlar un rato y bebernos sendos orujitos. Después de cinco minutos de charla decidimos poner una película sobre monjes cartujos que Ella y yo le habíamos traído de regalo, dada la cinefilia declarada de FE2. A las dos horas y media de película, decidimos irnos a la cama sin terminar de verla, ya que como todo el film transcurre en silencio, debido al voto que siguen estos monjes y sin trama de ningún tipo, el final de la misma tampoco tenía mucho interés.

***Vuelta al diario terapéutico
(doy por terminado el subdiario)***

***19 de agosto. 12 horas 23 minutos
(Ramona jadea de calor a dos metros de mí)***

Todavía estoy convaleciente pero ya en casa, aunque con una de las escayolas sin quitar, porque me han dicho que habrá que esperar a final de mes para retirarla. No quiero retomar las anotaciones en el diario sin antes dejar concluido el subdiario correspondiente al viaje familiar, pero las circunstancias vinieron como vinieron y hasta hoy no he podido reanudar mi labor terapéutica mediante la redacción de este diario, técnica esta que debería empeñarme en divulgar bajo la denominación de “grafoterapia”. La escayola que tengo en mi pierna izquierda me dificulta un tanto el adoptar una postura relativamente cómoda para poder escribir en mi ordenador habitual, motivo por lo que estoy pensando en utilizar el mini ordenador (net-book), que tan buen resultado me dio durante el viaje familiar, y así escribir tirado en el sofá, pero el gran inconveniente de esto es que Ramona todavía no se ha acostumbrado a verme la escayola y ha decidido declararla enemigo público nº 1, por lo que tengo que tener mucho cuidado que no me reviente la escayola o me haga tropezar cuando decide atacarla.

En cualquier caso, quiero adelantar que este diario terapéutico está tocando a su fin, puesto que ha cumplido todos sus objetivos y gracias a él ahora soy una persona restablecida de mis males, aunque bien es cierto que con el cuerpo magullado, pero eso es una historia que forma parte de la recuperación como individuo en el aspecto global.

Para anotar el final del subdiario, aunque sea ya dentro del diario propiamente dicho, no es necesario que recurra a las regre-

siones mediante relajación controlada y limitada, ya que todo está conservado en mi mente de forma muy vívida. Recuerdo que la mañana del 2 de agosto nos despertamos Ella y yo, como es habitual cuando estamos en la casa de FE1 y FE2, al ritmo de cazuelas, sartenes y puertas de armarios de cocina, golpeándose unas contra las otras a modo de concierto de percusión, como si se tratara de la interpretación de una música compuesta por cualquier autor contemporáneo con trastorno bipolar. Recuerdo que esa mañana Ella tenía cita con su dentista favorita. Pienso que realmente debe de ser muy buena dentista cuando Ella está esperando todo un año para ir a su consulta, casi diría yo que con ansia. En realidad sufrimos más FE2 y yo esperando en la sala de espera, que Ella misma sentada en la silla de torturas sometida a toda una revisión anual, con lo que eso implica en cuanto a empastes, limpieza... etc. Recuerdo que los sofás situados en la sala de espera podían haber sido diseñados perfectamente por el Doctor Josef Mengele, ya que la disposición de la parte superior te obligaba a tener la cabeza algo inclinada hacia abajo, mientras que por el contrario tu espalda se hundía de forma extraña, dando como resultado una postura imposible de aguantar más de diez minutos sin sufrir fuertes dolores óseos y musculares. Recuerdo que finalmente tanto FE2 como yo, optamos por esperar de pie, y la espera se alargó durante dos horas.

Ese día, recuerdo que todos comimos una tortilla de patatas, que yo disfruté ya que mi hartazgo hacia esa delicia gastronómica española, estaba comenzando a desaparecer. Por la tarde fuimos al aeropuerto. Recuerdo que FE1 y FE2 nos quisieron acompañar, por lo que para continuar con la pantomima inicial, conduje yo el coche, no sin cierto resquemor ante la posibilidad de encontrarnos justo en el último momento de todo el viaje familiar, con un control de la Guardia Civil. Todo transcurrió a la perfección y para las 22 horas, Ella y yo nos encontrábamos en nuestra casa acompañados de Ramona, a la que nuestro hijo había ya sacado a pasear antes de volverse a su lugar de residencia sin darle tiempo a

esperarnos y vernos siquiera un momento, pero el camino de regreso para él es largo y al día siguiente debía madrugar para volver al trabajo. Sospecho que además de la excusa del trabajo, había alguna cita nocturna con connotaciones femeninas.

Recuerdo que como yo tenía que incorporarme a mis obligaciones laborales el día 6, no quise aplazar mi aparición en el bar de Manolo disfrazado como tarotista estilo afro, y así dejar zanjada la cuestión que me tenía en vilo referente a la posibilidad de que algunos miembros de la Comunidad del Chupete, si no todos, quisieran atentarse contra mi persona o incluso también contra la de Ella. Aunque durante los últimos días del viaje familiar ya comenzaba a sospechar que posiblemente no eran estos individuos andinos los que realmente estaban ansiosos de eliminarme, sino que a lo mejor todo estaba siendo manipulado por uno o varios alienígenas. Sentía pues la necesidad de aclararlo para saber cómo enfocar mi futuro. Pero mi futuro está ya completamente enfocado, y los miembros de la Comunidad del Chupete exculpados por completo de cualquier confabulación contra mi persona, antes al contrario, estos adoradores de la Pachamama son ahora mis grandes aliados y amigos.

Quiero anotar de forma muy explícita en este diario, que esta gente es completamente inocente de todos los atentados que tanto Ella como yo hemos sufrido y de cualquiera que podamos sufrir en el futuro. Pero es mejor que pase a describir los hechos correlativamente, para que el día de mañana pueda revisar todo lo ocurrido y sacar las consecuencias oportunas, a parte de las que ya he sacado en el presente.

Recuerdo que el día 3 de agosto, le puse a Ella la excusa de que me habían llamado de la universidad para ir a inspeccionar unas peinetas que habían encontrado en una casa del siglo XIX, ahora en restauración, para que les dijera si estaban hechas de asta de buey, caparazón de Tortuga Carey o cualquier otra cosa. Ella puso cara de rana y me dijo que cómo es que en pleno agosto, con todo el mundo de vacaciones, me llamaban para esa tontería. Yo,

algo ofendido, le dije que, primero, no era ninguna tontería avisar al mayor experto en peinetas de la zona y que, segundo, la llamada respondía a una campaña de restauración que precisamente abarcaba los meses estivales. Creo que mi tono ofendido le dejó más convencida de la supuesta inspección de peinetas. También me dijo que no había oído el teléfono, a lo que le respondí que me habían llamado al móvil y que lo tenía en modo vibración, cosa que tuve que hacer acto seguido ante la posibilidad de que verdaderamente alguien me llamara y sonara el soniquete de serie instalado en el aparato que me avisa de una llamada. De esta forma, a las 12 horas 45 minutos me encaminé hacia el bar de Manolo, pero para evitar sospechas aparqué mi vehículo bastante antes de la manzana donde se encuentra el bar. Recuerdo que para llegar al bar de Manolo en un estado de tranquilidad absoluto, primero entré en otro bar sin disfrazar de tarotista afro, y pedí una cerveza con la que me tragué dos pastillas de valeriana, mientras recordaba todos los pinchos de tortilla que había ingerido durante el viaje familiar.

Después de agotar la caña y con mis dos valerianas ya comenzando a hacer su efecto, decido encaminarme a la salida del bar, con la intención de regresar al coche y proceder a la colocación de mi peluca afro. El destino quiso que en el momento de salir apareciera un vehículo reluciente de color naranja (cosa poco frecuente), y eso hizo que le dirigiera mi atención. El destino quiso también que el semáforo que hay en esa esquina se pusiera en rojo para el vehículo reluciente de color naranja, con lo que pude mirarlo con más atención, momento en el que vi que del espejo retrovisor de la luna frontal colgaba mi chupete de goma, y que, claro está, al volante y como copiloto había dos adoradores de la Pachamama, pero como yo seguí cruzando la bocacalle mirando al lado contrario donde tenía que mirar, algo se me llevó por delante. Todo me daba vueltas, porque yo mismo estaba dando vueltas, mientras oía el estruendo de una moto, seguramente con el tubo de escape roto o trucada para hacer más ruido. No sé el

tiempo que pudo transcurrir, pero la siguiente imagen que tuve, y ya sin girar, fue la de esos dos miembros de la Comunidad del Chupete mirándome con caras de lechuza y preguntándome que cómo estaba, a lo que no supe qué decirles porque inmediatamente tuve un episodio de vértigo y creo que me desmayé. Tampoco puedo precisar el tiempo que transcurrió entre esas dos caras de lechuza y el lamento de una ambulancia con todo su dispositivo acústico desplegado y acercándose. El escándalo acústico provocó que abriera los ojos y entonces vi que las caras de lechuza se habían largado y ahora en su lugar tenía a dos hombrecillos blancos atándome a una camilla e introduciéndome en un habitáculo, momento en el que pienso que se trata de dos alienígenas que pretenden abducirme, y que lo de la sirena tipo ambulancia no es sino una tapadera, momento en el que comienzo a gritarles que se vayan a su planeta y me dejen en paz, que sé muy bien lo que quieren, pero que no dejaré que me manipulen las partes pudendas, y que pienso buscarme otros alienígenas amigos para que les den su merecido, momento en el que uno de aquellos hombrecillos blancos, jeringa en mano, me inyectó algo que me hizo perder la consciencia.

Ahora, desde la tranquilidad que me otorga mi casa y los ronquidos de Ramona, puedo anotar que los miembros de la Comunidad del Chupete con cara de lechuza, eran Paulino y Rosmary, los cuales me atendieron y fueron a verme al hospital todos los días que estuve allí encerrado. Por supuesto cuando Ella se enteró vino corriendo al hospital, pero como todavía estaban haciéndome todo tipo de radiografías y pruebas varias, no pudo verme de inmediato, aunque ya le dijeron que mi vida no corría peligro y que seguramente tendría varias fracturas en brazos y piernas. Al vernos intercambiamos muchos besos y me dijo que Rosmary y Paulino habían sido muy amables porque encontraron la manera de localizarla y avisarla y calmarla y no sé que muchísimas cosas más. Recuerdo que ya pasados un par de días, y con todas las escayolas puestas, Ella me dijo que ya lo sabía, que tarde o tempra-

no me iban a atropellar y que ya me lo había dicho en múltiples ocasiones, a lo que yo decidí decirle a todo que sí. También me dijo que esperaba que todo esto hubiera servido al menos para que escarmentara y no volviera a cruzar una calle sin mirar para todos los lados. También me enteré que el imbécil que conducía la motocicleta con la que me envistió se dio a la fuga, pero que Paulino y Rosmary anotaron la matrícula y gracias a ellos la policía le ha detenido y tomado todos sus datos, aunque por otro lado, como la culpa fue mía por cruzar sin mirar la cosa está complicada y que habrá que ir a juicio. Ella me ha dicho que ha hablado con el chico de la moto y que le dice que pensó que solo fue un empujón, y que como él estuvo a punto de caerse y, según su versión, matarse contra una farola, al conseguir restablecer el equilibrio de la moto siguió su camino con un susto de muerte pero sin pensar en ningún momento que había dejado a una persona tirada en el suelo. Ella me dice que parece buen chico, y sincero. Yo le digo que cómo tiene la mirada, pensando que quizás pueda ser un extraterrestre que haya querido atentarse contra mi persona, a lo que me ha respondido que normal. Pienso que es necesario que yo tenga una entrevista con ese individuo para poder establecer si se trata de un alienígena que ha querido eliminarme, o si simplemente es un imbécil más.

Quiero anotar que una vez entablada lo que podríamos llamar una relación de amistad entre Paulino, Rosmary, Ella y yo, procedí a indagar un tanto sobre el porqué de aquel chupete que llevaban colgando en el coche (es decir, mi chupete de goma), a lo que Rosmary contestó que era de una prima suya, que había regresado a Bolivia, y que gracias a ese chupete ella y su niño se salvaron de morir atropellados por un coche. Su prima pensaba que ese chupete le había salvado la vida y que daría la buena suerte a quien lo tuviera, a lo que añadió que un hombre bueno lo había dejado en el bar sin ningún sentido aparente. Ante la sorpresa de Ella yo me decidí a preguntarles que si sabían quién era ese hombre y que si les interesaría conocerle, a lo que Paulino

contestó que ese hombre era un santo, un enviado de la Pachamama o de la Virgen María, y que a los santos no hay que conocerlos, solo rezarlos y aceptar sus regalos, para que te protejan de enfermedades y de accidentes. Rosmary me dijo que desde que tiene el chupete, su marido ha encontrado trabajo, ella se ha quedado embarazada y se han comprado un cochecito de segunda mano.

Recuerdo que al tercer día de estar hospitalizado, porque los doctores se empeñaron en observar el estado de mi cerebro y eliminar las sospechas de afecciones cerebrales, ya que según dicen los médicos en el momento de ser introducido en la ambulancia sufrí un episodio de delirio, Paulino y Rosmary me trajeron con toda su gran bondad, unos chicharrones, que por lo que me pareció no eran otra cosa que costillas de cerdo, a lo que tuve que decirles que muchísimas gracias pero que por favor no volvieran a introducir más comida en el hospital porque nos podrían buscar un problema a Ella y/o a mí, cosa que tuvo su efecto. Me pareció que si les rechazaba la comida podría ofender sus bondadosos corazones, algo completamente ajeno a mi voluntad, y por otra parte hablarles de mi condición de vegetariano convencido me pareció un tanto precipitado. Según me comentó Ella, los chicharrones estaban exquisitos.

Pero hay algo que quiero dejar anotado en este diario terapéutico, y es que en estos días de convalecencia, he decidido releer desde el principio todas estas anotaciones y para gran sorpresa mía el día 24 de junio registré los resultados de mi primera prueba como tarotista estilo afro (sin peluca) pero escogiéndome a mí mismo como consultante. El resultado de aquella tirada, aunque breve, fue el siguiente:

“Veo un poco de confusión a través de la carta de la luna. La luna ofusca un poco mi mente. Dos caminos se presentan en mi vida. Hay como un cruce de caminos. Más adelante veo un juicio (pienso que yo no estoy pendiente de ningún juicio y que estoy desentrenado. Pienso también que quizás debería entrenar-

me con la peluca para que luego no suponga una distracción en mis tiradas de cartas a otras personas). Veo un coche nuevo”.

Ahora, con la pierna izquierda escayolada, y convaleciente de mi reciente infortunio, todo esto tiene sentido, puesto que fue en un cruce de calles donde me atropellaron, y todo pasó porque me quedé mirando un coche reluciente, tan reluciente que parecía nuevo, aunque era de segunda mano pero se lo acababan de comprar Paulino y Rosmary, es más, venían del concesionario de recoger su nuevo coche. Y por si fuera poco, ahora tengo que enfrentarme a un juicio para ver quién tiene más culpa, si yo por cruzar la calle sin mirar a mi lado izquierdo, o el cretino de la moto que se dio a la fuga dejándome tirado como a un perro.

Pienso que mi primera tirada de Tarot, fue todo un éxito. Pienso que aunque hacía mucho tiempo que no ejercía de tarotista, en realidad fue una interpretación espléndida de las cartas. Pienso que si mi trabajo como guía turístico se ve en peligro, debería ganarme la vida como tarotista, estilo afro o estilo lo que sea.

Pero lo más importante de todas las conclusiones que he sacado con la relectura de este diario, en verdad terapéutico, es que:

1- Mi capacidad de visión ha mejorado y las gafas de Paco el óptico me proporcionan el poder llevar una vida normal.

2- Los miembros de la Comunidad del Chupete, son una gente maravillosa que en ningún momento han pretendido atentar contra mi persona, y que en todo caso piensan que el dador del chupete es un santo. También creemos, tanto Ella como yo, que estaremos unidos de por vida con una fuerte amistad a Paulino y Rosmary, a pesar de los chicharrones.

3- Pienso que los verdaderos confabuladores, se ocultan en otro sector social, y al mismo tiempo en cualquier sector social. Me refiero a los alienígenas.

4- Pienso que hay alienígenas que están muy interesados en los miembros de mi familia, pero desconozco el motivo y las intenciones de sus manipulaciones.

5- Pienso que existen seres extraplanetarios que quieren eliminarme, por razones que desconozco, pero que igualmente deben existir otros que están interesados en que no desaparezca. En definitiva, creo que hay extraterrestres que me protegen mientras que hay otros que buscan mi desgracia, y quizás también la de Ella.

6- Pienso que Isabel II, sufrió el mismo tipo de presión ambivalente extraplanetaria.

Por todo ello, no me queda más remedio que cerrar aquí este diario terapéutico que comencé debido a unos acontecimientos que habían mermado mi capacidad de visión, y que yo, incautamente, no sabía muy bien a qué achacar. Pero ahora, y ya con mi actual condición de Doctor en Historia, me veo en la obligación de abrir un nuevo diario terapéutico, en un cuaderno aparte para no mezclarlos, pero donde la condición que guiará toda la investigación terapéutica, será no la del vegetariano convencido que soy, sino la del abducido resignado, la cual regirá el curso de mi futuro más cercano. Ni qué decir tiene que eso no significa en ningún modo dejar de ser un vegetariano convencido, solo que ahora mi condición de abducido tomará la delantera. Tampoco puedo renunciar, ni quiero, a mi nueva condición de Doctor.

